

The book cover features a vibrant space scene. At the top, the word "MICKEY" is written in large, white, block letters. Below it, a large, white, textured number "7" dominates the center. To the left of the "7", an astronaut in a red and white suit is floating in space. The background is a colorful nebula with shades of red, orange, and blue, and a ringed planet is visible on the left. The author's name "EDWARD ASHTON" is at the bottom in white, block letters. At the bottom center is a white logo, and at the bottom right is a blue banner with the word "Lectulandia" in white script.

MICKEY

7

EDWARD ASHTON



Lectulandia

Mickey Barnes es un Prescindible, encarnado en la séptima réplica de su cuerpo, que vive (y muere) rodeado de sus colegas colonizadores en Niflheim, un planeta helado y casi inhabitable. Hay quien lo considera inmortal. Otros lo ven como una monstruosidad sin alma. Durante los últimos nueve años ha realizado toda clase de tareas peligrosas y ha sido el conejillo de Indias de experimentos que ponen a prueba los límites de la resistencia humana.

Ha sacrificado su humanidad por un bien mayor. En el transcurso de una misión de reconocimiento, Mickey7 cae herido y es abandonado a una muerte segura. Sin embargo, una especie autóctona de Niflheim lo rescata. Cuando regresa a la base, Mickey7 se topa con su siguiente réplica, Mickey8. Ninguno de los dos está dispuesto a saltar a la recicladora, pero si alguien descubre que existen múltiples Mickeys ambos serán sacrificados... y Mickey9 nunca verá la luz. No obstante, su prematuro hermano gemelo no es el único secreto que esconde Mickey7.

Hace un mes que no sube una copia de seguridad de sus recuerdos, por lo tanto, su clon no tiene ni idea de lo cerca que ha estado de morir ni de su encuentro con los habitantes del planeta. Mickey7 también ignora cómo murieron la mayoría de sus réplicas anteriores, y aquellas muertes que recuerda lo han dejado traumatizado y le han hecho desconfiar de la misión de la colonia. Una misión que hace que se cuestione su moral y su existencia mortal... una vez... y otra.

Boong Joon Ho, director de Parasyte, prepara adaptación cinematográfica protagonizada por Robert Pattinson.

Edward Ashton

# Mickey7

ePub r1.0

Titivillus 08-06-2023

Título original: *Mickey7*  
Edward Ashton, 2022  
Traducción: Simón Saito Navarro

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*Para Jen. Si tú no hubieras acabado con la  
civilización, nada de esto habría pasado.*

**MICKEY 7**

**Edward Ashton**



Esta va a ser la más estúpida de todas mis muertes hasta la fecha.

Son pasadas las 26.00 horas. Estoy tirado bocarriba sobre un suelo de piedra, en un sitio tan oscuro que daría igual que fuera ciego. Mi ocular malgasta cinco largos segundos en buscar fotones del espectro visible extraviados antes de darse por vencido y activar los infrarrojos. Tampoco así hay mucho que ver, pero al menos distingo el techo que hay encima de mí, que ahora brilla con un pálido y espectral color ceniciento, y la mancha negra del agujero circular con la costra de hielo en el borde por el que debo de haber caído.

Pregunta: ¿qué demonios ha pasado?

Mis recuerdos de los últimos minutos son fragmentarios; la mayoría consiste en imágenes sueltas y ruidos inconexos. Recuerdo que Berto me bajó en lo que sería la cabecera de la grieta. Recuerdo que descendí por un montón irregular de bloques de hielo. Recuerdo que caminé un poco. Recuerdo que miré arriba y vi, a unos treinta metros de altura, un saliente rocoso que descollaba de la pared de hielo situada al sur y que me recordó la cabeza de un mono. Recuerdo que sonreí, y entonces...

... Y entonces no había nada debajo de mi pie izquierdo y de repente estaba cayendo.

Vaya putada. No miraba donde pisaba. Estaba distraído contemplando esa estúpida cabeza de mono, pensando en cómo se la describiría a Nasha cuando volviera a la cúpula, y metí el pie en un agujero.

La más estúpida. De todas. Mis muertes.

Me recorre un escalofrío. El frío ya era insoportable arriba, cuando estaba moviéndome. Aquí abajo, con el cuerpo pegado a la roca helada, siento el frío dentro de mí; penetra el traje y las dos capas de ropa térmica, se filtra por el pelo, la piel y los músculos y me llega hasta los huesos. Me sacude otro escalofrío y siento una repentina punzada de dolor desde el costado izquierdo hasta la espalda. Tengo un bulto donde no debería haber nada que presiona la tela justo donde el guante se une a la manga de mi traje térmico exterior. Empiezo a quitarme el guante con la idea de que el frío me ayudará a bajar la inflamación, pero otro ramalazo de dolor me hace abortar el experimento casi antes de empezarlo. El simple esfuerzo de cerrar la mano hace que el dolor pase de intenso a atroz en cuanto mis dedos comienzan a doblarse.

Debo haberme golpeado la mano con algo durante la caída. ¿Me he roto la muñeca? Quizá. ¿Me he hecho un esguince? Seguro.

Si siento dolor es que estoy vivo, ¿no?

Me incorporo lentamente y sacudo la cabeza para despabilarme. Abro con un parpadeo una ventana de conversación. Estoy demasiado lejos de los repetidores de la colonia, pero Berto aún debe andar cerca, porque estoy recibiendo una señal debilísima. No es suficiente para una transmisión de voz o de vídeo, pero probablemente baste para enviar un mensaje de texto. Guiño el ojo al icono del teclado, que se expande para ocupar un cuadrante de mi campo visual.

**<Mickey7>**: Berto, ¿me recibes?

**<RedHawk>**: Afirmativo. Así que sigues vivo, ¿eh?

**<Mickey7>**: De momento. Pero estoy atrapado.

**<RedHawk>**: No me digas. Vi lo que paso. Fuiste directo hacia el agujero.

**<Mickey7>**: Sí, eso ya lo sé.

**<RedHawk>**: El agujero no era pequeño, Mickey. ¿Dónde coño tenías la cabeza, colega?

**<Mickey7>**: Estaba mirando una roca.

**<RedHawk>**: ...

**<Mickey7>**: Parecía un mono.

**<RedHawk>**: La forma de morir más estúpida de la historia.

**<Mickey7>**: Ya, bueno, eso será si muero, ¿no? Hablando del tema, ¿hay alguna posibilidad de que bajas a rescatarme?

**<RedHawk>**: Mmm...

**<RedHawk>**: No.

**<Mickey7>**: ¿Lo dices en serio?

<RedHawk>: Lo digo en serio.

<Mickey7>: ...

<Mickey7>: ¿Por qué no?

<RedHawk>: Bueno, básicamente porque estoy justo encima del agujero por el que te has caído, a unos doscientos metros de altura, y apenas me llega tu señal. Estás a demasiada profundidad, amigo, y no hace falta que te recuerde que estamos en territorio gusano. La operación para sacarte de ahí sería muy complicada y arriesgaríamos la vida de un montón de gente... y no puedo justificar esa clase de riesgo para salvar a un Prescindible, ¿sabes?

<Mickey7>: Ah, vale. Tampoco lo harías por un amigo, ¿eh?

<RedHawk>: Vamos, Mickey. Eso es un golpe bajo. No vas a morirte. En cuanto vuelva a la cúpula daré parte de tu pérdida. Es el procedimiento habitual. No hay ninguna razón para que Marshall no apruebe tu replicación. Saldrás del tanque y mañana mismo te despertarás en tu cama.

<Mickey7>: Ah, genial. O sea, seguro que para ti es lo más cómodo. Pero mientras tanto yo tengo que morir en este agujero.

<RedHawk>: Ya, es una putada.

<Mickey7>: ¿Qué es una putada? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

<RedHawk>: Lo siento, Mickey, pero ¿qué más quieres? Siento mucho que estés a punto de morir en ese agujero, pero, hablemos claro, ese es tu trabajo, ¿no?

<Mickey7>: ¿Sabes? Ni siquiera estoy actualizado. Hace un mes que no subo una copia de seguridad.

<RedHawk>: Eso... no es culpa mía. Pero tú no te preocupes, yo te pondré al día de todo. ¿Ha pasado algo desde tu última subida que pienses que podrías necesitar saber?

<Mickey7>: Mmm... No, no se me ocurre nada.

<RedHawk>: Perfecto. No hay más que hablar.

<Mickey7>: ...

<RedHawk>: ¿Todo bien, Mickey?

<Mickey7>: Sí, todo bien. Muchas gracias, Berto.

Cierro la ventana con un parpadeo, me recuesto en la pared rocosa y cierro los ojos. No me puedo creer que ese cabrón gallina no venga a rescatarme.

Pero ¿a quién quiero engañar? No me esperaba otra cosa.

Bueno, ¿y ahora qué? ¿Me quedo sentado hasta que me muera? No tengo ni idea de la distancia que he rodado por este túnel o galería o lo que quiera que sea esto hasta estrellarme contra este... lo que sea. Podrían ser veinte metros. Aunque, por la manera como hablaba Berto, debe estar más cerca de los cien. La apertura por la que he caído está justo ahí, a unos tres metros de mi cabeza, pero, aunque consiguiera llegar a ella, es imposible que pueda trepar con la muñeca como la tengo.

En mi trabajo se pasa mucho tiempo pensando en diferentes maneras de morir... Es decir, cuando no las estás experimentando en tus propias carnes. Es la primera vez que voy a morir congelado. Aunque ya había pensado en esa posibilidad, por supuesto. Ha sido difícil pensar en otra cosa desde que recalamos en esta bola de hielo en el culo del mundo. Debería ser una muerte relativamente sencilla. Te quedas dormido muerto de frío y ya no te despiertas, ¿no? Me recreo en esa idea de que al menos no será una muerte tan mala cuando mi ocular emite un pitido. Parpadeo para responder.

**<Black Hornet>**: Hola, cielo.

**<Mickey7>**: Hola, Nasha. ¿Qué puedo hacer por ti?

**<Black Hornet>**: Aguanta. Estoy en el aire. Tiempo estimado de llegada: dos minutos.

**<Mickey7>**: ¿Berto te ha avisado?

**<Black Hornet>**: Sí. Él cree que eres irrecuperable.

**<Mickey7>**: Pero...

**<Black Hornet>**: Berto no tiene la motivación adecuada.

¿Sabes qué? La esperanza es curiosa. Hace treinta segundos estaba convencido de que iba a morir, y lo cierto es que esa idea no me asustaba. Ahora, sin embargo, el corazón me palpita en los oídos y me encuentro repasando una lista de todo lo que podría salir mal si Nasha consigue traer su lifter hasta aquí e intenta una operación de rescate. ¿Tendrá espacio para aterrizar? Y si lo hace, ¿será capaz de localizarme? ¿Tendrá el cable suficiente para llegar hasta mí?

En caso afirmativo, ¿qué probabilidades hay de que toda esa actividad atraiga a los gusanos?

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

No puedo permitir que lo haga.

<Mickey7>: ¿Nasha?  
<Black Hornet>: ¿Sí?  
<Mickey7>: Berto tiene razón, soy irrecuperable.  
<Black Hornet>: ...  
<Mickey7>: ¿Nasha?  
<Black Hornet>: ¿Estás seguro, cielo?

Cierro los ojos otra vez, inspiro y espiro. Solo es un viaje al tanque, ¿no?

<Mickey7>: Sí, estoy seguro. Estoy sepultado aquí abajo y me he dado un buen golpe. Sinceramente, aunque lograras sacarme de aquí, lo más seguro es que me tiraran a la basura de todos modos.

<Black Hornet>: ...

<Black Hornet>: Vale, Mickey. La decisión es tuya. Sabes que yo no te habría abandonado, ¿verdad?

<Mickey7>: Sí, Nasha, lo sé.

Se queda callada y yo miro las oscilaciones de la intensidad de su señal. Debe de estar orbitando alrededor del lugar de mi caída, intentando triangular mi señal para determinar mi ubicación exacta.

Tengo que poner fin a esto.

<Mickey7>: Vuelve a casa, Nasha. Voy a desconectarme.

<Black Hornet>: Ah... Vale... ¿Cómo vas a hacerlo?

<Mickey7>: ¿Hacer el qué?

<Black Hornet>: Apagarte, Mickey. No quiero que tengas el final que tuvo Cinco. ¿Llevas un arma contigo?

<Mickey7>: No. Perdí el burner en la caída. Si te soy sincero, creo que de todas maneras no utilizaría una de esas cosas conmigo mismo. Supongo que sería un final rápido, pero...

<Black Hornet>: Ya. Seguramente sí. ¿Y un cuchillo? ¿O un piolet?

<Mickey7>: No y no. ¿Y qué esperas que haga exactamente con un piolet?

<Black Hornet>: No lo sé. Son afilados, ¿no? A lo mejor podrías abrirte la cabeza con él o qué sé yo.

<Mickey7>: Mira, Nasha, sé que intentas ayudarme, pero...

**<Black Hornet>**: Quizá podrías reventar los cierres del reciclador de aire. No estoy segura de si acabaría contigo antes la falta de oxígeno o el exceso de dióxido de carbono, pero en cualquier caso lo haría en cuestión de minutos.

**<Mickey7>**: Ya. No lo he probado nunca, pero no sé por qué me da que una muerte lenta por asfixia no es lo mío.

**<Black Hornet>**: ¿Qué vas a hacer entonces?

**<Mickey7>**: Supongo que esperaré a morir por congelación.

**<Black Hornet>**: Puede ser una buena opción. Sin sufrimiento.

**<Mickey7>**: Eso espero.

La señal de Nasha se debilita hasta casi desaparecer. Luego se mantiene justo por encima del cero. Debe de haberse detenido en los márgenes del alcance de la transmisión.

**<Black Hornet>**: Oye, hiciste una copia de seguridad, ¿verdad?

**<Mickey7>**: La última fue hace seis semanas.

**<Black Hornet>**: ¿Por qué no has ido actualizándote?

Ese es un asunto que no me apetece tocar ahora mismo.

**<Mickey7>**: Por pereza, supongo.

**<Black Hornet>**: ...

**<Black Hornet>**: Lo siento mucho, cielo, de verdad. Quieres que me quede contigo.

**<Mickey7>**: No. Esto podría alargarse un poco, y si te quedas quizá no vuelvas a casa, ¿recuerdas? Deberías regresar a la cúpula.

**<Black Hornet>**: ¿Estás seguro?

**<Mickey7>**: Sí, lo estoy.

**<Black Hornet>**: Te quiero, cielo. Nos vemos mañana. Mañana te explicaré que moriste como un verdadero profesional esta noche.

**<Mickey7>**: Gracias, Nasha. Yo también te quiero.

**<Black Hornet>**: Adiós, Mickey.

Cierro la ventana con un guiño y me quedo mirando cómo la señal de Nasha pierde la poca fuerza que tiene hasta desaparecer. Hace tiempo que no hay ni rastro de la señal de Berto. Miro arriba. El agujero está mirándome fijamente como si fuera el ano de un demonio. Con copia de seguridad o sin

ella, de pronto no me hace tanta gracia la idea de morir. Sacudo la cabeza otra vez y me pongo en pie.

Te propongo un experimento mental: imagina que descubres que cuando te acuestas por la noche no duermes sino que mueres, y que a la mañana siguiente es otra persona la que se despierta en tu lugar. Esa persona tiene todos tus recuerdos, tus esperanzas, tus sueños, tus miedos y tus deseos. Piensa que es tú, y todos tus amigos y las personas que quieres también lo piensan. Pero no es tú, y tú no eres la persona que se acostó la noche anterior. Solo existes desde esa mañana, y dejarás de existir cuando cierres los ojos esa noche. Pregúntate si eso supondría alguna diferencia desde el punto de vista práctico en tu vida. En todo caso, ¿sabrías siquiera que eso está ocurriendo todos los días de tu vida?

Ahora sustituye «acostarse» por «ser aplastado, evaporarse o quemarse» y te harás una idea bastante aproximada de lo que es mi vida. ¿Que hay un problema en el núcleo de un reactor? Yo me encargo. ¿Que hay que probar una vacuna nueva todavía incompleta? Yo soy tu hombre. ¿Que hay que averiguar si el tanque de absenta que habéis preparado es tóxico? Yo me beberé un vaso, cabrones. Si muero, siempre podréis traerme de vuelta.

La ventaja de poder morir tantas veces es que soy algo así como un inmortal de mierda. No es que recuerde todo lo que Mickey1 hizo, sino que recuerdo haber sido Mickey1. Bueno, salvo los últimos minutos de su existencia. Murió... morí por culpa de una brecha en el casco de la nave en pleno viaje. Mickey2 despertó unas horas después, convencido de que tenía treinta y un años y de que había nacido en Midgard. Y, ¿quién sabe?, quizá era verdad. Tal vez, visto con sus propios ojos, él era el Mickey Barnes original. ¿Cómo saberlo? Y, quizá, si ahora me tumbo en el suelo de esta cueva, cierro los ojos y reviento los cierres del reciclador, mañana por la mañana despertaré siendo Mickey8.

Sin embargo, no sé por qué dudo que vaya a ser así.

Tal vez Nasha y Berto no noten la diferencia, pero en un recóndito lugar situado debajo del plano de lo racional estoy seguro de que yo sabría que estoy muerto.

Aquí no hay nada que se aproxime siquiera a fotones del espectro visible, pero con el sistema de infrarrojos de mi ocular veo lo suficiente para echar un vistazo alrededor. Y resulta ser que de la cámara donde me encuentro parten media docena de túneles, todos ellos cuesta abajo.

No debería ser así.

De hecho, nada de esto debería ser así.

Los túneles parecen tubos de lava. Sin embargo, de acuerdo con el reconocimiento orbital, no debería haber volcanes en mil kilómetros a la redonda. Es una de las razones por las que elegimos este sitio para instalar la primera base, a pesar de que está tan lejos del ecuador que aquí el clima de mierda de este estúpido planeta es aún peor. Camino lentamente por el perímetro de la cámara. Todos los túneles parecen iguales. Son unas cavidades circulares de unos tres metros de diámetro. Brillan pálidamente, así que mi mente consciente llega a la conclusión de que se da un gradiente térmico positivo, y al mismo tiempo mi subconsciente se convence de que probablemente todos conducen directamente al infierno. Cuento seis pasos de distancia entre uno y el siguiente.

Tampoco esto debería ser así.

Pero no tengo tiempo para preocuparme por ello. Elijo un túnel y entro en él.

Tras media hora más o menos caminando empiezo a preguntarme si no debería haberle dicho a Nasha que no pensaba sentarme a esperar una muerte por congelación. Quizá debería haberle pedido que no dejara que Berto rellenara el parte de pérdida hasta, y a menos, que muriera de verdad. La Unión es bastante laxa con un montón de cosas, sobre todo con las relacionadas con la conducta moral, pero en los albores de la bioimpresión de cuerpos y de las descargas de personalidad ocurrieron verdaderas catástrofes y, actualmente, en la mayoría de las colonias te va mejor si eres un asesino en serie o un secuestrador de niños que un múltiple.

Abro una ventana de conversación, pero, como no podría ser de otra manera, no recibo ninguna señal. Entre la superficie y yo hay demasiado lecho de roca. Probablemente sea mejor así. Estoy casi seguro de que la única razón para que Nasha no haya insistido en intentar una operación de rescate es que le di la impresión de que estaba hecho polvo. Si supiera que me había levantado del suelo y que estaba paseándome por aquí sin nada más grave que un dolor de cabeza y un esguince de muñeca, sería capaz de volver a buscarme sin importarle mi deseo.

Y eso no puedo permitirlo. Nasha es lo único bueno que me ha pasado en los últimos nueve años de mi vida, y si muriera por mi culpa yo no podría seguir viviendo.

No podría, pero tendría que hacerlo, ¿no? No puedo morir... Por lo menos no me puedo quedar muerto.

En cualquier caso, dudo que a estas alturas me encontrara aunque pusiera en ello todo su empeño. Esto es como un hormiguero, con túneles que se cruzan cada doce metros o así. He seguido los que a primera vista me parecía que iban hacia arriba y he descartado los que bajaban, pero no creo que sirva de nada. No tengo ni idea de en qué dirección estoy avanzando.

La buena noticia es que he dejado de tiritar. Al principio he pensado que estaba sufriendo una hipotermia, pero el resplandor infrarrojo de las paredes se ha mantenido constante y estoy bastante seguro de que la temperatura sube a medida que descendo a las profundidades. De hecho he empezado a sudar un poco.

Supongo que es una buena noticia. Pero va a ser una putada si finalmente consigo salir a la superficie. Fuera estábamos a diez grados bajo cero cuando pisé la costra de hielo que tapaba la boca del agujero por el que he caído. Últimamente las temperaturas han caído hasta más de treinta grados bajo cero durante la noche y el viento sopla ininterrumpidamente. Si encuentro una salida, tal vez sea buena idea esperar dentro hasta que salga el sol.

Estoy fantaseando con Nasha cuando oigo el rumor por primera vez. Es como si un montón de piedrecitas se precipitara por una superficie de granito, con la particularidad de que el ruido es intermitente, empieza y acaba, empieza y acaba. Echo a andar a toda prisa sin mirar atrás. Ya no tengo ninguna duda de que estos túneles no se han formado de manera natural. Ignoro qué clase de animal es capaz de perforar unos túneles de tres metros de diámetro en la roca sólida, pero lo que sí sé con absoluta certeza es que no deseo encontrarme con él.

El ruido es más frecuente y suena más cercano a medida que camino. Mis pasos son cada vez más rápidos, hasta que llega un momento en que casi estoy corriendo. Dejo atrás una intersección de galerías y me doy cuenta de que soy incapaz de discernir si el ruido que oigo suena delante o detrás de mí. Me detengo y me doy la vuelta.

Y ahí está, tan cerca que casi podría tocarlo.

En general tiene el aspecto de un gusano, lo cual supongo que es lógico: un cuerpo segmentado, un par de patas en cada segmento y unas garras duras y afiladas por pies. Sin embargo, sus mandíbulas son diferentes. Los gusanos tienen un par de ellas en el segmento anterior, pero este bicho tiene dos pares, unas ligeramente más largas en paralelo al suelo y otro par más cortas perpendiculares a las primeras. Como los gusanos, esta criatura tiene un par

de patas cortas y hábiles dentro de las mandíbulas que utiliza para alimentarse, y unas fauces redondeadas y llenas de dientes.

Hay otras diferencias importantes. Las criaturas endémicas a las que llamamos gusanos son de un color blanco radiante, quizá porque han evolucionado para confundirse con la nieve. Es difícil saberlo con certeza a partir de la información que recibo con los infrarrojos, pero estoy casi seguro de que en el espectro visible este bicho es de color pardo o negro.

Otra diferencia, por supuesto, es que los gusanos miden alrededor de un metro de longitud y pesan un par de docenas de kilos, mientras que mi nuevo amigo mide de ancho lo que yo de alto y se extiende a lo largo del túnel hasta donde alcanza mi vista.

¿Luchar o huir? Ninguna de las dos opciones me parece una apuesta ganadora. Levanto las manos y le muestro las palmas abiertas. Doy un paso atrás. Eso provoca una reacción en la criatura, que se yergue y expande sus dos pares de mandíbulas. Sus patas me hacen señas. Lenguaje corporal. Seguramente un ser como este interpreta mis brazos levantados y extendidos como una amenaza. Los dejo caer y retrocedo otro paso. Se desliza hacia mí. Sus segmentos anteriores se agitan lentamente adelante y atrás como si fueran la cabeza de una cobra, y me digo que tendría que haber hecho caso a Nasha y haber reventado los precintos del traje para que la atmósfera local hiciera su trabajo. Justo cuando estoy pensando que acabar devorado por un ciempiés no es precisamente mi manera favorita de salir de aquí, me ataca.

Me lanza una serie de dentelladas que muerden el aire entre mis piernas, encima de mi hombro izquierdo y alrededor de la cintura. Me agarra con las patas que utiliza para alimentarse y me levanta del suelo. Su boca se abre y se cierra rítmicamente a menos de un metro de mí, y, hasta donde soy capaz de ver, filas y más filas de dientes fríos y negros se suceden una detrás de otra hasta desaparecer en su abrasadora garganta.

Sin embargo se pone en movimiento sin meterme en su boca.

Las patas tienen múltiples articulaciones y terminan en un puñado de tentáculos que podrían pasar por dedos, rematados por unas garras de dos centímetros. Al principio me revuelvo, pero mantiene mis brazos desplegados apretados contra las mandíbulas con la fuerza de un torno de acero. Puedo patear un poco, pero no llego con los pies a nada que valga la pena patear. Supongo que me lleva a su nido. A lo mejor soy un aperitivo para sus crías. O un regalo especial para su pareja. En cualquier caso, si ahora pudiera romper los precintos del traje lo haría. Pero ya no es una opción, así que me quedo colgando en el aire imaginando cómo será que te triturén esos dientes.

El viaje es largo y en un momento dado me quedo traspuesto. Pero el tableteo de los dientes del gusano gigante me despierta y paso el resto de tiempo observando cómo sus dientes se trituran unos a otros cada vez que abre y cierra las fauces. Supongo que continuamente le crecen dientes nuevos o se regeneran cada cierto tiempo, ya que el estropicio que se hacen es salvaje.

Al cabo de un rato me doy cuenta de que el ángulo en el que entrechocan es el óptimo para que se mantengan afilados.

Por fin nos detenemos en una cámara semejante a aquella en la que caí. El gusano atraviesa un espacio amplio e introduce la cabeza en un pequeño túnel secundario. Giro el cuello. La galería parece ser un callejón sin salida de unos veinte metros de longitud. ¿Será la despensa familiar? El ciempiés me deposita en el suelo y abre las mandíbulas. Sus patas me empujan levemente y repliega la cabeza.

Ignoro lo que está pasando, pero estoy bastante seguro de que preferiría estar en cualquier otro sitio. Me adentro por el túnel. Noto algo raro en la pared del fondo. Tardo unos segundos en darme cuenta de que mi ocular registra unos fotones del espectro visible por primera vez en varias horas.

Cuando llego al final del túnel descubro que no hay una pared de roca sino de nieve. Aprieto una mano contra ella y empujo. Una sección de alrededor de medio metro de ancho cede y la luz del día me baña.

En ese momento mi memoria retrocede a cuando tenía nueve años y estaba en la casa de campo de mi abuela en Midgard. Era una soleada mañana de primavera y yo había cazado una araña en mi cuarto. Bajé corriendo por la escalera con el bicho enjaulado en el cuenco formado por mis manos y salí fuera mientras la araña correteaba con sus patitas por las palmas de mis manos. Me acuclillé en el jardín, acerqué las manos al suelo y las abrí. Me sentí como un dios cuando la araña se alejó rápidamente por la hierba.

A través del agujero que he hecho en el muro veo la enorme semiesfera de la cúpula principal cubierta de nieve a no más de dos kilómetros de distancia. Yo soy la araña. Yo soy la araña y esa criatura del túnel acaba de liberarme en el jardín.

En cuanto salgo del túnel intento ponerme en contacto con Berto y luego con Nasha. No obtengo respuesta. Supongo que no debería sorprenderme. Todavía es temprano y han pasado fuera toda la noche. Me pregunto si Berto habrá dado parte de mi muerte en combate en cuanto regresó a la cúpula o si esperó para hacerlo por la mañana. Desde el momento en que informe de mi

desaparición hasta que creen la nueva réplica, ¿cuánto tiempo transcurrirá? No puedo saberlo con exactitud porque nunca he estado para verlo, pero supongo que no será mucho. Se me pasa por la cabeza la idea de dejarle un mensaje a Berto, pero algo me dice que es mejor que no lo haga. Si anoche se metió directamente en la cama cuando llegó a la base, puedo hablar con él en persona. En el caso contrario... Sinceramente, no sé qué esperar, pero tengo la extraña sensación de que me convendría no compartir con nadie mi estado de no muerto por el momento.

La ardua caminata hasta el perímetro de la base a través de una capa de nieve reciente en la que me hundo hasta las rodillas se alarga una hora. A pesar de ello, hace una mañana realmente bonita, para variar. La temperatura está un pelín por encima de los 0 °C por primera vez en casi una semana. El viento ha cesado, el cielo despejado es un lienzo tenuemente rosado y el sol es una hinchada esfera roja que descansa sobre el horizonte septentrional. Establecimos un perímetro de seguridad a un centenar de metros de la cúpula compuesto por torres de sensores, torretas automatizadas con cañones, cepos... En fin, lo típico. Nunca he entendido qué utilidad podía tener todo eso, ya que los únicos animales grandes que hemos visto hasta el momento son los gusanos, y estos parecen ser capaces de moverse por debajo de la nieve, donde nuestros sensores no los detectan. Pero supongo que es el procedimiento estándar.

Esta mañana le ha tocado a Gabe Torricelli estar en el puesto de control que da acceso a la puerta principal. Es un gorila de Seguridad, pero es un tipo majo, como todos los seguratas. Lleva puesta la armadura de combate completa salvo el casco. Parece un culturista con los músculos hipertrofiados y la cabeza diminuta.

—Mickey —dice—. ¿Qué haces fuera tan temprano?

Me encojo de hombros.

—Ya ves, me apetecía dar un paseo. ¿A qué viene todo ese equipo? ¿Le hemos declarado la guerra a alguien mientras yo estaba trabajando en la grieta?

Gabe sonrío detrás del reciclador de aire.

—Aún no. La armadura es voluntaria para las guardias. Me gusta cómo me queda. —Señala en la dirección de la que vengo—. ¿Marshall aún te tiene explorando las estribaciones?

—Ajá. ¿Por qué poner en riesgo unos equipos carísimos haciendo labores de exploración cuando me tienes a mí?

—Tú lo has dicho. ¿Has visto algo interesante?

«Sí, Gabe. He visto un gusano del tamaño de una grúa que me ha traído hasta la cúpula y luego me ha soltado. Estoy casi seguro de que era un ser sentiente. Chulo, ¿eh?».

—Qué va —respondo—. Solo un montón de roca y de nieve.

—Ya. Típico. Marshall nos está haciendo perder el tiempo con esta tontería, ¿eh?

Oh, no. Gabe está aburrido y quiere conversación. Tengo que cortarlo.

—Escucha —digo—, me encantaría quedarme charlando contigo, pero tengo que hacer una cosa en la cúpula. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Supongo que no es necesario que te pida la identificación, ¿verdad?

—Supongo que no.

Gabe saca una tableta, presiona algunas teclas y a continuación me indica con la mano que tengo vía libre para entrar en la cúpula. Es buena señal; podría significar que nadie ha informado aún a Seguridad de la existencia de Mickey8. La pereza de Berto puede haberme ahorrado muchos problemas. Por otro lado, la pereza de Berto es, para empezar, lo que me ha colocado en esta situación. Seguramente no habría sido fácil, pero estoy convencido de que podría haber reunido cuatro trastos y haber vuelto para rescatarme anoche.

Jamás permitiría que Nasha arriesgara su vida para salvarme, ¿pero Berto? Creo que me la habría jugado si él hubiera estado dispuesto a intentarlo.

Naturalmente, la única razón de ser de los Prescindibles es que no hay que volver para rescatarlos. En todo caso, con independencia de cómo acabe esto, voy a tener que reevaluar mi criterio para elegir a mis mejores amigos.

La primera parada es mi cuarto. Tengo que cambiarme, asearme un poco y ponerme un vendaje compresivo en la muñeca. No creo que esté rota, pero se ha inflamado y se ha puesto morada, y creo que va a fastidiarme por lo menos un par de semanas. Después me pondré en contacto con Berto para asegurarme de que no haga una estupidez. También tengo que avisar a Nasha de que he vuelto. Y darle las gracias por haber estado dispuesta a intentar rescatarme, supongo.

Recorro dos terceras partes del pasillo principal que atraviesa la cúpula y subo cuatro pisos por la escalera de caracol metálica hasta los dormitorios. Las habitaciones más humildes, docenas de cubículos de dos por tres metros separados por unos tabiques de plástico extrudido y con delgadas puertas de espuma, están allí arriba, justo debajo del techo. Mi cuarto está cerca del eje. Tengo una habitación doble para mí solo, con la altura suficiente para estar de

pie y levantar las manos por encima de la cabeza. Supongo que es uno de los beneficios de ser un Prescindible. Es como lo que hacían los aztecas con sus jugadores de pelota: eran atentos con ellos, hasta que los subían a rastras al altar y les arrancaban el corazón.

El primer indicio de que podríamos tener un problema llega cuando voy a abrir la puerta de mi cuarto. Porque ya está abierta. La empujo y me da un vuelco el corazón. Hay alguien acostado en mi cama, tapado hasta la barbilla con mi sábana. Tiene el pelo aplastado contra la frente y unos regueros de lo que parecen mocos secos le recorren la cara. Avanzo dos pasos y empujo la puerta para cerrarla a mi espalda. Sus ojos se abren de repente con el portazo.

—Hola —digo.

La persona que está en mi cama se incorpora y se pasa una mano por la cara.

—¿Qué...? —Me mira y pone los ojos como platos—. Mierda —dice—. Soy Mickey8, ¿verdad?



A estas alturas debes estar preguntándote qué hice para acabar siendo designado Prescindible. Debió ser algo terrible, ¿verdad? ¿Tal vez maté a un cachorrito? ¿Empujé a una anciana por una escalera?

No y no. Lo creas o no, me ofrecí voluntario.

El truco que usan para convencerte para que te hagas Prescindible es que no lo llaman hacerse Prescindible. Lo llaman hacerse inmortal. Suena mucho mejor, ¿no?

No me gustaría que pareciera que soy idiota. Sabía en lo que me metía, más o menos, cuando firmé el contrato. Me tragué toda la arenga sentado en la oficina de reclutamiento en Midgard. La mujer que soltaba el discurso se llamaba Gwen Johansen. Era una mujer alta y rubia, corpulenta, con un rostro inexpresivo y una voz que sonaba como si se hubiera pasado la mañana comiendo piedras. Sentada tras su escritorio y sin levantar los ojos de la pantalla que tenía en las manos, me leyó una lista de cosas que podrían pedirme que hiciera y que posiblemente acarrearían la muerte de esa réplica concreta de mí.

Las salidas al exterior para misiones de reparación durante viajes interestelares estaban en la lista. También la exposición a la flora y la fauna locales, la participación en experimentos médicos necesarios y el combate contra cualquier ser hostil que pudiéramos encontrar, etcétera, etcétera. La lista era tan larga que acabé desconectando. Lo esencial era que daba igual lo que hicieran conmigo, yo no podría negarme a nada si quería el trabajo. No era piloto. Tampoco médico. No era genetista, botánico ni xenobiólogo. Ni siquiera era el último mono de la tripulación. No tenía conocimientos

prácticos de ninguna clase... pero de verdad que necesitaba largarme de Midgard, y lo antes posible. Era la primera nave colonizadora que se lanzaba desde que habíamos hollado Midgard hacía doscientos años y alistarme como Prescindible era la única manera que tenía de conseguir embarcarme en ella.

Sabía que en cuanto me tomaran las muestras de tejido y estudiaran mis archivos me pondrían el primero en la lista para todas las tareas calificadas de peligrosas a suicidas que surgieran. Con lo que no me quedé después de oír de cabo a rabo la letanía de Gwen fue la enorme cantidad de tareas entre peligrosas y suicidas que hay en una colonia cabeza de puente ni la asiduidad con la que me reclamarían para realizarlas. Es decir, cualquiera pensaría que utilizaríamos equipo manejado por control remoto para llevar a cabo la mayor parte de las tareas más tontas, como explorar grietas potencialmente inestables atestadas de fauna local posiblemente carnívora, por poner un ejemplo tomado al azar. Es lo que hicieron en Midgard, por eso precisamente pensé que este trabajo sería bastante tranquilo.

No obstante, resulta ser que hay un amplio abanico de cosas, la mayoría de las cuales incluyen dosis letales de radiación, pero también abusos de otras clases, que un cuerpo humano es capaz de tolerar durante un periodo de tiempo considerablemente mayor que una máquina. Y hay otro amplio abanico de cosas, la mayoría de las cuales incluyen experimentos médicos y similares, que una máquina no puede hacer. Es más, es mucho más sencillo reemplazar a un Prescindible que una máquina en una colonia cabeza de puente. Todavía pasará mucho tiempo hasta que empecemos a extraer minerales, no hablemos ya de que dispongamos de una industria pesada, así que todo el metal que se pierda se pierde para siempre hasta que eso esté en marcha. Por otro lado, para obtener la materia prima que se necesita para fabricar otro yo solo hay que poner en funcionamiento nuestra explotación agrícola.

Tampoco lo hemos conseguido aún. Cultivar algo en Niflheim fuera de la cúpula va a suponer un desafío a largo plazo, y hay algo en la microbiota local que parece cargarse también todo lo que intentamos cultivar dentro. Pero, en teoría, es un proyecto a un plazo mucho más corto.

Cuando Gwen terminó de leerme la lista con todas las cosas horribles que podrían pasarme, algunas de las cuales ya me han ocurrido, por supuesto, se recostó en la silla, cruzó los brazos y me miró durante unos incómodos segundos que se me hicieron eternos.

—¿Y bien? —me preguntó finalmente—. ¿Cree que es la clase de trabajo que le gustaría hacer?

Sonreí con la esperanza de transmitir seguridad en mí mismo y respondí:

—Sí, creo que sí.

Ella siguió mirándome hasta que noté cómo brotaban gotitas de sudor en mi frente. ¿Ya he mencionado que necesitaba desesperadamente este trabajo? Justo cuando iba a comentar algo sobre lo cómodo que siempre me había sentido a la hora de correr riesgos y la confianza que tenía en mi capacidad para sobrevivir en las circunstancias más adversas, ella se inclinó hacia delante y me soltó:

—¿Es usted rematada e irremediablemente imbécil?

Eso me dejó sin palabras un momento.

—No —contesté—. Creo que no.

—Ha oído todo lo que acabo de leer, ¿verdad? La lista entera.

Asentí con la cabeza.

—Por lo tanto, cuando he dicho «envenenamiento grave por radiación», por ejemplo, me ha entendido. Ha comprendido que lo que quería decir con eso es que seguramente lo enviarán a realizar tareas que podrían exponerlo a una dosis letal de radiación ionizante. Ha comprendido que como consecuencia de ello tendrá fiebre y erupciones cutáneas y le saldrán ampollas, y que con el tiempo sus órganos se licuarán y saldrán de su cuerpo por su ano durante un periodo de varios días, lo cual tengo entendido que es una muerte extremadamente dolorosa. ¿Le ha quedado claro todo eso?

—Sí —respondí—, pero eso nunca llegará a pasar, ¿no?

—Es muy probable que ocurra.

Negué con la cabeza.

—Sí, claro, seguro que lo de las radiaciones y eso pasará, pero no moriré después de una larga y dolorosa agonía. Puedo suicidarme, ¿no? Me tomo una pastilla, cierro los ojos y cuando vuelva a despertar seré mi nuevo yo, ¿no? Es decir, lo de la copia de seguridad se trata de eso, ¿no?

—Sí —dijo Gwen—. Eso sería lo lógico, ¿no? Pero el hecho es que la mayoría de los Prescindibles no lo hace.

Esperé a que continuara. Cuando quedó claro que no iba a añadir nada, pregunté:

—¿Qué es lo que no hace?

Gwen suspiró.

—Suicidarse. Según tengo entendido, rara vez se producen suicidios entre los Prescindibles, a pesar de que sería lo más lógico. Al parecer, tres horas de clases teóricas no bastan para anular el instinto de supervivencia que está arraigado en el ser humano desde hace mil millones de años. No hay quien lo

entienda. Además, en muchos casos se pide al Prescindible que aguante hasta el final, con independencia de cuál sea su deseo. Piense en los experimentos médicos, por ejemplo. No se pueden interrumpir sin más con una eutanasia prematura. Lo mismo ocurre con la exposición a la microbiota local. La Comandancia necesita conocer los efectos biológicos exactos que producen en el organismo humano y no le permitirán marcharse antes de recopilar todos los datos. ¿Entiende lo que le digo?

Asentí. No se me ocurría una respuesta más elaborada. Gwen se quedó mirando el techo un rato. Cuando finalmente volvió a mirarme, tuve la sensación de que se llevaba una decepción al verme todavía sentado enfrente de ella.

—Dígame, señor Barnes. ¿Qué es exactamente lo que le parece tan atractivo de este puesto de trabajo? —Gwen hincó los codos en la mesa y apoyó el mentón en las manos.

—Bueno —respondí—. Es decir... Aunque muera un par de veces, básicamente seré inmortal, ¿no? Eso es lo que ha dicho usted.

Gwen volvió a suspirar, esta vez haciendo más ruido.

—De acuerdo. Es usted imbécil. Normalmente intentamos no discriminar, pero en este caso el hecho es que la Misión Prescindible es un puesto extraordinariamente importante para una expedición colonizadora. Incluso una mente tan simple como resulta evidente que lo es la suya ocupa un espacio de almacenamiento inimaginablemente grande. Prepararlo para una copia de seguridad requiere el uso de una cantidad ingente de recursos. Si finalmente se queda el trabajo, la suya será la única personalidad descargable y su modelo biológico será el único que esté a disposición de su colonia. Eso significa que, si las cosas se tuercen, podría encontrarse en la situación de ser el único ser vivo que quedara a bordo de la *Drakkar*. En ese caso sería el responsable del bienestar de miles de embriones humanos, entre otras cosas. ¿Es esa una responsabilidad que está dispuesto a asumir?

Le respondí con una sonrisa nerviosa. Ella me miró detenidamente durante lo que me pareció una eternidad, luego se echó hacia atrás en la silla hasta que las patas de delante se levantaron del suelo, juntó las manos detrás de la cabeza y volvió a depositar su atención en el techo.

—¿Sabe cuánta gente ha presentado su candidatura para este puesto en concreto? —me preguntó finalmente.

—Esto... No.

—A ver si lo adivina. Hemos recibido más de diez mil candidaturas en total para esta expedición. Solo para los puestos de pilotos atmosféricos se

han presentado seiscientas solicitudes. ¿Sabe cuántos puestos de pilotos atmosféricos ofrecemos?

Ahora sé la respuesta a esa pregunta porque Berto lo ha mencionado como un millar de veces desde que salimos disparados de la órbita, pero entonces no tenía ni idea.

—Dos —dijo Gwen—. Hemos recibido seiscientas solicitudes para dos puestos. Y no de unos pilotos domingueros cualesquiera. Cada uno de esos seiscientos candidatos está más que cualificado para el puesto. Miko Berrigan ha presentado su solicitud para dirigir nuestro departamento de Física. ¿Se lo puede creer?

Negué con la cabeza. No tenía ni idea de quién era Miko Berrigan, pero al parecer ese tipo era la hostia en el campo de la física.

Ahora sé que di en el clavo.

También sé que Miko Berrigan es un capullo, pero eso realmente no es relevante para la historia.

—Lo que quiero que comprenda, señor Barnes —continuó Gwen—, es que hemos podido elegir entre lo mejor de lo mejor para esta expedición. Como estoy segura de que ya sabrá, es un grandísimo honor ser seleccionado para una misión de cabeza de puente de una colonización, un honor al que la mayoría de la gente ni siquiera tiene la oportunidad de aspirar. Si quisiéramos, podríamos llenar todos los camarotes de la *Drakkar* con personas que tuvieran un ojo verde y el otro azul y aun así contaríamos con una tripulación completamente cualificada.

Gwen volvió a apoyar la silla en el suelo con un golpetazo y se inclinó sobre el escritorio para acercar su cara a la mía. Yo tuve que reprimir un estremecimiento.

—Lo cual me devuelve al asunto de nuestro Prescindible —añadió—. ¿Sabe cuántas candidaturas hemos recibido para ese puesto?

Negué con la cabeza.

—La suya. Usted es la única persona que ha rellenado la solicitud para ese puesto. Estábamos considerando seriamente la posibilidad de solicitar a la Asamblea que nos diera autoridad para, digámoslo así, reclutar a alguien, cuando usted entró por esa puerta. Ahora bien, de acuerdo con la puntuación que ha obtenido en las pruebas estandarizadas que ha realizado, es obvio que usted no es completamente estúpido. De hecho, aquí dice que es... historiador.

Asentí con la cabeza.

—¿Eso es un trabajo?

—Lo es —respondí—, o al menos lo era. El estudio de la historia permite...

—¿No está hasta el último detalle de la historia conocida disponible para cualquier persona?

Asentí nuevamente.

—Entonces, ¿por qué usted se considera más historiador que, por ejemplo, yo misma?

—Bueno, lo cierto es que yo me he molestado en estudiar todos esos detalles.

Gwen puso los ojos en blanco.

—¿Y le pagan por eso?

Dudé antes de responder:

—Supongo que podría considerarse más una afición que un trabajo.

Gwen me miró fijamente durante unos cinco segundos, luego negó con la cabeza y suspiró.

—En cualquier caso, el puesto para el que presenta su candidatura no es una afición. Es a todos los efectos un trabajo, del cual nunca podrá dimitir. Dígame, ¿qué le sugiere el hecho de que no haya nadie más en el planeta que quiera este trabajo, señor Barnes?

Me miró como si esperara una respuesta, pero la verdad es que yo no tenía ni idea de qué contestar. Finalmente puso los ojos en blanco de nuevo y deslizó por el escritorio un lector de biohuellas hacia mí. Apreté el dedo pulgar en el dispositivo y noté un leve pinchazo cuando me extrajo una muestra de ADN. Gwen cogió el lector y miró la pantalla.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dije.

Gwen levantó los ojos hacia mí y me miró con una expresión inescrutable.

—Claro. ¿Por qué no?

—Si nadie ha presentado una solicitud para este trabajo, si de hecho estaban pensando en reclutar a alguien, ¿por qué se esfuerza tanto en convencerme para que yo retire mi candidatura?

Ella volvió a bajar la mirada al lector.

—Es una pregunta excelente, señor Barnes. Supongo que es porque me parece usted una persona decente y preferiría que el trabajo se lo quedara un capullo. —Entonces se puso en pie, dejó el lector en el escritorio y me tendió la mano—. En todo caso, supongo que el trabajo será para usted. Bienvenido a bordo.

La pregunta que Gwen debería haberme hecho y pasó por alto es la siguiente: ¿qué odia tanto de Midgard para que esté dispuesto a correr el riesgo de que se le licuen los órganos con tal de largarse de aquí? Es decir, Midgard es un sitio bastante agradable, como lo son todos los mundos colonizados de tercera generación. Está situado en el mismo centro de la mejor zona de una gigante roja que acababa de tragarse su sistema interior. Eso significa que tuvieron que hacer un poco de terraformación cuando la primera nave holló su superficie, lo cual debió de ser un coñazo. Sin embargo también tenía una ventaja, ya que, a diferencia de nuestro actual hogar, Midgard no era habitable desde hacía tanto tiempo como para que haber generado una vida autóctona problemática. Estoy seguro de que el Prescindible de entonces también pasó malos ratos, pero al menos a él no se lo podían zampar en cualquier momento.

Midgard es un planeta sin apenas inclinación axial, así que las estaciones del año no son una preocupación. Hace calor en el ecuador y frío en los polos. Hay un par de océanos vastos, poco profundos y con agua de baja salinidad, y un continente que da la vuelta a todo el planeta y los separa. La sobrepoblación tampoco es un problema. En una megápolis de la Tierra anterior a la Diáspora había más gente que en todo Midgard. Las playas son bonitas. Las ciudades están limpias. El gobierno es elegido democráticamente y su función se limita básicamente a gestionar la economía. Ni siquiera ese sol gordo y rojo que ocupa la mitad del cielo me ha molestado nunca, aunque he de reconocer que, no me preguntes por qué, me parece mucho más natural el pequeño sol amarillo que tenemos aquí.

Por lo tanto, ¿cuál era el problema? Seguro que ya has hecho tus conjeturas, así que vamos a repasar la lista. ¿Una ruptura amorosa? No. He tenido unas cuantas novias, unas mejores y otras peores, pero con ninguna acabó tan mal la cosa como para hacerme querer escapar del planeta. ¿Problemas económicos? No me creo que hayas pensado eso. En Midgard casi nadie tiene problemas económicos. La industria y la explotación agrícola estaban automatizadas prácticamente por entero y el gobierno distribuía los beneficios secundarios entre los ciudadanos, como ocurre en la mayoría de los planetas de la Unión. Desde todos los puntos de vista, Midgard era casi un paraíso.

Mi problema con Midgard resultaba ser exactamente el mismo problema que tuve para salir de allí. No era científico. Ni ingeniero. No tenía talento para el arte, ni para el entretenimiento, ni para la retórica. Era, soy, esa clase de persona que en una época anterior habría sido un humilde intelectual. Habría leído libros raros hallados en archivos recónditos y escrito sesudos

ensayos que nadie habría leído jamás. En una época anterior habría pasado mis días en una fábrica, o en una mina, o quizá en la infantería. En Midgard, sin embargo, no había intelectuales humildes. Como Gwen señaló con tanta delicadeza, la historia estaba a disposición de todas las personas. Con un pestañeo al ocular o un par de clics en la tableta podías saber todo lo que necesitabas saber sobre absolutamente cualquier tema. Por supuesto, nadie perdía el tiempo en eso.

Ya puestos, tampoco había trabajo en las fábricas, ni en las minas, ni siquiera en la infantería. Mi salario estándar me alcanzaba para tener un techo encima de la cabeza y llenarme la barriga, pero, por mucho que me esforzara, no comprendía qué sentido tenía la vida. No se me ocurría una sola cosa que cambiara en el universo si un día me daba por tirarme desde el balcón.

Así pues, como todos los jóvenes a lo largo de la historia, dedicaba una enorme cantidad de tiempo a buscar maneras de meterme en líos.



—Vaya —digo—. Parece que tenemos un problema.

Estoy sentado en la silla de mi escritorio, de cara a la cama. Ocho se ha sentado en la cama y está inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos. Sé cómo se siente. La primera vez que te despiertas después de que te saquen del tanque es como la peor resaca del mundo, sazónada con un poco de lepra y un toque de malestar por descompresión.

—¿Eso crees? Estamos jodidos, Siete. Peor que jodidos. ¿Cómo se te ha ocurrido permitir que esto pase?

Suspiro, me arrellano en la silla y me froto la cara con las manos.

—¿A qué parte te refieres? ¿A esa en la que Berto me dio por muerto porque tenía tanto miedo de que se lo comieran vivo que no volvió para rescatarme? ¿O a la parte de mi inoportuna no muerte?

—No lo sé. A cualquiera de las dos. ¿Me pasas una toalla?

De la puerta del armario cuelga una toalla de manos. La cojo y se la lanzo. Ocho se limpia el grueso de la porquería de la cara y el cuello y luego lo intenta con el pelo.

—Es inútil —digo.

Me fulmina con la mirada y sigue frotándose el cabello.

—Ya lo sé, capullo. Todavía recuerdo cuando tú despertaste después de salir del tanque. Recuerdo cuando despertó Seis, y Cinco, y Tres, y... Bueno, creo que ya está, la verdad. En cualquier caso, recuerdo todo lo que tú recuerdas.

—No todo —digo—. Hace un mes que no subo una copia de seguridad.

Me tira la toalla mugrienta, se levanta de la cama y abre el armario.

—También estás retrasado con la colada, ¿eh?

—No tanto. Han sido unas semanas agitadas.

Ocho coge un sudadera sucia y unos pantalones de chándal de la balda superior.

—¿No hay ropa interior limpia?

—Mira debajo de la cama.

Me lanza una mirada que está a medio camino del odio y el asco.

—¿Qué te ha pasado? No recuerdo que fuéramos unos cerdos.

—Ya te lo he dicho. Han sido unas semanas agitadas.

Apoya una rodilla en el suelo y saca unos calzoncillos de debajo de la cama, los sostiene un momento en el aire con el brazo extendido, luego se los acerca un poco y los huele con aprensión.

—Están limpios —le tranquilizo—. Acabaron ahí porque los quité de en medio de una patada.

Ocho me clava una mirada feroz. Se da la vuelta y se viste.

—Gracias —digo—. Por raro que suene, es incómodo verse uno mismo paseándose por ahí desnudo.

—Ya. Seguro que sí.

Ocho se sienta otra vez en la cama y se pasa las manos por el pelo. Aún está tieso y brillante, pero por lo menos ha comenzado a separarse en mechones. De todos modos no tendrá buen aspecto hasta que se pase el estropajo un par de veces.

—Bueno, ¿y ahora qué? —dice.

Lo miro fijamente. Él deja de jugar con el pelo y también me mira.

—¿Qué? —me pregunta.

—Bueno... —respondo—. Es decir, tú no deberías haber salido del tanque, ¿no? Yo no estoy muerto. Si Comandancia descubre que somos más de uno...

Sus ojos adquieren una expresión dura, iracunda.

—Habla claro, Siete.

—Vamos —digo—. Tú lo sabes tan bien como yo. Uno de los dos tiene que desaparecer.

Lo más parecido que puede encontrarse en la larga historia de la humanidad hasta el momento de la Diáspora y la formación de la Unión probablemente sea la colonización de Micronesia. Las islas del Pacífico de la antigua Tierra son pequeñas y están separadas por varios cientos o a veces miles de kilómetros de océano. Las habitaban unos pueblos que se movían en canoas

con batangas de doce metros impulsadas con remos. Cuando esas gentes arribaban a otra isla, solo contaban con lo que les quedara en las embarcaciones después de la travesía para sobrevivir hasta que conseguían obtener algo comestible de la nueva tierra.

Esa es básicamente nuestra situación, con la única diferencia de que nuestras embarcaciones son un poco más grandes, nuestros viajes son muchísimo más largos y no tenemos la más remota idea de si los cultivos que llevamos a bordo crecerán donde aterricemos. Como consecuencia de ello, hay una regla rigurosa que todas las personas que se embarcan conocen y aceptan: no hay gordos en las colonias cabeza de puente.

Cuando hollamos la superficie del nuevo planeta se estableció que las raciones diarias básicas serían de mil cuatrocientas kilocalorías. A partir de ahí se incrementarían individualmente de acuerdo con la masa corporal y el calendario de trabajo de cada uno. Desde entonces se han reducido las calorías diarias dos veces porque, por causas que desconocemos, ni siquiera en los tanques hidropónicos crecen los cultivos en este sitio. Todavía no hemos recurrido al canibalismo, pero la mayoría nos hemos quedado en los huesos.

Lo que intento decir es que, aunque tener varias copias de uno mismo pululando por ahí no fuera el mayor tabú que existe en la Unión, a la hora de la cena no sobra comida para un Prescindible de más.

—Mira —dice Ocho—. Si piensas que estoy deseando meterme de un salto en la biorrecicladora por ti, te vas a llevar una seria decepción. Comprendo que tú no tienes el cien por cien de la culpa de esta situación, pero yo tengo el cero por ciento.

Me pongo a caminar en círculo por el cuarto, lo cual, en una habitación de tres por dos, no ayuda en nada. Ocho está sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, y se masajea las sienes para intentar aplacar el malestar que siente tras salir del tanque.

—No se trata de decidir quién tiene la culpa —digo—, sino de arreglar el problema.

—Vale, pues hagamos las dos cosas. Salta tú a la recicladora.

Niego con la cabeza.

—No, esa opción está descartada.

Ocho me mira fijamente, luego se estremece y se saca de un oído un pegote solidificado de fluido del tanque.

—No es justo. Yo llevo vivo... ¿cuánto? ¿Veinte minutos? Tú has tenido un par de meses por lo menos. Deberías ser tú el que se fuera.

Sonríó, pero no de una manera cordial.

—Oh, no —digo—. No me vengas con eso. Tienes treinta y nueve años, como yo. Tienes hasta el último recuerdo y la última experiencia que tengo yo, menos las seis semanas que han pasado desde mi última copia de seguridad. Ni siquiera sabrías que acabas de salir del tanque si no estuvieras todo pringado.

Me mira con cara de pocos amigos.

Le miro fijamente.

—Es absurdo seguir discutiendo sobre este asunto, Siete. Es decir, ¿no ves que nunca nos pondremos de acuerdo?

Tiene razón, por supuesto. Estamos ante la típica discusión que solo termina cuando una de las partes se da por vencida al cabo de un rato. No es como pagar la cuenta en un restaurante. No podemos alternarnos.

—Vale —digo—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Informamos a Comandancia?

—No —responde Ocho, quizá con excesiva precipitación—. Mala idea. Marshall ya nos considera una abominación. Si descubre que somos más de uno nos matará allí mismo a los dos. Nadie puede enterarse de esto.

La verdad es que si fuéramos ahora a verlo, Marshall probablemente diría que Ocho no debería haber salido del tanque y que, por lo tanto, había que revertir el proceso y devolverlo a su estado líquido sin demora. Me planteo comentárselo a Ocho, pero...

No sé. Quizá Ocho tenga razón. En cierta manera me parece injusto enviarlo de nuevo a la inexistencia antes incluso de que se haya sacado la porquería del tanque de los oídos.

Pero ¿qué alternativa tenemos? Yo tengo tan pocas ganas como él de que me tiren al pozo de los cadáveres.

—Escucha —digo—. Podemos arreglarlo. Voy a cambiarme de ropa y limpiaré un poco esto. Mientras tanto, tú ve a la ducha química y sácate los restos de la mugre del tanque. Nos reuniremos en la recicladora dentro de media hora.

Me mira con recelo antes de levantarse.

—De acuerdo —dice—. Media hora. Hasta luego.

Da dos pasos hasta la puerta, gira el pestillo y la abre. Justo cuando va a salir al pasillo duda y se vuelve para mirarme.

—Oye, no irás a jugármela, ¿verdad? Es decir, no estarás pensando en llamar a Comandancia mientras estoy en la ducha para que tomen una decisión sobre nosotros, ¿eh?

—No —le aseguro—. Yo nunca haría eso, aunque estoy convencido de que ganaría yo. Lo solucionaremos por nuestra cuenta.

Ocho sonrío.

—Gracias, Siete. Nos vemos dentro de media hora —se despide, y cierra la puerta al salir.

Ocho probablemente necesitará una hora. Limpiarse el pringue del tanque es una pesadilla, y la ducha química no es lo más eficaz. Me acuesto para echar una cabezada cuando llaman a mi puerta con unos golpes suaves.

—Adelante —digo.

La puerta se abre. Berto asoma la cabeza y echa un vistazo dentro. Luego entra y vuelve a cerrar la puerta.

—¿Qué tal, colega? ¿Cómo te encuentras? —pregunta.

Se sienta detrás del escritorio, como había hecho yo cuando entré y me encontré a Ocho en mi cama. Yo no tengo ese problema, pero Berto es demasiado grande para esa silla. Él mide casi dos metros, lo cual es una rareza en una misión de cabeza de puente, donde se prefiere lo compacto, tanto por una cuestión de comodidad como de eficiencia. Yo apenas llego al metro sesenta, y la mía es la estatura media de la tripulación. Entre la restricción calórica y el hecho de que la mayor parte del tiempo tiene que agachar la cabeza y comprimir su cuerpo, Berto parece un insecto palo pálido y pelirrojo.

Me incorporo en la cama y me echo el pelo hacia atrás con la mano. Escondo la mano vendada debajo de la manta.

—Bien, supongo.

—Tienes muy buen aspecto para estar recién salido del tanque. ¿Ya te has pasado el estropajo?

Asiento con la cabeza. Berto me mira fijamente un momento y luego aparta los ojos de mí.

—Bueno, ¿qué ha pasado esta vez? —pregunto—. ¿Qué le ocurrió a Siete?

Berto sacude la cabeza.

—Hermano, es mejor que no lo sepas.

—Eh, ¿no es eso exactamente lo que dijiste sobre Seis?

Berto me mira otra vez.

—Tal vez. No me acuerdo. ¿Acaso importa?

—Sí —respondo—, sí importa. Tú eres piloto, ¿verdad? ¿Qué es lo último, lo más importante que estás obligado a hacer si te derriban?

Berto entrecierra los ojos.

—Siempre hay que informar de qué es lo que te mata.

—Exacto. Pues lo mismo sucede con los Prescindibles. Por eso, cada vez que Marshall me mata me obliga a subir una copia de seguridad justo antes de dejar el mundo. Me gustaría saber qué le pasó a Siete para evitar que me pase a mí. Y podríamos aprovechar para que me contaras lo que le ocurrió a Seis. Sea lo que sea lo que acabó con él, estoy seguro de que podré digerirlo.

Berto me mira detenidamente. Luego se encoge de hombros y vuelve a mirar a otro lado. Tomo nota mental de que debo invitarle a apostar la ración diaria al póker alguna vez. Se le da fatal mentir.

—Seis y Siete murieron de la misma manera, acosados por un enjambre de gusanos.

—De acuerdo. ¿Dónde ocurrió y qué estaba haciendo yo en ese momento?

Berto suspira.

—Estabas fuera, realizando uno de los estúpidos paseos de Marshall. Estos últimos meses te ha tenido la mayor parte del tiempo cartografiando las grietas que hay alrededor de la cúpula y explorándolas en busca de gusanos. Personalmente no lo entiendo, pero parece haber desarrollado alguna clase de obsesión con esos bichos. —Duda antes de continuar—: A veces tú también pareces obsesionado con ellos, la verdad. Cuando empezó con todo ese rollo no parabas de protestar. Pero al cabo de una semana o así de que Siete saliera del tanque dejaste de hacerlo. En estas últimas semanas aceptabas sin rechistar la orden y salías. ¿Tienes alguna idea del porqué?

Niego con la cabeza.

—No tengo recuerdos de las últimas seis semanas. Al parecer, Siete no llevaba al día las copias de seguridad.

—Ya, me comentó algo al respecto anoche, cuando se dio cuenta de que iba a morir.

Me rasco el mentón con la mano sana.

—¿De verdad? ¿El último pensamiento que tuvo mientras lo descuartizaban los gusanos fue que últimamente no había estado subiendo copias de seguridad?

La boca de Berto se abre y se cierra dos veces sin emitir sonido alguno, como un pez sacado del agua. Yo tengo que apretar los dientes para que no se me escape la risa. En serio que miente fatal.

—Fue antes —consigue decir finalmente—. Supongo que tuvo una premonición.

—Una premonición.

—Sí. Bueno, es una suposición.

Podría insistir en el asunto, pero yo también tengo un secreto que hay que mantener oculto, así que decido no presionarlo.

—En todo caso —añade Berto—. Dejé a Siete cerca de una grieta situada a unos ocho kilómetros del perímetro ayer por la tarde. Llevaba encima un burner. Como de costumbre, tenía que cartografiar la zona y buscar gusanos, con el objetivo de volver con uno si era posible. Yo debía recogerlo en la siguiente pasada.

—Pero la misión salió mal.

—No, no salió mal. Surgieron de la nieve todos a la vez, casi en el mismo momento en que lo dejé. Eran veinte o treinta. Yo estaba justo encima de él, pero lo descuartizaron antes de que pudiera bajar la pinza para recogerlo.

Comprendo que no quiera reconocer que me abandonó a una muerte segura. Es una de esas cosas que podría acabar para siempre con una amistad. Sin embargo, ahora me surge la duda de qué fue lo que le pasó realmente a Seis. ¿También me mintió sobre él?

—En cualquier caso —continúa Berto—, quería pasarme para asegurarme de que estabas bien. He pensado que podríamos presentar un informe rápido a la Comandancia y después desayunar juntos.

Lo último que quiero hacer ahora mismo es informar a la Comandancia. En todo caso, primero me gustaría arreglar las cosas con Ocho.

—Verás, la verdad es que todavía me siento como si me hubieran dado una paliza. Ve tú a desayunar si te apetece, yo quiero echar una cabezada. Cuando me levante iré a Seguridad para registrarme y después podemos ir a hablar con la Comandancia si quieres.

Me mira con recelo. Se huele que pasa algo raro. Normalmente salgo disparado hacia la cafetería en cuanto salgo del tanque. Aquí nadie se salta una comida por propia voluntad. Aparte de eso, la bioimpresora no imprime comida dentro de tu aparato digestivo. Cuando te despiertas tienes el estómago como si hubieras ayunado durante las últimas setenta y dos horas.

—Vale —dice—. Pero no tardes. Ya sabes que sintetizar tu culo le pega un buen bocado a nuestras reservas de proteínas. La Comandancia querrá saber lo que ocurrió y por qué, y cómo pensamos recuperar el déficit. Es tu segunda replicación en ocho semanas, así que esta vez se nos tendrá que ocurrir una buena excusa.

—Podemos contarles la verdad de lo que pasó.

Berto niega con la cabeza.

—Debemos ser un poco creativos. La Comandancia está especialmente susceptible cuando se trata de gastar calorías y proteínas, y Marshall no va a aceptar asumir la responsabilidad de lo ocurrido a pesar de que esas estúpidas salidas son idea suya. Probablemente te echará la bronca por no haberte defendido como es debido, y seguro que se cabreará conmigo por no haber bajado para recuperar tu cuerpo. Sinceramente, si esto sigue así llegará un momento en que se negará a autorizar tu replicación.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Eso es una premonición?

—Oye, ¿seguro que estás bien? Te noto un poco raro, Mickey.

Me froto los ojos con la mano derecha. Espero que no se haya fijado en que no he sacado la izquierda de debajo de la manta en todo el rato.

—Sí —respondo—, estoy bien. Necesito dormir un poco para recuperarme del mal del tanque. Te veo en la cafetería dentro de una hora.

Berto me mira de arriba abajo. Luego se pone en pie, se acerca a mí y me da una palmadita en la pierna.

—Buen chico. Te guardaré un poco de puré.

—Gracias, Berto. Eres un colega de verdad.

—Por cierto —dice cuando la puerta ya está cerrándose a su espalda—. No he podido evitar fijarme en que no has movido la mano de tus partes en todo el rato que he estado contigo. Ándate con ojo. Nasha podría ponerse celosa.

—Lo sé, Berto. Gracias por avisar de todas maneras.

—De nada. Te veo dentro de una hora.

Oigo sus risitas al otro lado de la puerta cuando la cierra.

He muerto seis veces en los últimos ocho años. Seguro que piensas que ya me he acostumbrado.

Para ser justos he de decir que una de esas muertes me pilló por sorpresa, otra fue en una situación de emergencia y en otra mi réplica se negó a subir una copia de seguridad antes de morir. Solo recuerdo lo que se sube, así que lo único que sé sobre lo que les pasó a esas copias de mí es lo que Nasha o Berto me han contado, o lo que he visto en las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad. Pero las tres restantes fueron planificadas, y el procedimiento estándar determina que el Prescindible debe subir una copia de seguridad en el momento más próximo a su defunción, básicamente por la

razón que le he dado a Berto, es decir, que la siguiente réplica debe saber lo que le ocurrió a la anterior para así, con un poco de suerte, evitar que se repita. Por lo tanto, supongo que estoy más familiarizado de lo que llegará a estarlo cualquier otra persona con la sensación de vacío que tengo en el estómago ahora mismo.

Por supuesto, esta vez no tiene nada que ver con las anteriores. Para empezar, los otros Mickeys sabían que iban a palmarla. A menos que Ocho esté planeando clavarme un puñal por la espalda o algo por el estilo, esta vez solo tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de morir.

No estoy seguro de que eso sea bueno. El hecho de tener la certeza absoluta de lo que va a pasarte procura cierta paz. La posibilidad de que llegue vivo a la hora de comer me produce ansiedad y al mismo tiempo me da esperanza.

Sin embargo, la mayor diferencia entre esta vez y las anteriores no es la incertidumbre. La mayor diferencia es que, hasta ahora, cada vez que moría por lo menos podía crearme la mitad de las chorradas que mis cuidadores me soltaban sobre mi inmortalidad. Sabía que un par de horas después de que Mickey3 muriera, Mickey4 saldría del tanque, y no me costaba imaginar que yo seguiría siendo el mismo en los dos cuerpos, como si cerrara los ojos y volviera a abrirlos.

Si ahora muriera, sin embargo, no saldría otro yo del tanque. El otro yo ya está aquí y, a pesar de las apariencias, Ocho no es ni mucho menos una continuación de mí.

Y, sinceramente, tengo la impresión de que ni siquiera le caigo bien.

La recicladora está en la planta baja y en el lado opuesto de donde se encuentra mi habitación. El paseo en realidad es corto, pero esta mañana se me está haciendo larguísimo. Los pasillos están casi vacíos y mientras camino lo único que oigo son mis pasos y mi pulso en los oídos. Sé que no hay una razón para ello, pero en lo más profundo de mi ser tengo la sensación de que esto va a terminar mal para mí. Cuando subo los dos escalones que llevan a la puerta de la recicladora me siento como si estuviera subiendo la escalera del patíbulo.

La biorrecicladora es el corazón y el alma de todas las colonias cabeza de puente. Se ocupa de nuestra mierda, de los pedúnculos de los tomates, de las peladuras de las patatas y de los huesos y los cartílagos mordisqueados de los conejos, del pelo y de las uñas que nos cortamos, de las costras que se nos caen, de los pañuelos de papel después de usarlos y, en último lugar, de

nuestros cadáveres. A cambio, nos devuelve puré de proteínas, batido de vitaminas y fertilizante. A nadie le gusta vivir a base de la pasta obtenida de la recicladora, pero una colonia desesperada es capaz de hacerlo durante mucho tiempo.

La recicladora desintegra cualquier cosa que eches al pozo de los cadáveres en los átomos que la componen y luego vuelve a juntarlos en el orden que le pidas. Este proceso requiere una cantidad de energía obscena, pero nuestra central eléctrica es un motor de nave espacial que utiliza energía obtenida de la antimateria. Energía es lo único que tenemos de sobra.

Ocho entra justo cuando acabo de introducir mi código de acceso en la consola de control. Levanto la tapa de seguridad, aprieto el gran botón rojo y el pozo de los cadáveres se abre como si fuera el iris de un ojo en el suelo, en el centro de la cámara.

El pozo de los cadáveres es una de esas cosas en las que evitamos pensar. Solo lo he visto abrirse en las raras ocasiones en las que me he tenido que encargar de la basura, y la verdad es que nunca he echado un vistazo a su interior. No sé cómo te imaginas la boca de una central de antimateria (¿como un infierno de llamas rugientes y con un fuerte olor a azufre, quizá?), pero en realidad es muy silenciosa e inodora, y a su manera es bastante bonita. Al principio no es más que un disco negro plano, pero luego el campo de descomposición comienza a atrapar motas de polvo, que desaparecen de una en una convertidas en diminutos destellos de luciérnaga.

No está mal.

En todo caso, es mejor que acabar descuartizado por un enjambre de gusanos.

—¿Estás listo? —pregunta Ocho.

Me encojo de hombros.

—Sí, supongo que sí. Para serte sincero, ahora me arrepiento un poco de no haber informado a la Comandancia, pero hagámoslo de una vez.

Ocho sonrío y me da una palmada en la espalda.

—Me caes bien, Siete. Me sentiré fatal cuando te tire al pozo.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué es eso de tirarme?

Se le borra la sonrisa de los labios.

—Piénsalo. ¿De verdad quieres entrar ahí despierto?

¡Eh! Bien pensado. A los cadáveres reales se los desciende lentamente al agujero. No sé cuál es la tasa de alimentación de esta máquina, pero, si es

menos que infinito, la manera más inteligente de entrar ahí es sin conocimiento o muerto.

Ocho se da la vuelta para ponerse a mi lado y mira el pozo.

—Aún estás a tiempo de hacer lo correcto y ofrecerte voluntario para ser el que se marche.

—Sí, claro. Tú también —respondo.

Ocho me pasa un brazo por los hombros.

—Pero eso no va a pasar, ¿eh?

—No lo creo.

El disco ha vuelto a ponerse negro. Imagino que ya no hay polvo. Ocho reúne dentro de la boca un pegote del fluido del tanque y escupe. Su escupitajo destella cuando entra en el agujero, hace un breve ruido de siseo y desaparece.

—Tiene pinta de que va a ser más doloroso de lo que pensaba.

—Sí —digo—. Creo que primero te estrangularé y luego te arrojaré al pozo.

Ocho sonrío.

—Gracias, Siete. Tu altruismo me conmueve.

Nos quedamos callados un rato. Noto cada vez más pesado el brazo que ha puesto encima de mis hombros, hasta que finalmente me aparto de él y me vuelvo para mirarlo a los ojos.

—A ver —digo—. ¿Vamos a hacerlo o no?

—Supongo que sí.

Ocho levanta la mano izquierda y yo la derecha, las cerramos y contamos juntos:

—Uno... Dos... Y... Tres. Ya.

Desde el principio tenía pensado sacar piedra, pero entonces recuerdo que él es yo, así que probablemente pensamos igual. ¿Papel entonces? Pero ¿y si él está pensando lo mismo? A lo mejor espera que saque papel y él sacará tijeras. Eso me lleva de nuevo a la piedra. Menos mal, porque todo este razonamiento ha consumido el tiempo y todavía tengo la mano cerrada.

Bajo la mirada.

Ocho sostiene la mano completamente abierta en el aire.

—Lo siento, hermano —dice.

Ya, seguro que lo sientes.

Gracias, capullo.



Arrodillado en el suelo, con la cara a quince centímetros de la interfaz del campo de descomposición y ante la perspectiva de convertirme en puré para los hambrientos colonos de Niflheim, me doy cuenta de que estoy dándole vueltas otra vez a la pregunta de si tomé la decisión correcta cuando apreté la yema del dedo pulgar en el lector de huellas en la oficina de Gwen Johansen hace nueve años.

A pesar de todo, todavía me digo que sí. En realidad no tengo ninguna duda de que hice lo que debía.

No volví directamente a casa cuando salí de la oficina de Gwen. Me habría gustado hacerlo, porque tenía hambre, estaba cansado y me habría sentado bien una ducha. Sin embargo, no podía hacerlo, por la misma razón que no podía rechazar la tentadora oferta de una inmortalidad más que cuestionable de Gwen. Verás, me habían puesto en la puñetera lista de Darius Blank, y, que yo supiera, no había una manera razonable de salir de ella.

La raíz de este problema en concreto (como la raíz de buena parte de mis problemas, ahora que lo pienso) era Berto.

Berto era la única persona a bordo de la *Drakkar* que conocía antes de darle mi ADN a Gwen y entregarle mi vida. Nos conocimos en el colegio. Él era alto, listo, atlético y extrañamente guapo teniendo en cuenta cómo resultó ser. Yo era... bueno, no he cambiado mucho desde entonces, así que solo era más joven. Nos unían nuestra pasión por el simulador de vuelo, que él dominó en menos de una hora y en el que yo seguía estrellándome cuando nos graduamos, y nuestro odio a los administradores de la escuela, quienes a su vez me odiaban porque estaba obsesionado con la historia y perdía el tiempo

con ella cuando podría haber estado estudiando algo útil; sin embargo a Berto lo adoraban como si fuera el hijo que nunca habían tenido. En décimo, el instructor de cálculo de Berto le aconsejó que se replanteara pasar tanto tiempo conmigo si quería alcanzar su máximo potencial.

Creo que Berto se tomó eso como otro desafío.

Lo que quiero que entiendas sobre Berto es que era uno de esos odiosos chicos a los que se les da de fábula casi todo lo que prueban. Cuando teníamos quince años, su madre le regaló una raqueta de pogbol. Nunca fue a clases ni se apuntó a la liga de aficionados. Se pasó un par de meses lanzando pelotas contra la pared del edificio de administración después de las clases para estudiar el intrínquilis del juego, jugó una temporada en el equipo de la escuela, mejoró un montón y se apuntó a un torneo para profesionales y aficionados. Nadie sabía quién era cuando se presentó en el primer partido. Lo ganó sin despeinarse, y cuando la semana llegó a su fin, Berto acabó segundo en su categoría. Al año siguiente ganó la división de aficionados. El verano después de graduarnos comenzó a jugar por dinero. Cuando dos años después lo dejó para empezar a estudiar en serio para ser piloto, ocupaba el décimo puesto en la clasificación planetaria de jugadores de pogbol.

Todo esto no habría tenido mayor importancia de no ser porque nueve años después yo vivía en el apartamento más anodino que te puedas imaginar en la parte más anodina de Kiruna y Berto había sido seleccionado para formar parte de la tripulación de la *Drakkar*. Estábamos sentados en una cafetería llamada Shaky Joe, matando el tiempo tomando un té mientras esperábamos a que empezara un partido en la pantalla del bar, cuando me comentó que estaba pensando en volver a coger la raqueta para una última participación en el torneo de primavera para profesionales y aficionados antes de desaparecer para siempre en lo desconocido.

—Piénsalo —dijo—. Si gano el trofeo después de tanto tiempo retirado, me convertiré en una leyenda. Dentro de cien años aún se hablará de mí.

Abrí la boca para responder que sí, que sería una leyenda, pero no porque ganara un torneo planetario y luego desapareciera en el crepúsculo, sino porque se había creído capaz de lograr tamaña hazaña después de pasar nueve años retirado y había perdido por cien puntos de diferencia el primer partido contra un chaval de dieciocho años.

Sin embargo no fue eso lo que le dije, porque de repente me di cuenta de que yo sabía una cosa que la mayoría de la población de Kiruna ignoraba, y es que en los últimos nueve años Berto había pasado conmigo casi todo el tiempo que no estaba volando o en órbita. La gente aún recordaba al Berto

Gomez veinteañero que derrotaba sin sudar a experimentados jugadores profesionales. Lo recordaban haciendo cosas con la raqueta que no sabían que eran posibles hasta que se las veían hacer a él, y recordaban que los comentaristas se referían a él como el jugador más talentoso que hubieran visto jamás. La gente no tenía ni idea de que no había tocado una raqueta en nueve años.

Así que lo que dije fue:

—Sí, adelante, tío. Te convertirás en una leyenda.

Así que siguió adelante con su idea y se apuntó al torneo. Un medio de comunicación cubrió la noticia y publicó un reportaje con fotografías de su último torneo, que había ganado sin perder un solo juego.

Yo, por mi parte, reuní todos los créditos que tenía y una pequeña fortuna que me prestaron y lo aposté todo a que Berto perdía el primer partido.

No tengo argumentos de peso para defender esa decisión, excepto que el mercado laboral para los historiadores aficionados en Kiruna es limitado, yo no tenía perspectivas reales de conseguir un empleo bien remunerado y la idea de vivir el resto de mi vida del subsidio básico era tan deprimente que evitaba contemplarla.

¿Era peor que la perspectiva de acabar desintegrado? Tal vez no, pero por entonces no se me pasaba por la cabeza esa posibilidad.

Cuando Berto ganó el maldito torneo, yo estaba tan ahogado en deudas que, aun en el caso de que milagrosamente hubiera encontrado un trabajo remunerado, habría tardado media vida en salir a flote.

La persona que me mantenía sumergido era concretamente Darius Blank.

Las películas están llenas de historias de gente asesinada porque se había retrasado en el pago de las deudas de juego, pero la realidad suele ser distinta. Después de todo, si ya es difícil que un vivo te pague una deuda, imagínate que lo haga un muerto. Además, a fin de cuentas, cobrar deudas es la única preocupación en la vida de la gente como Darius Blank. La posibilidad de que me matara no me quitaba el sueño. Supongo que me imaginaba que se quedaría con mi subsidio y tal vez me obligaría a trabajar como chico de los recados o algo así. Sería un asco de vida, pero sobreviviría.

He de decir en favor de Berto que hizo todo lo posible para que abriera los ojos y me diera cuenta de lo equivocado que estaba con este asunto.

También debo añadir en su favor que se sintió fatal cuando se enteró de las consecuencias que había tenido para mí su victoria. Me sugirió una manera de arreglarlo: me aconsejó que presentara mi solicitud para formar parte de la tripulación de la *Drakkar*.

Berto tenía un vago presentimiento de que podría conseguirme un puesto como gorila de Seguridad. Después de todo era un tipo famoso y, hasta ese momento, siempre había conseguido todo lo que se había propuesto en la vida. ¿Por qué ahora iba a ser diferente?

Gwen Johansen me ofreció una respuesta concisa a esa pregunta durante nuestra entrevista. Había muchos candidatos para los puestos en Seguridad y solo dieciocho vacantes. Y la mayoría terminaron en manos de gente que tuviera tanto la cualificación requerida (experiencia en las fuerzas del orden, práctica en el uso de armas, etc.) como los convenientes contactos políticos. Yo no tenía nada de eso, porque el hecho de haber leído todo lo que se había escrito sobre la Batalla de Midway no cuenta como experiencia militar, además de que resultó ser que Berto no tenía tanta influencia como él pensaba.

La verdad es que rellené una solicitud para un puesto en Seguridad. Menos de un segundo después recibí la notificación de que me rechazaban.

A la tarde siguiente quedé con Berto para tomar un café en Shaky Joe. Le enseñé la notificación en la tableta.

—Vaya —dijo—. Qué pena.

—Ya —repuse—. De todos modos era una idea estúpida. Solo son unas deudas de nada. ¿Quién huye del planeta por eso?

—Debes un montón de pasta, Mickey, y los tipos como Darius Blank no perdonan ni olvidan. ¿Cuánto es? ¿Cien mil créditos? ¿Cómo piensas devolver tanto dinero?

Me encogí de hombros.

—¿Un plan de financiación?

—No has comprado un flitter de segunda mano, colega.

—Ya lo sé —dije. Sepulté la cara en las manos—. Soy un idiota. Tendría que haberte pedido que te dejaras ganar.

Berto me miró fijamente un momento y luego rio.

—Sí, podrías habérmelo pedido, pero no te habría escuchado. Este torneo será lo último que sabrán de mí los niños de este planeta, Mickey. Iba a ganarlo sí o sí.

Así es Berto. Nuestra amistad tiene un límite, y nunca lo traspasa.

Mientras volvía a casa después de tomar el café con él, recuerdo que pensé que mi situación tampoco era tan mala. Sí, de acuerdo, Blank iba a quedarse con una parte de mi subsidio, pero tendría que dejarme lo suficiente para vivir, ¿no? Porque si me moría de hambre él nunca recuperaría su dinero.

Y quizá ser su chico de los recados no era tan malo. En todo caso me obligaría a salir de mi apartamento.

Llegué a mi edificio y subí en el ascensor hasta la planta donde estaba mi apartamento. Entré y, antes de que la puerta se cerrara a mi espalda, me fallaron las piernas y caí de bruces al suelo.

—Hola, Mickey —me saludó una voz. Intenté responder, pero la boca tampoco me obedeció y lo único que salió de ella fue un débil gemido—. Tranquilo. Será breve.

Noté una presión en la nuca y pasé los siguientes treinta segundos en el infierno.

Después me enteré de que el objeto que me apretaron contra el cuello era en realidad un inductor neural, configurado para actuar directamente sobre mis centros del dolor. No causa un daño físico, pero si tienes curiosidad por saber qué experimenté exactamente, intenta desollarte vivo mientras un amigo te quema con un soplete.

Así sentirás alrededor de un diez por ciento del dolor que sentí yo.

Cuando terminó, me sorprendió descubrir que seguía vivo. Estaba llorando, paralizado y me había cagado encima, pero estaba vivo. Me dieron una palmada en la espalda.

—Ha sido divertido —dijo la voz—. Tú y yo trabajaremos juntos hasta que estés en paz con el señor Blank. Nos vemos mañana, Mickey.

El desconocido no cerró la puerta al salir.

Pasó como una hora hasta que pude moverme otra vez. Me levanté del suelo, entré arrastrando los pies en el cuarto de baño y me asexé. Después me senté y lloré a moco tendido.

Esa noche entré en la página de reclutamiento para la *Drakkar*. Consulté la lista de los puestos ofertados en las distintas secciones y los candidatos que habían sido seleccionados para cada uno de ellos hasta el momento.

Todos los puestos estaban asignados.

Salvo uno.

Llamé a Berto.

—Hola —dije—. Oye, ¿qué es un Prescindible?

—Es el puesto que no querrías ver ni en pintura —respondió Berto.

—Es el único que continúa vacante. Lo quiero.

Berto se quedó callado un momento. Cuando volvió a hablar su voz tenía ese tono que emplearías con alguien para convencerlo de que se aleje de la cornisa.

—Mira —dijo—. No me malinterpretes. Me encantaría tenerte a bordo conmigo en este viaje. Es un viaje sin retorno y sería genial hacerlo con un amigo al lado. Pero, Mickey...

—¿Puedes interceder por mí?

—Estoy intentando decirte...

—Berto —le interrumpí—. Estoy pidiéndote ayuda. En cierta manera estoy en esta situación por tu culpa y lo sabes.

—No me culpes a mí. Yo no te pedí que apostararas contra mí. Si me hubieras consultado, te habría aconsejado que apostararas por mi victoria. Sabía que iba a ganar.

—¿Vas a ayudarme o no?

Berto suspiró.

—Si te soy sincero, Mickey, no creo que necesites mi ayuda.

Me colgó. Volví a la página de reclutamiento y solicité una entrevista para la tarde siguiente.

Doce horas después, cuando Gwen me recitó la lista de todas las cosas horribles que podrían ocurrirme durante mi servicio como Prescindible, lo único que pensé fue: «Pues no es para tanto». Me entrenaron a conciencia para quitarme el miedo a morir antes de enviarme a la *Drakkar*, cuando ya no podría echarme atrás y renunciar al trabajo, pero, sinceramente, la preparación no me causó una gran impresión. En una tarde había recibido todo el entrenamiento que cualquier persona necesita para cuando se encuentre en esa situación.



Aún no me he arrojado a la recicladora. El campo de descomposición todavía no me ha atrapado.

Te lo digo porque te veo nervioso.

Estoy de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, mirando el agujero. Juro por Dios que voy a hacerlo. Agacho la cabeza justo al lado de la interfaz. Siento cómo el campo tira de mí; su caricia me provoca un cosquilleo en las mejillas y en la nariz. Estoy intentando pensar en la manera de hacer que esto sea menos doloroso cuando noto una mano en la espalda.

—¡Espera, dame un minuto! —bramo mientras me imagino a Ocho empujándome con la cabeza por delante al agujero.

—No —espeta Ocho. Tira de mí para ponerme en cuclillas y me ofrece una mano para ayudarme a levantarme—. Esto no está bien. No puedo quedarme mirando como si nada mientras tú te tiras.

Le dejo que me levante. Tiemblo tanto que apenas puedo mantenerme en pie.

—Vale —digo—. Pienso como tú.

Respiro hondo una vez, dos. No sé por qué, pero me da más miedo este disco negro que el gusano de la noche anterior.

—Bueno, esto... ¿qué sugieres? —pregunto.

—Volvamos arriba —propone Ocho—. Puedo ahogarte en el baño. Luego te descuartizaré en la ducha química y arrojaré poco a poco tus pedazos a la recicladora.

Me lo quedo mirando. Sonríe.

—No estoy para bromas —digo finalmente—. No lo estoy. En serio, Ocho, ¿qué vamos a hacer? Solo tenemos una habitación y una cuenta de racionamiento. Y lo más importante, solo una identidad registrada. Si se descubre que somos dos...

Ocho se encoge de hombros.

—Son circunstancias excepcionales, ¿no?

—Sí, tal vez..., pero, teniendo en cuenta que estamos en un momento de escasez de recursos, no creo que la Comandancia se muestre comprensible con nosotros. Si acudimos a Marshall ahora, seguro que uno de los dos acabará en ese agujero.

—Es lo más probable —dice Ocho—. Y si intentamos mantenerlo oculto, hay muchas probabilidades de que los dos acabemos reducidos a puré.

Cierro los ojos y espero a que el ritmo de los latidos de mi corazón se reduzca de martillo neumático a pajarito asustado y finalmente a algo más normal. Cuando vuelvo a abrirlos, Ocho está mirándome con una expresión de concentración que claramente roza la alarma.

—¿Te encuentras bien, Siete?

—Sí —respondo. Sacudo la cabeza. Inspiro y espiro—. Estoy bien. Te hablan de mirar cara a cara a la muerte, pero...

—Esto es demasiado literal, ¿eh?

—Eso mismo —digo—. Si Marshall va a arrojarme a la recicladora, espero de verdad que tenga la decencia de matarme primero.

Ocho pone una mano en mi hombro.

—A ti y a mí, hermano. Mientras tanto, tenemos que pensar un plan.

—Estoy de acuerdo. ¿Se te ocurre alguno?

Se pasa las manos por el pelo.

—No sé... No sé... En el entrenamiento no tocan esta situación.

Eso es verdad. El entrenamiento se centraba exclusivamente en la muerte. No recuerdo que dedicaran un solo segundo a cómo seguir vivo.

—Mira —dice Ocho—. Aún tenemos una cuenta de racionamiento bien cargada. A menos que hayas hecho alguna tontería desde nuestra última subida, estamos en disposición de conseguir dos mil kilocalorías al día.

—Sí, creo que sí.

—Si las dividimos a partes iguales, tendremos suficiente para sobrevivir una temporada. Será duro, pero estaremos vivos.

Noto cómo mi cara se retuerce para hacer una mueca.

—¿Mil kilocalorías diarias cada uno? Eso es una salvajada, Ocho. Hay que pensar algo mejor. ¿Y Berto? Él es el principal culpable de esta situación.

Creo que si le contamos lo que pasa se sentirá culpable y contribuirá con una parte de su puré reciclado.

Ocho no parece convencido.

—Es posible. Pero yo reservaría esa opción para un momento de desesperación. Berto no es el tío más altruista de Niflheim, y no sé hasta dónde llega su fundamentalismo en esto de los múltiples.

—Ya —digo—. Tienes razón en todo lo que dices. Además, anoche me abandonó en aquella cueva a sabiendas de que iba a morir, así que podemos colocar eso en el lado de la balanza de «quizá sea mejor no confiar en él».

—Exacto. Así es. Vale. ¿Y si le pedimos a Marshall un aumento de nuestra ración?

Pongo los ojos en blanco.

—Claro. Ahora mismo voy a solicitárselo.

—Mira —dice Ocho—. Cuando he pasado por la cafetería de camino aquí, el puré tenía un descuento del veinticinco por ciento. Si solo comemos eso, cada uno ingerirá diariamente mil doscientas cincuenta kilocalorías. No es gran cosa, pero...

—Vale —digo—. Está bien. Supongo que por lo menos no nos moriremos de hambre a corto plazo. Pero eso no resuelve nuestro principal problema. Somos dos. Cada vez que Marshall tiene que enfrentarse al hecho de que hay un Mickey Barnes en su colonia parece que ha pisado algo podrido. Si se entera de esto, la recicladora es lo mejor que nos puede pasar.

Debería señalar que el comandante Marshall se enteró de mis problemas con Darius Blank una semana después de que abandonáramos la órbita de Midgard, y se lo tomó como una prueba de que un elemento criminal se había infiltrado en su colonia. Si a eso le añadimos que Marshall proviene de una tradición religiosa que considera que el concepto en sí de sacar personas de un tanque, aunque sea de una en una, es una abominación, comprenderás que estuviera a treinta segundos de ser arrojado al espacio por una esclusa, hasta que la capitana de la *Drakkar*, una mujer muy maja llamada Mara Singh, que ahora es la jefa de nuestro departamento de Ingeniería, le recordó que él no estaría al mando de la misión hasta que holláramos Niflheim.

No sé por qué, pero me da que esta situación no va a hacer que cambie la opinión que tiene de mí.

—Lo sé —dice Ocho—. Lo sé... Pero, a menos que cambies de idea sobre lo de tirarte hoy al agujero, no hay nada que podamos hacer para arreglar ese punto, ¿no crees?

—No, supongo que no.

—Por supuesto, si cambiaras de idea...

—No sufras, Ocho. Serás el primero en saberlo si eso pasa.

Ocho sonríe. Yo no.

—Gracias. Oye, ¿y Nasha? ¿Crees que podemos recurrir a ella?

Tengo que meditarlo antes de responderle. Nasha y yo estamos juntos desde Mickey3 y, a diferencia de Berto, anoche estaba dispuesta a arriesgar su vida para sacarme de aquel agujero. Si hay alguien aquí en quien puedo confiar, esa persona es ella.

Por otro lado, si finalmente nos presentamos delante de Marshall con este problema, sinceramente, preferiría que ella no pagara el pato por nuestra culpa.

—¿Sabes qué? —digo—. Será mejor que esto quede entre nosotros dos, ¿no te parece?

—Claro —responde Ocho—. De todos modos, por cómo han ido las cosas desde que aterrizamos, uno de los dos morirá más pronto que tarde, ¿no? Problema resuelto.

Vaya. Seguramente también tenga razón en esto.

En relación con el tema de morir pronto, me gustaría contarte una historia. Un par de meses después de aterrizar, cuando yo todavía era Mickey6, Berto me llevó a dar un paseo. Ese día nos subimos a un flitter de reconocimiento de alas fijas y un solo motor en lugar de una de las pesadas lifters que suele pilotar. Ya habíamos despegado y estábamos sobrevolando en círculo la cúpula cuando le pregunté cómo hacían para meter un generador gravitatorio en una nave tan diminuta. Berto se volvió hacia mí con una sutil sonrisa en los labios.

—¿Gravitatorio? ¿Estás burlándote de mí?

—No —respondí—. Para nada.

Berto negó con la cabeza, luego aceleró y ascendimos vertiginosamente con la nave ladeada.

—Estamos en una aeronave, Mickey. Lo único que nos mantiene en el aire es el principio de Bernoulli.

Yo no tenía ni idea de quién era ese tal Bernoulli ni de sus principios, pero no me gustaba cómo sonaba aquello. Nunca antes había despegado los pies del suelo sin tener la certeza absoluta de que estaba rodeado por un campo gravitatorio que bajo ninguna circunstancia permitiría que me estrellara contra el suelo a una velocidad de ciento cincuenta metros por segundo y me partiera como un melón maduro.

—¿Berto? —dije—. ¿No crees que deberías enderezar la nave? O, mejor aún, quizá deberíamos volver y cambiar esta nave por otra un poco más estable.

Berto se rio en mi cara.

—¿Hablas en serio? No tienes ni idea de lo que me ha costado convencerlos para que me dejen sacar el flitter. Si hoy he cogido esta nave es porque puede hacer cosas que están fuera del alcance de una pesada lifter.

Abrí la boca para informarle de que no tenía ningún deseo de hacer nada que una lifter no pudiera hacer, pero antes de que la primera palabra saliera de mi boca, la nave hizo una maniobra de tonel y yo me puse a gritar como... bueno, como lo que era, supongo: alguien con el estómago revuelto por un repentino e indisimulado terror a morir.

Creo que esa fue la primera vez que me di cuenta de que, a pesar de todo el entrenamiento y el adoctrinamiento, y del hecho incontrovertible de que ya había muerto cinco veces y obviamente seguía vivo, en lo más profundo de mi corazón no creía en la inmortalidad.

—Bueno —dice Nasha—, ¿qué ha pasado con el desayuno de los pobres?

Ya he engullido la mitad de un cuenco de seiscientas kilocalorías de puré reciclado sin endulzar. Llegados a este punto, he de señalar que en la economía de una colonia cabeza de puente una kilocaloría no es una kilocaloría real. Distintos productos pueden categorizarse desde saldos hasta artículos de lujo, dependiendo del grado de semejanza que guarden con algo que te meterías con ganas en la boca. Como había dicho Ocho, el puré y el batido tenían un veinte por ciento de descuento en ese momento. Lo cual significa que, si me alimentara exclusivamente de ellos, mantendría mi peso durante al menos un par de semanas. Nasha está comiendo un revuelto de boniato y grillos al estilo cajun. Esta mañana vamos a la par. Lo cierto es que en la cafetería también ofrecen paletillas de conejo y unos tomates con un aspecto poco apetitoso, pero su precio está incrementado un cuarenta por ciento. Supongo que tengo que olvidarme de esa clase de lujos mientras Ocho esté por aquí.

—Bueno —digo—. Estaba pensando en hacer un poco de ejercicio. Si maximizo mis calorías y gano musculatura, puede ser que la próxima vez los gusanos tarden más en devorarme.

Nasha ríe entre dientes. La risa de Nasha es una de las cosas que más me gustan de ella. Es suave y delicada, y cuando ríe suele desviar la mirada y

taparse la boca con la mano. El efecto que produce contrasta tanto con su rollo de tía dura piloto de combate que parece otra persona.

—Me alegra comprobar que te lo tomas con sentido del humor —dice—. Has muerto unas cuantas veces desde que aterrizamos. Muchas personas en tu lugar ya estarían amargadas.

Relleno mi vaso de agua. El puré reciclado no está diseñado para ser comido solo. No sabe a nada en particular, pero es denso y granuloso, y se necesita mucha agua para tragarlo.

—Bueno. Intento verlo de la siguiente manera: si Siete no la hubiera palmado, yo no habría salido del tanque, ¿no?

Nasha se pone seria.

—Supongo que no.

Levanto los ojos de mi porquería de desayuno.

—¿Qué pasa?

Ella niega con la cabeza.

—Para mí es duro, Mickey, y cada vez que mueres lo es más. Anoche me sentía fatal, peor que cuando murió Seis, tal vez incluso peor que como me sentí con lo que le pasó a Cinco. Después de que me dijeras que ibas a apagarte me quedé un rato dentro de la zona de cobertura del sistema de comunicación por si acaso cambiabas de opinión. Cuando me di por vencida y regresé a la cúpula, me pasé una hora en el muelle, sentada en la cabina de la nave, llorando como un bebé. Pero ahora estás aquí y, como has dicho, si anoche te hubiera salvado, este tú de ahora no estaría... Y yo ahora no sé cómo tengo que sentirme.

—Ya. La inmortalidad es desconcertante, ¿eh?

—Cuánta razón tienes —dice Berto.

Me doy la vuelta y lo veo justo detrás de mí, con una bandeja con boniato y grillos en las manos.

—Buenos días, Berto —dice Nasha—. Siéntate con nosotros si quieres.

Berto deja la bandeja al lado de la mía y se sienta en el banco.

—¿A qué viene esa papilla, Mickey? ¿Y qué le ha pasado a tu mano?

Bajo la mirada. Llevo la muñeca vendada, pero el moratón asoma por los bordes de la venda.

—Me caí al levantarme de la cama. Ya sabes, el mal del tanque.

Berto se me queda mirando y yo puedo ver cómo giran los engranajes dentro de su cabeza.

—Ya —dice—. ¿Y cuándo te has caído exactamente?

—Después de que te pasaras por mi cuarto. ¿A qué viene tanto interés?

Nasha levanta la mirada de su desayuno.

—¿Pasa algo que yo no sé?

—Quizá —responde Berto—. ¿Exactamente cuánto tiempo después de que me pasara por tu cuarto?

—No lo sé. Fue antes de bajar aquí. Hará media hora.

—No le pasaba nada a tu muñeca cuando te vi en el cuarto de la ducha —apunta Nasha.

—Ya —digo—. Me pasó después.

Berto entrecierra los ojos y niega con la cabeza.

—En serio, ¿qué pasa? —insiste Nasha.

—No estoy seguro —responde Berto—. ¿Mickey? ¿Qué sucede?

Me llevo a la boca la última cucharada de puré reciclado mientras me pregunto si Berto se habrá cruzado con Ocho de camino aquí. De ser así, solo me queda confesarlo todo y rezar para que él acepte mantener la boca cerrada. De lo contrario...

—No sucede nada —digo—. Solo estoy intentando desayunar.

Echo un vistazo a mi alrededor. Ya es tarde para desayunar, pero aún es temprano para comer. No hay nadie sentado lo suficientemente cerca de nosotros para oír nuestra conversación. Berto sigue mirándome fijamente.

—¿Y bien? —digo—. ¿Hay algo que quieras decir, Berto?

Berto se mete en la boca el tenedor con grillos y boniato, mastica lentamente y traga.

—No lo sé, Mickey. Te he visto salir del tanque muchas veces, pero esta vez te noto un poco distinto.

Siento cómo mi frente se arruga.

—Quizá si pusieras menos atención en mi comportamiento cuando salgo del tanque y más en evitar que me maten para que no tenga que volver a salir de él, ahora no tendríamos esta conversación.

—Ah, vaya. Esta es la amargura de la que hablaba.

—En todo caso —dice Berto—, no me he sentado para discutir sobre cómo se ha lesionado la muñeca Mickey. Quería preguntaros si alguno de vosotros ha oído algo sobre lo que ha pasado en el perímetro esta mañana.

Nasha frunce el ceño sin apartar la mirada de su desayuno y, sin demasiado entusiasmo, tantea con el tenedor un trozo quemado de piel de boniato.

—He oído que tengo que salir otra vez, a pesar de que solo hace cuatro horas que acabó mi turno. Supongo que hay una razón para ello, pero nadie me ha contado nada.

Berto se inclina sobre la mesa para acercarse a Nasha y susurra:

—Hemos perdido a alguien.

—¿Qué quiere decir que hemos perdido a alguien? ¿Cómo? —pregunta Nasha.

Berto se encoge de hombros.

—Al parecer, nadie lo sabe. El tío de Seguridad del punto de control oriental ha dado la voz de alarma. Dani ha dicho que se trata de Gabe Torricelli. Hubo comunicación con él a las ocho, pero no a las ocho y media. Enviaron a alguien para echar un vistazo, pero solo encontró un montón de nieve revuelta.

Ya he abierto la boca para decir que he visto a Gabe esta mañana cuando recuerdo que ninguno de ellos tiene por qué saber que hoy he estado fuera de la cúpula. Gabe fue quien me dio vía libre para entrar en la base a mi regreso del laberinto. Eso debió de ser sobre las...

¿Ocho y cuarto?

Mierda.

¿Me habrán seguido los gusanos hasta la cúpula?

Me asalta el recuerdo de la araña que liberé en el jardín cuando era un crío. ¿Y si no es eso lo que pasó anoche? ¿Y si yo en realidad solo era una hormiga que no aplastaron porque querían utilizarme para averiguar dónde está el hormiguero?

—¿Qué pasa? —pregunta Nasha.

Mi mirada salta de ella a Berto y de nuevo a ella. Los dos están mirándome fijamente.

—Joder, Mickey, tienes cara de que acabas de mearte encima —interviene Berto—. ¿Tú y ese tío erais muy amigos?

Esa es una pregunta que sobra, teniendo en cuenta que hay poco menos de doscientos seres humanos en este planeta y que llevamos juntos los últimos nueve años. Sin embargo dice mucho de lo poco que los tres nos hemos relacionado con nuestros colegas colonos el hecho de que no, Gabe y yo no éramos muy amigos. En realidad, más allá de reconocer su cara y de tener la vaga sensación de que no era uno de los malos, sabía muy poco de él. Y era obvio que Nasha y Berto no lo conocían mejor.

—Sé quién era —digo—. No éramos amigos. Pero ¿qué importa eso? Hemos perdido como un 0,6 % de la población, Berto.

—Ya, supongo que tienes razón —dice Berto—. Aunque, para serte sincero, no era el mayor fan del viejo Gabe. Durante el viaje era uno de los que siempre estaban dando por saco porque no pasábamos el tiempo

suficiente en la noria. Pero tienes razón. Hasta que empecemos a descongelar los embriones, no podemos permitirnos demasiadas pérdidas en la base del acervo genético.

—Eso no me preocupa —dice Nasha—. Es decir, en el caso de que necesitáramos más varones blancos genéricos, siempre podemos producir unos cuantos Mickeys, ¿no?

Los dos se echan a reír. Yo dudo más tiempo de lo debido antes de sumarme a ellos.

—Ahora hablando en serio —dice Berto—. Mickey tiene razón.

No sé en qué puedo tener razón, pero vale.

—Cierto —afirma Nasha—. Estoy segura de que Gabe no salió a dar un paseo.

—Los gusanos lo capturaron —dice Berto.

Nasha levanta los ojos del puré de boniato que queda en su bandeja.

—¿Estás seguro?

—No, pero ¿qué otra cosa podría habérselo llevado? Todavía no hemos visto nada más grande que una ameba en esta roca.

Nasha niega con la cabeza.

—El hecho de que los gusanos se hayan acercado tanto a la cúpula es una mala noticia. Y peor aún lo es que se hayan cargado a un segurata enfundado en la armadura. Porque llevaba puesta la armadura, ¿no?

Sí, pero es otra cosa que yo tampoco debería saber.

—No lo sé —responde Berto—. Pero probablemente no. Hasta ahora no había habido motivos para que se la pusiera, ¿no? Es decir, en realidad es la primera vez que los gusanos matan a alguien.

—A mí me mataron —puntualizo—. Y dos veces, para ser exactos.

Berto me pasa un brazo alrededor del cuello y me estruja el hombro.

—Lo sé, colega.

Nasha ríe entre dientes. La fulmino con la mirada, pero ella está mirando otra vez su desayuno y no se da cuenta. Puedo esperar esta clase de comentarios hirientes de Berto, pero ella suele mantenerse al margen.

—Con armadura o sin ella —dice Berto—, lo que sí es seguro es que Gabe estaba armado con el burner reglamentario, ¿no? ¿Cómo es posible que un puñado de insectos te maten si estás armado con un arma capaz de carbonizar a un búfalo?

—Los burners no les hacen nada —comento.

Los dos se vuelven para mirarme.

—¿Cómo? —pregunta Nasha.

—Sí, Mickey, ¿qué estás diciendo?

Abro la boca para responder, pero dejo que vuelva a cerrarse cuando veo que Berto ha puesto los ojos como platos. Una vez más tengo que jugar una partida de póker con él.

—Creo que estoy perdiéndome algo —dice Nasha—. Los amigos no tienen secretos, Mickey.

—No —dice Berto—. No, Mickey tiene razón. Anoche, cuando lo capturaron, tenía un burner y no le sirvió de nada. Supongo que lo había olvidado.

Lo miré con mi mejor cara de póker.

—¿Lo habías olvidado?

—Sí, lo había olvidado.

—Habías olvidado que viste cómo descuartizaban a tu mejor amigo hace menos de veinticuatro horas.

—Bueno —dice Berto—, eso de mi mejor amigo podría discutirse.

—¿Descuartizado? —dice Nasha—. Pensaba que murió por congelación en el fondo de la grieta.

Le dirijo a Berto mi mejor mirada de desconcierto no exento de furia.

—¿Qué es eso de que morí por congelación, Berto?

Berto lanza una mirada asesina a Nasha. Luego niega con la cabeza y dice:

—Eso no es importante. Lo que cuenta es que te caíste y nosotros no podíamos hacer nada para rescatarte.

—Eso no es verdad —le contradice Nasha, y vuelve a remover el desayuno con el tenedor—. Yo podría haberte salvado. —Me mira y esboza media sonrisa—. No me dejaste. Anoche fuiste valiente, Mickey. No quisiste que arriesgara mi vida por ti. Eso te honra, por muy tonto que fueras para caer por aquel agujero. —Se le borra la sonrisa de los labios, sustituida por un gesto ceñudo—. En cualquier caso, lo importante es que esta mañana a Gabe Torricelli lo han matado, secuestrado o devorado, y por culpa de eso ahora yo tengo que fastidiarme y doblar el turno. —Mira de reojo a Berto—. Hablando del tema... ¿Cómo es que tú tienes la mañana libre? Anoche estuviste fuera el mismo tiempo que yo.

Berto se encoge de hombros.

—Supongo que yo le caigo mejor a Marshall.

El comentario aún flota en el aire cuando se abre una ventana de conversación en mi ocular.

**<Comandancia1>**: Tiene la obligación de presentarse en el despacho del comandante Marshall antes de las 10.30 para informar. En el caso de que no lo haga, será considerado un acto de insubordinación y se le sancionará con una reducción de la ración diaria de comida. Se ruega acuse recibo de la notificación.

Envío el acuse de recibo cuando una segunda ventana se abre al lado de la primera y el texto tapa la mitad de la cara de Nasha.

**<Mickey8>**: ¿También has recibido la citación de Comandancia?

**<Mickey8>**: Sí, la he visto.

**<Mickey8>**: Uf. Ahora los dos somos Mickey8, ¿eh?

**<Mickey8>**: Eso parece.

**<Mickey8>**: Genial. Esto va a ser un lío.

**<Mickey8>**: Seguro que nos las apañaremos.

**<Mickey8>**: ¿Crees que la red va a marcar que el mismo nombre de usuario está transmitiendo desde dos ubicaciones distintas?

**<Mickey8>**: No creo que nadie se entere a no ser que indague en ella.

**<Mickey8>**: Entonces estaremos jodidos de todas maneras.

**<Mickey8>**: Correcto.

**<Mickey8>**: En cualquier caso, supongo que Marshall quiere vernos para echarnos la bronca por morir otra vez y malgastar setenta kilos de proteínas de la colonia. ¿Te importa ocuparte tú de esto? Estoy hecho polvo después de salir del tanque y me vendría bien una siesta.

**<Mickey8>**: ¿Tengo elección?

**<Mickey8>**: Zzz.

Pestañeo para cerrar las dos ventanas. Berto y Nasha están mirándome.

—Eres lo peor —dice Nasha.

—Sí, soy lo peor de lo peor —responde Berto. Apoya las manos en la mesa y empuja la silla hacia atrás, se levanta y coge la bandeja—. Dicho lo cual, tengo que irme pitando. Espero que te diviertas ahí fuera, Nasha.

Nasha coge un trozo de piel de boniato con el tenedor y se lo lanza a la espalda mientras Berto se aleja. Reprimo el impulso de cazar al vuelo ese trozo de piel y metérmelo en la boca.

—En cualquier caso —dice Nasha cuando Berto ya se ha ido—, tengo una hora libre antes de despegar otra vez. ¿Te apetece que acabemos lo que empezamos en la ducha?

Tardo un par de segundos en conectar su pregunta con el comentario que me ha hecho antes de que me ha visto en la ducha y me hago una idea de lo que está sugiriendo. Luego tardo un par más en borrar de mi cabeza la imagen de ella con Ocho. No puede ser que esté celoso de mí mismo, ¿no?

Pues al parecer lo estoy.

Sin embargo, da igual. Para bien o para mal, tengo que acudir a otra cita.

—De hecho —digo—, acabo de recibir una llamada de Comandancia. Tengo que ir a ver a Marshall.

—Ah. No pasa nada. No le hace gracia tirar a la basura otro montón de proteínas, ¿eh?

—Sí, seguramente sea eso.

Nasha levanta el culo de la silla, se inclina sobre la mesa y me agarra por la nuca para besarme.

—No te lo tomes en serio —dice—. Tu trabajo consiste en palmarla, y estabas allí cumpliendo órdenes. No puede cabrearse contigo por ser un patoso. —Me besa otra vez, ahora en la frente—. Estaré hecha polvo cuando vuelva, pero después de descansar te llamaré, ¿vale? —Vuelve a besarme en la boca—. Pero acuérdate de lavarte los dientes antes. Este puré reciclado es asqueroso.

Me da una palmada en la mejilla, recoge la bandeja y se marcha.



No debería ponerme nervioso ir a ver a Marshall. Es decir, es bastante improbable que hoy me mate, y eso es algo que no siempre puedo decir, sobre todo últimamente.

En cualquier caso, a pesar de que sea nuestro jefe supremo, Marshall es, después de Berto, la persona a la que conozco desde hace más tiempo de todas las que hay en Niflheim. Fue él quien me recibió cuando mi transbordador aterrizó en la planta de montaje orbital donde estaban dando el toque final a la *Drakkar* dos días después de mi entrevista con Gwen Johansen y tres días después de que los secuaces de Darius Blank me hicieran pasar los treinta segundos más largos de mi vida mirando a la cara a Satán.

Bueno, quizá la palabra «recibir» sea algo exagerada para describir lo que hizo Marshall, pero lo que es seguro es que estaba allí a mi llegada.

Para ser justo con él, he de reconocer que probablemente no le causé una buena primera impresión. Cuando el transbordador apagó el sistema de gravitación para acercarnos a la estación fue la primera vez que experimenté la caída libre. Había visto vídeos de gente en órbita, por supuesto. Era imposible pasar más de cinco minutos en cualquier red de entretenimiento sin ver el anuncio de algún complejo de vacaciones lleno de turistas con traje aéreo que jugaban en condiciones de ingravidez a balonmano o a cualquier otra gilipollez. Siempre supuse que sería relajante, como flotar en el mar, pero sin la preocupación de que un kraken te devorara.

Sin embargo, por algo no se le llama flotación libre, sino caída libre.

En cuanto el campo gravitacional se apagó, el estómago se me subió a la garganta, el corazón empezó a latirme con tanta fuerza que lo sentía en las

yemas de los dedos y mi cerebro reptiliano me dejó claro que, dejando al margen las evidencias visuales, estábamos cayendo como la lluvia de un cielo radiante hacia una muerte segura.

Yo no perdí los papeles como algunos de mis compañeros de viaje. No me puse a chillar ni agité con frenesí los brazos y las piernas. Tampoco tuve que usar la máscara de vacío que había en el respaldo del asiento para la gente que no era capaz de mantener la comida en el estómago. Aguanté el tipo. Pero no voy a decir que fue agradable, y cuando aterrizamos y salí por la esclusa al vestíbulo de la terminal de llegadas estaba empapado en sudor y temblando.

Seguramente tenía el aspecto de un adicto a la morfina con el mono... Y esa fue la primera impresión que el comandante Marshall se llevó de mí.

Marshall estaba esperándonos en el vestíbulo, flotando junto a la ventana que había enfrente de la esclusa, a través de la cual contemplaba el lado de Midgard donde era de noche en ese momento mientras el planeta rotaba a más de quinientos kilómetros de distancia. Esperó hasta que la docena de futuros colonos saliéramos del transbordador y la puerta interior de la esclusa se cerrara con un ruido metálico detrás de él para darnos la bienvenida. Enseguida me di cuenta de que estaba delante de una persona que se consideraba al mando de todo. Desde su pelo negrísimo y rapado en los costados y en la parte posterior de la cabeza y un poco más largo en la parte superior, hasta su mandíbula perpetuamente en tensión y el hecho de que de alguna manera conseguía dar la impresión de que tenía una vara metálica por columna vertebral incluso en la caída libre, casi parecía una parodia del militar con mirada de acero y curtido en mil batallas que en realidad Midgard nunca ha tenido ni necesitado.

Tardé tres años y dos reencarnaciones en comprender que su apariencia respondía a un diez por ciento de genuina pedantería, otro diez por ciento de inseguridad y un ochenta por ciento de sobrecompensación por el hecho de que, a pesar de que había sido nombrado comandante de la colonia, durante el viaje hasta el nuevo planeta solo era parte de la carga.

—Bueno —dijo Marshall, y apoyó los pies en el suelo para impulsarse hacia nosotros. Se agarró a una barra que había en el techo y se puso más o menos recto delante de mí—. Bienvenidos a la estación Himmel. Soy Hieronymus Marshall, y estaré al mando de esta modesta expedición. ¿Alguno de ustedes había salido del planeta alguna vez?

Se alzaron media docena de manos. Marshall asintió con la cabeza.

—Excelente —dijo—. ¿Y cuántos de ustedes están haciendo un esfuerzo para no vomitar ahora mismo?

Inmediatamente se levantaron tres manos, y una cuarta tras una breve vacilación. Marshall volvió a asentir.

—Ya, bueno. Se les pasará con el tiempo. O no, supongo. En cualquier caso, tendrán que permanecer aquí hasta el final, como suele decirse.

—¿Señor? —intervino uno de los que tenía ganas de vomitar. Marshall se volvió hacia él.

—¿Sí?

—Me llamo Dugan, señor. Soy uno de los biólogos... —Le sobrevino una arcada, hizo una mueca y tragó saliva—. Esto... ¿Cuándo trasladarán a bordo nuestros enseres personales? No nos han permitido embarcarlos en el transbordador.

Marshall sonrió con los labios apretados.

—Por desgracia, eso no ocurrirá. Como probablemente imaginarán, la masa es un problema en esta clase de viajes. Por lo tanto, hemos tomado la decisión de prescindir de los enseres personales. —Las palabras de Marshall provocaron una oleada de protestas entre los recién llegados, pero el comandante las cortó de cuajo—. Basta, por favor. Les prometo que se les facilitará todo lo que necesiten, pero descubrirán que se necesita muy poco en una colonia cabeza de puente. —Paseó la mirada por nuestros rostros—. ¿Alguna otra pregunta?

Levanté la mano. Ese fue el primero de los muchos errores que cometí durante mis primeros días como colono.

—¿Sí? ¿Quién es usted? —preguntó Marshall.

—Mickey Barnes. Nos dijeron que podríamos viajar con treinta kilos de equipaje personal.

El comandante apretó un poco más los labios y su sonrisa se debilitó ligeramente.

—Como ya he explicado, señor Barnes, se ha tomado la decisión de revocar ese privilegio.

—Nadie nos informó de ello —insistí—. Necesito algunas de las cosas que tenía en mi equipaje.

La sonrisa de Marshall desapareció definitivamente de sus labios.

—Señor Barnes, a bordo de la *Drakkar* van a viajar ciento noventa personas entre colonos y tripulantes. Si cada uno de ellos subiera con treinta kilos de figuritas, crema de manos y demás chismes, la masa de la nave se incrementaría cerca de seis toneladas.

—Lo sé —dije—, sé multiplicar. Es solo que...

—¿Sabe cuánta energía se necesita para acelerar seis toneladas hasta alcanzar una velocidad de  $0,9 c$ ?

—Mmm...

La sonrisa regresó a los labios de Marshall.

—No se le dan tan bien las matemáticas, después de todo, ¿eh?

—No importa. Seis toneladas no pueden suponer más que un error de redondeo en la masa de la nave —repuse.

—Sí importa —aseveró Marshall—. La respuesta, si es que quiere saberla, es un poco más de cuatro veces  $10^{23} J$ , y al final del viaje se necesita una cantidad similar de energía para desacelerar y detener la nave. La física es cruel, señor Barnes, y la antimateria que mueve esta nave es extraordinariamente cara. Se ha reducido la masa de la *Drakkar* a lo mínimo imprescindible para mantenerlo vivo durante los nueve años que tardaremos en llegar a nuestro destino, lo cual supone un gasto astronómico para las arcas del gobierno de Midgard. Supongo que está al tanto de que el noventa por ciento de sus compañeros colonos viajan en forma de embriones congelados, ¿me equivoco?

—Ya, pero...

—¿Por qué cree que es así, señor Barnes? ¿Piensa que es porque deseamos dedicar unos años de nuestra vida a hacer de niñeras de una multitud de críos? —Marshall hizo una pausa y me miró como si esperara una respuesta. Cuando quedó claro que yo no iba a dársela, continuó—: No, no es por eso. Es porque los embriones son ligeros y los adultos completamente formados son pesados. ¿Sabe qué otra cosa es pesada? La comida, señor Barnes. Cuando se entere de cuál va a ser su ración diaria de calorías durante el resto de su vida natural, tal vez se arrepentirá de no haber dedicado esas seis toneladas a incrementar nuestra producción agrícola. Personalmente, si pudiéramos permitirnos aumentar la masa, me inclinaría sin duda por asignar el espacio sobrante a setenta u ochenta colonos más. En cualquier caso, estoy seguro de que a todos se nos ocurrirían cientos de opciones más productivas que su equipaje de dedicar cualquier cantidad de masa adicional que pudiera transportarse.

Abrí la boca para argumentar que, a diferencia de otros setenta colonos, mi equipaje no requeriría aumentar un cuarenta por ciento las provisiones de comida, agua y oxígeno ni el espacio dentro de la nave. Y, más importante aún, para dejar claro que si alguien me hubiera avisado de que no podría subir equipaje, antes de embarcar en el transbordador me habría metido en el

bolsillo la tableta y un par de unidades de almacenamiento, que en realidad era todo lo que quería traer.

Pero no soy un estúpido integral. La expresión de la cara de Marshall me convenció de que la protesta silenciosa era la mejor manera de proceder en ese momento.

—Por cierto —añadió Marshall—, creo que no me he quedado con su función en la colonia, señor Barnes.

—¿Mi qué?

—Su función, hijo. El señor Dugan es biólogo. ¿Qué es usted?

Aquí es cuando se agravó mi error inicial. Sonreí.

—Soy su Prescindible, señor.

Marshall no me devolvió la sonrisa. Sus facciones se arrugaron cuando frunció el ceño de una manera que había visto en alguien cuando mordía un alimento podrido o pisaba descalzo una mierda.

—Supongo que debería haberlo adivinado —repuso.

El comandante agarró con las dos manos la barra del techo para impulsarse hacia la salida que había al final del vestíbulo, a continuación ejecutó una pulcra voltereta y planeó por el aire con la elegancia de un nadador.

—Evidentemente, en la estación no hay suficientes habitaciones individuales para todos los colonos y miembros de la tripulación de la misión —añadió hablando por encima del hombro mientras la puerta se deslizaba lateralmente para abrirse—. Sin embargo se han colgado hamacas en la mayoría de los espacios comunes. Busquen una. Será su hogar hasta que podamos embarcar en la *Drakkar*.

El comandante pasó al otro lado de la puerta y esta volvió a cerrarse detrás de él.

—¡Vaya! —exclamó Dugan—. ¿Qué es lo que acaba de pasar aquí?

—El comandante Marshall es natalista —dijo una mujer alta y morena que se había quedado al lado de la puerta de la esclusa.

Dugan soltó una carcajada breve y seca.

—¿En serio? —Se volvió hacia mí—. Estás jodido, amigo.

Mi mirada saltó de Dugan a la mujer. Esta se impulsó apoyando los pies en la pared casi con la misma destreza que había demostrado Marshall, se agarró a la barra del techo y aterrizó delante de mí.

—Es una religión seria, y el comandante Marshall es un creyente serio. He examinado su perfil digital. En realidad he examinado el perfil digital de

todas las personas que están al mando de esta misión antes de apuntarme. ¿Tú no lo has hecho?

Tuve la sensación de que quizá no era el mejor momento para explayarme en el hecho de que había estado demasiado ocupado huyendo de unos gánsteres con máquinas de tortura para dedicarme a hacer de detective en las redes sociales, así que me limité a negar con la cabeza.

La mujer se echó a reír.

—Es broma, ¿no? Eres consciente de que nuestras vidas les pertenecerán a estas personas hasta el fin de nuestros días, ¿verdad? ¿No te has molestado siquiera en averiguar quiénes son?

—No, no lo he hecho —respondí.

Dugan rio de nuevo. Para entonces ya había decidido que no me gustaba su risa.

—De lo contrario no habría hecho lo que ha hecho —dijo Dugan—. Tú vienes obligado, ¿verdad? ¿Estabas en la cárcel o algo así?

—¿Cómo? ¡No, no estaba en la cárcel! Y, no, no vengo obligado. Me seleccionaron para la misión, como a todos vosotros.

—Ya, bueno —dijo Dugan—. Seleccionado, obligado o lo que sea, lo importante es que no tuviste elección.

Negué con la cabeza.

—¿Es que no me escucháis? Yo lo elegí. Entré voluntariamente en la oficina de reclutamiento hace dos días. Una mujer que se llamaba Gwen me hizo una entrevista. Me dijo que era un candidato excelente y que estaban muy contentos de tenerme en el equipo.

Los dos me miraron como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Nos estás tomando el pelo —dijo Dugan.

—No, qué va.

—Si me permites la pregunta —dijo la mujer—, ¿en qué narices estabas pensando cuando hiciste eso?

Se me pasó por la cabeza soltarlo todo sobre Darius Blank, pero el sentido común me detuvo. No tenía ninguna necesidad de que la gente con la que iba a pasar el resto de mi vida pensara que era alguna clase de criminal.

—Da igual —dije—. Lo que quiero que quede claro es que me ofrecí voluntario, que nunca he estado en la cárcel y que no investigué a nuestros superiores en las redes sociales antes de inscribirme.

—Yo tampoco —confesó Dugan—. Es la primera expedición colonizadora que parte de Midgard, ¿no? Di por descontado que todas las personas implicadas en ella serían las mejores y las más brillantes en sus

respectivos campos. Me parece increíble que hayan elegido a un natalista para que dirija el espectáculo.

—¿Qué problema hay? —repuso la mujer. Se volvió de nuevo a mí—. Bueno, para él sí es un problema, pero para el resto de nosotros, no. —Me miró con pena y luego tendió la mano hacia Dugan—. Soy Bree, por cierto. Mi especialidad es la agricultura. Supongo que colaboraremos a menudo.

El resto de los recién llegados ya se había marchado, seguramente en busca de una hamaca que hacer suya. Mientras Bree y Dugan se estrechaban la mano y sonreían, comenzó a rondarme la sospecha de que quizá este plan de escapar del planeta no era tan sólido como había esperado.

—Escuchad —les interrumpí—, no quiero parecer estúpido, pero ¿alguno de vosotros podría explicarme por favor qué tiene que ver la religión de Marshall conmigo?

Bree se dio la vuelta para mirarme. Su expresión delataba que pensaba que Dugan era mucho más interesante que yo, probablemente porque había llegado a la conclusión de que yo tenía un problema grave y porque estaba empezando a crisparle los nervios.

—Una de las principales doctrinas de la Iglesia Natalista es la creencia en que el alma unitaria es sagrada —declaró Bree.

—Eh...

—No les gustan las copias de seguridad —apostilló Dugan—. Creen que solo hay un alma para cada cuerpo, y que una vez que tu cuerpo original muere, también lo hace tu alma.

—Correcto —repuso Bree—. Eso significa que un cuerpo bioimpreso con una personalidad implantada desde una copia de seguridad es, de hecho, un monstruo sin alma.

—Eso es. Una abominación —aseveró Dugan.

—No es un ser humano completo.

Dugan asintió.

—En realidad ni siquiera puede considerarse un ser humano.

—Vaya —dije—. Eso es...

—Lo sé —me interrumpió Bree—. Muy mala suerte.

—¡Pero, oye! —exclamó Dugan—. Solo porque seas un Prescindible no significa que ya hayan prescindido de ti, ¿no? Es decir, sigues siendo el original, ¿verdad?

—Sí, bueno. Solo hace dos días que firmé mi contrato para la expedición. Ni siquiera sé muy bien cómo funciona eso de las copias de seguridad. Al menos por ahora estoy dentro del cuerpo que tenía cuando nací.

—Genial —dijo Dugan, y me dio una palmada en la espalda—. Tú preocúpate por ganarte la simpatía de Marshall y todo irá bien.

Un consejo muy útil, hermano.

No me explico por qué no se me ocurrió seguirlo.



Por lo general intento no llegar tarde a mis citas, sobre todo cuando el retraso podría poner en peligro mi suministro de comida. Sin embargo, tampoco me gusta presentarme antes de hora en los sitios, menos aún a un rapapolvo de Hieronymus Marshall. De manera que me tomo mi tiempo para recorrer los pasillos de la cúpula y de hecho me detengo para charlar con un par de personas. Después aguardo delante de la puerta del despacho de Marshall hasta que el reloj situado en el margen de mi campo visual marca las 10.29 y finalmente llamo.

—Adelante.

La puerta se abre y veo a Marshall detrás de un escritorio bajo y robusto de metal y plástico. Está sentado en la silla, con el cuerpo echado hacia delante, los codos apoyados en los reposabrazos y las manos cruzadas encima de la barriga. Berto está sentado enfrente de él y se vuelve ligeramente para mirarme.

—Cierre la puerta —ordena Marshall—. Siéntese.

Acerco una silla para sentarme al lado de Berto. Marshall nos mira fijamente y en silencio durante lo que me parece una eternidad.

—Bueno... —dice Berto, pero Marshall lo manda callar con una mirada feroz.

—Usted, Barnes. ¿Qué réplica es?

—Esto... ¿la Ocho?

Marshall arquea las cejas interrogativamente.

—No parece estar seguro.

—No me estampan el número en la nuca, señor, y apenas tengo recuerdos de mi muerte. Solo sé que soy Ocho porque me lo dice la gente.

—Pero recuerda haber salido del tanque, ¿verdad?

Lanzo una mirada a Berto, pero él mantiene la mirada fija al frente.

—La verdad es que no, señor. Normalmente no recobro el conocimiento hasta pasadas unas horas. El primer recuerdo claro que tengo es despertarme en mi cama y sentirme como si tuviera una resaca atroz.

El rostro de Marshall se ensombrece, pero su expresión no cambia.

—Teniendo en cuenta que en Niflheim no tiene acceso a bebidas alcohólicas, señor Barnes, creo que podemos considerar que es más probable que esa sensación que experimenta indique una reactivación y no sea el resultado de una juerga de tres días, ¿está de acuerdo conmigo?

Tengo una respuesta ingeniosa para su pregunta, pero intuyo que no es el momento de soltarla.

—Sí, señor. Creo que es la suposición correcta.

—Por lo tanto, ¿cuántas veces la ha experimentado?

—Siete, señor.

—Entonces, usted es la octava réplica de Mickey Barnes.

—Sí, señor, soy la octava réplica.

Marshall me mira en silencio otro momento y luego se vuelve a Berto.

—Gomez, dígame, ¿por qué este señor es la octava réplica de Barnes?

—Bueno, señor —responde Berto—. De acuerdo con el protocolo, siempre debemos tener un Prescindible operativo.

—¿Y?

—Y, puesto que anoche la séptima réplica dejó de estar operativa, en cumplimiento del protocolo, presenté una solicitud para iniciar la producción de Mickey8.

—Gracias —dice Marshall—. Eso ha sonado muy oficioso. Ha conseguido que por un momento diera la impresión de que le importa el protocolo.

—Señor... —se apresura a añadir Berto, pero Marshall lo interrumpe con un gesto de negación con la cabeza.

—Ahórreselo, hijo. Solo quiero que me explique, con unas palabras normales, que no parezcan sacadas de un manual de campo, qué pasó exactamente anoche para que decidiera tirar a la basura setenta y cinco kilos de proteínas y calcio.

En realidad peso setenta y un kilos, y la mayoría es agua, de la que tenemos almacenada de sobra en depósitos situados fuera de la cúpula, pero

no parece el momento adecuado de hacer esa puntualización.

—De acuerdo —dice Berto—. Verá, señor...

Marshall se echa hacia delante y clava los codos en la mesa, apoya el mentón en la palma abierta de una mano y arquea las cejas. Berto se aclara la garganta. Creo que nunca lo había visto tan nervioso.

—Como expuse en la solicitud para la replicación, perdimos a Mickey a eso de...

—Querrá decir a la séptima réplica del señor Barnes.

—Sí, señor, a Mickey<sup>7</sup>. Lo perdimos sobre las 25.30 horas de ayer, mientras explorábamos una grieta situada a unos ocho kilómetros al suroeste de la cúpula principal. La misión de exploración se realizaba conforme con su orden vigente de inspeccionar el terreno que rodea la colonia y de vigilar la fauna endémica. Cuando confirmé que su cuerpo era irrecuperable...

—¿Cómo lo confirmó?

Miro de soslayo a Berto. Él mantiene la vista fija al frente. Esto va a ser divertido.

—¿Señor?

—Creo que mi pregunta es muy clara —dice Marshall—. ¿Cómo confirmó que no se podía recuperar su cuerpo?

—Bueno —balbucea Berto, y me lanza una mirada fugaz.

—A mí no me mires. Yo era el cuerpo, ¿recuerdas?

—Si le incomoda esta conversación, señor Barnes, puede esperar fuera hasta que termine esta parte del interrogatorio.

Niego con la cabeza.

—Oh, no. Tengo tanto interés como usted en oír lo que tiene que decir Berto.

Los ojos de Marshall regresan a Berto.

—¿Y bien?

—Bueno —dice Berto—, cayó por un agujero.

Marshall se recuesta en la silla y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Que hizo qué?

—Cayó por un agujero —repite Berto—. Un pozo muy profundo. Cuando tocó fondo la señal de su transmisor era casi nula.

—¿Casi? Entonces podría haberlo localizado.

—Es decir...

—Podría haberlo localizado —insiste Marshall—. Eso significa que podría haberlo rescatado. ¿No es eso correcto?

—Ajá —digo—. A mí me parece una conclusión bastante razonable.

Marshall y Berto me clavan sus miradas simultáneamente. Berto se aclara la garganta e intenta explicarse.

—En mi opinión, señor, era arriesgado intentar aterrizar en la zona donde Mickey había caído.

—Entiendo —dice Marshall—. Sin embargo, no le pareció arriesgado depositarlo allí en un primer momento, ¿es eso correcto?

—Sí —digo yo—. ¿Cómo se explica eso?

Marshall me señala con el dedo.

—Silencio, Barnes. Me ocuparé de usted cuando termine con Gomez. —Mira de nuevo a Berto—. Escuche, hijo. Sus órdenes son explorar las inmediaciones de la cúpula y observar esas criaturas que llaman gusanos donde y cuando sea prudente hacerlo. Sin embargo, espero que utilice el maldito sentido común en la ejecución de las órdenes. Y sobre todo espero que, si valora que hay una probabilidad razonablemente alta de que el Prescindible muera en el cumplimiento del deber, haga una previsión para la recuperación y el reciclaje de su cuerpo. ¿He hablado claro?

Hace nueve años me habría sentido ofendido al descubrir que lo que estaba discutiéndose no era que Berto me hubiera dejado morir, sino que no hubiera hecho un esfuerzo para recuperar mi cadáver. A estas alturas, sin embargo, me habría sorprendido que Marshall lo hubiera enfocado de otra manera.

Berto abre la boca para replicar, pero Marshall entorna los ojos y supongo que Berto se lo piensa mejor, porque vuelve a cerrarla y asiente en silencio.

Marshall vuelve la mirada hacia mí.

—Y bien, Barnes, ¿qué tiene usted que decir sobre este asunto?

—¿Yo, señor? Me temo que no tengo ninguna opinión sobre esto. Recuerde que acabo de salir del tanque y, según parece, Siete llevaba algunas semanas sin subir una copia de seguridad. No tengo ni idea de lo que está hablándose aquí.

—Mmm... Supongo que tiene razón —dice Marshall—. A veces olvido que usted no es más que una construcción artificial.

En situaciones normales, habría entrado a discutir esa afirmación, pero una vez más me parece que no es el momento de hacerlo.

—En todo caso —continúa Marshall—, estoy seguro de que ambos están al tanto de que nuestro departamento de Agricultura está encontrando grandes dificultades para conseguir que crezca algo como es debido en este medio. Como consecuencia de ello, actualmente, en lo que respecta a las calorías, nuestro margen de actuación es muy pequeño. Las actividades que ha llevado

a cabo en las últimas semanas han supuesto un gasto aproximado de trescientas mil kilocalorías de nuestro presupuesto de energía. Hasta y a menos que consigamos que el departamento de Agricultura produzca a pleno rendimiento, esta pérdida exige una nueva reducción de nuestras raciones de calorías. —Hace una pausa y vuelve a inclinarse con los codos hincados en el escritorio—. Estoy seguro de que los dos concordarán conmigo en que lo más justo sería que ambos asumieran la mayor parte de dicha reducción.

—Señor... —dice Berto, pero Marshall niega con la cabeza.

—No, Gomez, no quiero oírlo. A partir de este momento, sus cuentas de racionamiento se reducen un veinte por ciento de manera permanente.

—Pero...

—He dicho que no quiero oírlo —repite Marshall articulando de manera clara cada palabra. Mira fijamente a Berto y luego a mí—. ¿Desea añadir algo, señor Barnes?

—Bueno —digo—, para serle sincero, señor, no entiendo por qué se me sanciona a mí por la no recuperación de mi propio cadáver.

Marshall me mira fijamente durante cinco interminables segundos. Luego pestañea y dice:

—Permítame que reformule mi pregunta: ¿desea añadir algo que no sea un estúpido comentario de sabelotodo?

La respuesta es que sí, pero es obvio que sería como hablar con la pared, así que niego con la cabeza y contesto:

—No.

—Bien —dice Marshall—. Tal vez los gruñidos de sus estómagos les recuerden que deben ser más cuidadosos con los bienes de la colonia en el futuro. Pueden retirarse.

—Bueno —dice Berto cuando Marshall ya no puede oírnos—, ¿qué se siente al ser un bien de la colonia?

—Buena pregunta —respondo—. Yo también tengo una para ti: ¿qué se siente al ser un cabrón mentiroso?

Berto se detiene. Me doy la vuelta para mirarlo. A pesar de todo pone cara de herido.

—Vamos, Mickey. Eso no es justo.

—Me dijiste que me comieron los gusanos, Berto.

Berto mira a otro lado.

—Ya, y no pasó eso exactamente.

—¿Exactamente? Me has mentido. Me abandonaste en aquel agujero, ¿verdad?

Una mujer de Biología se cruza con nosotros en el pasillo y hace todo lo posible para pasar desapercibida y dejarnos claro su nulo interés en nuestra discusión. Cuando pasas nueve años hacinado en una caja de zapatos como los conejos en una conejera, buscas la manera de proporcionar a los demás al menos una pizca de privacidad.

—Por favor —me ruega Berto—, no alces la voz, ¿vale?

—Está bien.

Doy media vuelta y echo a andar de nuevo. Berto vacila un momento y corre para alcanzarme.

—Oye, lo siento. En serio. Debería haberte contado la verdad.

—Ya lo creo —digo.

—Lo sé. Eso ha estado mal... Pero yo no te dejé morir, Mickey. Debiste caer unos cien metros. Cuando impactaste contra el fondo ya estabas muerto. No iba a arriesgar el pellejo por setenta y cinco kilos de proteínas de Marshall, pero si hubiera habido alguna posibilidad de sacarte de allí vivo, lo habría hecho. Lo sabes, ¿verdad?

¡Dios mío!, ahora mismo me encantaría darle una paliza. Estaba sentado con nosotros cuando Nasha ha dicho que se comunicó conmigo después de mi caída. Se cree que solo porque me hable como si estuviera sincerándose conmigo sus mentiras se convertirán en verdades. Si no fuera porque no puede saber que sé exactamente lo que hizo anoche, ni porque es más alto, ágil y fuerte que yo y probablemente podría partirme el cuello como si fuera un pollo, le daría un puñetazo.

—Sí, lo sé —digo—. Tú nunca dejarías morir a tu mejor amigo, Berto. Es decir, tal vez a una réplica de un bien de la colonia, sí, porque eso no le hace daño a nadie. Pero ¿abandonar a un amigo en apuros? Harías todo lo que estuviera en tu mano para rescatarlo.

Berto me agarra por los hombros para detenerme y me gira. Luego me suelta, levanta las manos en señal de rendición y da un paso atrás cuando ve mi cara.

—Vaya. No sé que pasa aquí, Mickey, pero relájate. Es una putada que anoche murieras, pero, vamos, colega, en tu campo son gajes del oficio, ¿no? O sea, Marshall te ha matado a propósito ya tres veces y no recuerdo que te cabrearas así por ninguna de ellas. ¿Por qué ahora estás tan furioso?

Cierro los ojos, inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Estoy furioso, Berto, porque mi vida es un caos absoluto. Más a menudo de lo que me gustaría me despierto en la cama con resaca y cubierto de porquería. Sé que me ha pasado algo horrible, pero no guardo ningún recuerdo de ello ni sé por qué me ha pasado ni lo que puedo hacer para evitar que vuelva a ocurrir. Y cuando eso sucede, confío en ti y en Nasha para que me ayudéis con esas lagunas, para que me contéis lo que me ha pasado. No me queda más remedio que confiar en vosotros porque no tengo manera de recordarlo por mí mismo. Y ahora sé a ciencia cierta que me has mentido por lo menos una vez sobre este asunto, y eso hace que me pregunte cuántas veces más lo habrás hecho. ¿Comprendes ahora por qué estoy así?

Es posible que mis palabras le hayan llegado al corazón, porque evita mirarme a los ojos.

—Sí, lo comprendo. Lo siento, Mickey. Lo siento mucho. Nunca me había parado a pensarlo desde ese punto de vista.

Parece sincero. Tal vez, después de todo, no sería tan mal jugador de póker como parece.

—Ya, bueno. Pues quizá deberías haberlo hecho.

—Quizá. —Levanta los ojos y esboza una sonrisa—. ¡Oye, la próxima vez intentaré grabarlo en vídeo! Si lo consigo, le enseñaré la grabación a Nueve nada más salga del tanque.

No quiero zanjar aquí el tema, pero, sea o no un cabrón mentiroso, es más o menos mi mejor amigo.

—Eso es muy considerado por tu parte, maldito idiota.

Entonces alarga las manos y me estrecha con fuerza entre sus larguiruchos brazos de mono.

—De verdad, siento mucho haberte mentido, Mickey. No lo volveré a hacer.

—Ya —mascullo con la cabeza pegada a su pecho—. Seguro que no.

Acabo de darme cuenta de que no estoy dejando bien parado a Berto y que seguramente estarás preguntándote por qué soy su amigo. La respuesta corta es que siempre he considerado importante aceptar a las personas que forman parte de tu vida tal como son. El amigo perfecto no existe, como no existe nada perfecto, y si excluyes de tu vida a todo el mundo por sus muchos y muy variados defectos, acabarás echando de menos todo lo bueno que te aportan.

Por ejemplo, en mis últimos años en el instituto tuve un amigo llamado Ben Aslan. Ben era un buenazo. Era lo bastante inteligente como para ayudarme a aprobar astrofísica dos semestres a pesar de que yo era un negado

para las matemáticas; lo bastante divertido como para que me castigaran dos días en duodécimo curso por troncharme de risa durante el funeral de nuestro subdirector; y lo bastante leal para quedarse a mi lado y llevarse una paliza cuando le busqué las cosquillas a una pandilla de chicos mayores que iban borrachos como una cuba durante un concierto de Copper Fist el verano que nos graduamos.

Ben también era un auténtico rata, hasta el punto de que rayaba lo patológico.

Sus padres tenían una participación mayoritaria en la compañía concesionaria del transporte interurbano de todo el planeta. Su padre constantemente entraba y salía de la lista de las veinticinco personas más ricas de Midgard. El propio Ben tenía a su nombre un flitter, un vehículo terrestre, una casa en la playa y un tipo que le limpiaba el cuarto. A pesar de ello, en todo el tiempo que fui su amigo, creo que Ben Aslan nunca pagó una cuenta. No tenía implantes porque decía que le daba miedo que alguien le arrancase los ojos para acceder a su fondo fiduciario; y siempre parecía olvidar llevar encima un teléfono cuando salíamos porque, ¿por qué iba a hacerlo? Si necesitaba hablar con alguien, disponía de gente que podía hacerlo por él. El caso es que siempre que nos traían la cuenta, Ben sonreía, se encogía de hombros y prometía pagar la próxima.

Así fue durante años.

¿Por qué tragué con ello? ¿Por qué yo, un chaval que nunca tenía más de veinte créditos en la cuenta, invitaba a beber y a comer como un rey a la persona más rica que había conocido nunca? La respuesta es muy simple, la verdad: sabía cómo era Ben y lo aceptaba. Sumé los beneficios que me reportaba tenerlo en mi vida, resté las molestias de tener que pagarle todo en todos los sitios a los que íbamos y decidí que el resultado neto era positivo. Una vez tomada esa decisión, dejé de preocuparme por las cuentas. No valía la pena hacerlo.

Supongo que con Berto pasa lo mismo, con la diferencia de que en vez de escaquearse a la hora de pagar la cuenta en un restaurante a veces me deja morir de frío en un agujero y luego lo oculta con una mentira. Así es él. Todo es más fácil cuando eres capaz de aceptarlo y seguir adelante con tu vida.

Cuando vuelvo a mi cuarto encuentro a Ocho hecho un ovillo en mi cama, durmiendo profundamente. En un primer momento me planteo la posibilidad de dejarlo dormir, pues la salida del tanque te deja hecho polvo, pero yo también estoy cansado y además tenemos que hablar. Cierro la puerta con

llave, agarro el borde superior de la sábana y tiro de ella para destaparlo. Está desnudo.

Tomo nota mental de que tengo que cambiar las sábanas.

Ocho levanta la cabeza y me mira con ojos somnolientos, luego agarra la sábana y tira de ella para intentar taparse de nuevo. Solo entonces reparo en que lleva una venda compresiva alrededor de la muñeca.

—Eh, ¿qué le ha pasado a tu mano?

Me lanza una mirada fulminante.

—Nada, idiota. ¿Es que has olvidado que ahora tiene que parecer que somos la misma persona? Tú no puedes quitarte la venda, así que yo he tenido que ponerme una.

—No está morada.

Ocho echa un vistazo a su mano y vuelve a mirarme.

—¿Cómo?

—Tu mano —digo—. La llevas vendada, pero no está morada. Cualquiera que la mire con un poco de atención se dará cuenta de que no le pasa nada.

—Si alguien la mira con atención probablemente ya estemos muertos —responde.

Deja caer la cabeza sobre la almohada y se tapa con la sábana hasta la barbilla. Yo suspiro y lo destapo de nuevo.

—Lo siento, pero es hora de levantarse. Tenemos que resolver unos asuntillos.

Ocho se incorpora en la cama, se frota los ojos con los nudillos y sube la sábana hasta su cintura.

—¿Lo dices en serio? Acabo de salir del tanque, lo recuerdas, ¿no? Siempre necesitamos por lo menos un día para recuperarnos.

Me siento en el borde de la cama.

—Sí, hoy no nos asignarán ninguna tarea. Menos mal, porque tenemos que pensar en cómo vamos a gestionar nuestros turnos de trabajo. Solo uno de los dos puede salir cada vez si no queremos que Marshall nos arroje a ambos al pozo de los cadáveres.

Ocho bosteza y vuelve a frotarse los ojos. Me mira. Una sonrisa se dibuja lentamente en sus labios.

—Oye, bien pensado. Es posible que al final incluso salga bien, ¿eh? No está tan mal eso de trabajar la mitad.

—Sí —digo—, siempre y cuando participemos en misiones de apoyo a Agricultura o Ingeniería. Pero ¿qué pasará la próxima vez que Marshall

necesite a alguien para fregar el interior de la cámara de reacción de antimateria?

A Ocho se le borra la sonrisa.

—Antes o después eso ocurrirá, ¿verdad?

—Sí, así que estaría bien que decidiéramos cómo vamos a resolver ese problema con antelación.

Ocho se encoge de hombros.

—A mí me parece que la solución es bastante obvia. Yo no debería haber salido del tanque hasta que tú murieras. Ergo, para arreglar definitivamente este embrollo tú deberías ser quien asumiera la próxima misión suicida.

A mí no me parece tan obvio. Justo cuando me dispongo a explicarle por qué su argumento es una absoluta gilipollez... me doy cuenta de que no se me ocurre una sola razón.

—Está bien —digo—. Cuando Marshall nos venga con una misión suicida de verdad, es decir, algo como lo que le hizo a Tres, yo subiré al patíbulo. Pero no pienso realizar todas las tareas peligrosas. Si nos envía a otra misión de reconocimiento o nos pone a vigilar el perímetro, o nos vuelve a enviar con Berto en un flitter, lo echaremos a suertes.

Me mira con sorpresa, con la cabeza ladeada, y por un momento tengo la impresión de que va a rechazar mi sugerencia, pero finalmente se encoge de hombros y dice:

—De acuerdo, me parece justo.

—Perfecto. Supongo que podemos improvisar la próxima vez que nos llamen.

—De todos modos, hasta que uno de los dos caiga, va a ser duro vivir con media ración de comida.

—Sí —digo—. Me gustaría añadir algo sobre eso.

—¿Sobre qué? ¿Sobre las raciones? ¿Sobre las misiones?

—Sobre las raciones. La reunión con Marshall no ha ido exactamente como esperaba.

Ocho pone cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Nos ha reducido la ración un veinte por ciento.

Ocho gruñe.

—Lo sé —añado—. Íbamos a pasar hambre incluso aunque uno de los dos no estuviera. Tal como están las cosas, nos esperan tiempos difíciles.

Ocho se recuesta contra la pared, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—¿Eso crees? Esto es un desastre, Siete. Acabo de salir del tanque y ahora mismo me muero literalmente de hambre. Si no me meto calorías en el cuerpo es muy probable que te arranque el brazo de un mordisco y me lo coma mientras duermes.

Me paso las manos por el pelo y quedan recubiertas por una capa de grasa, lo cual me recuerda que hace casi una semana que no me ducho.

—¿Has desayunado algo?

Ocho abre los ojos, deja la mirada perdida y frunce el ceño.

—Yo no lo llamaría desayunar. Pillé un batido y un puré cuando pasé por delante de la cafetería.

—Bien. ¿Cuántas kilocalorías ingeriste?

—Unas seiscientas, creo.

—Sí. Yo también —digo—. Entonces nos quedan cuatrocientas para el resto del día.

—Dios mío —gimotea—. ¿Doscientas cada uno?

Tomo aire, lo aguanto en los pulmones y lo suelto lentamente.

—Te doy mi parte.

—¿En serio? —me pregunta con los ojos como platos.

—Solo estoy dándote doscientas kilocalorías en forma de puré. No es para tanto.

—¿Y mañana?

—No me presiones. Mañana volveremos al cincuenta por ciento cada uno. Ocho suspira.

—Vale, me parece justo. De hecho, es más que justo. Gracias, Siete.

Le doy una palmada en la rodilla.

—No tiene importancia. Probablemente es lo menos que puedo hacer por ti después de que decidieras no matarme esta mañana.

—Sí, eso es verdad —dice Ocho—. Sinceramente, me siento orgulloso de mi magnanimidad. ¿Estás seguro de que no quieres cederme todo el saldo de la cuenta para mañana?

Le estrujo la pierna hasta hacerle daño antes de soltarla.

—Te lo repito, no me presiones. Seguro que la próxima vez que uno de los dos disfrute de una ración completa será porque el otro está muerto.

Vuelve a tumbarse en la cama y junta las manos detrás de la cabeza.

—Hay una ilusión en el horizonte.

—Sí. —Estoy a punto de comentar que en cierta manera no me parece tan mala idea lo de fregar la cámara de reacción cuando recuerdo la conversación

en la cafetería—. Oye... Estaba pensando... ¿Por casualidad te has cruzado con Berto de camino aquí?

—No, ¿por qué?

—He estado con él en la cafetería esta mañana. Me dio a entender que os habíais visto. Creo que sospecha algo.

Ocho se encoge de hombros.

—Bueno, si hay que contárselo, se lo contaremos. Probablemente le parecerá una aberración, pero no creo que vaya corriendo a chivarse a Comandancia. Él tiene más culpa que nadie de esta situación.

—Eso es verdad. —Voy a añadir algo, pero tengo que reprimir un bostezo. Ocho ya ha cerrado los ojos. Le doy un empujoncito—. Hazme un sitio.

Ocho se desliza hacia el borde de la cama. Yo me quito las botas y me acuesto a su lado. Es un poco raro compartir cama conmigo mismo, pero supongo que tendré que acostumbrarme.

Ya estoy quedándome dormido cuando aparece un destello en mi ocular.

**<Comandancia1>**: Le necesitamos en la esclusa principal inmediatamente, Barnes. Tenemos un problema.

Me da un vuelco el corazón. ¿Ha vuelto Berto al despacho de Marshall y nos ha delatado?

No. Si Comandancia supiera algo, no creo que me hubiera llamado; seguramente habría enviado a Seguridad con bridas y armas. Me vuelvo para mirar a Ocho. Sigue con los ojos cerrados.

—Creo que te reclaman, amigo —dice.

Me incorporo.

—Es una convocatoria para un trabajo, Ocho.

—Ya. Si se trata de una misión suicida te la quedas tú, ¿no? Y si no es más que una tarea rutinaria también deberías encargarte tú, porque yo acabo de salir del tanque.

—¿Y si es algo intermedio? ¿Lo echaremos a suertes?

—No. Creo que me debes una.

Gira para darme la espalda y se sube la sábana hasta los hombros. Me quedó unos segundos mirándole fijamente la nuca. Luego apoyo los pies en el suelo, me siento en el borde de la cama y vuelvo a ponerme las botas. Ocho ya está roncando cuando cierro la puerta al salir de la habitación.



Hago toda clase de tareas en la cúpula. No estoy adscrito a ningún departamento en particular, así que en general voy rotando por todos ellos dependiendo de dónde necesitan ayuda para un trabajo pesado. He cuidado de las conejeras para Agricultura; he hecho turnos de guardia para Seguridad; incluso una vez sustituí a Marshall en la administración de la cúpula cuando se puso enfermo. Luego descubrí que su indisposición se debió a un intento de elaborar un licor casero con resultados desastrosos. Todas esas tareas, sin embargo, eran asignaciones aleatorias realizadas por el sistema semiautónomo que gestiona los recursos humanos de la colonia. Cuando recibo una llamada directa de Comandancia no es porque necesiten a alguien para trasladar unas cajas, sino porque me necesitan a mí para hacer mi trabajo.

Y me quedó bastante claro en qué consistía mi trabajo desde mi primer día entero en la estación Himmel. Después de mucho buscar por fin había encontrado un cuarto de baño y, tras varios intentos dolorosos y errores humillantes, averigüé más o menos cómo había que mear en condiciones de ingravidez. También había encontrado la sala donde repartían los paquetes de comida. Incluso había encontrado una hamaca libre que colgaba junto a otras cuarenta en lo que parecía una sala de reuniones. Lo peor era el olor, pero ya había empezado a acostumbrarme a él. En definitiva, sentía que estaba adaptándome bastante bien a mi nueva vida.

De manera que estaba echándome una siesta envuelto en mi hamaca, contento porque por fin casi era capaz de imaginar que estaba flotando en vez de cayendo al vacío, cuando noté que algo duro y puntiagudo se clavaba en mis costillas. Le di un palmetazo, lo que hizo que la hamaca se pusiera a girar

sobre su eje longitudinal. Abrí los ojos y vi el suelo, luego la pared, el techo y finalmente a la persona que me había pinchado con el objeto duro y puntiagudo. Era una mujer alta, de piel oscura y con la cabeza afeitada, y llevaba puesto el mono recto que usaba todo el personal permanente de la estación. Me agarró con las manos, afirmó los pies en el suelo y detuvo mis giros.

—¿Eres Barnes?

La miré desconcertado.

—Es posible. ¿Quién lo pregunta?

La mujer sonrió.

—Soy Jemma. Levántate. Es hora de trabajar.

Jemma me cayó bien durante la mayor parte del tiempo que pasé en la Himmel. Era una profesora excelente. Era divertida y simpática, y extrañamente considerada. Cuando teníamos sesiones matinales me traía una taza de té chai caliente. Cuando me costaba pillar algo, ella volvía a explicármelo desde el principio, más despacio, y me lo repetía todas las veces que hiciera falta hasta que estaba segura de que lo había entendido. Si durante todo ese proceso se le pasó alguna vez por la cabeza la idea de que yo era un lerdo, nunca dejó que se notara.

Aquel primer día comenzamos con una introducción esquemática a los sistemas de propulsión de la *Drakkar*. Aprendí dónde se almacenaba la antimateria, cómo se guardaba, dónde se encontraban los reactivos, cómo se unían ambos, y (esta es la parte en la que Jemma hizo hincapié) qué ocurriría si había algún problema con esos componentes.

—No tenemos que preocuparnos por un fallo en la unidad de contención de la antimateria —explicó—, porque el problema se resuelve solo.

Estábamos sentados el uno enfrente del otro en una mesa para jugar a las cartas en lo que parecía un cuarto trastero por lo demás vacío. Jemma esbozó una sonrisa de satisfacción y esperó. Al cabo de unos cinco segundos le cambió la cara.

—¿No vas a preguntarme cómo lo hace?

Puse los ojos en blanco.

—¿Matándonos a todos?

—Así es, pero yo iba a decirlo de una manera mucho más divertida —protestó ella.

Suspiré.

—¿Qué necesidad tengo yo de saber todo esto? ¿No tenemos ingenieros? Si todos ellos mueren, no creo que toda la información que puedas meterme en la cabeza en las próximas dos semanas cambie nada. A mí me gusta la historia. Puedo explicarte quién fue Wernher von Braun. Pero soy limitado para temas como la tecnología de propulsión. Aprobé por los pelos la asignatura de física cuántica en el instituto, y de eso ya hace mucho tiempo.

—No pretendo convertirte en ingeniero. La *Drakkar* llevará a bordo un equipo complementario de especialistas en propulsión. Ellos te explicarán con pelos y señales lo que tienes que hacer en el caso de que sea necesario, pero probablemente en una situación así el tiempo del que dispondréis será escaso, así que todo irá mucho más rápido si posees unos conocimientos básicos.

—Y si las cosas se ponen feas necesitarán mi ayuda para arreglarlo porque...

A Jemma se le borró la sonrisa.

—Porque una hora después del apagón, el flujo de neutrones en la cámara de combustión sigue siendo lo suficientemente alto como para inocular una dosis letal incluso a través de un blindaje de combate completo en menos de sesenta segundos. Y, créeme, tú no llevarás puesto un blindaje de combate completo. Son caros.

—Ya. No me refería a que los ingenieros entrarían personalmente en los motores. Es obvio que no lo harán. Pero pensaba que en esos casos se utilizaban drones.

Jemma negó con la cabeza.

—Los drones, como tú, no son inmunes a los daños causados por partículas de altas energías. De hecho, si supieras lo que es capaz de aguantar de más un ser humano un bombardeo continuo de partículas pesadas en comparación con una máquina, te sorprendería. Quizá en la práctica estés muerto al cabo de sesenta segundos, pero tu cuerpo tardará una hora o más en enterarse de ello, y mientras tanto puedes realizar un trabajo útil. En esas condiciones, un dron dejaría de estar operativo en menos de un minuto. Además, cuando os encontréis lejos de las fábricas de Midgard será mucho más difícil sustituir un dron dañado que a ti. Tu cargo oficial es el de Operario Prescindible, Mickey. Una parte de mi trabajo durante los próximos doce días consiste en asegurarme de que entiendas bien lo que eso significa.

Creo que fue ese el momento en el que empezó a caerme un poco peor.

Jemma y yo no hablábamos solo sobre motores y envenenamiento por radiación. Cuando quedaba claro que en mi cabeza ya no entraban más datos

técnicos, nos poníamos a hablar sobre filosofía, que era un tema más cercano a mis gustos.

Resulta ser que la gente ha estado hurgando en la periferia de la que ha sido la cuestión fundamental de mi vida durante mucho tiempo. Aquel primer día, cuando dimos por finiquitada nuestra conversación sobre las numerosas maneras en las que podría desintegrarme, Jemma me habló de la nave de Teseo.

—Imagina que un día Teseo decide levar anclas y navegar por todo el mundo.

—Vale —dije—. Sé que debería saberlo, pero ¿quién es Teseo?

—Un héroe antiguo de la Tierra. Muy muy antiguo... de unos tres mil años antes de la Diáspora.

—Mmm... ¿Y navega por todo el mundo?

—Sí, en un barco de madera. Durante el viaje, algunas partes de su embarcación se deterioran o se rompen y él las sustituye. Años después, cuando regresa a casa, no queda una sola tabla de la nave original. Por lo tanto, ¿es o no es el mismo barco en el que partió?

—Menuda tontería —respondí—. Claro que lo es.

—Vale. ¿Y si una tormenta destruye el barco y Teseo tiene que reconstruirla por completo para poder seguir navegando? ¿Es la misma nave?

—No, es otra. Si tiene que reconstruirla por completo sería el Barco de Teseo II, la Continuación.

Jemma se inclinó hacia mí con los codos apoyados en la mesa.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Qué diferencia hay entre sustituir todas las partes en momentos distintos y hacerlo a la vez?

Abrí la boca para responder, pero me di cuenta de que no se me ocurría nada que decir.

—Esa es la clave para aceptar la naturaleza de este trabajo, Mickey. Tú eres el barco de Teseo. Todos lo somos. En mi cuerpo no hay una sola célula ni una sola parte de mí que viviera hace diez años, y lo mismo puede decirse de ti. Estamos inmersos en un continuo proceso de reconstrucción. Si aceptas este trabajo, probablemente en algún momento reconstruirán todas tus partes simultáneamente, pero en el fondo es lo mismo, ¿no? Cuando un Prescindible pasa por el tanque, en realidad solo está haciendo lo que su cuerpo haría de manera natural a lo largo de un periodo de tiempo prolongado. Siempre y cuando se conserve su memoria, no puede afirmarse que haya muerto realmente. Simplemente se ha sometido a una reconstrucción extraordinariamente rápida.

No quiero que parezca que mi entrenamiento solo consistía en nociones de ingeniería y Teseo. A veces incluso era divertido. Jemma me enseñó lo básico para utilizar un acelerador lineal, por ejemplo. En la estación no podía disparar uno de verdad, pero me hizo practicar con un simulador bastante realista en el que tenía que luchar con unos zombis espaciales, y cuando años después por fin tuve la ocasión de utilizar uno de verdad, apenas noté la diferencia. También me enseñó a ponerme y a quitarme un traje de vacío y a montar un traje blindado de combate completo. El sexto día me llevó de prácticas fuera y estuvimos moviéndonos por el casco de la estación durante una hora, apretando y aflojando tuercas con una llave inglesa. Nunca olvidaré el momento que compartimos en la parte inferior de la estación, admirando la mitad oscurecida de Midgard.

—Lo sé —dijo Jemma—. Es bonito, ¿verdad?

—Eso brillante de ahí es Kiruna, ¿no?

—Sí. ¿Eres de ahí?

Asentí con la cabeza. Ella no podía verme a través de la visera con efecto de espejo, pero pareció entenderlo.

—Y ahora te marchas para siempre —dijo ella. Nos quedamos un rato allí contemplando la rotación de Midgard hasta que Kiruna desapareció en el horizonte—. Os admiro —confesó entonces—. Me refiero a los colonizadores. No os entiendo, pero os admiro. Veo el aspecto romántico de vuestra misión, ese querer expandir la humanidad hasta donde sea posible, proteger la especie de los desastres... Es la esencia de la Diáspora. Pero yo nunca podría ir.

Me encogí de hombros.

—Ya, bueno. Algunos nacemos exploradores, supongo.

Jemma resopló incrédula. Me volví para mirarla, pero yo tampoco podía ver su rostro al otro lado de la visera.

—He preparado a otros Prescindibles. A veces los necesitamos en la estación. El trato con ellos suele ser difícil. Tú eres un coñazo, pero cuando los saco al espacio como a ti ahora casi siempre tengo miedo de que corten mi cable y me arrojen al vacío. ¿Te imaginas por qué?

Suspiré antes de responder:

—Sé que la mayoría de los Prescindibles son presidarios. Aunque es diferente trabajar como Prescindible en la estación Himmel, donde aceptas que de vez en cuando morirás sin que haya una buena razón para ello. Pero yo me he apuntado a una misión colonizadora. Como has dicho, tiene algo de romántico, ¿no?

Jemma se echó a reír.

—Oh, por favor. He hablado con tu amigo, ¿Gomez...? El piloto. Sé por qué te apuntaste a la misión.

—Ah. Bueno...

Ella volvió a reírse.

—No te preocupes. No se lo voy a contar a nadie importante. Tus razones para ir seguramente son tan válidas como las tuyas, o las de Marshall, o las de cualquiera de los otros. Pero espero que sepas que es una solución permanente a un problema pasajero.

—¿No dicen lo mismo sobre el suicidio?

Me puso una mano en el hombro.

—Vamos, Mickey. Volvamos dentro. Tenemos que hablar sobre John Locke.

Mi primera copia de seguridad llegó la mañana de mi duodécimo día en la estación Himmel. La parte física fue bastante sencilla. Me sacaron una muestra de sangre, me rasparon un poco de piel de la barriga, me hicieron una punción para extraerme un poco del líquido cefalorraquídeo y luego me metieron en un escáner que tardó tres horas en elaborar un mapa de la distribución y la composición química de todas y cada una de las células de mi cuerpo. Jemma estaba esperándome cuando salí.

—Espero que hoy sea uno de esos días en los que te sientes radiante. El aspecto que tienes ahora es exactamente el mismo que tendrás cada vez que salgas del tanque durante el resto de tu vida.

—Mmm... ¿Esto solo se hace una vez?

—Me temo que sí —dijo Jemma—. El escáner consume un montón de energía, y el programa de reconocimiento estará casi una semana organizando toda la información que ha extraído. Además, acabas de absorber una cantidad de radiación que en circunstancias normales se consideraría problemática.

—Oh.

Se agarró a un asidero y se impulsó por el pasillo. La seguí.

—Espera —dije cuando llegamos a nuestra siguiente parada—. ¿Qué quieres decir con «se consideraría» problemática?

Me dedicó una sonrisa triste.

—Ya lo averiguarás.

La copia de seguridad de mi personalidad, que desde entonces he estado realizando de manera regular, fue más sencilla y extraña que la de mi cuerpo. Me senté en una silla y un técnico me puso un casco en la cabeza. Por fuera era liso y metálico, pero por dentro tenía una multitud de lo que parecían una especie de agujas con la punta roma que se apretaron contra mi cuero cabelludo y mi frente.

—Es un SQUID —me explicó el técnico—. Es un poco incómodo, pero no te dolerá.

Más adelante me enteré de que un SQUID, además del nombre en inglés de un invertebrado marino sorprendentemente inteligente de la Tierra, era un dispositivo superconductor de interferencia cuántica. Espero que estas palabrejas signifiquen para ti más de que lo significaron para mí en aquel momento.

El técnico no me mintió, el procedimiento para realizar la copia de seguridad no es doloroso. Sin embargo es extremadamente raro. Las copias de seguridad rutinarias son simples actualizaciones que están listas en una hora más o menos. No obstante, la primera duró casi dieciocho horas, aunque a mí me parecieron muchas más, y se desarrolló como si fuera un episodio de fiebre; ves pasar por tu cabeza pedazos de tu pasado, imágenes y sonidos, olores y sensaciones, todos ellos totalmente fuera de control y a una velocidad a la que es imposible procesarlos. Lo que recuerdo de una forma más vívida de aquella primera copia de seguridad es un primer plano de mi madre. Murió en un accidente de flitter cuando yo tenía nueve años y apenas recuerdo su cara... Pero en esa imagen era joven y guapa y rebosaba vida, y cuando finalmente me quité el casco, estaba llorando como un niño.

Hecha la copia de seguridad, Jemma me llevó al comedor de la tripulación, nos sentamos a una mesa y me dijo que pidiera lo que quisiera. Cuando le pregunté qué pasaba, ella me volvió a dedicar esa media sonrisa triste tan suya y dijo:

—Estamos de celebración, Mickey. Hoy te gradúas.

—¿De verdad? ¿Y cuándo es la ceremonia?

Ella miró a otro lado.

—En cuanto acabemos aquí. Tómate tu tiempo.

Aún recuerdo aquellas horas como las más extrañas de mi vida. La comida no estaba mal, teniendo en cuenta que casi todo consistía en alimentos artificiales producidos en laboratorio y elaborados en condiciones de ingravidez. Por razones que se me escapaban, la conversación entre nosotros fue incómoda. Sabía que la *Drakkar* ya estaba casi lista y pronto se empezaría

a cargar. Lo creas o no, llegué a pensar que Jemma estaba un poco triste porque iba a echarme de menos cuando me fuera.

Cuando terminó la cena y Jemma se puso en pie, pensé que yo volvería a mi hamaca para dormir. No había permanecido despierto durante todo el proceso de la copia de seguridad, pero lo cierto es que tampoco podría decirse que hubiera descansado. No me sentía cansado exactamente, más bien débil y sin fuerzas, y como desconectado de la realidad. Sin embargo, Jemma me agarró del brazo cuando me di la vuelta para marcharme por el pasillo.

—Espera. ¿Has olvidado tu ceremonia de graduación?

—Ah —dije—. Creía que era una broma.

Me miró durante un largo momento, luego negó con la cabeza y enfiló por el pasillo en dirección a nuestro trastero. Me encogí de hombros y la seguí.

—Bueno —dije cuando cerró la puerta a su espalda—. ¿Vas a darme un bonete y un toga?

Me deslicé hacia ella.

Pensaba que estábamos a punto de enrollarnos.

Sí, así de estúpido soy.

Jemma me miró con una cara tan inexpresiva como una máscara de madera. Metió una mano en el bolsillo de su mono y sacó una cosa negra y brillante, algo mayor que su mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Ella lo sostuvo en el aire. Tenía el mango de una pistola y un cañón con la punta de cristal blanco. Por primera vez en casi dos semanas volvió a apoderarse de mí esa sensación de estar cayendo imparablemente.

—Es un burner. De baja potencia, así que su uso es seguro dentro de la estación. No corta metal, pero sí casi cualquier material orgánico. —Lo agarró por el cañón y me lo ofreció. Lo cogí tras un momento de vacilación—. ¿Ves ese interruptor rojo en un lado de la empuñadura? Es el seguro. Deslízalo hacia arriba.

Hice lo que me pidió y la punta de cristal brilló con una pálida luz amarilla.

—Vale, ahora está cargado. Ten cuidado con el gatillo. Es ese bultito que hay junto a tu dedo índice.

Giré el arma que tenía en la mano a un lado y a otro para estudiarla con extrañeza.

—No lo entiendo —dije.

Entonces ella volvió a mirarme con su habitual expresión triste y lo entendí.

—Esta es tu graduación, Mickey. Ha llegado el momento de comprobar si has comprendido lo que significa ser un Prescindible.

La miré a los ojos. Ella me sostuvo la mirada.

—Es broma, ¿verdad?

—Cuanto antes lo hagas, mejor —dijo ella—. Gira la cabeza todo lo que puedas y aprieta la punta contra la parte blanda que tienes justo detrás de la oreja. Intenta inclinar ligeramente el cañón para que dispare hacia arriba. Está configurado para que lance un rayo en forma de abanico. Si lo haces bien, te cargarás todo el bulbo raquídeo y buena parte del cerebelo de un disparo. Te prometo que no sentirás nada. Si fallas el tiro, tendré que limpiar el estropicio. Y ninguno de los dos quiere eso.

—Jemma...

—En realidad no es una ceremonia de graduación, más bien el examen final. Si te niegas a hacerlo, mañana por la mañana te meterán en un transbordador y te enviarán de vuelta a Midgard, y yo tendré que empezar todo de nuevo con tu sustituto, que esta vez no será un voluntario. Tampoco ninguno de los dos quiere eso. Lo siento, Mickey, pero te apuntaste para esto. La inmortalidad tiene un precio.

Reflexioné un momento. Me imaginé volviendo a Midgard, a mi cuchitril y mi subsidio, que no me alcanzaba ni para comer. Pensé en cuando les dijera a mis amigos que al final no iría en la *Drakkar*. Pensé en la máquina de tortura de Darius Blank.

—Será como si me quedara dormido, ¿verdad? ¿Después me despertaré en mi hamaca fresco como una rosa?

—Sí, eso es —dijo Jemma—. Quizá tengas un poco de resaca, pero nada más. —Sonrió.

Yo suspiré, miré a otro lado y pegué el burner a mi cabeza.

—¿Así?

—Sí, no es necesario acercarlo más.

Cerré los ojos, inspiré hondo y solté el aire.

Apreté el gatillo.

Me quedé paralizado, temblando, hasta que Jemma tendió una mano y apartó con delicadeza el burner de mi cabeza.

—Felicidades —dijo en voz baja—. A partir de hoy eres oficialmente Mickey1.



Hay una pequeña multitud esperándome en la entrada principal. Marshall también está allí, con Dugan, de Biología, y una pandilla de seguratas. Berto y Nasha se mantienen un poco apartados de los demás. Berto se encorva y acerca su cara a la de Nasha hasta que casi se tocan. Le dice algo breve y cortante. Ella mira a otro lado y niega con la cabeza.

—Hola —digo—. ¿Qué ocurre?

Marshall me hace un gesto para que me acerque.

—Eche un vistazo —me ordena señalando el monitor que hay encima de la puerta.

Miro arriba. La puerta exterior de la esclusa está cerrada. Veo lo que me parece el cuerpo carbonizado de un hombre derrumbado en un rincón.

—Mierda. —Miro detenidamente. Lo que en un primer momento me parecía metal manchado de hollín es en realidad un agujero de casi dos metros de diámetro en el suelo de la esclusa—. ¿Dónde está el suelo?

—Ha desaparecido —responde Dugan—. Algo lo atravesó y se puso a arrancarlo mientras Gallaher estaba esperando a que terminara el ciclo de la esclusa.

—¿Gallaher? ¿Se refiere a ese cuerpo tirado en el rincón?

—Sí —dice Marshall—. Ese es él. Tuvimos que utilizar el voladizo.

Me quedo boquiabierto.

—¿Han vertido plasma en la esclusa principal? ¿Con uno de los nuestros dentro?

—Sí —responde Marshall—. Las heridas de Gallaher eran graves y ya estaba desangrándose. La criatura que arrancó la primera sección del suelo se

llevó por delante su pierna. La AI que controla el perímetro de seguridad activó la alarma y no me gusta contradecirla. No podíamos correr el riesgo de que el intruso entrara en la cúpula.

La explicación de Marshall me deja sin palabras.

—Han sido los gusanos —aclara Berto—. Dos o tres como mínimo.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo...?

—Se ve que sus mandíbulas están más afiladas de lo que parece —explica Berto—. O sea, no es la primera vez que les veo atravesar algo...

—¿Algo? —digo—. ¿Te refieres a mi cabeza?

Eso provoca cinco segundos de silencio incómodo.

—En todo caso —interviene Dugan—, me ha sorprendido descubrir que apenas tenemos datos claros sobre estas criaturas. Hemos conseguido esbozar un par de descripciones a partir de los informes redactados por Gomez y Adjaya después de los vuelos de reconocimiento, pero eso es todo. Por eso le hemos llamado.

Miro a Berto y de nuevo a Dugan.

—Gomez nos ha explicado que ha tenido alguna experiencia directa con esas criaturas —continúa Dugan—. De hecho afirma que ha desarrollado una especie de obsesión con ellas, y el comandante Marshall nos ha informado de que está enviándole para observarlas desde hace un par de semanas. Necesitamos saber más sobre ellas. Tenemos que saber a qué nos enfrentamos exactamente. Si se ponen a agujerear la cúpula, estamos muertos.

Lanzo otra mirada a Berto, pero él evita mirarme a los ojos.

—¿Experiencia directa?

—Eso es —asevera Marshall—. Porque le han comido.

—Es verdad —dice Berto—. Mickey es un experto en ser devorado por los gusanos.

Ahora Berto y Nasha sí que me miran. Pongo los ojos en blanco.

—Acabamos de hablar de ello. No recuerdo nada de lo que les pasó a Seis o a Siete. Ni siquiera sabría cómo murieron si Berto no me lo hubiera contado.

—¿Estás seguro Mickey? —me pregunta Berto—. Esto es importante. ¿No recuerdas nada de lo que pasó anoche?

Berto me mira fijamente. Nasha mira a otro lado.

—He salido del tanque esta mañana. Ya lo sabes, Berto.

Marshall entrecierra los ojos y pregunta:

—¿Está pasando algo de lo que debería enterarme?

Berto me lanza una de sus miradas recriminatorias y niega con la cabeza.

—No, señor, no pasa nada. Mickey tiene razón. Como hemos hablado esta mañana, Mickey llevaba algún tiempo sin subir una copia de seguridad cuando anoche murió.

Marshall no es idiota, pero supongo que es consciente de que tiene otros problemas más importantes que requieren su atención. Mira con dureza a Berto unos segundos más y luego dice:

—Da igual. Ahora equípense todos. Gomez y Adjaya, ustedes proporcionarán cobertura aérea. Quiero una batida exhaustiva con georradars en un radio de dos kilómetros desde el perímetro. Quiero saber el número exacto de criaturas que hay ahí fuera y su ubicación. También quiero que carguen sus armas como si fueran a matar osos. Asegúrense de que llevan los lanzamisiles cargados antes de despegar. Cuando tengamos lo que necesitamos y nuestra gente se haya retirado, quiero que limpien de criaturas el terreno en un kilómetro a la redonda. —Marshall hace una pausa y pasea la mirada por los presentes—. Los demás, prepárense para salir a pie por la esclusa auxiliar dentro de quince minutos. Dugan, para estudiar a fondo a estas criaturas necesitará disponer de un espécimen en su laboratorio. —Sonríe, pero su expresión transmite más morbosidad que alegría—. Caballeros, van a salir a cazar gamusinos.

—Ya sabe que para mí no es la primera vez.

—¿Eh?

Dugan levanta la cabeza para mirarme. No nos hemos relacionado mucho desde nuestro primer día en la estación Himmel. No suelen enviarme para que eche una mano a Biología, y cuando lo hacen normalmente es para tareas como limpiar los laboratorios. En este momento está enfundándose en el traje acorazado de combate, lo cual en otras circunstancias sería para troncharse de risa. En cierta clase de tipos, el traje de combate a medio poner te da el aspecto de uno de esos dioses de la guerra de la historia antigua. Dugan no pertenece a esa clase de tipos. Él parece un pollo desplumado preparándose para una fiesta de disfraces.

—He dicho que para mí no es la primera vez. Se arrepentirá de habérselo puesto.

Dugan mira alrededor. Los gorilas de Seguridad ya están completamente equipados. Llevo diez minutos intentando recordar sus nombres. El calvo con el ceño fruncido es Robert algo (en todo caso nunca le llames Bob); la mujer más baja es Cat Chen. Estoy casi seguro de que la otra se llama Gillian, pero

no pondría la mano en el fuego. En este momento están paseándose por el depósito del armamento, comprobando que todos sus servos funcionan correctamente. Esta será la primera salida que realizamos armados desde que aterrizamos.

—Me parece que esa es una opinión minoritaria —dice Dugan.

Me encojo de hombros.

—Ellos son de Seguridad. Se acostarían con el traje acorazado puesto si pudieran. El traje te crea la ilusión de que eres invencible, pero pesa casi cien kilos. Eso también te hace demasiado lento para caminar con las raquetas para la nieve, y, créame, cuando salgamos ahí fuera solo querrá estar pisando nieve. Avanzar hundido un metro o más en el polvo es bastante desagradable.

Dugan me mira de arriba abajo. Estoy tapado de pies a cabeza, pero mi equipo me protege exclusivamente del frío. Él lleva dos burners en sendas pistoleras en la cintura. Yo tengo un acelerador lineal, que pesa más que las armas de Dugan, es mucho menos versátil y estoy seguro de que mi maltrecha muñeca protestará amargamente si tengo que levantarla para usarla, pero no he practicado con ninguna otra arma y de todos modos he cogido un poco de manía a los burners desde aquella última noche en la estación Himmel.

—Gracias por el consejo, pero he visto lo que esas cosas le hicieron a la pierna de Gallaher y me gustaría que entre ellas y yo se interpusiera algo más resistente que un traje para la nieve.

—¿Vio lo que le hicieron a Gallaher? Entonces también vio lo que hicieron al suelo de la esclusa, ¿no?

Me clava una mirada feroz que salta de mí a su guante de la mano derecha, que parece negarse a acoplarse al puño de la manga del traje.

—Déjeme probar a mí —digo.

Dugan levanta el brazo. Giro el guante y el conector se engancha a la manga.

—Gracias —dice. Flexiona la mano para asegurarse de que todo está correctamente enganchado y coge el peto de la armadura—. Entiendo su punto de vista —añade después de colocarse el peto—. Para usted no tiene ninguna trascendencia, pero debe comprender, Barnes, que los demás no podemos darle al botón de reinicializar si morimos. Si yo muero es para siempre. Así que, sí, voy a ponerme el traje acorazado.

Sonrío.

—El botón de reinicializar, ¿eh? ¿Cree que la excursión al tanque es eso?

—Mire, no quiero empezar una discusión, pero el hecho es que usted es un Prescindible y yo no. Nuestros incentivos son diferentes. Yo solo quiero

salir ahí fuera, recoger unas muestras y regresar sano y salvo.

Me paso la correa del acelerador por encima de la cabeza. Quiero que esté lo bastante suelta para poder empuñar el arma con rapidez, pero lo suficientemente tirante para que no me golpee la espalda mientras camino.

—Eso no se lo voy a discutir, se lo aseguro —respondo—. Pero eso a lo que usted se refiere con darle al botón de reinicializar no es tan divertido como cree.

Recibo un mensaje en el ocular.

**<Comandancia1>**: Adjaya y Gomez han comenzado la batida. Es la hora.

Miro a mi alrededor. Los seguratas se dirigen a la puerta de la esclusa acompañados por el tintineo de sus trajes. Cierro herméticamente mi reciclador de aire. Dugan se coloca el casco y nos ponemos en marcha.

La última vez que una especie nativa opuso una resistencia seria a una de nuestras misiones de colonización fue hace poco menos de dos siglos, y ocurrió a unos cincuenta años luz en dirección rotatoria de aquí. El comandante de aquella misión de cabeza de puente probablemente le puso un nombre a aquel planeta, pero nunca llegó a nosotros. Actualmente se llama Roanoke.

Roanoke no es lo que se diría un hábitat ideal. Su sol es una enana roja y el planeta en sí es una roca con rotación sincrónica sin apenas oblicuidad de la eclíptica, con muy poca agua y un periodo orbital de treinta y un días. Uno de sus polos es caliente, ya que la temperatura ambiental rara vez baja de los 8 °C, y en el otro polo nieva hielo seco. En medio se extiende una franja más o menos habitable de una amplitud de unos mil kilómetros, anclada en un crepúsculo perpetuo. Roanoke es un planeta viejo. Se especula con que alberga vida desde hace más de siete mil millones de años. Y durante ese tiempo, todo lo que ha evolucionado allí se ha enzarzado en una lucha por ocupar ese ventoso espacio de mil kilómetros de anchura.

Al parecer, presentarse en un lugar así con unos cuantos millones de litros de agua en estado líquido es como hacerlo con un saco gigante lleno de dinero en un poblado de chabolas, ya que solo una semana después de que los colonizadores hollaran el planeta, todas las criaturas que lo habitaban se les echaron encima. Entre ellos, una especie de insectos diminutos que eran arrastrados por el viento y picaban en las zonas del cuerpo que no estaban tapadas. Sus picaduras provocaban unos sarpullidos que daban paso a unas

ampollas purulentas y luego a una sepsis que era la antesala de la muerte. También había unas criaturas semejantes a estrellas de mar que vivían en madrigueras que hacían en la arena y estaban dotadas de unos colmillos capaces de atravesar los trajes acorazados; inyectaban un veneno necrotizante que mataba en cuestión de minutos. Otros seres endémicos de Roanoke eran unos insectos del tamaño de un niño de tres años que arrojaban unos chorros de una concentración de ácido sulfúrico por unas glándulas situadas en sus cabezas. La mayoría de las criaturas del planeta parecía haber evolucionado para derrotar las defensas de la colonia. Aunque ahora nos parece obvio lo que sucedió, a juzgar por los informes que el comandante de la misión consiguió transmitir antes de que todos murieran, los colonizadores nunca encontraron una explicación.

Casi desde el primer día, el comandante de la colonia de Roanoke fue incapaz de mantener con vida a la gente que estaba a su mando fuera de la cúpula durante más de una hora. Los colonizadores fueron cayendo de uno en uno o de dos en dos, semana tras semana, hasta que se vieron obligados a mandar los tabús a la mierda y crear copias adicionales de su Prescindible para llenar las habitaciones.

Finalmente decidieron encerrarse en la cúpula e intentar pasar desapercibidos mientras investigaban lo que les estaba pasando. Pero para entonces ya había algo reproduciéndose en el interior de la cúpula. El comandante puso en marcha media docena de protocolos de esterilización, pero lo que quiera que fuera que se había introducido en la colonia siempre regresaba. Llegó un momento en el que toda la colonia estuvo formada por réplicas del Prescindible. El procesador central continuó produciéndolos hasta que se agotaron los aminoácidos.

Uno de los últimos Prescindibles supervivientes por lo menos vislumbró la verdad de lo que estaba ocurriendo antes de morir. Biología había liberado un fago diseñado para exterminar uno de los microorganismos que estaba haciendo estragos en la colonia. Seis horas después apareció una variedad resistente al virus. Las últimas palabras que dejó grabadas en su diario personal, dictadas mientras sus tripas se licuaban y escapaban por todos los orificios de su cuerpo, fueron las siguientes: «No estoy paranoico. No sé quién es, pero aquí hay alguien que va a por mí».

Pienso en ese tipo, Jerrol doscientos y pico, mientras salimos a la nieve. Las criaturas autóctonas de Roanoke no hicieron sonar las campanas de alarma al ver a los colonizadores porque no usaban herramientas en el sentido clásico

del término. No producían emisiones electromagnéticas ni tenían centrales eléctricas, carreteras, coches ni ciudades. Hasta donde sabemos, ni siquiera tenían agricultura. Sin embargo eran unos ases de la ingeniería genética. Si eso se combina con su territorialismo y su xenofobia radicales, el resultado es predecible, teniendo en cuenta que toda su historia evolutiva había estado encaminada hacia la lucha con individuos de su propia especie y con todo lo demás que había en su planeta de mierda por una estrecha franja de territorio habitable. Ahí está la explicación del fiasco de la misión de cabeza de puente en Roanoke.

Pienso en Jerrol y en el amiguito gigantón que excavó el túnel anoche. En Roanoke murió todo el mundo porque allí vivían seres sentientes y los colonizadores no se dieron cuenta de ello hasta que ya fue tarde. Me pregunto si alguien como yo tuvo un encontronazo con uno de los habitantes autóctonos de Roanoke, lo identificó como ser sentiente y no informó de ello a Comandancia.

Un gran número de misiones de cabeza de puente fracasan por un motivo u otro. Sinceramente, odiaría que esta fracasara por mi culpa.

Ya se extingue el resplandor postrero de la puesta de sol en el horizonte y se ven las primeras estrellas en el este. Hace diez minutos que hemos salido de la esclusa y nos hemos alejado alrededor de medio kilómetro del perímetro de seguridad. Dugan está hablando con Berto y con Nasha por la radio sobre dónde es más probable encontrar un gusano pero no un centenar cuando Cat se acerca a mí caminando pesadamente. En el depósito de armas nuestros ojos quedaban más o menos a la misma altura, pero ahora yo estoy encima de casi un metro de nieve y ella tiene que estirar el cuello para mirarme.

—Hola —dice—. ¿Por qué llevas el AL? Pensaba que todos debíamos llevar burners.

Tardo un momento en comprender que se refiere a mi arma. La verdad es que en este momento no me apetece entrar en detalles sobre la aversión que tengo a los burners desde el episodio con Jemma. Esta persona es una auténtica desconocida para mí, e incluso pasados nueve años todavía me parece una historia demasiado personal.

—Por ninguna razón en particular —respondo—. Solo es una sensación.

—¿Una sensación? Está bien dejarse llevar por una sensación cuando se trata de elegir la ropa para una primera cita, pero es raro hacerlo para escoger el arma, ¿no crees?

Vale. Parece ser que no va a dejar el tema.

—Mi sensación, para ser concreto, es que no creo que los burners sean eficaces contra los gusanos.

—Ah. ¿Lo dices por experiencia personal?

Me encojo de hombros. No puedo ver su cara a través de la visera con efecto de espejo, pero capto un ligero tono de preocupación en su voz.

—No es eso. Cuando estábamos en el depósito de armas me he preguntado qué elegiría para esta misión en circunstancias normales.

Cat ladea la cabeza.

—¿Y?

—Un burner. Sin dudar. La cadencia de fuego máxima de esta arma es de un disparo por segundo y pesa un huevo. O sea, no pesa tanto como esa estúpida armadura, pero casi.

—No lo pillo.

Sonrío, aunque ella no puede verlo porque el reciclador de aire me tapa la boca.

—Esas criaturas ya me han matado dos veces haciendo lo que hago siempre. Así que esta vez he decidido hacer lo contrario.

Cat asiente con la cabeza.

—Ahora lo pillo. Es una actitud muy zen, Barnes.

—Bueno, me reencarno continuamente.

—Eso es verdad —dice Cat—. Quieres alcanzar el nirvana, ¿eh?

Me parece que es un momento raro para hacer bromas, pero ¿qué más da? Niego con la cabeza.

—No lo creo. No me extrañaría regresar reencarnado en una tenia o algo así.

—Pero siempre te despiertas siendo tú. A lo mejor Mickey Barnes es lo más bajo a lo que puedes llegar desde el punto de vista del karma.

Miro en derredor. No parece estar pasando nada importante.

—Sí, supongo.

Dugan está hundido hasta la cintura en la nieve a una veintena de metros de mí. Aún está charlando con Berto. Podría decirle dónde puede encontrar un montón de gusanos, o al menos uno bien grande, pero imagino que no todos recibirían la información con la misma alegría. Alzo la vista al cielo. Hace una noche bonita para lo que es habitual en Niflheim. El cielo está despejado y tiene un intenso color negro. La luz que emana de la cúpula solo hace visibles unas pocas estrellas, pero estas son unas esquiras duras y brillantes de plata.

—Oye, tú y yo nunca habíamos charlado antes, ¿verdad?

Vuelvo a mirar a Cat. Está observando a Dugan con una mano apoyada en el burner.

—No que yo recuerde —respondo.

—Qué raro, ¿no? ¿Has estado evitándome?

Estoy a punto de decirle que no, que no es raro que nunca hayamos hablado, porque la mitad de la gente de la *Drakkar* me considera una especie de abominación y a la otra mitad le doy repelús. De manera que en los últimos nueve años no me he relacionado con nadie que no se acercara primero a mí, lo cual, al parecer, ella nunca había hecho. Sin embargo, antes de que pueda decírselo, suena y se apaga el gemido de la gravedad cuando Nasha pasa por encima de nosotros a unos sesenta metros de altura.

—Vamos —dice Dugan por la radio—. Nos movemos.

Avanzamos trabajosamente hacia el norte, dejando la cúpula a nuestra espalda, en dirección al lugar por el que salí de los túneles esta mañana. ¿Qué haría Dugan si mi amigote emergiera de la nieve delante de él?

—¿Ha pasado algo gracioso? —pregunta Cat.

—No —respondo—, solo estaba acordándome de una cosa que me pasó una vez.

—Cuéntamelo. Esto es un aburrimiento.

Por supuesto, no puedo contárselo. Tampoco puedo decirle que no puedo contárselo porque entonces tendría que explicarle el porqué. Sin embargo, no tengo que preocuparme por encontrar la manera de salir de este apuro porque Dugan se pone a chillar. Está chillando y bailando.

—¡Eh! —exclama Cat—. ¿Qué demonios...?

En eso Dugan levanta la pierna derecha para sacarla de la nieve y veo que un gusano se ha enganchado a ella. Veo también unas manchas marrones en su traje acorazado allí donde la criatura ha clavado sus piecitos puntiagudos mientras mordisquea con sus mandíbulas la costura del traje situada en la parte posterior de la rodilla.

Los acontecimientos se suceden con rapidez. Los otros dos seguratas, que no se han separado de Dugan durante los últimos diez minutos, apuntan sus burners a la pierna del biólogo. Al principio da la impresión de que Dugan los anima para que disparen, pero entonces su armadura comienza a brillar y el gusano continúa mordisqueándolo y hundiendo sus patitas en el material cada vez más blando del traje acorazado. Entonces brota un chorro de vapor de la nieve que los oculta y los chillidos de Dugan se convierten en unos alaridos desgarradores. Yo me doy la vuelta y diviso una roca de granito gris a unos treinta metros. Echo a correr hacia allí.

Correr con raquetas no es práctico ni divertido. No he dado ni tres pasos cuando caigo de bruces al suelo. Me revuelvo en la nieve, convencido de que en cualquier momento sentiré las mandíbulas de un gusano clavándose en mi nuca, pero entonces un par de guantes motorizados me agarran el brazo y me levantan.

—¡Vamos! —grita Cat—. ¡No te quedes parado!

Me da un empujón en la espalda que casi me tira de nuevo al suelo. Oigo los esforzados pasos de Cat a mi espalda y, un poco más lejanos, las imprecaciones y los gritos de los otros dos seguratas. Me arriesgo a echar un vistazo atrás. Una racha de viento del norte ha disipado el vapor. Dugan ha desaparecido, supongo que arrastrado debajo de la nieve. Los otros dos agentes de Seguridad siguen en pie, pero no creo que eso dure mucho porque cada uno de ellos tiene encima un par de gusanos.

Subo a la roca y me paso el acelerador que llevo colgado a la espalda por debajo del brazo para empuñarlo. Mi mano izquierda tiembla bajo el gran peso del cañón. Cat se pone a mi lado encima de la roca un segundo después. Estamos medio metro por encima de la nieve en una isla de granito de unos tres metros de ancho. Un gusano asoma la cabeza tan cerca de mí que casi puedo tocarlo. Apunto y disparo. El retroceso del acelerador me lanza contra Cat en el mismo instante en el que los primeros tres segmentos del gusano explotan convertidos en una lluvia de metralla.

—Mierda —exclama Cat—. Bravo por el zen.

Los otros dos seguratas ya han desaparecido, aunque me parece distinguir un movimiento de forcejeo debajo de la nieve. Abro la boca para hablar, pero entonces un estruendo de gravedad anuncia la llegada de Berto. Dos focos nos iluminan antes de desviarse hacia el lugar donde han caído Dugan y los demás.

—¿Habéis conseguido la muestra? —pregunta Berto por la radio.

—Una parte de una.

Bajo de un salto de la roca y recojo lo que queda del gusano. La pinza de la nave de Berto ya está descendiendo. Vuelvo a subir a la roca y le entrego el gusano a Cat, luego acoplo su traje acorazado a la pinza. Ella me rodea con un brazo y ascendemos juntos. Cuando unos segundos después miro abajo, la superficie de granito está infestada de gusanos. En cuanto entramos en la bodega de Berto, Nasha aparece chillando en vuelo rasante y dispara los dos primeros misiles. Las puertas de la bodega se cierran violentamente y nos alejamos de allí deslizándonos por encima de la primera oleada de plasma.



Las misiones suicidas como esta cacería de gamusinos de Marshall ya se han convertido en algo rutinario para mí. Ahora bien, eso de que me rescaten es nuevo. Esta parte es un poco desconcertante. Antes de poner en escena mi simulacro de ejecución, Jemma se aseguró de que tenía absolutamente claro lo que debía esperar en situaciones como esta, y te aseguro que no era que Berto apareciera de repente convertido en mi ángel de la guarda y me salvara.

A veces pienso que no fue tan bueno el trabajo que Jemma hizo conmigo y que no fue capaz de transmitirme lo que significa de verdad ser un Prescindible. Después de que la *Drakkar* zarpara y saliera de la órbita de Midgard, pasé las primeras semanas de viaje deambulando desganadamente por los pasillos de la nave, esperando a que ocurriera alguna de las cosas para las que Jemma me había preparado, como que me pidieran que me metiera en los motores, o que saliera al espacio, o que pusiera la cabeza en una batidora para comprobar si las cuchillas estaban afiladas.

Sin embargo no pasó nada de eso durante mucho tiempo. La *Drakkar* representaba una parte muy importante de la riqueza acumulada de Midgard, así que los ingenieros de sistemas habían volcado todos sus esfuerzos en asegurarse en la medida de lo posible de que no explotaría antes de llegar a su destino. Por otra parte, en contra de todas mis expectativas, nadie mostró un interés especial en matarme por diversión.

A medida que pasaba el tiempo sin que se produjeran desastres y yo le daba más vueltas en la cabeza a todo lo que implicaba nuestra misión, más crecían mis expectativas de llegar a Niflheim sin pasar por el tanque. Es decir, todo el mundo sabe que los viajes interestelares son un muermo, ¿no? Sobre

todo después de la fase de aceleración, cuando los motores están a pleno rendimiento, toda la nave soporta una gran presión y piensas que todo lo que puede romperse se romperá. La fase de crucero de una misión colonizadora resulta ser tan monótona como un desierto de arena.

Hasta que deja de serlo.

Lo último que recuerdo de mi vida en el cuerpo en el que nací es que un técnico me quitó el casco de las subidas de las copias de seguridad mientras mis brazos y mis piernas se agitaban espasmódicamente y la sangre escapaba por mi nariz y mi boca y formaba un charco debajo de mi piel llena de ampollas. Había pasado casi un año desde nuestra partida de Midgard. Habíamos realizado la primera aceleración, atravesado la heliopausa de nuestro sol a una velocidad subrelativista, habíamos arrancado los motores para una segunda aceleración, y finalmente nos habíamos instalado en una velocidad solo un pelo por debajo de  $0,9 c$  para la larga travesía hasta Niflheim.

En general, la vida a bordo de la *Drakkar* era sencilla. A ojos de la tripulación, los colonizadores que viajaban con ellos eran poco más que equipaje. Y yo más que nadie, ya que no estaba adscrito a ningún departamento en particular. Se suponía que tenía que hacer dos horas de formación diarias, rotando entre las distintas secciones según las necesidades. Pero a muchas de las personas que debían formarme les provocaba escalofríos mi presencia, y los demás, la mayoría ingenieros, estaban demasiado ocupados haciendo su trabajo y no podían dedicar una parte de su tiempo a instruir a alguien sin conocimientos técnicos previos, así que lo más habitual era que recibiera dos horas de formación a la semana. Aparte de eso, durante el resto del día me alimentaba, me echaba siestas y mataba el tiempo con Berto en las zonas comunes, donde resolvíamos rompecabezas en nuestras tabletas. Un poco de gravedad y no diferiría demasiado de lo que había sido mi vida en Midgard.

Pero estaban a punto de recordarme que no estábamos en Midgard. Viajábamos por el espacio interestelar a doscientos setenta millones de metros por segundo. A esas velocidades, la física de partículas pasa del señor Newton y la cosa se desmadra.

El espacio, como Jemma me explicó detalladamente, no está tan vacío como podría pensarse. Un metro cúbico de lo que consideraríamos vacío en realidad contiene del orden de cien mil átomos de hidrógeno, por ejemplo. En reposo, los átomos de hidrógeno son inofensivos, pero a  $0,9 c$  se convierten en peligrosos proyectiles. La *Drakkar* tenía en su morro un generador de

campo que los desviaba y los transformaba en unos haces continuos de rayos cósmicos que envolvían la superficie del casco de la nave mientras atravesábamos el medio interestelar. Por lo tanto no eran un problema siempre y cuando permanecieras dentro de la nave, y eso era algo que, posiblemente aparte de mí, estaba decidido a hacer todo el mundo durante el tiempo que durara el viaje.

El espacio interestelar también contiene partículas de polvo, en un volumen de apenas un metro cúbico por cada millón de metros cúbicos de espacio, pero cada metro cuadrado de superficie de la *Drakkar* atravesaba doscientos setenta millones de metros cúbicos de espacio por segundo, así que también eran bastante frecuentes los impactos con polvo cósmico. La mayor parte de las partículas de polvo tenían la carga suficiente para que nuestro generador de campo las canalizara y evitar de esa manera que chocaran con el casco de la nave. Pero algunas no, y estas producían una secuencia ininterrumpida de pequeñas explosiones contra el cono del morro. No obstante, la nave estaba diseñada para soportarlas. El blindaje del morro era de un material ablativo, y lo bastante grueso para aguantar el desgaste de veinte años o más de uso normal de la nave. Sin embargo no estaba diseñado para soportar el impacto de algo mayor que un grano de arena.

Para ser justo con la gente que montó la *Drakkar*, tengo que reconocer que, una vez que pasas la heliopausa, es muy raro encontrarse cosas mayores que eso, y no existe un blindaje lo suficientemente grueso para protegerte de un gran objeto. A la velocidad de crucero de la *Drakkar*, una roca del tamaño de mi cabeza lleva la energía de cien bombas nucleares.

Por suerte, el objeto que chocó con nosotros no era tan grande.

Evidentemente, no sabemos qué era exactamente ese objeto, pues el impacto lo redujo a los quarks y los gluones que lo componían. Aunque sabemos que tenía una masa de entre quince y veinte gramos. Uno de los ingenieros la calculó basándose en el volumen del blindaje que se vaporizó y la cantidad de energía cinética que la nave perdió por el impacto.

La sacudida fue importante, por cierto. Estábamos en caída libre, así que la mayoría de las cosas estaban convenientemente aseguradas, pero todo lo que no lo estaba, incluido un número nada despreciable de tripulantes, salió disparado contra los mamparos. Hubo un par de brazos rotos, y una conmoción cerebral grave. Yo me golpeé con el borde una mesa al caer y me torcí un tobillo.

Nadie se preocupó de eso. En el cono del morro había un agujero y uno de los módulos del generador de campo había desaparecido. El veinte por ciento

del volumen interior de la nave estaba inundado de repente por una intensa radiación.

Era mi momento de gloria.

El aviso llegó de Maggie Ling, que era la jefa del departamento de Ingeniería de Sistemas durante el viaje. Se reunió conmigo en el cuarto de máquinas, que era el compartimento seguro más próximo a la escotilla de acceso al cono del morro. Dos miembros de su departamento me metieron en un traje espacial mientras ella me explicaba con pelos y señales lo que necesitaba que hiciera.

—Creemos que el sistema de inyección de energía está agujereado. No estamos seguros, pero no tenemos tiempo para andar enredando, así que vas a sustituir la unidad entera.

Otro de los ingenieros acababa de sacar de un cajón de embalaje un cubo plateado cuyas caras medían unos cincuenta centímetros cuadrados. De uno de los lados sobresalían unos cables con un conector, y en otro tenía un par de palancas.

—Cuando termines —continuó Maggie—, si puedes, trae la unidad vieja.

—¿Si puedo?

—Sí, antes de morir. Ese compartimento está abierto al espacio ahora mismo. Hasta que consigas poner en funcionamiento la nueva unidad, estarás absorbiendo una dosis de radiación letal cada 3,5 segundos.

Debí mirarla raro en ese momento, porque puso los ojos en blanco.

—No te preocupes. Eso no significa que vayas a morir en cuanto entres por esa escotilla. Es sorprendente lo que tarda el cuerpo humano en dejar de funcionar, incluso tras sufrir un bombardeo de dosis letales. Siempre y cuando no recibas el impacto directo de una partícula de polvo, deberías disponer del tiempo suficiente para subir la copia de seguridad antes de morir, y ya tenemos tu réplica cocinándose en el tanque.

En su breve exposición había un montón de cosas que deseaba discutir, empezando por el hecho de que me preocupaba mucho más la certeza de que iba a morir que la duración precisa del proceso, o si me daría tiempo a subir la copia de seguridad antes de que eso ocurriera, y continuando por la seguridad que tenía Maggie Ling de que iba a hacer aquello a pesar de que en realidad nadie me lo había pedido.

Sin embargo, el hecho era que... ella tenía razón. Iba a hacerlo. Jemma no había escatimado en explicaciones para dejarme clara la importancia del generador de campo, y yo era plenamente consciente de lo jodidos que estaríamos hasta que se sustituyera esa unidad.

Cuando terminaron de ponerme el casco, levanté con sumo cuidado el generador en mis manos y enfilé hacia la esclusa de aire portátil que habían montado delante de la escotilla de acceso.

—¿He mencionado que tenemos un poco de prisa? —me preguntó Maggie por la radio.

Gruñí una respuesta, pero no me di más prisa. En caída libre, los objetos pesados no tienen peso, pero conservan la masa, y es muy fácil cargarse algo si te mueves demasiado deprisa. Cuando finalmente entré en la esclusa, sellaron la puerta a mi espalda y mi traje comenzó a ponerse tirante a medida que vaciaban la cámara. Cuando el silbido del aire extraído de la esclusa cesó, la escotilla se abrió.

El generador de campo estaba formado por seis cubos, todos ellos idénticos al que yo tenía en las manos. Enseguida vi cuál de ellos era el problema. La unidad que quedaba más cerca de mí tenía un agujero con el borde ennegrecido de unos dos o tres centímetros de diámetro en su cara superior. Miré arriba. En el techo de la cámara había un agujero un poco más grande por el que pasaba un rayo de luz azulada que iluminaba como si fuera un foco la parte superior de la unidad estropeada.

Más o menos en ese momento se me empezó a quemar la piel.

Al principio no dolía mucho. Como me habían dicho tanto Maggie como Jemma, es sorprendente la lentitud con la que el cuerpo humano reacciona al envenenamiento agudo por radiación. Arranqué los cables de la unidad rota, solté los enganches que la sujetaban al suelo y la levanté para sacarla sin demasiados problemas. Sin embargo, cuando fui a colocar la nueva, mi cabeza debió pasar a través de ese haz de luz.

Unos diez segundos después me quedé ciego.

Para entonces ya habían empezado a salirme ampollas en las manos y había perdido casi por completo el sentido del tacto. Enganché la unidad en su sitio y conecté el primer cable, pero cuando fui a conectar el segundo no encontraba el puerto de conexión por ninguna parte. Lo busqué a tientas unos segundos con el cable en la mano, presa del pánico. Maggie habló en mi oído.

—¿Barnes? ¿Estás bien?

Intenté responder que no, pero tenía la lengua demasiado hinchada para hablar y lo único que salió de mi boca fue un gemido.

—Para —me dijo—. No tires del cable.

Paré, o al menos lo intenté, porque me temblaba demasiado el cuerpo como para estar quieto.

Busqué a ciegas el canto de la unidad y agaché la cabeza hacia donde calculaba que debía estar el puerto de conexión.

—Vale —dijo Maggie—. Mantén la cámara ahí. Ahora mueve el conector hacia la izquierda, aproximadamente diez centímetros.

Deslicé el conector por el suelo.

—Bien —dijo Maggie—, ahora muévelo hacia delante unos tres centímetros... Uno a la derecha... Uno atrás. Aprieta.

Noté el clic que hizo el conector al entrar en el puerto.

—Perfecto —me felicitó Maggie—. Campo restablecido. Buen trabajo, Barnes. Ahora intenta relajarte. Enviaremos a alguien a buscarte.

Es sorprendentemente difícil relajarse cuando tu cuerpo se está quemando por dentro. Si hubiera podido hacer saltar los cierres del casco y despresurizarme allí mismo, lo habría hecho, pero mis manos estaban peor que inutilizables, con los dedos demasiado hinchados para flexionarlos, así que dejé que mi cuerpo tembloroso flotara mientras yo gemía y apretaba los dientes en espera de que alguien me llevara de nuevo al mundo.

Comprendo por qué me obligaron a subir una actualización antes de dejarme morir. Jemma también se encargó de explicármelo. El conocimiento y la experiencia adquiridos durante una situación crítica son valiosísimos, y no se puede permitir que se pierdan con una réplica concreta de mí.

No obstante hay cosas que sería mejor olvidarlas.

La situación era ligeramente menos crítica cuando salí del tanque convertido en Mickey2. El generador de campo funcionaba y las condiciones dentro de la *Drakkar* habían regresado casi a la plena normalidad, al menos si se dejaba de lado el hecho de que treinta y cuatro personas sufrían en mayor o menor grado un envenenamiento por radiación debido a que se encontraban en sitios equivocados de la nave cuando el campo se apagó. Sin embargo, todavía teníamos un agujero en el casco, y solo con que una partícula de polvo siguiera la trayectoria correcta regresaríamos a la casilla de salida. Por lo tanto, en cuanto desperté y estuve listo para volver al trabajo, Maggie y su equipo me metieron en otro traje espacial y me sacaron de la nave cargado con un bidón lleno de nanorrobots de alta densidad para parches de emergencia, tras una clase de cinco minutos sobre cómo utilizarlos.

La máxima densidad del flujo de protones canalizados a lo largo del casco se encontraba a unos dos metros de la superficie de la nave. Maggie me dijo que, si me mantenía pegado al casco y tenía la suerte de que ninguna partícula de polvo chocaba conmigo, era bastante posible que mi exposición fuera tan baja que sobreviviera. Así que lo intenté. En lugar de darme simplemente

unas sujeciones de fuerza para las botas, como las que Jemma y yo usábamos cuando salíamos de excursión en la órbita de Midgard, Maggie me ató una especie de imanes a las palmas de las manos y las rodillas. Salí por la esclusa delantera y gateé durante cien metros o así hasta el lugar del impacto.

Al principio pensé que saldría airoso de esta. Sin embargo, según me acercaba al morro de la nave se estrechaba la distancia entre la superficie y el flujo de protones. Empecé a ver unos destellos de luz cuando me separaban unos veinte metros del orificio, y cuando llegué a él veía borroso y en mi boca se había instalado un sabor a hierro. Me descolgué de la espalda el bidón con los nanorrobots, saqué el aplicador y apreté el gatillo.

Los nanorrobots salieron como un chorro denso y pegajoso, se aferraron a las paredes irregulares del agujero y, antes de que terminara de aplicarlos, comenzaron a unirse para formar el mismo material hiperdenso del blindaje del casco.

Tardé unos veinte minutos en vaciar el bidón. En el sitio donde había estado el agujero había ahora un pegote viscoso. En el curso de los minutos siguientes, el montón pegajoso fue aplanándose y alisándose hasta que llegó un momento en el que habría sido necesario un microscopio electrónico para encontrar la diferencia entre el parche y el blindaje original.

Solo sé todo esto porque, cuando a la mañana siguiente salí del tanque como Mickey3, lo primero que me pidieron que hiciera fue ver y escuchar la grabación realizada por la cámara de mi traje, hasta el momento en el que, a mitad del camino de vuelta a la esclusa, dejaba de moverme, hacía saltar los cierres del cuello de mi traje y le mostraba mi cara descubierta al universo.



—Bueno —dice Berto desde la cabina—, podría haber ido mejor.

Cat le lanza una mirada asesina. La sensibilidad nunca ha sido el punto fuerte de Berto.

—Acaban de morir tres personas —digo.

—Ya, lo he visto —responde Berto—. ¿Qué diablos ha pasado? Me pareció ver que los de Seguridad apuntaban con sus armas a Dugan.

—Intentaban salvarlo —aclara Cat.

—Pues vaya manera de hacerlo —comenta Berto mientras viramos por encima de la cúpula principal y reducimos la velocidad para planear hacia la pista de aterrizaje—. Ni siquiera un traje acorazado aguanta mucho tiempo el disparo de un burner a máxima potencia. ¿En qué estaban pensando?

Miro de soslayo a Cat. Tiene los puños apretados.

—Pensaban en que Dugan tenía dos gusanos en la pierna —espetea Cat—. Y, no es por nada pero eran amigos míos, capullo. Y, tampoco por nada, pero si nos hubieras avisado de que estábamos encima de un nido la misión habría ido un poco mejor, ¿no crees?

Berto echa un vistazo atrás desde la cabina cuando nos posamos en la pista. Me sorprende ligeramente advertir que se siente avergonzado.

—Lo siento —dice—. No quería parecer irrespetuoso.

—Ya, bueno, pues has sido irrespetuoso —responde Cat.

Berto apaga el motor del lifter y se pone con las comprobaciones que debe realizar después de cada aterrizaje. Noto que mi peso aplasta un poco el acolchamiento de mi asiento plegable a medida que se disipa la gravedad.

—Siento mucho lo que ha pasado —insiste Berto—. Os habría avisado si hubiera podido. No sé de dónde salieron esas cosas, pero no se movían debajo de la nieve. Mi georradar no detectó nada la última vez que pasé por encima de vosotros, y el ataque se produjo menos de un minuto después.

—Da igual —dice Cat. No puedo verle la cara al otro lado de la visera, pero oigo el gesto ceñudo en su voz.

—En fin —dice Berto—, misión cumplida, ¿no?

Cat y yo nos desabrochamos los cinturones mientras él se levanta de su asiento y se acerca a nosotros. En el suelo está lo que queda del gusano. Berto le da un golpecito con la punta de la bota. Dos patas de la criatura se agitan y Berto está a punto de trastabillarse al retirar el pie.

—¡Joder! —exclama. Cuando recupera el equilibrio hace una mueca y vuelve a adelantarse para sentarse en cuclillas entre nosotros. El cuerpo del gusano está vibrando. Berto le toca el carapacho con un dedo, pero esta vez el gusano no reacciona—. Bueno, solo espero que haya valido la pena.

—Voy a necesitar su ayuda —dice Marshall—. Porque tengo serios problemas para entender cómo es posible que hayamos perdido tres personas en las últimas dos horas, cuatro si contamos a Gallaher, cinco si incluimos a Torricelli, y usted no sea ninguna de ellas.

Cat se revuelve en su silla, a mi lado. Marshall se echa hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio. No da la impresión de que esté tratando de decidir si matarme o no, sino más bien el método que utilizará para hacerlo.

—Tiene razón, señor. Le pido disculpas por sobrevivir. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Mis palabras hacen que se levante de la silla.

—¡Ahórrese esa mierda, Barnes! ¡Usted es un Prescindible! ¡No tiene que preocuparse por sobrevivir!

Me limpio su saliva de la frente mientras él vuelve a sentarse lentamente.

—Ahora quiero que me explique de manera clara y concisa por qué decidió salvar su culo en lugar de ayudar al señor Dugan. Piénselo bien antes de hablar, Barnes, porque si su respuesta no me convence, lo arrojaré con mis propias manos al pozo de los cadáveres con los huevos por delante.

—Señor... —interviene Cat.

—Silencio, Chen. Me ocuparé de usted cuando acabe con él.

Me miran los dos, Cat con una mezcla de compasión y de preocupación; Marshall con la misma expresión con la que un halcón miraría a un ratón de

campo.

—Bueno... —empiezo a decir, pero entonces me entran las dudas. Pensaba mencionar lo fácil que es decir que a mí no debería preocuparme si sobrevivo o no cuando uno está cómodamente sentado y fuera de todo peligro dentro del cuerpo en el que nació, mientras que a mí me devoran o me disuelven cada seis semanas, pero al mirarle la cara a Marshall de repente me doy cuenta de que es posible que hablara en serio cuando ha dicho lo de tirarme al pozo de los cadáveres, así que empiezo de nuevo—: Bueno, señor, nos enviaron allí con un objetivo. Nos ordenó que capturáramos un gusano. Después de lo que les pasó a Torricelli y a Gallaher, todos éramos plenamente conscientes de lo peligrosa que era la misión, pero usted decidió seguir adelante de todos modos. Por lo tanto, llegué a la conclusión de que nuestra prioridad era cumplir la tarea para la que nos envió allí. Cuando nos dimos cuenta de lo que le estaba pasando al señor Dugan, estimé que no podíamos hacer nada para ayudarlo. Así pues, decidí concentrar todos mis esfuerzos en cumplir la misión... Lo cual, me gustaría apuntar, hice con éxito.

Marshall me mira fijamente durante lo que me parece una eternidad.

—Lo que está diciendo, pues, es que lo que he visto en el vídeo grabado por Gomez no es en realidad usted huyendo aterrorizado para salvar la vida, sino haciendo todo lo necesario para cumplir la misión y proteger la colonia sin perder la calma en ningún momento. ¿Lo he entendido bien?

Miro a Cat, que se encoge de hombros.

—Esto... Sí.

El silencio se extiende durante cinco largos segundos. Cat abre la boca para hablar, pero Marshall la manda callar con la mirada.

—¿Sabía antes de salir de la cúpula que nuestros burners eran ineficaces con esas criaturas?

—No —respondo—. No estaba seguro.

—¿Por qué eligió entonces llevar un acelerador?

—Principalmente porque estoy más entrenado en el uso del acelerador que en el del burner, señor. También porque sabía que llevaba un burner en las dos ocasiones anteriores en las que me había topado con los gusanos y no sobreviví a ninguno de esos encuentros. Por lo tanto, me pareció buena idea cambiar de táctica.

Las cejas de Marshall se juntan en su ceño y se dibuja una línea recta en sus labios apretados. Me aventuro a mirar de soslayo a Cat. Ella mantiene la vista fija al frente. Marshall se vuelve hacia ella.

—¿Y usted, Chen? ¿Cómo explica sus actos? ¿Acaso no estaba allí para proteger al señor Dugan?

—Sí, señor.

—Y lo abandonó porque...

—Lo abandoné porque vi lo que estaba pasando, señor. Los otros dos agentes de seguridad eran amigos míos. Si hubiera creído que podía hacer algo para ayudarlos, lo habría hecho. Pero la verdad es que nuestras armas eran ineficaces y no se me ocurría una razón para morir devorada por los gusanos junto al señor Dugan.

—El arma de Barnes era eficaz, se la podría haber cogido.

—Es cierto —replicó Cat—, pero no habría servido de nada. Un acelerador lineal no es un arma de precisión, señor. Le podría haber reventado la pierna al señor Dugan, pero en ningún caso lo habría salvado.

Marshall se recuesta en su silla y se pasa las manos por el pelo cortado al cepillo y salpicado de canas.

—Miren —dice—. La expedición partió con ciento noventa y ocho personas a bordo. Quedábamos ciento ochenta cuando aterrizamos en este planeta y ahora somos ciento setenta y cinco. Desde el punto de vista demográfico, nos acercamos a pasos agigantados al límite de una colonia cabeza de puente. Como consecuencia de ello, por desgracia no puedo arrojar a ninguno de ustedes dos al pozo de los cadáveres, ni siquiera imponerles un castigo severo, por mucho que me encantaría hacerlo.

»Barnes, tengo la firme sospecha de que sabe más sobre esas criaturas de lo que nos cuenta. Si resulta ser así, lo único que puedo hacer es pedirle que piense bien en lo que está haciendo, porque si esta colonia se va a pique, usted pasará el resto de sus días como aquel pobre cabrón enfermo de Roanoke, rodeado de un montón de Mickeys Barnes. Lo cual, y se lo digo por propia experiencia, que he tenido que convivir con uno, sería absolutamente insoportable.

»Chen, sinceramente, no sé qué hacer con usted ahora mismo. Empiezo a sospechar que podría haber tenido alguna clase de relación preexistente con Barnes, de la cual debería haber informado antes de salir para cumplir la misión. En el futuro, por favor, recuerde que debe informar a la Comandancia si existe la posibilidad de que sus asuntos personales interfieran en el desempeño de su deber.

Cat abre la boca para responder, pero Marshall corta el aire de lado a lado con la mano para interrumpirla.

—No quiero oírlo —dice el comandante—. Solo deseo que de ahora en adelante se lo piense bien a la hora de elegir a sus amigos.

Marshall me mira, luego mira a Cat y de nuevo a mí.

—Eso es todo. Márchense. Se les avisará cuando se les vuelva a necesitar.

—Ha sido divertido —comenta Cat.

Estamos en la cafetería, en el último turno de la cena. Hay al menos treinta personas en el comedor, repartidas en grupos de tres o cuatro, inclinadas sobre sus mesas y con las cabezas casi pegadas, charlando en voz baja. Cinco muertes en un día en una colonia cabeza de puente es una cosa seria, y la mayoría mantenemos la costumbre ancestral de la humanidad de poner de relieve lo estúpida que era la gente que acaba de fallecer con el fin de convencernos de que a nosotros no puede pasarnos lo mismo.

—Sí —digo—. No nos ha matado. Para mí eso es una victoria.

Cat sonrío. Está mucho más guapa vestida con el mono que con el traje de combate. Tiene un cara dulce con forma de corazón y lleva el cabello negro y denso recogido en una coleta que le cae sobre los hombros. Está comiendo con desgana los tomates asados y la paletilla de conejo con aspecto fibroso de su bandeja. Yo estoy entretenido con mi medio tazón de puré reciclado de cien kilocalorías. Sé que le prometí a Ocho el resto de nuestra ración del día, pero he estado a punto de morir mientras él se echaba una siesta. Eso hay que tenerlo en cuenta, ¿no?

—Bueno, Marshall piensa que estamos liados —digo.

Cat frunce el ceño y su rostro se endurece.

—Marshall puede irse a la mierda.

—¡Guau! —exclamo—. Menuda reacción. ¿Te molesta que alguien piense que estás liada con un Prescindible?

Cat niega con la cabeza.

—Qué va. Yo no soy natalista. Para mí eres igual que todos los demás bichos raros que se apuntaron a este viaje. Lo que no me gusta es que insinúe que no hice bien mi trabajo por culpa de mis hormonas. Es decir, no he oído que a ti te echara la bronca por eso, ¿no?

—Yo no... —Dejo la frase a medias porque estoy a punto de decir que yo no pienso que Marshall lo dijera en ese sentido, pero se me acaba de ocurrir que probablemente sí lo hiciera.

—Tú no ¿qué?

—Nada —digo—. Tienes toda la razón del mundo. A la mierda Marshall.

—Amén —dice Cat, y levanta el vaso de agua hacia mí—. A la mierda Marshall.

Hago chocar mi tazón con su vaso y bebemos.

Aprovecho que está distraída para robarle un tomate de la bandeja y me lo meto en la boca sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Oye! —gruñe, y me da un puñetazo en el hombro lo suficientemente fuerte para hacerme un cardenal—. No juegues conmigo, Barnes. Si vuelves a tocar mi comida te romperé el brazo.

—Lo siento —me disculpo, y empujo mi tazón de puré hacia ella—. Coge un poco si quieres.

Ella vuelve a arrugar el ceño y lo empuja de nuevo hacia mí.

—Estoy bien, gracias. Si te apetece comer tomates, ¿por qué no vas a cogerlos? No me digas que agotaste tu ración diaria antes de salir para la misión.

—Pues sí, casi toda. Han sido unos días duros.

—Ah —dice—. Es cierto. Había olvidado que anoche moriste. Acabas de salir del tanque, ¿verdad? —Se mete una porción de comida en la boca, mastica y traga—. ¿Cómo es?

—¿El qué? ¿Salir del tanque?

Cat asiente con la cabeza, coge el hueso del conejo y lo roe para comerse la carne que hay alrededor de la articulación.

—Sí. Siempre me he preguntado cómo sería despertarse un día sabiendo que acabas de morir, que el cuerpo en el que estás era un puré de proteínas en la biorrecicladora solo unas horas antes. ¿Cómo se vive eso?

—Bueno... En el tanque no estás consciente. Te despiertas en la cama, un poco desorientado y con una resaca atroz y no recuerdas cómo has llegado allí. Piensas que quizá la noche anterior te la pasaste bebiendo, aunque tampoco lo recuerdas. Lo último que recuerdas es que estabas conectándote para subir la copia de seguridad.

Cat se inclina hacia mí y asiente.

—Claro. Ese es el momento en el que te das cuenta de lo que pasa.

—Sí, eso es. Ya lo he hecho siete veces, y siempre es como si me dieran una patada en la entrepierna.

Me regala una sonrisa compasiva, pero entonces sus ojos miran por encima de mi hombro y se pone seria. Me doy la vuelta y me encuentro a Nasha parada detrás de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Hola, ¿qué tal con el comandante? —pregunta.

Me echo a un lado para hacerle un hueco. Ella pasa las piernas por encima del banco y se sienta.

—Bien —respondo—. Bueno, más bien diría que aceptable, supongo. Marshall me amenazó con tirarme al pozo de los cadáveres, pero al final no lo ha hecho.

Nasha hace una mueca.

—¿Aún cree que esa amenaza funciona? Después de lo que ese capullo te hizo cuando aterrizamos, no me explico que todavía piense que puede asustarte con eso.

Cat mira a Nasha y luego a mí.

—Bueno —dice—. Le amenazó con tirarlo con los huevos por delante.

Nasha niega con la cabeza y apoya una mano en mi espalda.

—Hermana, no tienes ni idea de por lo que ha pasado este hombre.

—¿Te refieres a tratamientos médicos?

—Me refiero a tratamientos médicos.

Cat mira a otro lado y se pone a roer de nuevo su paletilla de conejo. Le doy un leve codazo a Nasha. Cat ya ha tenido un día lo suficientemente duro y no es el momento de hurgar en la herida. Nasha suspira.

—Por cierto —dice Nasha—, siento lo que les ha pasado a Gillian y a Rob. Sé que erais amigos.

—Gracias —dice Cat—. Ya se lo he preguntado a Gomez, pero... ¿no visteis nada antes de que nos atacaran? O sea, de algún sitio tuvieron que salir, ¿no?

Nasha niega con la cabeza.

—No. Nada. Ni con la inspección visual ni con los infrarrojos ni con el georradar. Os juro que no vi nada la última vez que pasé por encima de vosotros.

—Ya, eso fue lo que nos dijo Gomez. Entre el paso de uno y de otro no pudimos estar más de treinta segundos solos. No se me ocurre una explicación.

—No sé —dice Nasha—. En la esclusa principal entraron por el suelo, ¿no? El georradar no penetra el granito. A lo mejor excavan galerías. ¡Dios mío, lo mismo están creando una red de túneles debajo de nuestros pies en este preciso momento!

Cat lanza una mirada al suelo.

—Gracias, Nasha. Ahora estoy más tranquila.

Nasha sonrío.

—La suerte es que todos tenemos los dormitorios arriba, ¿no?

—Sí —dice Cat—, es una suerte. —Juega desganadamente con el último trozo de piel de tomate que queda en su bandeja y luego me mira—. Vosotros estáis juntos desde siempre, ¿no? Desde Midgard.

Miro a Nasha. Ella se encoge de hombros.

—Casi. Por lo menos cuando no lo están devorando, o ardiendo, o lo aplasta una montaña de bidones. ¿Por qué? ¿Quieres intentarlo con él?

—No me convence —responde Cat—. ¿Por qué? ¿Valdrían la pena todos los problemas?

Nasha me mira con el rabillo del ojo.

—Es posible. Supongo que depende de lo que busques.

Noto cómo me pongo rojo cuando las dos se echan a reír.

—Es broma —dice Nasha, y me pasa un brazo por encima de los hombros—. Este es mío. Como le toques un pelo, te destriparé como si fueras un pez.

Cat levanta las manos en señal de rendición.

—Oh, no te preocupes. Este ladrón de tomates es todo tuyo. De hecho, ya me iba.

Cat se echa hacia atrás para apartarse de la mesa y recoge sus cosas. Cuando se ha ido, Nasha apoya su frente en la mía y me envuelve la cara con las manos.

—Ahora ya lo sabes. No solo la destriparía a ella.

Me da un beso rápido antes de ponerse en pie y marcharse.

Vuelvo a mi cuarto y me encuentro a Ocho sentado en mi silla, detrás de mi escritorio. Está leyendo algo en mi tableta, pero apaga el dispositivo cuando me oye entrar. Se ha quitado la venda compresiva de la muñeca sana.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

—Genial —respondo—. Estamos solo a cinco muertos de conseguirte una habitación propia.

—Vaya. —Guarda la tableta en el cajón del escritorio, se pone en pie y se estira—. ¿Nosotros siempre hemos sido unos sociópatas o solo es una de tus innovaciones postsubida de copia de seguridad?

—¿Nosotros? ¿En serio estás hablando en plural?

Ocho sonrío.

—Lo siento. Los pronombres no se diseñaron para estas situaciones, ¿verdad?

—No, supongo que no. Y en respuesta a tu pregunta, no, no somos unos sociópatas. Pero sí unas personas muy hambrientas.

Ocho suelta una carcajada malhumorada.

—Oh, no, no quiero oír nada sobre hambre. Acabo de salir del tanque, ¿lo recuerdas? Intenta tú sobrevivir solo a base de puré reciclado nada más salir del tanque.

—Hablando de eso... Acabo de consumir cien kilocalorías. Solo te quedan doscientas. Lo siento.

La expresión de Ocho se endurece.

—Eso me pasa por ser bueno.

Niego con la cabeza.

—No es eso, Ocho. Casi me matan mientras tú dormías. Eso hay que tenerlo en cuenta.

—Quizá no lo haya mencionado, pero estoy literalmente muriéndome de hambre, Siete.

Tiene razón, por supuesto. Seis y yo no parábamos de echar pestes de las raciones cuando salimos del tanque, y eso que comíamos como reyes en comparación con la ración que le toca a Ocho. Me desabrocho la camisa y la dejo caer al suelo, me siento en la cama y me pongo a desatarme los cordones de las botas. Ocho se sienta a mi lado.

—Por cierto, ¿qué está pasando ahí fuera? El comunicado solo informa de que han muerto cuatro personas de manera accidental y otra ha desaparecido fuera de la cúpula. ¿Cómo ha sucedido?

Termino de desatarme las botas y me las saco. Me tumbo en la cama.

—Bueno —digo—. En primer lugar, siendo rigurosos, no todos murieron fuera. Uno lo hizo en la esclusa principal, la cual, por cierto, ha quedado fuera de servicio, ya que han usado el voladizo.

Mis palabras quedan flotando en el aire durante unos largos e incómodos segundos.

Junto las manos detrás de la cabeza y cierro los ojos.

—Contra los gusanos.

Ocho ríe, esta vez de una manera un poco más franca.

—Vale, ya lo pillo. Estás tomándome el pelo. Ahora, dime qué ha pasado de verdad.

—Es verdad, vertieron el plasma en la esclusa para cargarse a los gusanos que habían entrado haciendo un agujero en el suelo, y en el proceso frieron a un agonizante segurata llamado Gallaher.

—Los gusanos son animales, Siete. No se utiliza un plasma vivo para matar a un animal.

—Creo que no me has oído —insisto—. Entraron haciendo un agujero en el suelo.

—Con «haciendo un agujero» te refieres a que...

—A que perforaron directamente el suelo de la esclusa y arrancaron el metal.

—¿Arrancaron el metal? ¿Estás diciendo que... se lo llevaron?

Me encojo de hombros.

—Eso parece. Este planeta es pobre en metales, ya lo sabes. A lo mejor lo necesitaban para algo.

—Mmm... —murmura Ocho rascándose la coronilla—. Hazme un sitio.

Me desplazo hacia un lado en la cama y Ocho se tumba a mi lado. Todo este asunto de los dos Mickeys sigue pareciéndome extraño, pero me han pasado tantas cosas extrañas en las últimas veinticuatro horas que casi me he acostumbrado.

—Nadie pensaba que fueran inofensivos —dice Ocho—, pero cuesta asimilar que un ser vivo sea capaz de perforar el suelo de la nave, ¿no?

—No te diré que no. —Necesito bostezar antes de continuar hablando. Solo he dormido en periodos de dos horas desde hace dos noches—. No vi cómo lo hacían, si te soy sincero, pero sí vi el agujero en el suelo de la esclusa principal. También vi cómo un grupo de gusanos derribaban a dos seguratas enfundados en sus trajes acorazados y a un biólogo aterrorizado, y no fue un espectáculo bonito.

—¿Estás diciéndome que les viste atravesar con sus dientes una armadura de diez mil fibras?

—Bueno, eso exactamente no. Vi cómo envolvían con sus cuerpos las armaduras de diez mil fibras y vi caer a los tipos que las llevaban puestas. Pero doy por sentado que atravesaron las armaduras con sus dientes.

Ocho se incorpora apoyando un codo en la cama y se inclina hacia mí.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. Las especies no evolucionan con capacidades que no necesitan en su medio. ¿Por qué un gusano que vive en el hielo evolucionaría con unos dientes capaces de atravesar una armadura diseñada para detener el impacto de una descarga de diez gramos de un AL?

—Buena pregunta. —Vuelvo a bostezar—. Te prometo que te daré una respuesta igual de buena cuando me despierte.

Ocho continúa hablando, pero sus palabras van diluyéndose hasta convertirse en un zumbido de fondo. Lo último que recuerdo antes de dormirme es el ligero movimiento de la cama cuando Ocho se levanta.

Estas últimas semanas he tenido casi todas las noches el mismo... ¿sueño recurrente? No, supongo que más bien es una visión. Siempre me viene en el

momento de quedarme dormido o cuando estoy despertándome. Es una de las razones por las que dejé de subir actualizaciones. Me preocupa que pueda haberse producido un fallo técnico durante el proceso de regeneración. En el caso de que sea así, no quiero que se incluya en mi registro de personalidad.

Y más importante aún, no quiero que ningún psicólogo se entere y sugiera que quizá deberían desecharme y probar con uno nuevo.

En el sueño estoy en Midgard, en el bosque que cubre las cumbres de las montañas Ullr. Un sendero lo recorre, ochocientos kilómetros de naturaleza virgen llena de cascadas, vistas que se extienden un centenar de kilómetros y árboles que crecen allí desde hace trescientos años, pues se sembraron sus semillas durante los trabajos de terraformación originales. Lo he recorrido de punta a punta cuatro veces. En Midgard hay mucho espacio deshabitado, pero esas montañas son el lugar más solitario de un planeta casi desierto. Creo que nunca he visto más de dos o tres personas en todo el tiempo que he pasado allí.

En el sueño he acampado para pasar la noche. Estoy sentado en un tronco, delante de un pequeño fuego, y miro fijamente las llamas. Hasta ahí todo normal, ¿no? Quizá solo esté nostálgico. Pero entonces oigo un ruido, como un carraspeo. Levanto la mirada y veo una oruga gigante sentada al otro lado del fuego.

Sé que debería cagarme de miedo, pero no es así. Esta es la parte de la experiencia que se parece más a un sueño.

La oruga y yo charlamos, o al menos lo intentamos. Su boca se mueve y de ella salen unos sonidos que parecen palabras, pero no las entiendo. Le pido que pare, que hable más despacio, le digo que si pronunciara las palabras de una manera más clara quizá entendería lo que dice. Pero pasa de mí y sigue hablando hasta que empieza a dolerme la cabeza. Miro el fuego y me doy cuenta de que los troncos están recuperando su estado previo a encenderlo y que las llamas están absorbiendo el humo del aire, como si el tiempo corriera hacia atrás. Vuelvo a levantar la mirada y descubro que la oruga está desvaneciéndose, hasta que llega un momento en el que solo queda su sonrisa.

Finalmente, incluso su sonrisa desaparece, y entonces yo abandono ese mundo pseudorreal y me sumerjo en el sueño propiamente dicho, el mismo que he tenido durante años. Soy Mickey2 y estoy en la parte exterior del casco de la *Drakkar*, gateando de vuelta a la escotilla mientras la piel se desprende de mi cuerpo y mi sangre escapa de los vasos sanguíneos reventados y me empapa como si fuera el sudor durante un episodio de fiebre, se me mete en la boca y me inunda la garganta y los pulmones. Me detengo y

busco a tientas los cierres que hay en mi cuello. Mis dedos parecen salchichas; están hinchados y reventados, pero milagrosamente consigo abrir un cierre y luego otro. Mi casco sale volando y el vacío absorbe todo lo que hay dentro de mí.

El aire.

La sangre.

Las heces.

Todo.

Ya debería estar muerto, pero no lo estoy y no sé por qué.

Despego los labios agrietados para tomar una bocanada de nada. Pero antes de gritar me despierto bruscamente, con los ojos como platos y sudando en la oscuridad impenetrable.



Mickey2 fue mi reencarnación más breve.

Mickey3 la más longeva.

Tardé algún tiempo en reponerme de lo que le pasó a Uno. El primer beso nunca se olvida, ¿no? Pues bien, la primera muerte tampoco, y la que experimentó mi cuerpo original fue bastante traumática. Mi segunda muerte no debería haberme afectado tanto, sobre todo porque lo cierto era que no recordaba nada de lo que había vivido siendo él. Sin embargo, el hecho de saber que pasó por una experiencia tan atroz que hizo que la descompresión explosiva le pareciera una buena idea pesaba como una losa en mi conciencia. Durante mis primeras semanas siendo Tres casi siempre estaba hundido en el abatimiento; me sobresaltaba cada vez que oía un ruido un poco más alto de lo normal y esperaba que ocurriera algo malo.

Sin embargo, pasó el tiempo. Las semanas sumaron meses y estos se acumularon hasta casi completar un año tranquilo en el que no pasó nada malo. Resulta curioso, pero incluso esperar una muerte repentina y violenta acaba volviéndose aburrido transcurrido un tiempo.

Más o menos por esa época, mi interés general en la historia evolucionó hacia un interés morboso en las historias de las colonias fallidas. Nadie pensaría que en la biblioteca de la nave habría disponible material sobre ese tema (por ser negativo para la moral de la tripulación y cosas así), pero nada más lejos de la realidad. Mis profesores nunca hablaban de los fracasos en clase. No calificaría de propaganda lo que nos enseñaban en las escuelas, pero en todas las asignaturas, desde biología hasta historia o física, se aseguraban de introducir algún elemento que resaltara la importancia y la nobleza de la

Diáspora, y, aunque nunca lo afirmaban abiertamente, en sus lecciones estaba implícita la idea de que la expansión de la humanidad por la galaxia había sido una sucesión ininterrumpida de éxitos. Por lo tanto, me sorprendió descubrir que había habido casi tantos fracasos como éxitos durante los últimos mil años.

Cuando los colonizadores embarcaban en una nave como la *Drakkar*, en realidad no tenían ni idea de lo que encontrarían al llegar a su destino. La física de los propulsores de antimateria dictamina que estos solo funcionan a gran escala, y la producción de antimateria es extraordinariamente compleja y cara, de manera que un planeta que desea lanzar una nave colonizadora solo puede permitirse enviar unas sondas a un reducido número de estrellas candidatas para llevar a cabo una exploración previa. Así que hay que arreglárselas con lo que se observa desde el sistema propio. Cuando nosotros partimos de Midgard, por ejemplo, sabíamos que nos dirigíamos a una estrella de tipo G de la secuencia principal. También sabíamos que por lo menos tenía tres planetas rocosos más bien pequeños y que uno de ellos se encontraba en el borde exterior de la zona de habitabilidad de la estrella. Y sabíamos que en ese planeta, nuestro destino, había vapor de agua y por lo menos algo de oxígeno libre en su atmósfera, lo que hizo que llegáramos a la conclusión de que era casi seguro que albergaba alguna forma de vida.

Eso era todo, la verdad... Y el hecho de que Midgard y Niflheim estaban relativamente cerca. También hay que señalar que nuestras capacidades de observación han mejorado extraordinariamente con el paso del tiempo, así que nosotros disponíamos de mucha más información que la mayoría de las naves colonizadoras. Uno de los testimonios más breves que encontré pertenecía a una expedición enviada desde el planeta de Asher hace algo más de cien años. El planeta de Asher se encuentra casi tan lejos en la dirección del límite como nosotros nos hemos aventurado a ir, y allí las estrellas están más dispersas. El destino de la misión se encontraba a unos veinte años luz, lo cual queda en la frontera del alcance de una nave colonizadora, y quizá incluso lo supere un poco. Los colonizadores adultos habían envejecido, estaban cansados y ya pasaban hambre cuando comenzaron la desaceleración, y su nave prácticamente se había caído a pedazos.

Por desgracia, su planeta de destino no estaba en la órbita esperada, sino una pizca demasiado cerca de su sol. El error se debía a que habían visto un espectro de absorción de moléculas de oxígeno en su atmósfera. Era cierto que había oxígeno, pero no agua en estado líquido, ya que la temperatura en la superficie era demasiado alta. La teoría decía que eso era imposible, pero el

universo es un lugar curioso y así era. Conjeturaron que el planeta pudo haber sido habitable, que de hecho debió de estar habitado por unos organismos capaces de separar el carbono del dióxido de carbono para producir oxígeno libre, pero un devastador efecto invernadero, similar al que había llevado a los límites de lo habitable algunas zonas de la Tierra en los años previos a la Diáspora, había esterilizado el planeta en tiempos recientes. Si esa teoría era cierta, el oxígeno residual que habían detectado todavía no había tenido tiempo de unirse para salir de la atmósfera. He ahí la explicación.

Con cien años de trabajos de terraformación habrían salido adelante, pero no disponían de cien años. A juzgar por el estado en el que se encontraba su nave, es probable que ni siquiera les quedaran diez años. De manera que enviaron todos sus hallazgos a casa, luego pusieron la nave en una órbita estable, drogaron a todo el que quiso ser drogado y reventaron las esclusas de aire. Como Dos podría contarte, la descompresión explosiva no es divertida, pero al menos es rápida.

Me puse a pensar en Dos mientras leía esa crónica y eso me metió en una espiral que duró casi un mes entero.

Solo salí de ella gracias a Nasha.

Evidentemente, conocía de vista a Nasha desde los tiempos en la estación Himmel. Cuando vives en una lata gigante con poco más de doscientas personas, llega un momento en el que conoces de vista a todo el mundo. Sin embargo, nunca había hablado con ella, principalmente por la misma razón por la que no había hablado con casi ninguna de las personas que había a bordo de la *Drakkar*. La mayoría no quería saber nada de mí, y yo me vengaba no queriendo saber nada de ellos.

Puede decirse que nos conocimos de verdad tras la colisión que terminó matando a Uno y a Dos. Para entonces ya llevábamos algún tiempo en la fase de punto muerto del viaje y nos deslizábamos por el vacío a una velocidad que solo era un pelín por debajo de  $0,9 c$ , sin gravedad, comiendo poco y muertos de aburrimiento. Comandancia había ordenado que todo el personal invirtiera al menos dos horas de su turno en la noria. En principio era para que todavía tuviéramos huesos y qué se yo cuando por fin aterrizáramos, pero creo que en realidad nos obligaban a ello para que no empezáramos a matarnos unos a otros simplemente por romper la monotonía.

La noria era exactamente eso: una rueda de unos ciento veinte metros de diámetro que daba vueltas alrededor de lo que podríamos considerar la cintura de la nave, con una superficie interior plana y tapizada de goma de unos seis metros de anchura. Rotaba a una velocidad de tres revoluciones por minuto,

lo suficientemente alta para generar una fuerza de gravedad que era la mitad de la estándar y lo suficientemente baja para que la persona que estaba dentro pudiera mantenerse erguida sin que el efecto Coriolis le hiciera vomitar la comida.

Se suponía que mientras estábamos en la noria debíamos realizar ejercicio físico, pero a nadie parecía importarle de verdad lo que hiciéramos durante el tiempo que pasábamos allí. Siempre había alguien que te miraba mal cuando pasaba a tu lado y no te veía haciendo sentadillas, practicando yoga o krav maga, pero, hasta donde yo sé, nadie se tomó la molestia de rellenar un impreso para denunciar a un compañero.

Yo tenía la buena costumbre de correr alrededor de la rueda al menos un par de veces cada día, hasta que Uno y Dos murieron. A partir de entonces, sin embargo, mi motivación descendió extraordinariamente. Era absurdo que me preocupara por la densidad mineral de mis huesos y por mi tono muscular cuando mis huesos y mis músculos tenían la durabilidad de un yogur abierto, ¿no? Así que empecé a llevarme una tableta a la noria; buscaba un sitio lo más alejado posible de los que hacían sentadillas, apoyaba la espalda en la pared y me ponía a leer todo lo que encontraba sobre otras colonias cabeza de puente. Así es como me enteré de la suerte que corrieron la expedición del planeta de Asher, Roanoke y de muchos otros desastres recientes.

No me parece necesario señalar que esas lecturas no incrementaron mi motivación para hacer ejercicio.

Uno de esos días en la noria, sentado en cuclillas y con la espalda apoyada en la pared, leí el testimonio escrito en primera persona de una expedición que estuvo a punto de fracasar casi mil años antes, y que ahora era uno de los planetas más densamente poblados de la Unión. El problema había sido la agricultura, pero finalmente descubrieron que la culpa de que no creciera nada era de un virus endémico que se encontraba en el suelo. Entonces no disponían de biorrecicladoras y el narrador daba a entender que pasaron mucha hambre hasta que consiguieron resolver el misterio.

Yo estaba a punto de llegar a la parte en la que el director del departamento de Biología, que resultaba ser también el narrador, se erigía en el héroe salvador con un bacteriófago diseñado a medida para facilitar el crecimiento de plantas útiles para el ser humano (al mismo tiempo que eliminaba el microorganismo que hacía posible el crecimiento de las plantas autóctonas, de manera que se destruyó por completo el ecosistema local), cuando recibí un puntapié en la espalda lo suficientemente fuerte para doblarme por la mitad.

—Hola —dijo ella—. ¿No deberías estar haciendo flexiones?

Le clavé una mirada asesina. Ella sonrió y se agachó a mi lado.

—Solo estaba tomándote el pelo. Eres el Prescindible, ¿verdad?

—Me llamo Mickey Barnes. ¿Quién eres tú?

—Mickey Barnes, ¿eh? ¿No eres ahora Mickey3?

¡Ay!

—Sí, eso es —digo.

Ella apoyó la espalda en la pared. Suspiré, me puse derecho y me guardé la tableta en el bolsillo del pecho.

—Soy Nasha Adjaya. Piloto de combate.

La miré con el rabillo del ojo. Las trenzas le tapaban la cara, pero aún podía ver su sonrisa.

—Piloto de combate, ¿eh? Entonces eres colega de Berto.

—¿Gomez? Sí, no es mal tipo. Es mejor jugador de pogbol que piloto, pero nos llevamos bien.

Sonreí.

—Eso mismo pienso yo. Me pregunto cuál de sus dos habilidades será más necesaria cuando llegemos a nuestro destino.

Nasha se inclinó hacia mí.

—¿No estarás cuestionando la importancia de los pilotos de combate para la misión?

—Bueno, más o menos. ¿Cuántos pilotos de combate son necesarios en una colonia cabeza de puente? Es decir, ¿esperan encontrar unas fuerzas aéreas en el planeta adonde nos dirigimos?

Su sonrisa se ensanchó.

—Supongo que nunca se sabe, ¿no? Solo porque nunca haya pasado no significa que no pueda pasar.

—Solo sois dos —repuse—, así que espero que las fuerzas aéreas del planeta no sean muy numerosas.

Nasha se echó a reír.

—No te preocupes, amigo. Soy una piloto de la hostia.

—Ya, seguro.

Los dos nos quedamos callados. Empezó a rondarme la idea de volver a sacar la tableta, o simplemente de levantarme y marcharme, pero entonces ella se volvió para mirarme. Yo también la miré. Se le había borrado la sonrisa de los labios y tenía los ojos entrecerrados. Sus iris eran tan oscuros que casi parecían negros.

—Bueno, ¿y qué se siente al morir?

Me encogí de hombros.

—Es como nacer pero al revés —respondí.

—¡Ja, ja, ja! ¡Buena respuesta! —Nasha volvió a sonreír—. ¿Sabes? No estás mal para ser un zombi.

—Gracias —respondí—. Uso mucha crema hidratante.

Nasha puso una mano en la mía y me acarició el antebrazo con un dedo.

—Te creo.

Su sonrisa se transformó en una mueca lujuriosa.

—Te... creo.

Más tarde, cuando estábamos semidesnudos y con los cuerpos entrelazados en la oscuridad de mi habitación, Nasha dijo:

—Quiero que sepas que no soy una cazafantasmas.

Fue la primera vez que oí ese término. Y no ha sido la última.

—¿Una cazafantasmas? —pregunté.

—Sí, ya sabes.

Esperé un momento a que siguiera hablando, pero me acarició en silencio la espalda y me pellizó la oreja con la fuerza suficiente para provocarme un estremecimiento.

—No, no lo sé.

—Ah. Bueno, pero seguro que sabes que en esta nave hay un montón de natalistas, ¿no?

Fruncí el ceño.

—Sí, eso sí. Es una de las razones por las que apenas me relaciono con nadie.

—Bueno —continuó Nasha—. No todos quieren que te relaciones tan poco.

Giré el cuerpo hasta que nuestras frentes se tocaron.

—¿Qué quieres decir?

—¿Con cuántas mujeres has estado desde que empezamos este viaje?

—No lo sé —respondí—. Con unas cuantas.

Nasha me besó.

—Y con todas ha sido después de la colisión, ¿verdad? ¿Desde que saliste del tanque?

No respondí. Era obvio que ella lo sabía.

—Cazafantasmas —continuó Nasha—. Para una natalista eres algo así como el fruto prohibido. Las he oído hablar.

—Pero tú no lo eres.

—No —susurró—, no lo soy.

Es un poco complicado salir con alguien en una nave colonizadora. Las opciones de actividades que ofrece son muy limitadas. Podéis comer juntos, pero sorber la comida de un paquete de plástico mientras estáis atados a una cuerda en el comedor para no salir volando y chocar con alguien que también está sorbiendo un paquete de plástico es aún menos romántico de lo que suena. Podéis pasear, pero el único lugar en toda la nave donde es posible caminar es la noria, y allí pasas la mayor parte del tiempo con náuseas y estás más pendiente de evitar a la gente que está haciendo sentadillas que de tu pareja. Podéis contemplar las estrellas desde las ventanas de proa, pero yo era incapaz de hacerlo sin pensar en el flujo de protones a alta energía que pasaba rozando el casco, y en lo que me harían (otra vez) si le pasara algo a una de las unidades del generador de campo. Los ataques de pánico provocados por un trastorno de estrés postraumático tampoco son románticos.

Así que la mayor parte del tiempo estábamos follando.

También hablábamos mucho. Nasha había tenido una vida interesante. Sus padres eran emigrantes, lo cual, teniendo en cuenta las cantidades colosales de tiempo y de dinero que se necesitan para desplazarse de un lugar a otro dentro de la Unión, es algo que casi nadie, salvo los miembros de una misión colonizadora cabeza de puente, puede decir. Habían llegado a Midgard hacía treinta años, a bordo de la *Esperanza perdida*, una nave de refugiados de Nueva Esperanza, el planeta que, hasta que sus pobladores decidieron matarse unos a otros, había sido el vecino más cercano de Midgard.

Nadie pensaría que Midgard tratara con mano dura a los inmigrantes. Nos sobran espacio y recursos para acoger a unos cuantos centenares de almas desamparadas. Pero quien pensara así se equivocaría. Los humanos somos seres tribales, y el acento de los refugiados era suficiente para señalarlos como intrusos, incluso dejando de lado que la mayoría de los refugiados tenían un color de piel que era varios tonos más oscuro que el de la mayoría de la población original de Midgard. Los inmigrantes no llevaban ni un mes en Midgard cuando empezaron a aparecer en los boletines de noticias artículos anónimos en los que se les acusaba de ser portadores de la locura que había destruido Nueva Esperanza, y se alertaba de que arrastrarían a nuestro planeta por el mismo camino si se les permitía introducirse en la vida social y política de Midgard. El gobierno les concedió un subsidio y una vivienda, pero ya desde el principio les resultó casi imposible encontrar un trabajo de verdad. Cuando se cumplían dos años de su llegada, un par de

docenas de refugiados hicieron una sentada que se transformó en una manifestación que dio lugar a una pequeña revuelta. A partir de entonces, incluso tuvieron problemas para matricular a sus hijos en las escuelas públicas.

Más o menos por esa época nació Nasha.

Ella nunca me contó mucho sobre su infancia, pero por las pocas cosas sueltas que me dijo pude hacerme la idea de que no fue fácil. Sin embargo fue bastante sincera en los motivos que la empujaron a convertirse en piloto. Desde que era niña sabía que esta misión se llevaría a cabo y quería formar parte de ella. No podía seguir el camino académico que culminaría con un doctorado en exobiología ni tenía los contactos que la habrían enchufado en Seguridad o en Comandancia, pero sí podría aprender a pilotar una aeronave de combate. Después de todo, si algo se le daba bien a la gente de Nueva Esperanza era matar, ¿no?

—Nunca sentí que Midgard fuera mi hogar —me confesó una noche con nuestros cuerpos enredados en su cama—. Ni nunca lo sentiría. Pero este lugar nuevo adonde vamos...

—Será un buen sitio —dije—. Soplará una brisa cálida, estará lleno de playas de arena blanca y no habrá nada que quiera devorarnos.

Me lucí con mis últimas palabras, ¿eh?

Estaba con Nasha y otras veinte o treinta personas en la sala común de proa cuando por fin apagamos el motor principal y encendimos los propulsores iónicos para entrar en la órbita alrededor de Niflheim. El resplandor de los gases de la nave nos había impedido ver nuestro nuevo hogar, así que todos estábamos bastante entusiasmados ante la posibilidad de poder contemplar por fin el lugar adonde nos dirigíamos. Un aviso de caída libre apareció en nuestros oculares y treinta segundos después nuestros cuerpos ligeros se elevaron del suelo y flotaron libremente por toda la sala. Más o menos un minuto después, la imagen del planeta para cuya colonización habíamos viajado ocho años luz apareció en la pantalla mural principal.

Alguien situado en las primeras filas profirió el comienzo de una ovación que casi murió antes de nacer.

No sé qué esperábamos. ¿Continentes verdes y océanos azules? ¿Las luces de una ciudad?

Lo que veíamos era blanco. Aún estábamos a varios millones de kilómetros de distancia, pero desde allí el planeta parecía una pelota blanca, lisa y anodina de poglobol.

—Eso... —dijo alguien—. ¿Eso son nubes?

Observamos en silencio mientras nuestra maniobra y la rotación del planeta cambiaban nuestro punto de vista. Todo era igual. Después de lo que parecieron horas, pero que en realidad seguramente fueron diez minutos, Nasha dijo:

—No es una capa de nubes. Es hielo. Ese planeta es una bola de nieve.

Estábamos cogidos de la mano, más que nada para no salir volando en distintas direcciones, y le estrujé los dedos. Había leído sobre colonias que no consiguieron prosperar por un motivo u otro. No daba la impresión de que este sitio fuera a recibirnos con los brazos abiertos, pero quizá...

Tiré de Nasha para acercarla a mí y pegué la boca a su oído.

—Es posible. La Tierra también fue así, justo antes de que floreciera la vida. Hay mucha agua y una atmósfera de oxígeno y nitrógeno. No necesitamos más.

Nasha suspiró y giró la cabeza para besarme en la mejilla.

—Eso espero. Me reventaría haber hecho este largo viaje solo para morir aquí.

Esas palabras todavía flotaban en el aire que nos separaba cuando apareció una alerta en mi ocular.

**<Comandancia1>**: Preséntese en Biología inmediatamente. Vaya listo para un despliegue.



Es difícil volver a conciliar el sueño después de ese truculento sueño en el que estoy en la parte exterior del casco. Es imposible con Ocho apretujado en la cama a mi lado, sin parar de moverse ni de murmurar en sueños. Así que al cabo de media hora o así me doy por vencido y me levanto, saco la tableta del cajón de la mesa y me largo a la cafetería para leer un rato. Aún es muy temprano, de manera que los pasillos están desiertos salvo por algún que otro segurata y tengo toda la cafetería para mí solo. Elijo una mesa en el rincón más alejado de la entrada porque no quiero que me molesten en el improbable caso de que aparezca alguien más.

Mi estómago se pone a rugir en cuanto me siento. Al parecer sabe que aquí es donde venimos para comer. Me encantaría complacerlo, pero mi cuenta de racionamiento está a cero y no recuperará su saldo diario hasta las 8.00, para lo que todavía faltan un par de horas. ¿Pegas? De aquí a entonces podría comerme mi propio hígado. ¿Ventajas? Tengo mucho de tiempo para aprender un montón de cosas que en realidad no quiero saber sobre una colonia cualquiera que fracasó estrepitosamente sin que me interrumpen.

Ahora mismo no tengo ninguna lectura a medias, así que dedico unos minutos a rebuscar entre los archivos. La verdad es que nada me llama la atención, así que, solo por curiosidad, abro un documento sobre Nueva Esperanza. No he vuelto a sumergirme en la historia de esa colonia desde que inicié mi funesto recorrido por la historia de la Diáspora, sobre todo porque, como cualquier otra persona que haya vivido en Midgard en los últimos treinta años, ya tengo una idea general de lo que ocurrió allí.

Nueva Esperanza se fue a pique unos veinticinco años después de que la expedición cabeza de puente hollara el planeta por primera vez. La causa principal fue una brutal guerra civil que enfrentó a lo que quedaba de los colonizadores originales con la primera generación nacida en Nueva Esperanza, y que destruyó buena parte de las infraestructuras que todavía eran esenciales para la supervivencia en un planeta semihostil. Un grupo de refugiados, todos ellos de la nueva generación, consiguió llegar a la nave colonizadora original (que, como la nuestra en Niflheim, la mayor parte del tiempo está orbitando alrededor del planeta), la despojaron de todo aquello que juzgaron innecesario para sobrevivir en ella en un viaje de cinco años (sacaron embriones, equipo para operaciones de terraformación, departamento de Agricultura y apenas dejaron los equipos de soporte vital, una recicladora y un mínimo de víveres). Incluso recortaron la mayor parte del espacio habitable.

Cuando terminaron, la masa de la nave era menos de un diez por ciento de la que tenía la *Drakkar* cuando fue lanzada. Entre el combustible residual que quedaba en los depósitos de la nave y la antimateria que consiguieron reunir de la destrozada central eléctrica de la colonia, tenían lo justo para recorrer a trompicones la distancia que los separaba de Midgard, donde no los recibieron precisamente con los brazos abiertos.

Según avanzo en la lectura me voy dando cuenta de que el artículo está trufado de detalles que dan una visión considerablemente diferente de la historia que me enseñaron en el colegio. Para empezar, en la escuela restaban importancia a las causas de la guerra, y yo siempre había supuesto que fueron las habituales de todas las guerras civiles: raza, religión, recursos, filosofía política y blablablá. Sin embargo, en este artículo se afirma que la *casus belli* fue la discusión sobre si una especie autóctona de unas aves semejantes a los córvidos era sentiente, y por lo tanto merecía ser protegida y respetada, o deliciosa, y por lo tanto merecía ser marinada con especias y asada durante una hora.

Supongo que entiendo por qué apenas se menciona eso. Si una colonia puede acabar borrada del mapa por una cosa así, todos estamos a un solo paso del pozo de los cadáveres. No obstante, no sé qué moraleja sacar de la historia... Quizá que una vez que se entra en una espiral es muy difícil salir de ella.

Estoy contando hacia atrás los diez minutos que faltan para que pueda mostrar mi ocular y obtener, con entusiasmo y asco a partes iguales, un tazón de puré reciclado, cuando recibo un mensaje de recursos humanos. Empieza

mi turno. Me envían a reforzar a Seguridad. Tengo que estar en la Esclusa 2 a las 8.30, vestido y equipado para una patrulla perimetral.

Me parece que es un trabajo para Ocho. Justo cuando voy a decírselo recibo un mensaje de él.

**<Mickey8>**: ¡Buenas, Siete! ¿Te pillo yendo a la esclusa?

**<Mickey8>**: Pues la verdad es que estaba pensando que hoy podrías trabajar tú. Ya sabes, deberíamos tener en cuenta que ayer casi me devoran mientras tú te echabas la siesta.

**<Mickey8>**: Bueno, lo haría encantado, pero...

**<Mickey8>**: Venga ya, Ocho. Me lo debes.

**<Mickey8>**: Creo que te equivocas, amigo. No sé si lo recuerdas, pero soy yo quien magnánimamente no te ha tirado de cabeza al pozo de los cadáveres después de ganarte de manera limpia nuestra partida a vida o muerte de piedra, papel, tijera. A mí me parece que eres tú el que está en deuda conmigo. Además, todavía no he desayunado. Encárgate tú de esto y yo me ocuparé de lo que nos pidan mañana, sea lo que sea.

Estoy pensando mi respuesta, que invariablemente comenzará con «Escucha, capullo», cuando se abre una segunda ventana de conversación.

**<CChen0197>**: ¿Qué tal, Mickey? He visto que estás en la lista para esta mañana. A mí también me envían a patrullar el perímetro. ¿Quieres ser mi pareja? Pienso que ayer formamos un buen equipo, ¿tú no?

Estoy pensándome la respuesta cuando Ocho me escribe de nuevo.

**<Mickey8>**: Supongo que han decidido por nosotros. No sé qué travesuras haríais anoche tú y Chen, pero en cuanto lleve cinco minutos charlando conmigo nos descubrirá, ¿verdad? Verdad. Bueno, ahora voy a echarme otro ratito, ¿vale? Ya me contarás qué tal ha ido.

Ocho cierra la ventana. Se me pasa por la cabeza la idea de volver a abrirla, incluso de presentarme allí, agarrarlo por los tobillos, sacarlo de la cama y bajarlo a rastras hasta la esclusa, pero...

Pero lo cierto es que él tiene razón.

<CChen0197>: ¿Estás ahí?

<Mickey8>: Buenas, Cat. Sí, estoy aquí. Estaba desayunando algo antes de bajar. Nos vemos dentro de veinte minutos.

—Bueno —dice Cat—. No a la armadura, sí al acelerador, ¿eh?

Levanto la mirada de las raquetas para la nieve que estoy abrochándome, niego con la cabeza y devuelvo mi atención a los cordones.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer, Cat. Dugan tenía razón ayer. Vosotros tenéis una estructura de incentivos diferentes.

—¿Estructura de incentivos? —exclama Cat—. ¿Te refieres al incentivo de que esas cosas no nos descuarticen?

—Sí, a ese.

Me levanto y me aparto del banco en el que he estado sentado. Golpeo el suelo con los pies para asegurarme de que las raquetas están bien sujetas. Cat se ha equipado como yo, con tres capas de ropa térmica de camuflaje blanco, raquetas para la nieve y un reciclador de aire que lleva subido en la frente. Aún no hemos sacado las armas del armero, pero tiene razón, sobre todo después de lo que pasó ayer, así que no tengo ninguna duda de que cogeré un acelerador.

—Tu argumento no me convence —dice Cat—. Ayer te vi. Tú tenías tan pocas ganas de morir como cualquiera de nosotros. Sé que se supone que eres inmortal, pero actúas como si no te lo creyeras.

Me la quedo mirando un momento, me encojo de hombros y me acerco arrastrando los pies al armero.

—¿Alguna vez has metido la mano en una trituradora?

Cat se echa a reír.

—¡Qué va!

Saco un acelerador del armario, miro que esté enchufado y compruebo la carga.

—¿Por qué no? No te morirías, y la prótesis que te darían sería más fuerte que tu mano real. Un par de horas en la enfermería y estarías mejor que nueva.

—Ah —dice—. Ya sé a dónde quieres llegar.

—Lo has pillado. Aunque no crea que es permanente, la verdad es que no me apetece morir más veces de las estrictamente necesarias. Morir es doloroso. —Me cuelgo del hombro el acelerador y me pongo los guantes—. Dicho lo cual, tengo una teoría sobre los gusanos. No creo que vayan a por nosotros. Creo que lo que quieren es nuestro metal, igual que los nativos de

Roanoke querían el agua de los colonizadores. Si tengo razón, salir ahí fuera enfundado en un traje acorazado es como meterse en una guarida de lobos envuelto en beicon.

—¿El metal? —pregunta Cat—. Son animales, Mickey. ¿Para qué quieren el metal?

Me encojo de hombros.

—¿Quién sabe? A lo mejor no son animales.

Cat saca un arma del armero.

—Eso no me gusta. Volvamos al tema de la inmortalidad. ¿Lo crees?

Miro fijamente a Cat.

—¿Si creo el qué?

Ella pone los ojos en blanco.

—Si crees que eres inmortal, Mickey.

Suspiro.

—¿Te suena la nave de Teseo?

Se queda pensando un momento.

—Creo que sí. ¿Es la de la colonización de Edén?

—No —respondo—. La nave de Teseo era un barco de madera de la antigüedad, de la Tierra. Se hundió y tuvieron que reconstruirla... O no, supongo, pero el caso es que tuvieron que repararla...

—Espera un momento. ¿Un barco? ¿De los que navegan por el mar?

—Sí. Teseo viajó por todo el mundo en su barco y, se hundiera o no, tuvo que reconstruirlo.

—Esto es un poco confuso. ¿Es una cosa de esas como lo del gato de Schrödinger?

—¿El qué?

—El gato de Schrödinger. Ya sabes, lo de la caja y el gas venenoso. La superposición cuántica y eso.

—¿Eh? No. Ya te he dicho que era un barco, no un gato.

—Te he oído. No he pensado que el barco fuera un gato. Solo me ha parecido que podría ser uno de esos experimentos, ¿vale?

Tengo que hacer una pausa para pensar en ello. Por un momento me da la impresión de que lo que dice Cat no es tan absurdo.

Pero solo por un momento.

—No —digo—. En absoluto. ¿Por qué lo piensas?

Cat abre la boca para responder, pero la puerta interior de la esclusa se abre antes y el segurata con cara de aburrido que está sentado al lado nos hace un gesto para que entremos.

—Chen. Barnes. Os toca.

—Ya terminaremos después esta conversación —dice Cat.

Nos colocamos los recicladores de aire. Cat revisa mis cierres y yo los suyos.

—El ciclo comenzará dentro de diez segundos con vosotros dentro o no —dice el gorila.

Cat se cuelga el arma del hombro y nos vamos.

—Esto es una mierda —dice Cat.

Me vuelvo hacia ella. No me habla por el sistema de comunicación, así que la combinación del reciclador de aire y la atmósfera de Niflheim le da a su voz un timbre más agudo, áspero y débil de lo normal. Estamos patrullando el perímetro, arrastrando los pies calzados con las raquetas para la nieve de una torre de electricidad a la siguiente en busca de indicios de una incursión de los gusanos. Hay otras dos parejas patrullando el perímetro con nosotros, separadas unas de otras una distancia equidistante a lo largo del círculo de un kilómetro de diámetro que define la presencia humana en este planeta. En principio tenemos que movernos a una velocidad constante y cada piquete debe dar dos vueltas completas al círculo en las seis horas que dura el turno. Cada vez que pasamos por una torre, esta nos detecta y actualiza en nuestros oculares la posición de las otras patrullas.

—¿Qué parte exactamente? —pregunto—. ¿La parte en la que nos pasamos el día con el culo helado dando vueltas a la cúpula? ¿O la parte en la que los gusanos podrían descuartizarnos sin venir a cuento?

—Ni la una ni la otra —responde Cat—. Te va bien caminar, y supongo que en el contrato que firmas para trabajar en Seguridad está estipulado que podrían descuartizarte. ¡La mierda es esto! —Estira un brazo para abarcar todo lo que nos rodea: la cúpula, la nieve y la cordillera que se divisa a lo lejos—. Se suponía que este sitio era habitable, ¿lo recuerdas? Está en la zona de habitabilidad estelar, tiene una atmósfera compuesta por oxígeno y nitrógeno y blablablá. —Lanza al aire una bola de nieve de una patada al suelo y contempla cómo se descompone en una nube de polvo que brilla a la luz amarilla del sol bajo—. ¡Aquí no se puede vivir ni de coña, Mickey! ¡Este lugar es una mierda!

Abro la boca para hablarle del sitio al que los habitantes del planeta de Asher enviaron a su gente. Al menos este planeta no nos ha exterminado nada más llegar. Pero Cat se da la vuelta y echa a andar, así que cambio de opinión. No soy la persona más sensible del mundo, pero he vivido lo suficiente para

saber que es mala idea decirle a una persona que se siente desgraciada que las cosas podrían ser mucho peores.

Las torres se levantan a intervalos de cien metros a lo largo del perímetro. Cuando llegamos a la siguiente, mi ocular me avisa de que estamos moviéndonos más rápido que los otros dos equipos y que tenemos que reducir la velocidad un diez por ciento.

—¡Puf! —exclama Cat—. ¿Es que se puede ir más despacio?

—Probablemente ellos llevan puesta la armadura completa —señalo—. Y no llevan las raquetas para la nieve. ¿Recuerdas lo bien que te lo pasaste ayer?

—Ya. Aun así.

Mi ocular vuelve a sonar. Comandancia quiere que esperemos doce minutos antes de continuar. Cat suspira, se apoya en una torre y apunta con la mirilla de su acelerador a una roca que sobresale de la nieve a medio centenar de metros.

—No he disparado uno de estos desde el entrenamiento básico en Midgard. Espero no haber olvidado cómo funcionan.

—Apuntas y disparas —digo—. El programa informático hace casi todo el trabajo, y el tamaño del orificio de salida se ocupa del resto.

Su arma emite un zumbido y la culata le golpea el hombro. Un instante después, la parte superior de la roca explota convertida en una nube de granito pulverizado.

—Sí, supongo que funciona bien.

Cuando estoy a punto de comentarle que debería guardar las balas para cuando las necesitemos de verdad, el polvo se asienta alrededor de la roca.

Agazapado allí hay un gusano cuya cabeza asoma justo donde ha impactado el proyectil de Cat. Sus segmentos posteriores se hunden en la nieve, tiene las mandíbulas extendidas y las patas que usa para alimentarse se agitan.

—¿Cat?

—Chsss. Ya lo veo.

Cat apunta cuidadosamente y el acelerador vuelve a zumbar y a darle un culatazo. Los segmentos delanteros del gusano se desintegran en metralla y el resto de su cuerpo cae desplomado sobre la nieve.

—¡Guau, vaya si funciona!

La nieve que hay alrededor de la roca se remueve y la turbulencia avanza como una onda expansiva en dirección a nosotros.

—¿Mickey?

Un gusano surge de la nieve a unos treinta metros de nosotros. Cat apunta y dispara, pero los nervios le juegan una mala pasada y su disparo provoca una explosión de vapor y nieve pero no alcanza al gusano. El burner instalado en la torre que se levanta por encima de nosotros se enciende y su rayo de luz baila por la nieve que hay alrededor de la roca; un instante después se le unen los rayos de las torres que tenemos a nuestra izquierda y a nuestra derecha. Del suelo se levantan unas nubes de vapor que ocultan la onda que viene hacia nosotros. Yo ya he levantado mi arma, pero mi visión se escinde antes de que pueda disparar. Mi ojo derecho está mirando por la mirilla del acelerador en la dirección en la que calculo que vienen los gusanos que componen la avanzadilla. Sin embargo, mi ojo izquierdo está observando la distante cúpula. Vislumbro la roca que Cat ha hecho trizas y las columnas de vapor que surgen de la nieve vaporizada por los burners. Solo veo imágenes distorsionadas, colores pálidos y contornos borrosos.

Por un resquicio en las nubes de vapor atisbo dos figuras humanas representadas mediante dibujos de palitos que me miran fijamente, inmóviles.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, pero ahora lo único que veo es la imagen esquemática a través de mi ocular. Tal vez sea la transmisión que está realizando la cámara de una de las torres. Sacudo la cabeza y reculo ligeramente. La raqueta de mi pie izquierdo se queda atascada y noto que empiezo a caerme. En el ocular veo que una de las figuras de palitos suelta el dibujo de su rifle y se tambalea hacia atrás mientras la otra gira el globo que tiene por cabeza para volver a mirarme. Yo estoy agitando los brazos para evitar la caída, pero mi punto de vista no cambia cuando el dibujo desarmado desaparece en la nieve pixelada. La otra figura de palitos levanta el arma y dispara una y otra vez, y cada uno de sus disparos provoca una explosión en un punto medio del espacio que nos separa.

Oigo voces, pero no soy capaz de separar los gritos que me llegan por el sistema de comunicación de los alaridos de rabia de Cat ni de otra voz más serena y tranquila pero no del todo inteligible. La figura de palitos que queda en pie levanta el arma y la rayita que representa su rifle mengua hasta convertirse en un punto...

—Está despertándose.

No reconozco la voz y tardo unos segundos en darme cuenta de que se está hablando de mí.

—¿Nos oye?

Quien ha hablado ahora es Cat. Abro los ojos y descubro que estoy tendido bocarriba en la mesa de exámenes de un cubículo de la enfermería. Cat está inclinada sobre mí. Parece preocupada.

—Hola —dice—. ¿Estás despierto?

Me lleva un tiempo reunir la saliva necesaria para hablar.

—Sí —respondo finalmente—. ¿Qué ha pasado?

Cat se endereza y yo intento incorporarme, pero unas manos se posan en mis hombros y me empujan con delicadeza para acostarme de nuevo.

—Tómeselo con calma, Barnes. No debe moverse hasta que nos aseguremos de que todo está bien.

Miro hacia atrás y mis ojos se topan con las fosas nasales llenas de pelos blancos de un médico calvo y de mediana edad llamado Burke.

Su presencia no me tranquiliza. Burke me ha matado en varias ocasiones.

—Perdón —digo—. ¿Tengo algo?

—No lo sabemos —responde Burke—. No encuentro señales de traumatismo y su electroencefalograma es normal de momento. Según me ha contado Cat, de repente cayó desplomado como un saco de patatas. Normalmente, desde el punto de vista médico, eso nunca es buena señal.

—¿Por qué no estamos muertos? Los gusanos iban a atacarnos, ¿no?

—Sí —responde Cat—. No sé qué los detuvo en el último momento.

—Las torres —digo—. Dispararon, ¿verdad?

—Sí —dice Cat—. Los burners de las torres son mucho más potentes que los portátiles. No encontramos gusanos muertos cuando las nubes de vapor se disiparon, pero quizá los obligaron a meterse debajo de la nieve.

—Quizá —digo, pero no sé por qué no lo creo.

—O quizá me cargué a su líder —añade Cat.

Me quito de encima las manos de Burke y me incorporo.

—¿Cómo dices?

—Cuando las torres empezaron a disparar, el vapor no me dejó ver lo que pasaba delante de nosotros, así que miré arriba y vi en la ladera un gusano gigante que emergía de la nieve.

Esto me interesa.

—¿Cómo de gigante?

Cat se encoge de hombros.

—No sabría decirte. Medía por lo menos cien metros. Diría que su tamaño era el doble que el de los otros. Quizá un poco más. En cualquier caso, era lo único a lo que podía apuntar con mi arma, así que le disparé. Unos segundos

después cesaron los disparos de los burners de las torres y los gusanos habían desaparecido.

Paso las piernas por el borde de la mesa.

—¿Cuántas mandíbulas tenía?

Cat frunce el ceño.

—Ninguna después de que le disparara. Y antes no lo sé porque no me paré a contarlas.

Me pongo en pie. El mundo gira brevemente a mi alrededor, pero enseguida vuelve a quedarse quieto.

—Debería permanecer aquí un rato —dice Burke—. No hay que tomarse a broma estos casos neurológicos, Barnes. Me gustaría hacerle una resonancia. Podría tener un tumor.

Lo fulmino con la mirada. Luego niego con la cabeza y recojo mi camisa de la silla giratoria donde alguien debió de ponerla cuando me trajeron aquí.

—No tengo un tumor —mascullo.

—Eso no lo sabe —insiste Burke.

—No es la primera vez que tenemos esta conversación —digo—. ¿Lo ha olvidado? Los tumores no crecen de un día para otro, y yo solo llevo vivo un día y medio.

Burke se estremece. Supongo que lo recuerda.

—De acuerdo —dice—, no es un tumor. Pero déjeme hacerle otra prueba.

Se da la vuelta para rebuscar en un cajón y saca una varita con lo que parece una ventosa en un extremo y un dispositivo electrónico con una pantallita en el otro. Regresa a mi lado mientras estoy poniéndome la camisa y me agarra un hombro.

—Ahora estese quieto y mire al techo.

Dejo salir el aire con un suspiro de fastidio y alzo la vista hasta donde puedo sin levantar la cabeza. Burke me sujeta la cabeza con una mano y aprieta la ventosa de la varita contra mi ojo izquierdo.

—¡Ay!

—Oh, no se sea niño. Solo será un momento.

La varita emite un pitido y Burke despega la ventosa de mi ojo.

—Mmm.

Cat se acerca y mira por encima del hombro del doctor la pantallita del dispositivo.

—¿Qué indica eso?

Burke se vuelve para mirarla.

—Al parecer ha habido una subida de tensión en su ocular durante la última hora. Debería ir a que lo revisen, Barnes. Ya sabe que están conectados al cerebro. Un ocular averiado es peligroso.

—Vale —digo—. ¿Me lo puede mirar usted?

Burke niega con la cabeza.

—Yo solo me encargo de los órganos. Necesita a alguien de Bioelectrónica.

Claro.

—Gracias. Le prometo que le haré caso.

—Dime, Mickey, ¿qué te paso ahí fuera? —me pregunta Cat.

Estamos en el pasillo principal de la primera planta, cerca de la recicladora. Entiendo por qué la enfermería y la recicladora están la una al lado de la otra, pero eso no evita que me recorra un escalofrío al pasar por delante de la puerta.

—Ni idea. Me desmayé.

¿Fue eso lo que me paso? Porque el recuerdo de vernos a Cat y a mí representados por unos dibujos me parece cada vez más la clase de cosa que haría un cerebro tras recibir una descarga eléctrica justo antes de fundirse. Sin embargo...

—Te diría que fueras a ver a un médico, pero supongo que es lo que acabas de hacer, ¿no? ¿Vas a ir para que alguien revise tu ocular, como te ha aconsejado Burke?

—Quizá. Esta tarde estoy ocupado, pero intentaré conseguir una cita con alguien mañana.

—A mí me parece que es algo que deberías hacer cuanto antes, pero supongo que la decisión es tuya.

—Gracias —digo—. Me lo pensaré.

Es mentira. Ya he pensado todo lo que tenía que pensar sobre este asunto. Como Burke ha dicho, los implantes oculares están unidos a nuestros nervios ópticos y conectados con nuestro cerebro en otra media docena de sitios. No se trata de arrancar el averiado y sustituirlo por otro sin más. Cualquier otra persona tendría que someterse a una larga y compleja operación de microcirugía para instalar una unidad nueva. Pero por alguna razón creo que conmigo no dedicarán tanto esfuerzo. Es mucho más fácil enviarme de paseo al tanque.

Llegamos a la escalera central y pongo el pie en el primer escalón. Me doy la vuelta, pero veo que Cat no me sigue.

—Aún me quedan tres horas de turno —dice—. Amundsen me dijo que podía quedarme contigo hasta que me asegurara de que estabas bien, pero luego tenía que volver.

—Ah. ¿Me necesitan a mí?

Cat esboza media sonrisa.

—¿Después de lo que acaba de pasar? No. De momento no, y creo que no te llamarán en una temporada. En Seguridad no les gusta la gente que se desmaya en mitad de un tiroteo.

¡Ay!

—No me desmayé. Ha sido una avería. Capté algo...

Cat arquea una ceja.

—¿Captaste algo?

—Sí. Yo...

De pronto pienso que quizá sea mejor no contarle a Cat lo que estaba viendo cuando me caí. No quiero que piense que estoy volviéndome loco.

Y yo no quiero pensar en lo que podría significar lo que vi si es que no estoy volviéndome loco.

—No lo sé —continúo—. Pasó algo raro, eso es seguro, pero también sé que no me desmayé.

Cat parece incómoda de repente.

—No pasa nada, Mickey. No serías la primera persona que sufre un ataque de pánico en mitad de un tiroteo.

—¿Crees que fue eso?

Cat mira a otro lado.

—Lo que yo piense no importa. Luego nos vemos, Mickey.

Después de despedirme de Cat me paso por la cafetería para meterme otro chute de puré reciclado antes de volver a mi cuarto. No tengo otra cosa que hacer. Cuando entro en mi habitación me encuentro a Ocho sentado en la cama, con la tableta apoyada en las rodillas.

—Hola. Llegas pronto.

Me dejo caer en nuestra silla y me desato los cordones de las botas.

—Han vuelto a atacarme. He estado a punto de morir otra vez. Esta vez he terminado en la enfermería. Me han dicho que descanse y que te diga que ya es hora de que empieces a cumplir tu parte de este trato de mierda.

Ocho deja la tableta, se estira y se pone de pie.

—Ajá. Bueno, ahora que has vuelto iré a comer algo. ¿Cuánto me has dejado de nuestra ración diaria?

—No lo sé. Creo que unas novecientas kilocalorías.

—Genial. Me las pido todas.

Empiezo a protestar, pero Ocho ya está saliendo por la puerta.

—Ni lo intentes —me dice sin volverse—. Acabo de salir del tanque.

—¡Oye! —grito a su espalda—. Ponte la venda en la muñeca.

Ocho se arremanga para enseñármela, pero la lleva torcida. Abro la boca para hablar, pero él me corta poniendo los ojos en blanco.

—No te preocupes. Si alguien me pregunta le responderé que suelo curarme rápido.

Cuando se ha ido, me meto en la cama y cojo la tableta. Ha estado leyendo sobre el planeta de Asher. El asombro que me produce descubrir que le interesan exactamente las mismas cosas que a mí me dura cinco segundos, porque entonces recuerdo que lo sorprendente sería lo contrario, teniendo en cuenta que, redondeando, él es fundamentalmente yo.

Bueno, menos las últimas seis semanas o así. Por alguna razón, me parece que eso amplía nuestras diferencias.

He estado dándole vueltas a esto y mis conclusiones sobre la expedición del planeta de Asher son las siguientes: su situación no era muy distinta de la nuestra. Este planeta no es tan frío, pero casi. Una lectura mejor de los niveles de oxígeno libre en la atmósfera probablemente habría dado más pistas a los científicos que planificaron la misión desde Midgard de la fragilidad de la biosfera de Niflheim, pero supongo que a más de siete años luz de distancia no se puede pedir más.

No puedo evitar preguntarme por lo que habríamos hecho en el caso de que las condiciones de este planeta hubieran sido solo una pizca peores: un par de grados menos de temperatura, un poco menos de oxígeno, la presencia de un agente verdaderamente tóxico en la atmósfera... Hemos traído el equipo necesario para la terraformación, pero es un proceso desesperantemente lento. He leído sobre docenas de colonias que se enfrentaron a dificultades similares. Algunas intentaron reorganizarse, reunir combustible y llegar a otro objetivo. Otras se refugiaron en la órbita, enviaron sus equipos de terraformación y trataron de sacar adelante la misión. Y otras, como la del planeta de Asher, simplemente se rindieron.

De las que nunca se dieron por vencidas, puedo contar con los dedos de una mano las que finalmente prosperaron. Si ya es difícil fundar una colonia en un planeta hospitalario, hacerlo en uno hostil es un maldito milagro.

¿Y en uno como Niflheim? Supongo que el tiempo lo dirá.

Estoy reflexionando sobre esta cuestión y las consecuencias que tendría para mí que esto se fuera a pique cuando mi ocular me alerta de que he recibido un mensaje.

**<RedHawk>**: Buenas, Mickey. Me he enterado de que has tenido un día duro. Acabo mi turno a las 16.00. ¿Cenas conmigo? Invito yo.

Mi respuesta es: «¡Ya lo creo, joder!». Pero esta compite dentro de mi cabeza con la pregunta: «¿Cómo narices puedes permitirte saltarte una cena?». Sin embargo, antes de que pueda poner en orden mis ideas y responder a Berto, otro mensaje aparece en mi ocular.

**<Mickey8>**: Por supuesto. Luego nos vemos, colega.

Esto sí que no. Abro una ventana privada.

**<Mickey8>**: No vas a ir tú, Ocho. Esta es para mí.

**<Mickey8>**: Mal del tanque, Ocho. Necesito comida de verdad. Aún quedan trescientas kilocalorías en la cuenta para hoy. Son tuyas.

**<Mickey8>**: Escucha, amigo. En las últimas veinticuatro horas he estado a punto de palmarla dos veces mientras tú dormías la siesta. Si no cedes en esto, te veo en la recicladora dentro de veinte minutos y esta vez vamos a darle una solución definitiva.

**<Mickey8>**: Vaya, no me esperaba este crecimiento acelerado de la hostilidad.

**<Mickey8>**: ...

**<Mickey8>**: ¿Y bien?

**<Mickey8>**: Vale, vale. Disfruta de la cenita, hombretón. Tío, estoy impaciente por que te devoren de una vez.



—No te prives, colega —dice Berto—. Coge lo que quieras.

Mis ojos se deslizan hasta el conejo.

—Dentro de lo razonable —añade—, que no estoy hecho de kilocalorías.

Echo un vistazo a la cafetería. Aún es temprano para cenar, así que está casi vacía. Cerca de la puerta hay una mesa ocupada por un grupo de tipos de Seguridad. Mi mirada se cruza con la de uno de ellos, que les comenta algo a sus amigos y todos estallan en carcajadas.

Genial. Ahora soy el Prescindible al que le da miedo morir. Estoy casi seguro de que no se puede caer más bajo en el estatus social de la colonia.

—Oye, ¿sigues aquí? —dice Berto.

Devuelvo mi atención al mostrador de la comida.

—Ponme un límite —digo—, porque te juro que sería capaz de comerme todo lo que hay aquí.

Berto pasea la mirada por el mostrador y se rasca encima de la nuca.

—Te diré qué haremos: no puedes superar las mil kilocalorías. ¿De acuerdo?

Me lo quedo mirando.

—¿Mil? ¿Estás seguro?

—Sí. Lo que te dije era verdad. Eres mi mejor amigo y no debería haberte mentido. Supongo que es la manera que tengo de disculparme.

Todavía me miente, pero en este momento eso me trae sin cuidado. Pido patatas, grillos fritos y un cuenco diminuto de ensalada de lechuga y tomate. Eso solo suma setecientas kilocalorías, así que le añado una taza de puré. Nunca hay que dejar pasar una oportunidad porque no se sabe lo que aguarda

el futuro, ¿no crees? Veo que Berto también pide su cena mientras mi bandeja sale del dispensador. Ha elegido el conejo.

—¿Y eso, Berto? Yo flipo contigo.

Me sonrío.

—No pensarías que yo iba a morirme de hambre por ti. Vamos, Mickey, me siento mal, pero no tanto. No voy a flagelarme. Tómatelo como que quiero compartir mi abundancia contigo.

El conjunto de nuestras cenas suma dos mil cuatrocientas kilocalorías. Berto muestra el ocular al escáner y se enciende la luz verde.

—No, en serio, Berto. Yo. Flipo. Contigo.

Se ensancha la sonrisa de Berto.

—¿Recuerdas cuando saliste conmigo en el flitter?

Cómo olvidarlo.

—Sí, creo que sí.

El dispensador expulsa su bandeja. Cada uno con su bandeja en las manos, vamos hasta una mesa en el fondo. Noto las miradas de los seguratas clavadas en mi nuca mientras camino.

—¿Y recuerdas cuando viramos sobre aquella cresta unos veinte kilómetros al sur de la cúpula?

La verdad es que guardo un recuerdo borroso de todo lo relacionado con aquel viaje y no tengo ni idea de qué habla, pero asiento porque no quiero alargar más de lo necesario la historia. Nos sentamos y Berto inmediatamente ataca su paletilla de conejo.

—En la cima de la cresta había una formación rocosa —dice mientras mastica—. Pasamos por encima de ella. ¿La recuerdas?

Creo que en este momento hemos llegado al límite de la fantochada.

—No, sinceramente, no la recuerdo.

Berto se encoge de hombros.

—Da igual. Imagínate una especie de monolito de granito de unos treinta metros de altura, con otra losa solo un poco más corta apoyada en uno de sus costados. El espacio entre las dos piedras es de unos diez metros en la base, y se va estrechando a medida que subimos.

—Vale, me lo estoy imaginando.

De hecho, ahora que oigo su descripción, creo recordar haber visto el sitio del que habla. En aquel momento pensé que era un buen lugar para hacer escalada. Obviamente, eso fue antes de descubrir a los gusanos.

—De acuerdo. Pues desde hace unas semanas he estado diciéndole a todo aquel que quería escucharme que creía que era capaz de pasar con el flitter

por el agujero. Una locura, ¿verdad? O sea, incluso girando noventa grados, el espacio que me quedaría por cada lado sería como mucho de medio metro, y hay que empezar el giro con un margen de quizá una décima de segundo.

—Sí, parece una locura. ¿Y?

—Y a todo el mundo también le pareció una locura. He estado recogiendo apuestas.

En ese momento hace una pausa para meterse un trozo de carne en la boca, pero no necesito a Berto para saber cómo acaba la historia.

—Lo hiciste.

—Sí —afirma con una sonrisa que no recuerdo haber visto desde que ganó aquel maldito torneo de poglob—. Lo hice. En total gané tres mil kilocalorías. No está mal, ¿eh?

—Podrías... —comienzo a decir, pero tengo que hacer una pausa para reponerme—. Podrías haberte matado, Berto.

—Podría, pero no pasó.

Dejo el tenedor al lado de la bandeja y aprieto los puños.

—Arriesgaste la vida. Arriesgaste la vida por las raciones de dos días.

Se le borra la sonrisa de engreimiento de los labios.

—Oye, tranquilo, tío, no fue tan peligroso.

—¿Que no fue tan peligroso? Arriesgaste la vida por unas malditas calorías, Berto. Pero no te dio la gana arriesgarla por mí, joder.

Berto se queda paralizado. Me mira fijamente. Yo lo miro a él.

En este momento me doy cuenta de que acabo de decir algo que se suponía que yo no sabía... ¿o sí podía saberlo? Dios mío, a estas alturas tengo un lío monumental con mis propias mentiras, así que imagínate con las de Berto.

—¿Mickey? ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

Abro la boca para responder, pero dejo que vuelva a cerrarse.

—Acabas de salir del tanque, ¿no, Mickey?

Miro a otro lado. Uno de los tíos de Seguridad está observándonos.

—Sí, Berto, ya lo sabes.

—Eso pensaba. Pero te juro por Dios que me haces dudar.

Pincho una patata, me la meto en la boca y mastico. Esta comida es lo primero sólido que ingiero en dos días. Es un pecado que no la esté disfrutando como merece. En un lapso de cinco segundos decido sincerarme con él y cambio de opinión media docena de veces. Cuando vuelvo a mirarlo, Berto está masticando muy despacio y mirándome con los ojos entrecerrados. «No morí —me imagino diciéndole—. Me abandonaste en aquella maldita

grieta, pero no morí. —Cuando se mete otro trozo de conejo en la boca, añado —: Quizá debería haberte ofrecido las raciones de dos días para que volvieras a rescatarme». Ya estoy reuniendo el valor para abrir la boca y decirlo en voz alta cuando el gorila que estaba mirándonos se levanta y enfila hacia nosotros.

Conozco a este tipo, de vista al menos. Se llama Darren. Es grande para tratarse de un colonizador; tiene casi la misma estatura que Berto y debe de pesar unos diez kilos más. Lleva el pelo negro muy corto y debajo de la barbilla le crece un excéntrico mechón de barba rizada. No es idiota (ninguna de las personas seleccionadas para esta expedición lo es), pero siempre me ha parecido que tenía la actitud que suelen adoptar los idiotas cuando se les concede una pizca de poder. Se detiene detrás de Berto, a un par de pasos de él, cruza los brazos y ladea la cabeza.

—Buenas. ¿Están disfrutando de sus raciones los caballeros?

Berto se da la vuelta para mirar al recién llegado, se lleva la paletilla de conejo a la boca y le da un mordisco con una lentitud deliberada.

—Pues sí —responde con la boca llena—. Mucho, la verdad.

El rostro de Darren se arruga.

—Eres un gilipollas, Gomez. Podríamos haberos perdido a ti y nuestro único flitter operativo esta mañana.

Berto se encoge de hombros y se vuelve de nuevo hacia mí antes de dar otro mordisco al conejo.

—De todos modos el flitter no os sirve de nada sin mí. Nasha no volaría en nada que no dispusiera de una cubierta gravitatoria. —Mastica, traga y se limpia la boca con la manga—. En cualquier caso, si tanto interés tienes en proteger los bienes de la colonia, ¿por qué apostaste tus calorías? No me la habría jugado si nadie hubiera apostado. —La sonrisa regresa a su cara, me mira y me guiña un ojo—. ¡Ay! ¿Pero a quién quiero engañar? ¡Claro que me la habría jugado! Este lugar es un aburrimento. Me lo pasé de fábula.

Se lo pasó de fábula. Joder, apuesto a que sí. Estoy apretando tanto los dientes que creo que me los voy a partir. La mirada de Darren se posa en mí.

—¿Y tú qué problema tienes, Barnes?

No confío en mi voz para responderle. Darren frunce el ceño y se adelanta medio paso.

—En serio —continúa—. Si tienes algo que decir, dilo. De lo contrario cambia esa cara.

—Tranquilo —dice Berto—. Mickey está teniendo unos días difíciles.

—Ya, eso he oído —contesta Darren—. Ayer hizo que mataran a dos de los nuestros, y hoy ha dejado tirada a Chen en mitad de un combate para

salvar el culo por segunda vez en veinticuatro horas. Me das pena, tío.

Berto deposita cuidadosamente la paletilla de conejo que estaba royendo en la bandeja y apoya las manos abiertas en la mesa. Ya no sonrío.

—Largo, Darren.

—Vete a la mierda, Gomez. Acabo de cenar el puto puré reciclado y no estoy de humor para...

Se detiene ahí, porque ha tomado la pésima decisión de dar un empujoncito por detrás en la cabeza a Berto. Como ya he dicho, Darren es un tipo grande y trabaja en Seguridad. Probablemente está acostumbrado a salirse con la suya en esta clase de situaciones.

Hasta donde yo sé, Berto nunca ha permitido que nadie se saliera con la suya en esta clase de situaciones.

Berto se separa de la mesa y gira sobre los talones al mismo tiempo que prepara el puñetazo y el banco en el que ha estado sentado golpea las espinillas de Darren.

Berto es tan bueno en el pogbol por una razón: es excepcionalmente rápido para su altura. Darren no tiene tiempo para levantar las manos antes de que el puño de Berto impacte en su mejilla izquierda y lo derribe.

En ese momento, lo que había sido hasta entonces una tontería de comedor de colegio se convierte en un disturbio.

Me pongo en pie y rodeo la mesa mientras Darren intenta levantarse. Solo ha apoyado una rodilla en el suelo cuando Berto le pone un pie en el hombro y lo empuja hacia atrás. Berto todavía tiene el pie en el aire cuando uno de los matones que estaba sentado con Darren lo embiste y lo tira de bruces contra nuestra mesa. El golpe es tan fuerte que tengo que saltar hacia atrás para que la mesa no me lleve por delante cuando se desliza medio metro por el suelo. Berto intenta zafarse de su agresor, pero otros dos tipos de Seguridad le sujetan los brazos en la espalda al mismo tiempo que le patean las piernas. Yo consigo poner mi mano sana en el hombro de uno de ellos, pero entonces me agarran del cuello de la camisa, me tiran al suelo, bocabajo, y me plantan un pie en la espalda. Lo último que siento son los dientes de una pistola táser apretados contra mi nuca.

—Explíquense.

Miro de soslayo a Berto, que tiene la mirada fija en un punto detrás de la cabeza de Marshall. Pasados cinco segundos de silencio incómodo, digo:

—Ha sido un malentendido, señor.

Marshall cierra los ojos y relaja ostensiblemente la mandíbula. Cuando vuelve a abrirlos apenas son dos rendijas en su rostro.

—Un malentendido —repite él—. ¿Así calificaría usted lo que ha sucedido esta tarde, Gomez?

—No, señor —responde Berto—. Creo que todas las personas involucradas en el incidente entendían perfectamente lo que estaba pasando.

—Ya veo. ¿Y qué era exactamente eso que todo el mundo entendía perfectamente?

Berto no puede evitar que se le dibuje una sonrisa incipiente en los labios.

—Principalmente que los agentes de Seguridad involucrados no aceptaron las consecuencias de sus malas decisiones y uno de ellos decidió pagar su frustración con un espectador inocente.

—Mmm. ¿El señor Drake le atacó? ¿Cómo se explica entonces que él haya terminado en la enfermería con una fractura en el arco cigomático mientras usted parece completamente ileso?

Berto se encoge de hombros.

—He dicho que me atacó. En ningún momento he señalado que su ataque fuera eficaz.

El gesto ceñudo de Marshall se acentúa. Se vuelve hacia mí.

—¿Está de acuerdo con la versión de Gomez del incidente, señor Barnes?

—En lo fundamental, sí —contesto—. Darren se acercó para hablar con nosotros por propia iniciativa. Nosotros ni siquiera lo estábamos mirando. Era obvio que estaba bastante disgustado por el hecho de haber tenido que cenar puré reciclado, y parecía decidido a desahogarse conmigo. Una vez que empezó todo, pareció sorprendido, pero no sé muy bien por qué. Es decir, él le puso la mano encima a Berto primero.

Marshall hace la mueca de quien acaba de comerse una caca de perro.

—Ya, bueno. Me encantaría sancionarles por este asunto, sobre todo porque es la segunda vez en veinticuatro horas que vienen a mi despacho. Pero, por desgracia, las cámaras de videovigilancia parecen respaldar en gran medida su versión. Queda claro que Drake se acercó a ustedes por propia voluntad y parece que al menos tocó a Gomez antes de que este lo derribara. Sinceramente, espero mucho más de nuestro equipo de Seguridad.

Marshall no aclara si espera de ellos más cabeza a la hora de tomar decisiones o más destreza en una pelea. Se recuesta en la silla y cruza los brazos.

—Sin embargo —añade—, hay un detalle que despierta mi curiosidad. ¿Él estaba comiendo puré reciclado mientras ustedes, comparativamente,

estaban disfrutando de un banquete? Si no recuerdo mal, ayer mismo les reduje las raciones, mientras que él tiene asignadas dos mil kilocalorías diarias. —Se acaricia el mentón con aire pensativo—. Y, dejando a un lado que tenga razón para hacerlo o no, ¿por qué le culparía a usted de ello?

Berto me lanza una mirada, pero yo me quedo en blanco.

—Quién sabe, señor —responde Berto—. A lo mejor desayunó fuerte.

—Entiendo —dice Marshall—. Entonces, esto no tiene nada que ver, ¿verdad?

Da unos golpecitos a una tableta que hay encima de su escritorio. Parpadeo para reproducir el vídeo en mi ocular. Es una grabación granulada realizada a gran distancia del flitter de Berto, que se desliza a toda velocidad hacia unas rocas apiladas en una cresta nevada. La formación rocosa se parece mucho a la que recuerdo, con dos grandes piedras planas apoyadas la una en la otra que se levantan de un pedregal formando un triángulo. Desde el ángulo en el que está grabada la imagen da la impresión de que es imposible que el flitter pueda pasar por el hueco que queda entre las dos piedras y, aunque sé cómo acaba todo, se me hace un nudo en el estómago. Berto reduce la velocidad cuando está a un centenar de metros de las rocas, hace una leve corrección de la altura y, en el último momento, ladea la aeronave para pasar por el hueco sin que la pintura sufra el menor rasguño.

—¡Ah! —exclama Berto—. Así que lo grabaron.

—Sí —asevera Marshall—. Lo grabamos. Estamos en un momento de alerta máxima, Gomez. Hemos perdido gente y no podemos permitirnos el lujo de perder a nadie más. Por lo tanto, no dejamos nada sin vigilar. Son muy pocas las cosas que pueden hacer sin que nos enteremos. Veamos, puesto que es consciente de nuestra precaria situación en cuanto a los recursos materiales y los personales, ¿le importaría explicarme por qué consideró necesario arriesgar su vida y, lo que es más importante aún, dos toneladas de metal y sistemas electrónicos irremplazables por lo que parece ser una fanfarronada juvenil?

Berto permanece callado con los ojos fijos en la pared. Marshall lo mira fijamente durante lo que parece una eternidad.

—Muy bien —dice finalmente Marshall—. Estoy al tanto de su apuesta, evidentemente. Supongo que no es necesario que le haga una relación de las normas que ha infringido en los dos últimos días porque es obvio que no le importa. —Se echa hacia delante, planta los codos en la mesa y suspira—. Ha llegado un punto en el que ya no sé qué hacer con usted, Gomez. No puedo permitirme dejarlo en tierra, lo cual, hablando claro, es lo menos que merece,

y, por desgracia, en las directrices de la Unión no se contempla el castigo físico como medida disciplinaria. —Marshall hace una pausa y me mira—. ¿Tiene usted alguna sugerencia, señor Barnes?

Lanzo una mirada fugaz a Berto y vuelvo a mirar a Marshall.

—¿Yo, señor? No, señor.

Marshall vuelve a suspirar y se recuesta en la silla.

—Dadas mis limitadas opciones, supongo que lo único que puedo hacer es aumentar su carga de trabajo y reducir sus raciones. Durante los próximos cinco días también cubrirá los turnos de Adjaya. Eso por lo menos debería mantenerlo alejado de los problemas. Además voy a reducir sus raciones otro diez por ciento. Eso no debería preocuparle, ya que no va a tener tiempo para comer. También voy a bloquear su cuenta para que no pueda recibir transferencias de otros miembros del personal, por si acaso se le ocurriera alguna otra idea para timar a sus compañeros.

—Señor...

Marshall interrumpe a Berto antes de que este termine de pronunciar esa primera palabra.

—No malgaste saliva, Gomez. Como ya he dicho, es lo menos que merece. Si continúa presionándome me veré obligado a buscar soluciones más radicales para el problema que usted representa.

Da la impresión de que Berto todavía no ha dicho la última palabra, pero, no sin un esfuerzo evidente, traga saliva y vuelve a fijar la mirada en un punto detrás de la cabeza de Marshall.

—Sí, señor. Gracias, señor —dice finalmente.

—Excelente —dice a su vez Marshall—. Ahora, márchense. —Cuando nos levantamos y damos media vuelta para salir del despacho, Marshall añade—: ¿Barnes? No sé cuál es su implicación en este incidente, pero supongo que algo habrá tenido que ver con él, así que también le reduciré las raciones un cinco por ciento.

Me doy la vuelta.

—¿Cómo? ¡No puede hacer eso!

—Un diez por ciento —dice Marshall. Cuando vuelvo a abrir la boca, añade—: ¿Prefiere un quince?

Mi boca vuelve a cerrarse con el chasquido de mis mandíbulas.

—No, señor. Gracias, señor.



—¿Otro diez por ciento? ¡Venga ya, Siete! ¿Cómo me haces esto?

—En primer lugar, yo no te hago nada. Esto nos afecta a los dos. Y en segundo lugar, la culpa no es mía. Si quieres echarle la bronca a alguien, ve a ver a Berto. Es él quien decidió timar a la mitad del departamento de Seguridad para quedarse con sus raciones y luego pegar a uno de ellos en la cafetería.

Ocho se deja caer en la cama y sepulta la cara en las manos.

—No puedo seguir así, Siete. Nunca me recuperaré de la salida del tanque. Ya sabes que este cuerpo no ha ingerido ni un alimento sólido. Solo pienso en comer desde que me despierto hasta que me duermo. ¿Cuánto kilocalorías nos toca a cada uno ahora? ¿Setecientos veinte? Para mí es imposible. Joder, es imposible.

—Lo siento, de verdad. Sé que ahora mismo debes estar viviendo un infierno, pero no podemos hacer nada. Si no quieres que volvamos al pozo de los cadáveres, tendremos que salir adelante como sea.

Ocho levanta la cabeza para mirarme.

—No voy a mentirte, Siete. Cada vez me parece mejor idea el pozo de los cadáveres.

Me dejo caer en la silla del escritorio, me quito las botas y apoyo los pies en la cama, al lado de Ocho.

—Quizá sea inevitable, pero todavía no ha llegado ese momento. Te diré qué haremos. Puedes quedarte todo lo que queda en la cuenta para hoy, y... ¿te parecen bien novecientas de mañana? ¿Te sientes mejor así?

Ocho gruñe.

—Mira —continúo—, yo solo me quedo con quinientas cuarenta para las próximas treinta y seis horas, y ni siquiera había terminado de cenar cuando Berto empezó la pelea. Sé que ahora mismo estás más muerto que vivo, pero para mí tampoco es lo que diríamos un pícnic.

Ocho suspira y se deja caer de espaldas a la cama.

—Ya lo sé —dice mirando al techo—. Sé que también lo estás pasando mal y te agradezco el ofrecimiento. Eres un buen tipo, Siete. Me sentiré fatal cuando te estrangule mientras duermes y me coma tu cadáver.

Recibo una alerta en el ocular antes de que se me ocurra una réplica.

**<Black Hornet>**: ¡Hola! ¿Estás libre?

Empiezo a redactar una respuesta, pero Ocho se me adelanta.

**<Mickey8>**: Sí. ¿No tenías vuelo esta noche?

**<Black Hornet>**: Sí, pero ya no. No sé por qué, pero se ve que le han asignado mis turnos de los próximos días a Berto, así que estoy libre hasta nueva orden. ¿Te apetece que nos veamos?

**<Mickey8>**: ¡Nada me gustaría más!

**<Black Hornet>**: Eres un cielo. Quedamos dentro de diez minutos.

—Lo siento —dice Ocho—, pero tienes que largarte.

—Oye...

—No, Siete —me interrumpo—. Lo necesito. Lo necesito. Lo de estrangularte mientras duermes era broma, pero como te pongas a discutir por esto te juro que acabaré contigo.

Reconozco que la ira que bulle en mi interior es completamente desproporcionada con lo que ha dicho.

Lo reconozco, pero me da igual.

—Escucha, cabrón de mierda, sé que estás pasándolo mal, pero estás abusando de mi generosidad. Llevo dos días jugándome la vida mientras tú te quedas aquí durmiendo a pierna suelta, y acabo de ofrecerte tres cuartas partes de nuestras raciones de los próximos dos días porque soy un imbécil con un corazón de oro. Acabas de salir del tanque, de acuerdo, y tienes hambre... Pero yo también paso hambre y hoy he estado a punto de morir. Y, en cualquier caso, no recuerdo que el mal de tanque aumente el deseo sexual. Así que si quieres seguir por ese camino, vayamos ahora mismo al despacho de Marshall y arreglemos esto de una vez por todas.

Me mira durante cinco largos segundos, con la boca entreabierta.

—Espera un momento —dice finalmente—. ¿Crees que esto es por el sexo?

Su pregunta me desconcierta.

—Esto... Sí.

Ocho gruñe, se incorpora y se frota la cara con las manos.

—Por Dios, Siete. ¿Es que no acabo de decirte que me muero de hambre? ¿Crees que ahora mismo tengo fuerzas para mantener relaciones sexuales? No me voy a abalanzar sobre Nasha para desnudarla en cuanto entre por esa puerta, idiota. Voy a intentar convencerla para que me consiga comida. Tú le sacaste una cena a Berto, aunque tuvieras que dejarla a medias. No puedes privarme de esta oportunidad.

Y tal como vino, la ira desaparece.

—Ah. De acuerdo.

—De acuerdo. ¿Y bien?

Lo miro fijamente. Él me mira a mí. Pasados unos segundos, pone los ojos en blanco y señala la puerta.

—De acuerdo —repito.

Me pongo las botas y salgo de la habitación.

Voy a contarte una historia divertida sobre morir de hambre. Todo el mundo sabe que Edén fue la primera colonia, ¿verdad? El primer lugar que la antigua Tierra contaminó con éxito con sus descendientes. Sin embargo, poca gente sabe que la misión que finalmente holló Edén en realidad era el segundo intento de colonización terrícola.

El primero, llevado a cabo por una nave llamada *Ching Shih*, partió de la Tierra casi cuarenta años antes, unos veinte años después del final de la Guerra de las Burbujas. Esa expedición fue el primer intento desesperado de nuestra especie de viajar más allá de la heliopausa de nuestro sol y, como la mayoría de las cosas que intentábamos por primera vez, no salió especialmente bien. La nave no contaba con una recicladora y la eficiencia de sus motores distaba mucho de la de los nuestros, y la distancia entre la Tierra y Edén era considerable incluso para los parámetros modernos. Estaba previsto que el viaje de la *Ching Shih* durara veintiún años, y esperaban obtener todos los alimentos necesarios de los cultivos agrícolas que se realizarían a bordo.

Teniendo en cuenta todos los contratiempos que encontraron, lo primitivo de sus fundamentos tecnológicos y su ignorancia acerca de los efectos que el

medio interestelar puede tener a velocidades relativistas, en realidad es impresionante que consiguieran llegar tan lejos. Llevaban doce años de viaje cuando sus cosechas comenzaron a sufrir problemas. De sus transmisiones se infiere que nunca llegaron a comprender de verdad lo que estaba pasando. Lo más probable, de acuerdo con el relato que he leído, es que la acumulación de radiación dañara las plantas; el efecto fue agravándose a lo largo de generaciones hasta que el excesivo número de mutaciones provocó que los organismos dejaran de ser viables. Los generadores de campo de la *Ching Shih* no eran tan eficientes como los nuestros y su departamento de Agricultura estaba ubicado en el tercio delantero de la nave, al parecer porque en la época se consideraba que eran los seres humanos los que necesitaban la protección, así que aquellas pobres plantas recibían de lo lindo.

Lo esencial de los desastres en el espacio interestelar es que algunos son rápidos y otros lentos, pero todos acaban matándote. La *Ching Shih* murió lentamente. Hay que reconocerles el mérito de que documentaran todo el proceso, incluso cuando quedó claro que no tenían ninguna esperanza de sobrevivir, con el único fin de que la siguiente misión no cometiera el mismo error. La reducción progresiva de las raciones se alargó durante casi un año. Cuando se hizo evidente que esa medida no sería suficiente, la comandante de la misión pidió voluntarios para transformarse de consumidores de calorías en fuente de ellas.

La muerte por inanición es dolorosa. La comandante recibió un número sorprendente de ofrecimientos.

Pasaron tres años más hasta que finalmente la comandante afrontó el hecho de que, incluso reduciendo la tripulación al mínimo necesario para mantener en funcionamiento la nave, y quizá para sacar los embriones almacenados de sus depósitos al final del viaje, no lo conseguirían. La producción del departamento de Agricultura era casi nula. El plan de la misión era que los cultivos, además de proporcionar alimentos, jugaran un papel fundamental en el ciclo del carbono, así que la expedición estaba fracasando en varios niveles. Aún faltaban cuatro años para llegar a Edén cuando los últimos doce tripulantes de la *Ching Shih* apagaron los motores, se quedaron en ropa interior y salieron por la esclusa principal de la nave.

La *Ching Shih* sigue ahí fuera, vagando por el vacío a 0,6 *c*, como supongo que también lo están los cuerpos de esos doce colonizadores frustrados. A veces me pregunto si alguien se cruzará alguna vez con ellos y se preguntará a dónde van con tanta prisa... y por qué demonios van desnudos.

El problema de que te echen de tu cuarto cuando vives en una cúpula que es una ratonera en un planeta con una atmósfera tóxica y habitantes nativos hostiles es que no hay muchos sitios adonde ir. No tenemos teatros ni cines. Tampoco cafeterías, parques, plazas o bares. De lo que sí andamos sobrados es de lugares de trabajo; el abanico es amplio, y van desde los desagradables (la zona de reciclaje de aguas residuales) hasta los hostiles (la sala común del departamento de Seguridad). En el departamento de Agricultura no se está mal, siempre y cuando seas capaz de no deprimirte al ver lo débiles que están la mayoría de los cultivos, pero allí solo soy bien recibido los días que me envían a echarles una mano, así que es una zona prohibida.

A falta de opciones mejores, pongo rumbo a la cafetería.

Es la hora del último turno de la cena, así que imagino que apenas habrá gente, pero cuando entro me la encuentro más vacía de lo que esperaba. Hay un grupo de cuatro personas sentadas a una mesa casi al fondo de la cafetería, picoteando de un par de bandejas con patatas que comparten. También hay un tipo de Biología al que conozco un poco de vista, sentado solo en el rincón opuesto, con lo que parece un batido de puré reciclado en la mano y los ojos pegados a la pantalla de una tableta. Se llama Highsmith. Es aficionado a la historia. Una vez tuve una entretenida conversación con él acerca del paralelismo entre la Diáspora y la expansión original de la especie humana desde África en la Tierra. La mayoría de sus opiniones eran erróneas, pero me lo pasé bien explicándole detalladamente el porqué.

Por un breve momento, brevísimo, me planteo la posibilidad de preguntarle si le apetece tener compañía. Pero entonces recuerdo que el saldo de mi cuenta de racionamiento está a cero para lo que queda de día y me doy cuenta de lo raro que sería sentarme enfrente de él en la cafetería sin un plato delante e intentar entablar una conversación. De manera que me siento en un banco próximo a la puerta y tan alejado de Highsmith y de los demás como es posible, saco la tableta y me pongo a buscar algo con lo que distraerme.

Pasados unos diez minutos, falto de inspiración, decido regresar a los clásicos y leo un artículo sobre el fracaso de la colonia que el pueblo vikingo de la antigua Tierra intentó fundar en un lugar llamado Groenlandia. Resulta ser que se encontraron en una situación muy parecida a la nuestra en muchos aspectos. Intentaron fundar una sociedad sostenible en un lugar frío e inhóspito donde no se daban las condiciones para sus cultivos tradicionales. También se enfrentaron con nativos hostiles. Supongo que su líder era un capullo.

Finalmente murieron de hambre.

Esto me hace pensar en Ocho, acostado en nuestra cama y gimoteando mientras balbucea que va a comerse su propio hígado, y en Nasha, que probablemente va a nuestro cuarto con la expectativa de pasar un buen rato y lo único que va a recibir son las súplicas de Ocho, haciéndose pasar por mí, para que le invite a comer.

Comida.

¿A dónde irían para comer?

Me pongo en pie antes de que este pensamiento acabe de formarse. Highsmith levanta los ojos de la pantalla cuando vuelco mi banco al levantarme y salgo disparado hacia la puerta. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Y cuánto tiempo podría tardar Ocho en convencer a Nasha para que vengan a la cafetería? ¿Y cuánto tiempo podrían tardar en llegar aquí? Ignoro la respuesta a todas esas preguntas, pero no puedo evitar pensar que seguramente convergen rápidamente. Envío un mensaje a Ocho.

**<Mickey8>**: ¿Dónde estás?

**<Mickey8>**: Yendo a la cafetería. ¿Por qué?

**<Mickey8>**: ¿Dónde estás ahora exactamente?

**<Mickey8>**: Acabamos de bajar la escalera central. ¿Qué demonios pasa, Mickey?

Aparecerán por esa esquina dentro de diez segundos.

Está bien. Tengo tiempo. Ni siquiera es necesario que corra; solo tengo que caminar con paso ligero por el pasillo hasta la siguiente intersección y girar. Una vez hecho eso, apoyo la espalda en la pared, inspiro hondo y dejo salir el aire lentamente. ¿Y si no lo hubiera pensado a tiempo? ¿Qué habría pasado si Nasha y Ocho hubieran entrado en la cafetería y me hubieran encontrado sentado a la mesa, absorto en la pantalla de la tableta?

Y ya puestos, ¿qué va a pensar Highsmith cuando entre de nuevo por la puerta después de verme salir corriendo veinte segundos antes, esta vez acompañado por Nasha?

Ay. Con Nasha. Y con otra ropa. Espero que no sea un tipo observador.

Prefiero no pensar en ello. Ahora lo importante es decidir a dónde voy.

No puedo volver a mi cuarto. Creo que lo más prudente es suponer que volverán allí en cuanto Ocho tenga algo en la barriga.

Se me pasa por la cabeza la opción de esconderme en la habitación de Nasha. La comparte con una mujer de Agricultura llamada Trudy. Trudy es maja. Seguramente no le importará que me quede un rato allí si le digo que estoy esperando a Nasha... que antes o después aparecerá y seguramente se

preguntará cómo es posible que yo haya llegado antes que ella a su cuarto desde el mío, y también qué carajo hago yo allí.

Sí, mala idea.

En toda la cúpula solo queda otro espacio común, y por suerte para mí tengo la garantía de que está vacío casi siempre.

Suspiro y me endezco antes de dirigirme al gimnasio.

No es habitual que un gimnasio forme parte del equipamiento de una colonia cabeza de puente. El hecho de que contemos con uno da fe de la firme creencia de Hieronymus Marshall en los beneficios que tiene el ejercicio físico para mantener altos los niveles de moral y de ética de las personas.

Y el hecho de que sea el único espacio de la cúpula donde sabes que no encontrarás a nadie a cualquier hora del día y de la noche da fe de que, a pesar de lo que Hieronymus Marshall piense sobre el tema, el ejercicio físico es lo último de lo último que haría nadie durante una época de hambruna.

Confieso que no sé dónde está el gimnasio. Tengo que abrir un mapa de la cúpula en el ocular para averiguarlo. Resulta ser que se encuentra en el mismo pasillo que la recicladora, lo cual, justo en este momento, me parece extrañamente apropiado.

Decido dar un largo rodeo hasta allí. Enfilo por uno de los pasillos radiales hasta el anillo exterior de la cúpula y recorro la mitad de este antes de entrar en otro pasillo radial para volver al centro, pensando que así es menos probable que me tope con alguien que se dirija a la cafetería o para empezar su turno en Agricultura. A pesar de mis precauciones, me cruzo con media docena de personas y tengo la sensación de que me miran raro. ¿Paranoia? Tal vez. O tal vez también se han cruzado con Ocho y con Nasha, se imaginan lo que está pasando y envían mensajes a Seguridad en cuanto me pierden de vista.

Solo llevamos con esto dos días y ya estoy volviéndome loco.

Cuando por fin llego al gimnasio, entreabro la puerta y me escabullo dentro como si fuera un fugitivo al que persiguen. Cierro la puerta detrás de mí, cierro los ojos y apoyo la frente en la fría superficie de plástico.

—¿Algún problema?

Vuelvo bruscamente la cabeza y el corazón me da un vuelco tan violento que por un instante pienso que me estoy muriendo. El equipamiento del gimnasio deja mucho que desear; consta de unas cuantas cintas de correr puestas en fila, unas espaldera y media docena de mancuernas en un espacio que es dos o tres veces mi cuarto.

No está vacío.

De hecho hay una mujer en la espaldera, vuelta hacia mí, con los pies en las barras laterales y una esterilla extendida debajo de ella.

El pánico se ceba conmigo durante un largo segundo hasta que me doy cuenta de que es Cat.

Nos miramos fijamente. Interrumpe el ejercicio, baja de la espaldera y se cruza de brazos.

—¿Qué haces aquí? —consigo preguntar.

Cat pone los ojos en blanco.

—¿Estás seguro de que te toca a ti hacer esa pregunta?

Cierro los ojos y respiro hasta que mi pulso recupera un ritmo cercano a lo normal. Cuando vuelvo a abrirlos, su expresión de confusión se torna en una de preocupación.

—Lo siento —digo. Cruzo la habitación en tres pasos, me doy la vuelta y me siento en la última cinta de correr de la fila—. Estoy teniendo un día raro.

—Ya lo sé. ¿Por qué no vuelves a la enfermería? Pareces un poco ido.

—No —respondo, quizá demasiado rápido—. No, me encuentro bien. Supongo que solo necesitaba estar un rato a solas y me ha sorprendido encontrarte aquí. Nunca imaginé que habría alguien haciendo ejercicio.

Cat sonrío, deja caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y viene a sentarse conmigo.

—Es normal.

La miro. Tiene el pelo recogido detrás en una coleta alta y lleva puesto el traje interior ajustado de su armadura. No sé cómo lo hace, pero la favorece. Apenas suda, así que supongo que ha llegado hace poco.

—Dime la verdad, ¿qué haces aquí? Te has enterado de que estamos en mitad de una hambruna, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé —responde.

—¿Entonces?

Suspira.

—Gillian Branch era mi compañera de habitación.

—Ah... ¿Y quién era Gillian?

Cat me clava una mirada asesina.

—Para ti todos somos unos matones anónimos, ¿no?

Me echo hacia atrás y levanto las manos en señal de rendición.

—¡No! ¡No! No es culpa vuestra sino mía. Apenas me relaciono con nadie, Cat. Vivo rodeado de gente que piensa que soy una abominación. Y la mayoría de la gente que se acerca para hablar conmigo parece que esté

realizando alguna clase de fantasía fetichista. Casi siempre es más fácil mantener las distancias.

—Ah, los cazafantasmas, ¿eh?

—Eso. ¿Tú no...?

Entrecierra los ojos.

—¿Disculpa?

—Perdona, es solo que...

—Ya te dije que no soy natalista, si eso es lo que estás preguntando.

—Está bien. O sea, me alegro, supongo. Berto me ha dicho más de una vez que suena genial eso de que te consideren un fetiche. Pero, créeme, no lo es.

Su expresión se suaviza y yo bajo las manos.

—Ya, te entiendo. No sé si te habrás fijado, pero Maggie Ling y yo somos las únicas mujeres en todo Niflheim con los ojos rasgados. También he sufrido el fetichismo. —Sonríe—. Te propongo un trato: yo no te cosificaré si tú no lo haces conmigo.

Le tiendo la mano.

—Acepto.

Estrechamos las manos. Su sonrisa se ensancha brevemente y desaparece cuando me suelta la mano.

—De todos modos, Gillian formaba parte del equipo que salió ayer.

—Ah —digo—. Ya. Era esa Gillian.

Cat asiente con la cabeza y mira a otro lado.

—Vaya, lo siento —añado—. Después de que ocurriera tú no parecías... Es decir...

—No te voy a engañar —dice Cat—. No era ni mucho menos mi mejor amiga. No es fácil compartir un espacio pequeño con otra persona. Si te soy sincera, la mayor parte del tiempo nos tratábamos como si fuéramos unas simples conocidas.

—Aun así...

—Aun así. Volví a mi cuarto cuando acabó mi turno y...

—Te dio el bajón.

Cat se frota la cara con las manos.

—Eso es, me dio el bajón. —Suelta una carcajada entrecortada y sepulta la cara en las manos cuando su risa se convierte en un gimoteo—. A nadie le habría extrañado que hubiera saltado de alegría por tener toda la habitación para mí, ¿verdad?

Le pongo una mano en la espalda. Ella levanta la cabeza para mirarme y se arrima a mí; ahora tiene medio trasero apoyado en mi cinta de correr y nuestras caderas se tocan. Le paso un brazo por los hombros y apoya la cabeza en mi pecho.

—Lo siento —dice. No habías venido aquí para consolarme. —De repente se pone derecha y me mira—. ¿Para qué has venido realmente? ¿No tienes una habitación individual? Si lo que buscabas era soledad, ¿por qué no simplemente te has encerrado en tu cuarto?

—Buena pregunta —digo.

Nos miramos fijamente a los ojos. Después de lo que seguramente solo son diez segundos pero a mí me parece una eternidad, me pregunta:

—¿Vas a responderme o no?

Suspiro.

—Nasha está en mi habitación.

—Ah. ¿Vosotros...?

—Está con otra persona.

Eso la deja parada un momento.

—¿En tu habitación? —dice finalmente.

Me encojo de hombros y ella niega con la cabeza.

—¿Sabes qué? Prefiero no saberlo.

—Me parece una sabia decisión.

Continuamos sentados en silencio un momento. Estoy empezando a pensar que voy a tener que pasar toda la noche deambulando por los pasillos como si fuera el terrorífico fantasma de Niflheim cuando Cat dice:

—No sé si acabaré arrepintiéndome de esto, pero... yo tengo una habitación doble.

Me vuelvo para mirarla con una ceja arqueada.

—¿Estás cosificándome?

Cat se echa a reír.

—Nada de eso. Solo le estoy ofreciendo una cama disponible a una persona sin hogar. De todas maneras debo reconocerte que me sorprende que Nasha y tú tengáis una relación abierta. Te prometo que ayer no me dio esa impresión.

—Es complicado —digo encogiéndome de hombros.

—De acuerdo. Pero ¿es la clase de complicación en la que mañana acabo destripada?

—No... En fin, no me parece probable. Lo peor que puede pasar es que a mí me tiren al pozo de los cadáveres.

Apoya un dedo en el mentón y finge reflexionar profundamente.  
—Creo que es un riesgo que estoy dispuesta a correr.



—Oye —dice Cat—. Despierta.

Abro los ojos. Estoy desorientado y tardo un minuto en darme cuenta de dónde me encuentro. Anoche Cat y yo juntamos su cama y la de su excompañera, pero hemos acabado durmiendo los dos en la suya. Supongo que Cat lo ha hecho por costumbre, y yo porque tenía la ligera sensación de que era una falta de respeto dormir en el catre de una persona que acaba de morir. Cat se ha incorporado de lado con un codo apoyado en la cama y el brazo apretado contra mi hombro. Nuestras caras casi se tocan.

Quiero dejar clara una cosa: anoche no pasó nada ni remotamente sexual entre nosotros.

Es posible que eso suene extraño cuando acabo de decir que básicamente hemos dormido uno encima del otro, pero cuando llegó el momento, no fui capaz de desenredar lo que siento por Cat de mis sentimientos por Nasha y por Ocho, y Cat... supongo que ella solo necesitaba un cuerpo caliente a su lado para mantener alejados los monstruos.

Yo no puse ninguna objeción. Sé cómo se siente.

—Son casi las nueve —dice—. ¿Te esperan en algún sitio?

Es una buena pregunta, la verdad. Abro con un parpadeo la lista de turnos de hoy. Según parece, hoy me toca pasar el día en Hidroponía intentando convencer a un puñado de plantas moribundas de que saquen un par de tomates. En realidad hace como una hora que debería estar allí. Sin embargo no he recibido ningún aviso por no haberme presentado puntualmente, así que Ocho debe estar allí arrancando brotes y comprobando los niveles de pH.

Al parecer, yo trabajo los días que toca ser devorado por los gusanos y él cuando hay que cuidar plantas. Voy a tener que hablar de esto con él.

Por otra parte, da la impresión de que tengo el día libre, yo diría que por primera vez desde que aterrizamos en Niflheim. Solo tengo que asegurarme de no coincidir con Ocho en ningún sitio y de no cruzarme con nadie que pudiera haberlo visto hoy.

Mi misión sería mucho más sencilla si no viviéramos en una ensaladera puesta del revés de un kilómetro de diámetro.

—Tengo el día libre. ¿Y tú?

Cat se encoge de hombros.

—Han estado a punto de matarme dos veces en dos días. Supongo que en Seguridad te lo compensan reduciéndote el turno a la mitad. No entro hasta el mediodía.

Me despego del brazo de Cat y me incorporo con cuidado de no mover más de lo necesario la muñeca izquierda, que aún sigue hinchada. Ella gira hacia el otro lado y se levanta de la cama. Los dos todavía llevamos puesta la ropa interior, unas camisetas y unos pantalones cortos grises y anodinos, descoloridos por el sudor y el exceso de lavados. Son unas prendas tan feas que, por extraño que parezca, ver a Cat vestida con ellas da una sensación de relación íntima mucho mayor que si estuviera desnuda.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para hoy? —me pregunta.

Me froto la cara con las manos y me echo el flequillo hacia atrás mientras ella abre el armario y saca una camiseta limpia.

—Pues no lo sé. Hace tiempo que no tengo un día libre.

La verdad es que mi plan consiste en intentar pasar desapercibido en la cúpula, con la esperanza de que no me vea nadie que pueda saber que también estoy en Agricultura, alimentando tomates recién nacidos con un cuentagotas, pero eso no puedo decirlo. Cat se enfunda unos pantalones y vuelve a sentarse en la cama para ponerse las botas.

—Bueno —dice—. En este momento, mi plan es ir a comer algo. ¿Te apuntas?

Sonrío.

—Claro. ¿Invitas tú?

Me lanza una mirada por encima del hombro con los ojos entornados.

—No, no invito. Y, para que lo sepas, como vuelvas a tocar mi comida vas a tener dos manos vendadas en vez de una.

Es justo. Me visto y nos vamos.

A esta hora del día los pasillos están casi vacíos, y las pocas personas con las que nos cruzamos apenas nos prestan atención. A Cat la saludan un par de veces, pero yo parezco invisible. Mi trabajo, sobre todo desde que aterrizamos, parece haberme aislado de los demás. No sé por qué, pero incluso la gente que no me considera un monstruo sin alma prefiere no relacionarse con una persona sobre quien pesa una perpetua sentencia de muerte.

Ahora mismo eso juega a mi favor.

Nadie quiere tampoco relacionarse con alguien que apesta como si fuera un pie gigante sudoroso, así que nos detenemos un momento en la ducha química. Cat me lanza una mirada indescifrable cuando llegamos a la ducha. ¿Está preguntándome si quiero ducharme con ella? Sonrío, inclino ligeramente la cabeza y le cedo el paso con un gesto. Ella se encoge de hombros, entra en el cubículo y cierra la puerta. Cuando vuelve a salir unos minutos después, entro yo. Me desnudo, me friego el cuerpo y me seco. Vuelvo a ponerme la ropa sucia porque, aunque quisiera subir a mi cuarto, Ocho lleva puesta mi única muda limpia.

Esto me recuerda que, si bien echo de menos en mayor o menor grado un montón de cosas de Midgard, el agua caliente ocupa uno de los primeros puestos de la lista. Lo que da más rabia es que es evidente que hay una gran cantidad de agua acumulada en ventisqueros fuera de la cúpula. Sin embargo, los sistemas internos de la cúpula proceden directamente de la *Drakkar*, así que todavía racionamos el agua como si estuviéramos varados en el desierto interestelar. Y esto no cambiará hasta que comencemos a construir en el planeta, lo cual no sucederá hasta que se complete una larga lista de tareas previas, empezando por la fabricación de metal y terminando por resolver el problema con los gusanos.

Mientras tanto, la ducha química es eficaz para el aseo e imprescindible para mantener bajo control el olor corporal, pero es lo menos placentero que existe.

Al menos cuando te duchas solo.

Eso me lleva a pensar en Nasha, y en Ocho.

Pero ahora me conviene no pensar en eso.

La cafetería principal está casi vacía cuando llegamos. Solo hay una pareja, que conversa en voz baja con las cabezas pegadas, sentada a una mesa en el lado opuesto de donde se encuentra el mostrador con la comida, y un tipo de Seguridad sentado solo cerca de la entrada, dando cuenta de una montaña de

grillos fritos. El gorila saluda a Cat con la cabeza cuando pasamos a su lado y ella le responde con la mano. Yo me acerco al mostrador y le muestro mi ocular al escáner, que emite un pitido. El saldo que me queda de la ración diaria aparece en la esquina superior izquierda de mi campo visual: seiscientos kilocalorías. Se ve que Ocho ha desayunado como un rey esta mañana.

Me gustaría cabrearme con él, pero sé que no es su culpa. Los primeros días nada más salir del tanque son una verdadera mierda.

Allí estoy, con los brazos cruzados sobre mi quejumbrosa barriga, intentando decidir si voy a derrochar mi saldo con una única comida en todo el día consistente en un puñado de daditos de boniato seguido de un tazón de puré reciclado, cuando Cat se pone a mi lado y nuestros brazos se rozan.

—¿Vas a pedir algo?

Arrugo el ceño y aprieto el botón con el icono del dispensador de puré.

Cat sonríe, enseña su ocular y pide un revuelto de boniato y tomate. Empiezo a salivar, pero teniendo en cuenta el saldo que me queda en la cuenta, tanto daba que el montón de boniato al que le había echado el ojo fuera un solomillo de ternera. Hago una mueca, tomo un sorbo de mi tazón de puré y vuelvo a rellenarlo antes de darme la vuelta. Trescientas kilocalorías. Eso significa que por lo menos puedo tomarme otro tazón antes de acostarme esta noche.

—No sé cómo puedes comerte eso —dice Cat cuando la bandeja con su comida sale por una ranura situada en el otro extremo del mostrador.

La miro y abro la boca para soltarle algo borde, pero me lo pienso mejor y sacudo la cabeza.

—Como tus amigos del departamento de Agricultura no encuentren una solución, creo que pronto lo descubrirás —digo.

Cat esboza una sonrisa de suficiencia. Enfilo con mi tazón en la mano hacia una mesa situada en el centro de la cafetería. Cat me sigue.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero ahora mismo estás restregándome en la cara tu comida de ricachona.

Cat se echa a reír, pero se nota que no está segura del todo de que le hable en broma.

De hecho, no se lo digo en broma.

Pero ella no tiene la culpa de ninguno de mis problemas. Sonrío y Cat se relaja visiblemente.

—En fin. ¿Qué tal en Seguridad? ¿Hay alguna novedad desde el fiasco de las patrullas?

Cat toma un bocado de boniato, mastica y traga. Yo tuerzo el gesto y tomo un trago del tazón de puré.

—Bueno —dice con un segundo bocado en la boca—. Amundsen está bastante cabreado con todo este asunto de los gusanos. Nos ha puesto turnos de doce horas, lo cual es una auténtica putada, y todo el mundo debe llevar un acelerador lineal durante el servicio, lo cual también es un asco, porque son incómodos, pesan un montón y acabas con la espalda hecha polvo. Además, después de lo que ha pasado estos días, estamos confinados en la cúpula, así que se acabaron los paseos por la nieve. —Hace una pausa para tragar—. La verdad, no sé qué espera que hagamos con un acelerador dentro de la cúpula. ¿Sabes qué clase de daño puede causar un rayo de diez gramos que empiece a rebotar de un lado a otro?

Se queda mirando con expresión expectante. Tardo cinco segundos en darme cuenta de que no es una pregunta retórica.

—Esto... No.

—Pues uno devastador —dice Cat—. Esa clase de daño.

Ya casi me he terminado el puré y mi estómago continúa vacío.

—Pero eso es mi problema. ¿Y tú? ¿Ya se te ha ocurrido alguna idea de cómo pasar el día libre?

—Ah, bueno. No sé. Holgazanearé un poco. Me atiborraré de puré reciclado. Esperaré a qué Marshall encuentre una manera nueva de matarme. Supongo que será un día más en el paraíso.

Cat ríe. La risa de Cat no es delicada, sino la que esperarías oír de alguien que ve cómo resbalas en una placa de hielo.

—Cuéntame —dice mientras rebaña la bandeja—, ¿por qué te metiste en el negocio de los Prescindibles?

La primera idea que se me pasa por la cabeza es responderle con alguna tontería sobre el servicio y el sentido del deber, pero por alguna razón no me apetece soltarle una ristra de mentiras interesadas a Cat. Al final me encojo de hombros y le cuento la verdad.

—Quería salir de Midgard. Esta era la única manera de hacerlo.

—Ah. Te entiendo.

Asiento, inclino el tazón y vacío los posos grumosos del puré en mi boca.

—Un momento. ¿Me entiendes? ¿Qué es lo que entiendes?

—Por qué te apuntaste —responde Cat—. Eras un delincuente, ¿no? ¿Mataste a alguien o algo así?

Se repite la historia.

—No, no maté a nadie —digo.

—Mmm. ¿Entonces qué hiciste? ¿Extorsión? ¿Robo a mano armada? ¿Delitos sexuales?

—No, no y no. No soy un delincuente. ¿Crees que si lo fuera me habrían aceptado en la primera misión colonizadora en la historia de Midgard?

—¿Como Prescindible? Es posible. Durante el entrenamiento oí que hablaban de traer a alguien obligado.

—Sí, yo también lo oí. Pero eso pone en duda tu criterio para tomar decisiones, ¿no crees? Ayer invitaste a un violador asesino y extorsionista a pasar la noche en tu habitación.

Cat sonrío.

—Nunca he dicho que sea la más lista de la clase.

Paso el dedo por la pared interior del tazón para recoger los trocitos de puré que se han quedado pegados.

—¡Vaya! Te encanta esa porquería, ¿eh?

—Ya lo creo —digo frunciendo el ceño—. No hay nada mejor.

Cat rasca la bandeja para arrancar los restos quemados de boniato.

—Nunca he pensado que seas un asesino. Nunca se me pasaría por la cabeza que enviaran a alguien así en una misión colonizadora, aunque solo fuera por no echar a perder el acervo genético. Pero casi todas las personas con las que he hablado creen que nos mintieron cuando se enteraron de que habían conseguido un voluntario. Cuesta imaginarse a alguien aceptando... bueno, ya sabes, hacer lo que tú haces. Gillian estaba convencida de que eras un presidiario o algo por el estilo, y que se habían inventado el cuento de que te habías ofrecido voluntario para que no te margináramos y eso.

—Vaya, pues ha funcionado.

Cat pone los ojos en blanco.

—Venga ya. Tienes amigos. Te he visto con Gomez, y a Nasha parece caerle muy bien. Pero todavía no has respondido mi pregunta. ¿Qué tenías en la cabeza cuando firmaste el contrato para convertirte en el conejillo de Indias de una colonia cabeza de puente?

Ahora sería un buen momento para contarle los verdaderos motivos que me llevaron a la oficina de Gwen.

Sería un buen momento, pero no lo haré. Quizá un par de mentiras interesadas no sea tan mala idea.

—¿Quién sabe? A lo mejor soy un idealista. A lo mejor era la manera que encontré de aportar mi granito de arena a la Unión.

Cat vuelve a reírse, esta vez más fuerte.

—¡Guau! —exclama—. ¿Y cómo te va? —Se pone seria, mira primero su bandeja vacía y luego a mí—. De hecho, te va bastante bien, ¿no? Por lo menos mejor que a Gillian, o a Rob, o a Dugan.

No sé a dónde quiere llegar con ese comentario, pero por alguna razón un escalofrío me recorre la espalda.

—Lo que quiero decir es que tiene unas ventajas indudables no poder morir en un sitio como este, ¿no crees?

—No soy inmortal —apunto—. Me matan cada dos por tres. En eso consiste ser el Prescindible, no lo olvides.

—Y aun así, estás aquí. ¿Dónde está ahora Gillian?

No tengo una respuesta. Permanecemos callados. Cat hace una mueca y bebe un trago del puré reciclado que ha ido a buscar para complementar su desayuno. El médico afirma que todos deberíamos beber todos los días unos cuantos decilitros de puré por las vitaminas. Según parece, una dieta basada en boniato y grillos no está completamente equilibrada. Cuando se termina el puré, se reclina en la silla y la sonrisa vuelve a sus labios.

—En fin. No tiene nada que ver, pero... supongo que me gustaría darte las gracias, Mickey. Sé que anoche fue todo un poco raro, pero...

—No fue raro —digo—. Lo entiendo.

Cat desvía la mirada.

—Ya. Yo... lo necesitaba.

No sé muy bien qué decir, así que me inclino sobre la mesa y pongo una mano sobre la suya. Ella pone la otra encima de la mía y luego la retira.

—Bueno —dice Cat—, ¿y esta noche qué te toca?

Dudo antes de responder, pero no se me ocurre ninguna razón para mentir también sobre esto.

—Creo que también tengo libre la noche.

Cat vuelve a inclinarse hacia mí, apoya las manos en la mesa y se impulsa para levantarse.

—¿En serio? Ahora estás libre, ¿no? ¿Cómo es eso?

—Bueno, son comprensivos conmigo cuando acabo de salir del tanque.

—Vaya. No es broma, la lista de ventajas no para de crecer, ¿eh?

No sabría decir si sonrío o no mientras va a la papelera y tira la bandeja.

—De todas maneras —añade—, envíame un mensaje a eso de las diez si estás libre. A lo mejor podemos hacer algo divertido juntos.

Cuando Cat se va, saco la tableta e indago en la historia de los Prescindibles en las expediciones colonizadoras. Siempre he pensado que era un miembro más del equipo estándar para esta clase de misiones, pero lo

cierto es que la tecnología que los permite solo es viable desde hace unos doscientos años, e incluso en todo este tiempo muchas expediciones no contaron con ellos. Desde el punto de vista práctico parece una locura renunciar al Prescindible, porque cuando estás a media docena de años luz del lugar más cercano para reponer suministros y solo cuentas con un grupo reducido de personas adultas y un puñado de embriones que tardarán años en crecer lo suficiente para echar una mano, debería ser irresistible la capacidad de crear nuevos colonos más o menos a tu antojo.

Pero resulta ser que hay un montón de objeciones. Las religiosas son las más obvias, aunque no van conmigo. Al parecer, coger a alguien de la calle o de una cárcel y obligarlo a morir una y otra vez también plantea ciertos dilemas éticos. Conseguir un voluntario elimina algunas de esas consideraciones, evidentemente, ¿pero qué probabilidades hay de encontrar uno?

Quizá debería haber hecho estas averiguaciones antes de entregarle a Gwen mi ADN. No sé si me habrían hecho cambiar de opinión (aquella máquina de tortura tenía un gran poder de motivación), pero por lo menos habría solicitado mejores bonificaciones al firmar.

Es casi mediodía cuando concluyo mi investigación y la cafetería está empezando a llenarse. Todavía tengo el estómago vacío y oigo sus rugidos. Observar a mis compañeros colonizadores mientras llenan sus bandejas no ayuda. Consulto mi saldo con un parpadeo. Me quedan cuatrocientas cincuenta kilocalorías para lo que resta de día.

Corrijo: nos quedan cuatrocientas cincuenta kilocalorías para lo que resta de día. Si respeto el trato que tengo con Ocho, trescientas son suyas.

Es un condicional muy tentador.

¿Qué es lo peor que podría pasar si me adelanto a él y vacío el saldo de nuestra cuenta? No veo a Ocho yendo a Comandancia para presentar una queja.

Por supuesto, tampoco me veo a mí haciéndolo. Si hubiera informado de este lío hace dos días, probablemente yo habría sido el elegido para seguir vivo. Sin embargo, a estas alturas estoy seguro de que si Marshall nos descubre nos hará picadillo a los dos.

Además, esta mañana Ocho ha comentado algo sobre asesinarme mientras duermo. Seguramente debería olvidarme de estas tonterías y respetar el trato.

De todas maneras, todavía me quedan ciento cincuenta kilocalorías que puedo gastar como quiera, pero no creo que en este momento fuera capaz de

meterme entre pecho y espalda otro tazón de puré, así que decido regresar a mi cuarto. Tal vez me eche una siesta para ahorrar energía.

Cuando llego a la escalera central me aparto para dejar pasar a un hombre y una mujer de Biología que discuten en voz alta y gesticulando ostensiblemente. Ya he subido dos escalones cuando el hombre con el que acabo de cruzarme dice:

—¿Eres tú, Barnes?

Me doy la vuelta y hurgo en mi memoria. ¿Cómo se llamaba? ¿Ryan? ¿Bryan?

—Hola. ¿Qué sucede?

—Tu turno no ha terminado aún —dice el hombre—. ¿A dónde vas?

Oh, vaya.

—Necesito una cosa de mi habitación. Tardaré cinco minutos.

El hombre frunce el ceño.

—Que sean tres. Tenemos un fago nuevo que habría que probar en los tomates esta tarde. Podría ser peligroso. Te necesitarán para que eches una mano en su aplicación.

—Claro. Allí estaré.

La pareja reanuda su discusión. Yo dudo antes de darme la vuelta y continuar por la escalera, esta vez subiendo los escalones de dos en dos.

Después de eso, el plan de la siesta es una pifia. Cuando llego a mi habitación el corazón me aporrea el pecho y tardo casi una hora en tranquilizarme lo suficiente para poder dormir. Cuando por fin lo hago vuelvo a tener el sueño de la oruga, pero esta vez es una pesadilla normal, y en vez de hablarme, el monstruo me persigue por un bosque con unas mandíbulas y unas patas gigantes. El bosque no tarda en desaparecer y vuelvo a encontrarme en los túneles, corriendo a ciegas y tropezando con las piedras sueltas que hay en el suelo, perseguido por el ruido cada vez más cercano de un millar de piececitos.

Me despierta el ruido de la cerradura. Es Ocho, que vuelve después de una jornada jugando a los granjeros.

—Hola —digo después de sacarme la pesadilla de la cabeza y de que mi corazón recupere un ritmo normal—. ¿Qué tal los tomates?

Ocho niega con la cabeza.

—¿Sinceramente? Bastante mal. La mayoría de las plantas están muriéndose, y las que están sanas dan unos tomates que parecen pasas grandes. Martin cree que hay algo en el aire, un microorganismo, tal vez, o algún tipo de oligogás, que interfiere de alguna manera en la fotosíntesis. Pero

no tiene candidatos con nombre y apellidos, así que ahora mismo solo son especulaciones. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que nuestros tomates están enfermos. —Se quita la camisa y se limpia el sudor de la frente con ella—. Pero te juro que aun así he tenido que hacer un gran esfuerzo para no metérmelos en la boca.

—Ya. Te entiendo. Gracias por refrenarte. Si nos vuelven a sancionar reduciéndonos la ración diaria, ya sí que nos morimos de hambre.

Ocho ríe, pero es evidente que no le hace ni pizca de gracia.

—Estoy seguro de que eso va a pasar de todas maneras, colega. Esta mañana he gastado dos tercios de mi parte en el desayuno, y ahora tengo tanta hambre que me comería mi propio brazo. —Se deja caer en la cama—. Hazme un sitio, anda.

Se quita las botas y se tumba suspirando.

—Por cierto —añade—. ¿Has estado pasando el rato con Cat Chen?

Oh, vaya.

—Sí, más o menos. ¿Por qué?

—Por nada. Me he cruzado con ella cuando venía hacia aquí, cerca de la esclusa principal, y me ha dicho que no olvide escribirle. —Gira la cabeza para mirarme—. No estaremos poniéndole los cuernos a Nasha, ¿eh? Porque, si es así, te lo digo ahora, me parece que es una idea terrible.

—No le estamos poniendo los cuernos —digo, y hablando en sentido estricto es verdad—. Créeme, tengo tanto interés como tú en seguir de una pieza.

—Bien. Me alegra oírte decir eso. Además, dejando a un lado a Nasha, Chen parecía un poco desconcertada, la verdad. Me dijo que mi mano tenía buen aspecto y me miró con cara de no entender nada cuando le dije que no sabía de qué me hablaba.

La venda de Ocho cuelga del respaldo de la silla de nuestro escritorio.

—Oh —exclama de pronto—. Ya, vale. Eso. Lo siento.



«Lo siento».

De nuevo, gracias, capullo.

Si no eres miembro de la Iglesia Natalista ni estudias la historia de la Unión, seguramente estarás haciéndote las siguientes preguntas: ¿Por qué me altera tanto todo esto? ¿Qué problema hay con los múltiples? Es decir, en principio, la idea de crear simultáneamente un montón de copias del Prescindible parece buena desde el punto de vista práctico, ¿no? Por ejemplo, ¿qué pasa si surge la necesidad de llevar a cabo una misión suicida que requiere dos personas? ¿Quién querría arriesgar la vida de una persona, digamos, normal?

Para comprender la reacción visceral que provoca el concepto de los múltiples en la mayoría de los ciudadanos hay que conocer la figura de Alan Manikova y saber, aunque sea de pasada, lo que hizo con Gault.

Solo hace unos doscientos años que disponemos de los Prescindibles, pero lo cierto es que la bioimpresora se inventó mucho antes, antes incluso del lanzamiento de la *Ching Shih*. Sin embargo, hasta que apareció Manikova fue poco más que una curiosidad. El sistema que tenían entonces era capaz de escanear un cuerpo, almacenar el patrón y recrearlo a nivel celular bajo demanda. Eso es exactamente lo que hace la bioimpresora de la que yo salgo cada vez que Marshall hace que me maten. Con el paso del tiempo, los investigadores lograron reproducir las conexiones sinápticas, una cosa que los sistemas modernos no se molestan en hacer. La teoría imperante entonces defendía que debería bastar con reproducir fielmente el comportamiento, de manera que despreciaban la conciencia. Sin embargo, repetidos experimentos,

primero con animales y posteriormente incluso con seres humanos, demostraron los errores de esa teoría. Las criaturas que salían de las bioimpresoras eran unos cuerpos vacíos, una *tabula rasa* con menos conciencia y motricidad que un recién nacido. Como cobayas para experimentos médicos servían si pasabas por alto los dilemas éticos, pero no eran ni mucho menos el camino hacia la inmortalidad.

Siendo justos hay que decir que aquellas primeras bioimpresoras no eran completamente inútiles. La gente las utilizaba de vez en cuando para recuperar bebés que habían muerto al nacer o poco después, pero ni siquiera en esos casos el resultado era el deseado. Los bebés que salían del tanque respiraban y su corazón latía, pero no sabían mamar, ni tragar, ni llorar. En ocasiones, con un cuidado intensivo, salían adelante. Pero lo más habitual era que los padres acabaran enterrando otro bebé solo unos días o semanas después de haber dado sepultura al primero.

Entonces apareció Manikova.

Alan Manikova nació como hijo único en el seno de una dinastía política de Edén fabulosamente rica. Si hubiera querido (respóndeme con sinceridad: ¿tú no lo habrías hecho?), podría haber acabado su vida con la misma condición. La mayoría de la gente en su posición se habría tomado el colegio como un juego, tal vez habría aceptado o no un puesto intermedio en el gobierno y, en cualquier caso, habría disfrutado de una vida de abundancia y felicidad.

Sin embargo, Alan Manikova no estaba en esa mayoría de personas. Era el genio que marcaba una época. Tenía una mente tan activa e inquieta que a los veinticinco años había obtenido tres doctorados en materias que aparentemente no guardaban relación alguna.

También era un sociópata. Este aspecto de su personalidad cobrará importancia cuando avancemos un poco en su historia.

Más o menos coincidiendo con el momento en el que Manikova se cansó de coleccionar títulos universitarios, sus padres murieron de manera repentina, por causas inexplicadas, con una diferencia de días. Seis meses después, tras los intentos infructuosos de las autoridades locales de relacionar a Manikova con las muertes, este se convirtió en una de las diez personas más ricas de la Unión. Al cabo de un año, Manikova había invertido hasta el último céntimo de su herencia en una aventura empresarial a la que llamó Eternidad Universal.

La prensa popular de Edén de la época calificó Eternidad Universal de despilfarro o la acusó de ser un medio para evadir impuestos. Sin embargo,

Manikova no la creó con esos fines. Si su idea hubiera sido utilizarla como una especie de chiringuito financiero, podría haberla dejado como una empresa sin actividad real. Pero nada más lejos de la realidad. Eternidad Universal construyó un impresionante complejo para la investigación a doscientos kilómetros de la ciudad más cercana y contrató una cantidad ingente de ingenieros y científicos. Y entonces...

Bueno, y entonces no pasó nada. La gente entraba y salía del complejo, pero nadie soltaba prenda de lo que sucedía dentro. Se especulaba con que la empresa se dedicaba a la investigación del envejecimiento, o tal vez a la conservación mediante criogenia, pero nunca aparecieron pruebas que respaldaran una u otra teoría. Pasado un año, la prensa se aburrió del asunto y la gente dejó de prestar atención a lo que Manikova pudiera estar haciendo en Eternidad Universal.

Cinco años después, Manikova apareció en un programa de televisión para anunciar que por fin había descubierto el secreto para almacenar y replicar una mente humana.

De nuevo podemos apreciar lo que diferenciaba a Alan Manikova del resto de los mortales. El valor de las acciones de Eternidad Universal se disparó inmediatamente después de que realizara una primera demostración, en la que generó una réplica de la directora de Recursos Humanos de su empresa y le pidió que dijera unas palabras a los dignatarios reunidos, tras lo cual la tranquilizó y volvió a reducirla a una especie de puré. Como consecuencia de ello, Manikova dejó de ser una de las diez personas más ricas de la Unión para convertirse, con mucha diferencia, en la más rica de todas, y en la opinión pública de Edén cambió el papel de siniestro presunto parricida por el de siniestro genio y celebridad... Probablemente el mayor genio que había producido la humanidad. Alcanzado ese estatus, la mayoría de la gente habría adquirido un palacio, se habría casado una o dos veces con una mujer florero y habría pasado el resto de su vida disfrutando de las bien merecidas adulaciones.

Pero, una vez más, Manikova no hizo nada de eso. En cambio, liquidó todos sus activos, incluida Eternidad Universal. En las transacciones se movió tanto dinero en metálico e intervinieron tantas sociedades instrumentales que Manikova es uno de los pocos personajes históricos a quienes se les puede atribuir la capacidad de provocar él solito una recesión económica planetaria. Un año después salió de la órbita de Edén como único tripulante de un vehículo interestelar construido expresamente para él, lleno a reborar de equipos técnicos y víveres y con el mismo prototipo de la unidad de

replicación que había utilizado para su demostración. No le contó a nadie a dónde se dirigía. Se conjeturó que se había propuesto ser la primera persona en cruzar el plano galáctico, y para conseguirlo se replicaría tantas veces como fuera necesario hasta que terminara el viaje.

Habría sido mejor para todos que esas especulaciones se hubieran confirmado, pero la realidad fue que su destino era una colonia cabeza de puente que se había asentado a unos siete años luz en dirección antirrotatoria de Edén y cuyos fundadores habían bautizado con el nombre de Gault.

Gault ya era un lugar interesante antes de que Manikova apareciera allí. A diferencia de casi todas las otras colonias que habían prosperado en la historia de la Unión, la expedición que la fundó no contaba con el respaldo del gobierno planetario de Edén. Había sido fundada por un grupo privado compuesto casi exclusivamente por gente asquerosamente rica, descontenta por el hecho de que Edén, como Midgard y la mayoría de los demás planetas de la Unión, cobrara impuestos a los propietarios de los sistemas automatizados que producían casi todo con el fin de garantizar que los ciudadanos que no poseían esos sistemas no se murieran de hambre en las calles.

El principio fundacional de Gault era «libertad total y autosuficiencia», lo que en la práctica se traducía en que ninguno de los ciento veinte colonos que hollaron el planeta tenía el menor interés en contribuir a nada que oliera mínimamente a bien común. Inmediatamente se dividieron en una veintena de grupos familiares, fundaron sus propios feudos y trataron de salir adelante por su cuenta. Al principio disfrutaron de la abundancia de recursos. Además, Gault era, dentro de lo que cabe, un lugar bastante hospitalario, así que la mayor parte de las familias se asentaron con éxito. Sin embargo, las que encontraron dificultades no recibieron la ayuda de sus vecinos. Al parecer, la respuesta de la Libertad Total al grito: «¡Socorro! ¡Me muero!» es: «Bueno, tendrías que haber venido mejor equipado».

Como resultado de ello, cuando Manikova llegó encontró una sociedad fragmentada formada por unas diez mil personas, la mayoría de las cuales se había asentado relativamente bien en el nuevo planeta y no corría el riesgo de morir de hambre a corto plazo. Sin embargo, a ninguna de ellas le iba especialmente bien. Al principio, Manikova fue recibido como un salvador. Llevaba un montón de cosas con él, muchas de las cuales todavía ninguno de los colonos había sido capaz de producir por sí mismo. Manikova hizo buenas migas con uno de los clanes más pequeños y les regaló comida, semillas y algo de la tecnología más avanzada que se había desarrollado en Edén en los

doscientos años que habían pasado desde que abandonaran la metrópoli. A cambio, la familia le cedió un lugar para vivir y una base de operaciones.

Una vez asentado en su nuevo hogar, Manikova se puso a crear obsesivamente más Alans Manikova.

Como Marshall ha puesto de relieve más de una vez, crear un ser humano de la nada requiere muchos recursos. Sobre todo se necesita una gran cantidad de calcio y de proteínas, pero la lista de ingredientes es muy extensa. Se puede llenar la tolva con elementos básicos, pero se precisa un montón de trigo, de carne de ternera y de naranjas para obtener un resultado satisfactorio. Además, el proceso genera una cantidad tremenda de residuos, lo cual supone un problema si no estás interesado en procesarlos para dárselos de comer a una colonia que está muriéndose de hambre.

La fuente de materia prima ideal, obviamente, es un cuerpo humano preexistente.

Nueve meses le duró a Manikova la materia prima que había llevado consigo a Gault. Para entonces ya andaban sueltas casi un centenar de réplicas suyas y había construido dos nuevas unidades de replicación. Pasaron otros dos meses hasta que alguien por fin se dio cuenta de que estaba desapareciendo gente. Manikova había empezado su proyecto raptando a indigentes y personas solitarias, de las que, dadas las características de la colonia, había en abundancia en Gault, pero llegó un momento en el que también se agotaron y tuvo que empezar a recurrir a gente que tenía familia o amigos que notaban su ausencia. Las sospechas, como suele ocurrir, recayeron en el recién llegado a la ciudad. El clan que lo había acogido envió sus fuerzas de seguridad a buscarlo para un primer interrogatorio amistoso.

Fue entonces cuando descubrieron que, si bien Manikova había sido generoso con las semillas y las fruslerías, no había compartido con nadie la sofisticada tecnología militar que también había traído.

En un planeta más sensato (ni siquiera sería necesario que fuera uno con un gobierno unificado, bastaría con que sus políticos se dirigieran la palabra de vez en cuando), se le habrían parado los pies a Manikova. Cuando quedó claro en qué andaba metido, todavía había veinte habitantes de Gault por cada Alan. Pero Gault, por desgracia, no era un planeta sensato. Manikova echó a todos los miembros de la familia que lo había acogido a la tolva y los transformó en réplicas de sí mismo, les dio armas y lanzó un ataque a su vecino más próximo. Aún pasó un año hasta que los clanes supervivientes plantearon la posibilidad de dar una respuesta conjunta a los ataques de Manikova. Para entonces, la mayoría de la población del planeta estaba

compuesta por copias de Alan Manikova. Los últimos clanes finalmente se unieron, pero ya fue tarde. Su único logro realmente importante fue el envío de un postrero mensaje desesperado a Edén, en el que describían lo que les había sucedido y les suplicaban ayuda.

Por supuesto, la ayuda no llegó de manera inmediata. El mensaje tardó siete años en llegar a Edén y, una vez que lo hizo, las autoridades deliberaron durante dos años si debían intervenir. Los fundadores de Gault no contaban con la simpatía de Edén cuando se marcharon, y durante los siguientes años su reputación no había mejorado. El sentimiento popular se inclinaba mayoritariamente por «no es nuestro problema» y «se lo tienen merecido». Al final, sin embargo, el parlamento de Edén llegó a la conclusión de que Manikova podría llegar a representar una amenaza para el resto de los planetas, de manera que había que ocuparse del problema.

Ese fue el origen de la primera y, hasta la fecha, única expedición militar interestelar de la Unión.

Se meditó mucho sobre cómo debía llevarse a cabo exactamente una misión de invasión a siete años luz de distancia. La idea de enviar fuerzas terrestres era obviamente absurda. Edén era un planeta inmensamente rico, pero la inversión que requerirían la construcción y el combustible de algo parecido a una nave colonizadora lo habría dejado al borde de la bancarrota. Evidentemente, no era necesario transportar equipos para la terraformación ni fetos, pero el material militar también es muy pesado. Al final optaron por enviar una nave colonizadora con elementos de blindaje a la que llamaron *Justicia de Edén*. La nave partió del sistema de Edén cuatro años después de que llegara el mensaje de Gault, con una tripulación formada por doscientas personas, media docena de bombarderos orbitales y una cantidad ingente de bombas nucleares. El plan era que la nave se instalara en la órbita de Gault, se pusiera en contacto con Manikova, averiguara cuáles eran sus intenciones con respecto al resto de la Unión en general y a Edén en particular, y, en el caso de que fuera necesario, arrasar el planeta.

Seguramente ya has detectado los defectos del plan.

En primer lugar, cuando la nave de Edén llegó a Gault, Manikova había tenido casi dieciocho años para consolidar su dominio sobre el sistema, crear más copias de sí mismo y atrincherarse.

En segundo lugar, pasar desapercibida no era una opción para la *Justicia de Edén*. El resplandor de una nave espacial al desacelerar es visible desde una distancia de un año luz, y no hay manera de ocultarlo.

En tercer lugar, y seguramente esto sea lo más importante, Alan Manikova no era de esa clase de personas que se quedan esperando a que la guerra vaya a ellas.

Todos estos factores fueron decisivos para que la batalla de Gault durara alrededor de doce segundos. La *Justicia de Edén* aún estaba desacelerando, cegada por su propio resplandor, cuando cerca de una docena de misiles con cabezas nucleares impactaron en ella procedentes de una base que Manikova había construido en la segunda luna de Gault. La comandante de la nave ni siquiera tuvo tiempo de disparar unos misiles de represalia.

Para desgracia de Alan Manikova, pero probablemente para suerte del resto de la Unión, Edén no era el único planeta que había recibido el último mensaje de Gault. También lo había hecho el vecino más próximo de Gault, una colonia de segunda generación mucho más joven y pobre llamada Lejos de casa, cuyo gobierno se alarmó mucho más que el de Edén al conocer el contenido del mensaje. Sin embargo, ellos no tenían la ambición ni los recursos para montar una expedición como la que Edén había enviado.

Por lo tanto, su respuesta fue mucho más sencilla, más directa e infinitamente más barata. La llamaron *La bala*.

El factor crítico de los viajes estelares es el siguiente: la energía cinética es igual al producto de la masa de un objeto por su velocidad al cuadrado. Eso hace que el proceso sea tremendamente caro. También lo hace muy peligroso. Su propio resplandor al desacelerar traicionó a la *Justicia de Edén*. *La bala* evitó ese problema renunciando a la desaceleración. Cuando un objeto se mueve a una velocidad de  $0,97 c$ , como lo hacía *La bala* cuando impactó en Gault tres meses después de la destrucción de la *Justicia de Edén*, no necesita tener un gran tamaño para resquebrajar el planeta como si fuera la cáscara de un huevo. Y lo mejor de todo es que no hay manera de defenderse de un misil relativista, ni siquiera de enterarse de que está en camino, porque las ondas luminosas que anuncian su llegada alcanzan su objetivo apenas una fracción de segundo antes. *La bala* liberó en el ecosistema de Gault la energía equivalente a doscientas mil bombas nucleares en un lapso de un picosegundo.

No te recuperas de una cosa así.

Como demuestra el hecho de que estemos esforzándonos tanto para salir adelante en Niflheim, no hay tantos planetas habitables esperándonos ahí fuera. Convertir uno de ellos en una bola de escoria líquida está ampliamente considerado el mayor crimen en la historia de la Unión.

Nadie reprocha a Lejos de casa lo que hicieron. La culpa fue de Manikova. Y desde entonces, en la mayor parte de los lugares de la Unión es mejor que la gente piense de ti que eres un secuestrador de niños o un coleccionista de cabezas humanas que un múltiple.



Son las diez de la noche. No escribo a Cat. ¿Sabe lo que Ocho y yo nos traemos entre manos? No estoy seguro, pero no hay duda de que después de toparse con Ocho esta tarde sabe que pasa algo, y por alguna razón no creo que sea de la clase de personas que dejan que las abominaciones se salgan con la suya. Empiezo a convencerme de que lo mejor que puedo hacer para no acabar convertido en puré de proteínas es evitar a Cat en la medida de lo posible y aferrarme a la esperanza de que los gusanos se la coman más pronto que tarde.

El plan se frustra pronto. Cat me envía un mensaje a las 22.02.

**<CChen0197>**: ¿Al final tienes libre?

—No servirá de nada evitarla —dice Ocho—. ¿Vas a contestarle?

Me vuelvo para mirarlo. Está estirado en la cama con las manos detrás de la cabeza. Yo estoy sentado en la silla giratoria, con los pies apoyados en la mesa. He estado leyendo sobre otro desastre colonial, una expedición cabeza de puente que se fue a pique por culpa de las insurrecciones y las guerras civiles antes incluso de tener un nombre, pero la narración no me ha atrapado en ningún momento.

—Sí. Supongo que no me queda más remedio.

**<Mickey8>**: Hola, Cat. Estaba poniéndome al día con algunas cosas, pero, sí, estoy libre.

Cuanto más me veo etiquetado como Mickey8 más raro me siento. Imagino que el presentimiento que me inspira ese ocho al final de mi nombre podría compararse con el que inspiraría a una persona normal ver su nombre grabado en una lápida.

<CChen0197>: Genial. Tenemos que hablar.

<Mickey8>: ¿Quedamos en tu habitación?

<CChen0197>: ...

<CChen0197>: Mejor no, Mickey. ¿Por qué no quedamos en el gimnasio? ¿Dentro de diez minutos?

<Mickey8>: Mmm... Claro. Hasta ahora.

—¿El gimnasio? ¿Y eso? —pregunta Ocho.

Me encojo de hombros.

—En serio, Siete, ¿quién hace ejercicio físico durante una hambruna?

—Hay una explicación —digo—. Anoche me encontré con ella allí cuando evité volver aquí por si acaso todavía estabas con Nasha.

—Aún estaba con ella, solo para tu información.

Lo fulmino con la mirada. Él cruza las piernas a la altura de los tobillos y sonrío.

—De todas maneras, ten cuidado. Noto algo raro en ella.

—¿Por qué te preocupas tanto? Si me mata, la ración diaria será toda para ti, ¿no?

Su sonrisa se ensancha.

—Buena observación. Oye, ¿qué vas a hacer con esa mano?

Bajo la mirada. La hinchazón ya casi ha desaparecido, pero todavía la llevo vendada.

—Ni idea. ¿Me quito la venda?

—Yo no lo haría. Aún está un poco morada. ¿Por qué no...? Yo qué sé...

Métela en el bolsillo y no la saques.

Niego con la cabeza.

—Ni hablar. Me duele solo de pensarlo. ¿Por qué no vas tú en mi lugar?

—No —responde Ocho—. De eso nada. Vosotros dos compartís algo. ¿Y si quiere hablar sobre lo que pasó entre vosotros anoche?

Ya es mala suerte, pero tiene razón.

—En cualquier caso —añade—, yo he trabajado hoy y estoy cansado. Pásalo bien.

Ocho cierra los ojos. Abro la boca para contestarle, pero no se me ocurre nada que decir, así que me pongo en pie y me marchó.

Llega un mensaje a mi ocular cuando estoy a mitad de camino del gimnasio.

**<Mickey8>**: ¿Er chi\*\*?

¿Qué demonios pasa?

**<Mickey8>**: ¿Ocho?

**<Mickey8>**: ¿Qué?

**<Mickey8>**: ¿Co m...ren?

**<Mickey8>**: ¿Qué demonios pasa, Siete?

**<Mickey8>**: Vuelve a dormirte, Ocho. No tengo tiempo para esto.

**<Mickey8>**: ¿Mol\*\*an inv?

Paso de todo y cierro la ventana de conversación.

—Hola —dice Cat—. ¿Por qué no me has escrito?

Está sentada en una de las cintas de correr, pero esta vez no va vestida para hacer ejercicio.

—Iba a hacerlo —miento—. Te adelantaste.

Cat se encoge de hombros.

—Bueno, da igual. Siéntate. —Da unas palmadas a la cinta de correr que tiene al lado.

Dudo, hasta que me digo que si tiene pensado matarme no necesita engatusarme para que me siente en una cinta de correr para hacerlo, así que me siento.

—Bueno —digo—. Esto... ¿Vamos a correr un poco?

Me mira durante lo que me parece una eternidad.

—No —responde finalmente—, no vamos a correr. Estamos en el gimnasio porque quería hablar en privado contigo, y este es el último lugar al que alguien de esta colonia que no sea yo vendría de manera voluntaria.

—Podríamos haber quedado en tu cuarto.

Cat mira a otro lado.

—No me parece buena idea. Al menos hasta que aclaremos algunas cosas. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

Vuelve a mirarme largamente.

—¿Cómo está tu mano, Mickey?

Suspiro.

—Mejor. Gracias por preguntar.

Cat asiente con la cabeza.

—Esta tarde estaba mucho mejor.

No hay razón para alargar esto.

—Bueno, cuéntame por qué estamos aquí.

—Está bien. Pongamos las cartas sobre la mesa. Sois dos, Mickey. Contigo desayuné esta mañana. Tú dormiste anoche en mi cama. Tú tienes la mano lesionada y tú has tenido el día libre hoy. El otro, con el que me crucé en el pasillo hace unas horas, tiene la mano bien y ha pasado el día ocupado con los tomates. No sé el cómo ni el porqué, pero eres un múltiple.

Y yo sabía que ella lo sabía, pero eso no evita que se me haga un nudo el estómago. Y todavía noto cómo me palpita el corazón en la garganta.

—¿Has hablado con Comandancia?

Pone cara de ofendida.

—¿Me lo estás preguntando en serio? No hace ni dos días que me salvaste la vida, y yo te la salvé a ti ayer. ¡Pero si has dormido en mi cama, Mickey! ¿De verdad piensas que después de todo eso iba a delatarte sin hablar primero contigo?

Cierro los ojos y el nudo que tengo en el estómago se afloja ligeramente.

—No me interpretes mal —continúa Cat—. Lo que estás haciendo me parece fatal. Por cierto, ¿cómo has convencido a Biología para que cree un múltiple? Todas las personas que hayan participado en esto han cometido un delito capital.

Niego con la cabeza.

—Yo no he convencido a nadie para que haga nada. Conozco la ley y no tengo ningún interés en acabar convertido en puré. Ha sido un error.

—¿Un error? —Cat arquea una ceja—. ¿Algo así como que alguien tropezó, cayó encima de la bioimpresora y tú saliste por el otro lado?

—Sí, algo así.

Cat abre la boca, pero le entra la duda y niega con la cabeza.

—¿Sabes qué? No quiero saberlo. Si esta mierda acaba estallándote en la cara, yo no quiero tener nada que ver. Esa es otra razón por la que no quería que nos viéramos en mi habitación. Pero, te lo advierto, antes o después alguien que sí quiera saberlo se olerá que pasa algo raro contigo, y entonces más vale que tengas preparada una historia mejor que «ha sido un error».

—Sí, tienes razón.

Permanecemos en silencio un rato. Me gustaría preguntarle por qué ha querido que quedemos. No tengo la impresión de que pretenda matarme y

todavía no ha insinuado nada sobre un chantaje. La única otra opción que se me ocurre es que quiera que lo retomemos desde donde lo dejamos esta mañana, pero «lo que estás haciendo me parece fatal» también parece descartarla. Justo cuando estoy pensando que lo mejor será desearle buenas noches y volver a mi cuarto, me pregunta:

—¿Crees que eres inmortal?

Me pilla desprevenido.

—¿Perdona?

—¿Crees que eres inmortal? ¿Cuántas veces has muerto? ¿Siete?

—Seis. Solo seis hasta ahora. Esa es básicamente la raíz del problema.

—Da igual. ¿Eres la misma persona que subió a bordo del transbordador que te sacó de Midgard?

Tengo que pensar antes de responder.

—Bueno —digo finalmente—. Es evidente que este cuerpo no es el mismo.

—Ya, pero no es eso lo que te pregunto.

—Sí, lo sé. Pues, sí, recuerdo ser el Mickey Barnes de Midgard. Recuerdo la casa en la que crecí. Recuerdo su primer beso. Recuerdo la última vez que vio a su madre. Recuerdo que firmó el contrato para esta estúpida expedición. Recuerdo todas esas cosas como si me hubieran pasado a mí y no a otra persona. Pero ¿eso significa que yo soy Mickey Barnes? —Me encojo de hombros—. ¿Quién lo sabe?

Cat está mirándome fijamente, con los ojos entrecerrados, y vuelvo a sentir ese escalofrío que esta mañana me recorría la nuca.

—He mirado eso de la nave de Teseo. Lo describiste fatal.

—Ya, lo sé. Es una de esas cosas que aprendí durante el entrenamiento que creía que nunca olvidaría, pero cuando empecé a hablar me di cuenta de que en realidad no recordaba nada.

—Me sorprende, porque la analogía con tu vida es extraordinaria. Esperaba que la historia se te hubiera quedado grabada.

—Lo siento —digo encogiéndome de hombros.

—¿No te parece que es un razonamiento sin fisuras?

Comienzo una respuesta, pero entonces niego con la cabeza y vuelvo a empezar:

—Estoy hecho un lío, Cat. ¿A dónde quieres llegar con esto?

—Quiero saber si eres Mickey Barnes, o solo un tío que se pasea por el mundo con su ropa.

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Sé lo que Jemma me contó en la estación Himmel, y sé que siento que soy la misma persona que era en Midgard, pero... no lo sé. Esa es la otra cara de la moneda del argumento, ¿no? El hecho de que no cambie absolutamente nada que sea o no la misma persona significa que no tengo manera de saberlo a ciencia cierta. Es una pregunta sin respuesta.

—Aun así —insiste Cat—, no sabes que no eres él, ¿no es así?

—Supongo que no.

Cat no dice nada. Nos quedamos callados un rato. Cuando voy a preguntarle si ya hemos terminado, ella dice:

—¿Sabes? He estado pensando mucho estos últimos dos días.

—Mmm. Vale. ¿En qué?

—En la muerte. He estado pensando en mi muerte. Solo tengo treinta y cuatro años. No debería pensar en mi muerte hasta dentro de otros cincuenta, pero ya ves.

Las colonias cabeza de puente son unos lugares peligrosos. Me pregunto si hicieron tanto hincapié en eso durante su etapa de entrenamiento como en la mía. Sin embargo, no tengo la oportunidad de preguntárselo porque, según parece, ya ha oído todo lo que necesitaba saber. Se pone en pie y me ofrece la mano para ayudarme a levantarme.

—Mira, Mickey, me gustas.

—Gracias. A mí también me gustas tú.

—Creo que eres un buen tipo. Si no fuera por esto de los múltiples...

Si no fuera por esto, ayer habría pasado la noche con Nasha en vez de con ella, pero probablemente ahora no sea un buen momento para decir eso. Estoy intentando pensar algo que pueda decir cuando ella se pone de puntillas y me besa en la mejilla. Retrocede, esboza media sonrisa y abre la puerta.

—Saluda de mi parte al otro, ¿vale?

La observo, ligeramente boquiabierto, hasta que desaparece al otro lado de la puerta.

Cuando vuelvo a mi cuarto me encuentro la puerta cerrada con llave. Muestro mi ocular, espero a oír el clic de la cerradura y empujo la puerta. Dentro está oscuro, pero la luz que entra del pasillo me permite distinguir dos cuerpos acostados en mi cama.

Dos personas desnudas.

Una de ellas es Ocho. La otra es Nasha.

Me quedo paralizado. No tengo ni idea de lo que debería sentir en este momento. ¿Celos? ¿Ira?

¿Un terror abyecto?

—Entra —dice Ocho—. Cierra la puerta.

—Pero... —balbuceo—. Joder, Ocho, ¿qué haces? Joder, ¿qué es esto?

—Lo siento —se disculpa—. Pensaba que esta noche también te quedarías con Chen. Eso o que estarías muerto.

Nasha se incorpora con un codo apoyado en la cama.

—¿Te has acostado con otra?

—No —digo—. O sea, sí. He dormido en su habitación, pero no hemos...

—Oh —exclama Nasha—. ¿Solo habéis dormido abrazaditos?

Abro la boca para protestar, pero entonces me doy cuenta de que Nasha está riéndose de mí.

—Perdona, pero tú te has acostado con Ocho.

—¿Ocho? ¿Así os llamáis el uno al otro? ¿Siete y Ocho?

—Sí —dice Ocho—. ¿Se te ocurre algo mejor?

—No —responde Nasha—. Me parece encantador.

—Ocho —digo.

—Siete —dice él—. Cierra la puerta.

La cierro. Está tan oscuro que mi ocular activa los infrarrojos. Ocho aparece en mi visión como una mancha de un pálido color naranja. Nasha, de un brillante color rojo. Me dejo caer en la silla del escritorio y sepulto la cara en las manos.

—¿Qué tal ha ido con Chen? —pregunta Ocho.

Levanto la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué más da Chen? ¿Qué estás haciendo aquí, Ocho?

—¿En serio me lo preguntas? Creía que era bastante obvio.

—¡No! —espeto—. Lo que quiero decir es... ¡Vete a la mierda! ¡Ya sabes lo que quiero decir!

—Yo te diré lo que está haciendo Ocho —interviene Nasha—. Está robándote a tu mujer. ¿Qué vas a hacer tú al respecto?

—Ocho —digo—, ya lo habíamos hablado. ¿Por qué no me has consultado antes de meter a Nasha en esto?

—Oh, tranquilízate —dice Nasha—. Sois unos pervertidos, pero no voy a entregaros a Comandancia.

—No somos unos pervertidos —protesto—. Ha sido un accidente.

—Le he contado lo que ha pasado —dice Ocho—. Solo está tomándote el pelo. Pero te lo pregunto en serio, ¿cómo ha ido con Chen? ¿Ha intentado

matarte?

—¿Chen? —inquire Nasha—. ¿Cat Chen, de Seguridad?

—Sí —digo—. Ayer la amenazaste con destriparla como a un pez, ¿te acuerdas?

—Solo si te tocaba. ¿Te ha tocado, Mickey?

—No... Es decir, sí, más o menos, pero no busca eso, creo, sobre todo ahora. Parecía bastante contrariada con todo esto de los múltiples.

—No me sorprende —dice Nasha—. Todos los de Seguridad tienen un palo metido en el culo.

—Rebobina —dice Ocho—. ¿Lo sabe?

—Sí, lo sabe. El milagro de la mano que se cura y vuelve a lesionarse le hizo sospechar. Además, según parece, le dijiste que hoy habías estado en Agricultura, cuando yo le había dicho que tenía el día libre.

—Mmm —murmura Ocho—. Esto no me gusta. ¿Qué crees que va a hacer?

Suspiro.

—Sinceramente, no tengo ni idea. No me ha dicho que vaya a delatarnos, así que supongo que eso es bueno. Aunque tampoco ha dicho que no vaya a hacerlo, así que supongo que eso no es tan bueno.

—¿Te has planteado la posibilidad de cargártela? —suelta Nasha—. Podrías dejarla fuera de la esclusa y decir que un gusano se la comió. Problema resuelto, ¿no?

Ocho ríe disimuladamente.

—No era Chen la que, según todas las previsiones, iba a morir esta noche.

—Eso es verdad —digo—, pero no sé de qué te ríes. Si yo acabo en el pozo de los cadáveres, tú me acompañarás. ¿Lo has olvidado?

—Nadie va a acabar en el pozo de los cadáveres —dice Nasha—. Chen no va a delataros.

—¿De verdad lo piensas? —le pregunto—. ¿Por qué no lo haría?

O sea, yo también creo que no va a chivarse, pero imagino que las razones que tiene Nasha para pensar así no tienen nada que ver con las mías.

—Porque le asustan las represalias.

—¿Las represalias? —pregunta Ocho.

—Es decir, le asusto yo —asevera Nasha—. Yo soy las represalias.

No le falta razón, la verdad. A mí no me gustaría tenerla como enemiga.

Por supuesto, tampoco me gustaría tener como enemiga a Cat. Los gorilas de Seguridad dan miedo.

—Escuchad, todo va a salir bien —nos asegura Nasha—. Solo tenéis que intentar pasar desapercibidos hasta que uno de los dos la palme en alguna estúpida misión suicida. Entonces registraremos al que quede como Mickey9 y todos viviremos felices y comeremos perdices.

—Bueno, casi todos —puntualiza Ocho.

—Correcto —dice Nasha—, casi todos.

—No sé —digo—. Solo hace dos días que Ocho salió del tanque y ya hay dos personas que lo saben. A este ritmo, toda la colonia se habrá enterado en menos de dos semanas. Dudo que pueda morir antes de que eso ocurra.

Nasha se echa a reír.

—¿Sabes una cosa, Mickey? Piensas demasiado. Quítate esa ropa y ven a la cama. Tienes demasiada sangre acumulada en el cerebro, tienes que sacarla de ahí un rato.

Me la quedo mirando.

—Vamos, Siete —me anima Ocho—. ¿No somos ya unos pervertidos? Y con represalias o no, yo no estoy tan seguro de que no acabamos más pronto que tarde en el pozo de los cadáveres. Disfrutemos un poco mientras podamos.

Las siguientes dos horas son raras. Creo que prefiero no hablar sobre ellas.

Solo quiero dejar clara una cosa: no me arrepiento de nada.

Los tres estamos sumidos en ese estado de paz de después, yo con medio cuerpo fuera de la cama por un lado y Ocho por el otro, con Nasha en medio, apretada contra nosotros, cuando llaman a la puerta. Nasha está diciéndole a Ocho lo mucho que nos vamos a divertir hasta que uno de los dos termine en la recicladora, pero suelta un grito ahogado en mitad de una frase.

Vuelven a llamar.

—¿Creéis que debo preguntar quién es? —susurro—. Puedo intentar librarme de quien sea.

Ocho pasa un brazo por encima de Nasha para darme un cachete en la cabeza.

—Cállate —me ordena en voz baja—. Debe ser Berto. Si no oye ruido se irá.

—¿Mickey? ¿Estás ahí?

Oh, mierda. No es Berto.

Nasha se da la vuelta y pega la boca a mi oreja.

—Echaste el pestillo, ¿verdad?

El mecanismo de apertura de la cerradura emite un suave clic y una grieta de luz aparece en el borde de la puerta.

—No —susurro.

—¿Mickey?

Joder. Joder. Joder. Joder.

La puerta se abre.

—Hola —dice Ocho—. Eres Chen, ¿verdad? Me alegro de verte.

Cat nos mira moviendo la boca sin emitir ningún sonido.

—¿Cat? —digo—. Cierra la puerta, por favor. Hablemos.

Ella niega con la cabeza.

—¿Cat?

Me incorporo en la cama y tiendo una mano hacia ella, pero Cat retrocede medio paso.

—¿Qué es esto, Mickey?

—¿A ti qué te parece? —suelta Nasha—. Entra o vete, Chen, pero cierra la puerta.

Cat gira sobre los talones y sale disparada dejando la puerta abierta detrás de ella.

—Será mejor que cierres la puerta —dice Nasha.

Salgo de la cama y cierro la puerta de un empujón. Esta vez recuerdo correr el pestillo.

—Esto no me gusta —comento, y me dejo caer en la silla del escritorio.

—Dijiste que ya lo sabía, ¿no? —dice Ocho—. Por lo tanto, no ha cambiado nada.

Casi me convence. Entonces, ¿por qué mi corazón late como si quisiera salir de mi pecho?

—No te preocupes, Mickey, vuelve a la cama —dice Nasha.

Inspiro hondo, retengo el aire en los pulmones y lo suelto. A lo mejor tienen razón.

No, no la tienen. Sé que no la tienen.

Sin embargo, ahora mismo no puedo hacer nada. Levanto la sábana y vuelvo a acostarme. Nasha se enrosca en mí y me besa.

—Relájate, Mickey. Durmamos un poco.

Estoy durmiendo y me despierta en la oscuridad el ruido metálico que hace el cerrojo cuando lo fuerzan. A continuación entra un chorro de luz y una voz masculina retumba en mi habitación:

—Esto tiene que ser una broma.

Parpadeo deslumbrado por el resplandor que entra desde el pasillo. Dos gorilas de Seguridad se han colado en mi cuarto. Van armados con burners.

—¡Joder! —exclama el que es más pequeño—. Sois unos degenerados.

El otro sacude la cabeza.

—Eso no importa. Levantaos... Y vestíos, joder. Los tres tenéis una cita con la recicladora.



Estoy perdiendo el control.

El hecho de que esté perdiendo el control hace que me sienta peor que si ya lo hubiera perdido.

Nasha tiene todo el derecho del mundo a estar fuera de sí. Para ella es la primera vez que se dirige a su ejecución. Pero yo no tengo excusa. En mi caso es casi una rutina. Una vez sufrí tres ejecuciones en dos semanas.

Una nave colonizadora no aterriza nada más llegar a su destino. Es demasiado voluminosa y frágil para aguantar la entrada en una atmósfera o la exposición a un campo gravitatorio. Una colonia desciende de la órbita por etapas y por partes.

La primera parte que bajó a la superficie de Niflheim, solo unas horas después de instalarnos en su órbita, fue un módulo de descenso pilotado por Nasha que transportaba una cámara de aislamiento biológico, un equipo del departamento Médico, otro de Biología y a mí.

Ya sabíamos que estábamos más o menos jodidos en cuanto al clima y la composición de la atmósfera de nuestro nuevo hogar. De hecho, Marshall se había planteado seriamente la posibilidad de intentar llegar a un destino secundario cuando se enteró de que no podríamos sobrevivir en el exterior sin los recicladores de aire, pero tras una acalorada discusión y una dosis justa de gritos, Dugan y otros miembros de Biología lo convencieron de que, una vez que introdujéramos algunas algas modificadas genéticamente en el ecosistema, podríamos subir la presión parcial del oxígeno en la atmósfera hasta niveles adecuados para la supervivencia en un plazo relativamente

razonable (en este caso, «razonable» no significaba necesariamente que los miembros adultos de la expedición vivirían para verlo, pero posiblemente sí lo harían algunos de los embriones que llevábamos en la bodega).

Como creo que ya he mencionado antes, las probabilidades de que una expedición como la nuestra consiga alcanzar un destino secundario son casi nulas, así que al final Marshall decidió darle una oportunidad a Niflheim.

Lo primero que tiene que hacer toda nueva colonia es determinar si en la microbiota local hay algún agente que podría suponer un peligro para la salud del ser humano.

Para que conste, en la microbiota local siempre hay algo que no solo podría ser un peligro para la salud del ser humano, sino que lo será seguro.

El método que se utiliza para determinarlo, naturalmente, consiste en exponer al Prescindible a todos los elementos del medio local que pueden aislarse y esperar a ver cómo le afectan.

Llevábamos menos de un día en la superficie de Niflheim cuando Nasha me dio un beso de despedida y una palmada en la espalda y un técnico del departamento Médico llamado Arkady me acompañó al interior de la cámara de aislamiento. Lo último que Arkady hizo antes de dejarme solo fue colocarme un casco con escáner que subía copias de seguridad de manera ininterrumpida. Cuando le pregunté para qué era eso que me ponía en la cabeza, me respondió:

—Supongo que luego querrán hacerte preguntas.

—¿En serio? —exclamé—. ¿Vais a inocularme un superherpes? De acuerdo. Es mi trabajo. ¿Es obligatorio que lo recuerde?

Arkady se encogió de hombros, salió de la cámara y cerró la puerta.

La cámara de aislamiento era un cilindro tan estrecho que, si levantaba los brazos, casi podía tocar las paredes con las dos manos a la vez, y con la altura justa para estar dentro de pie sin golpearme la cabeza con el techo. En el centro había una silla metálica que, si deslizabas la tapa del asiento, también hacía las veces de retrete. En el techo había un hueco de ventilación, y en la pared opuesta a la puerta se abría un cajón donde me habían dejado algo de comer por si acaso no moría inmediatamente. Me senté y oí el silbido del aire que entraba por el hueco de ventilación.

—Respira hondo varias veces —me dijo Arkady por el intercomunicador—. Toma el aire por la boca, si no te importa.

No me importó porque, a pesar de que no sabía qué era lo que salía por el hueco de ventilación, olía a pedo de perro.

También sabía a pedo de perro.

Al cabo de un minuto o así, el hueco de ventilación se cerró con un sonoro clic.

—Gracias —dijo Arkady—. Ahora ponte cómodo. Esto podría ser largo.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que me sabía muy mal causarle estas molestias y que intentaría morir lo antes posible.

Unos minutos después apareció la cara de Nasha en el ventanuco de la puerta.

—Hola. ¿Cómo va?

Hice una mueca.

—Genial. —Señalé el cajón que había detrás de mí—. Me han dejado algo para picar.

Nasha sonrió.

—Eres un suertudo. A mí solo me dan puré reciclado y agua.

Me di la vuelta y rebusqué en el cajón. Encontré una barrita de proteínas y la saqué del envoltorio.

—Bueno —dije, y le di un bocado—. Solo lo mejor de lo mejor para el cerdo expiatorio.

—El chivo —me corrigió Nasha.

—¿Cómo?

—Es el chivo expiatorio, Mickey. Los cerdos son unos animales sucios y bastos, no se sacrifican, solo se comen.

Suspiré.

—Da igual. También los matan.

Nasha lo intentó. Juro por Dios que lo hizo. Supongo que desde el mismo momento en que nos besamos por primera vez supo que algún día tendría que verme morir, pero por fin estaba pasando, ocho años después, y creo que no sabía cómo comportarse. Creo que no sabía cómo sentirse. Así que se quedó horas al otro lado del ventanuco, dándome conversación. Me describió el planeta según lo veía por las pantallas. Echó pestes de Arkady. Me habló de una serie que estaba viendo sobre una familia asquerosamente rica de Midgard.

Me enumeró todas las cosas que haríamos juntos cuando volviera a salir del tanque.

Yo también lo intenté, porque ella lo estaba intentando y no quería que se sintiera peor de lo que seguramente ya se sentía. No obstante, al cabo de unas horas empecé a encontrarme mal. Al principio pensé que era una cosa

psicosomática. ¿Quién tenía noticia de un virus que actuara tan rápido? Sin embargo, enseguida me subió la fiebre. Arkady vino para hacerme algunas preguntas sobre cómo me sentía. Le respondí que me sentía como si tuviera los primeros síntomas de una gripe. Él asintió con la cabeza y se marchó. La tos empezó tres horas después, y media hora más tarde apareció la sangre. Nasha ya casi no hablaba, pero seguía allí, mirándome por el ventanuco, con una mano apoyada en el vidrio al lado de la cara.

A las cuatro horas reuní el aliento necesario para pedirle que se fuera. No quería que viera lo que iba a pasarme a continuación.

Nasha no se fue. Cuando no hubo duda de lo que estaba sucediendo, le retorció el brazo a Arkady para obligarle a que le proporcionara un traje de protección completa y así poder entrar en la cámara conmigo. Al principio la rechacé. Sin embargo, cuando las cosas se pusieron feas de verdad y empecé a toser con tanta violencia que me rompí una costilla y vomité trozos de tejido, me cogió la mano, apoyó mi cabeza en su vientre y me habló mientras yo agonizaba. Fue espantoso y hermoso a la vez, y no podré agradecerérselo lo suficiente ni aunque viva mil años.

A partir de ese momento, solo pasó otra hora. Un consejo: si tienes la oportunidad de elegir la manera de dejar este mundo, ni te plantees la hemorragia pulmonar. Creo que soy una voz autorizada en la materia. Te arrepentirás si no me haces caso.

Me desperté desnudo y recubierto de una sustancia pegajosa, tendido en el suelo al lado del tanque portátil que habían bajado en el módulo de aterrizaje.

—¿En serio? —dije después de toser para vaciar los restos del fluido de los pulmones, que ya no me sangraban—. ¿Ni una maldita cama?

Burke, mi amigo de la enfermería, me lanzó una toalla.

—Estaba cubierto de porquería. No me apetecía lavar luego las sábanas.

Me limpié del cuerpo todo el potingue que pude y después me metí en un mono gris que Burke me alargó.

—Coma algo —me dijo Burke—. Tiene veinticuatro horas antes de volver a entrar.

—Ha sido duro —dijo Nasha.

Estaba sentada enfrente de mí en la mesa de la sala común. La miré, pero ella evitó mirarme a los ojos.

—Sí, ha sido duro. Gracias por quedarte conmigo.

Ella miraba al techo, sus manos... Cualquier cosa menos a mí.

—Mickey... —dijo.

Esperé a que continuara, pero cuando me quedó claro que no iba a hacerlo, no quise presionarla más.

—No tienes que hacerlo otra vez —dije—. Nadie debería ver a la persona que...

—Ama —dijo ella.

Sonreí a mi pesar. Ya llevábamos juntos ocho años, pero era la primera vez que uno de los dos pronunciaba esa palabra.

—No tendrías por qué verme morir más de una vez.

—No, estaré allí. Morir, aunque sea de manera temporal... No puede ser que el capullo de Arkady sea tu única compañía.

Tendí las manos por encima de la mesa y entrelazamos los dedos.

—De todos modos —añadió—, alguien tiene que estar allí para asegurarse de que no te escapas.

Al final pasó casi una semana hasta que volvieron a enviarme a la cámara. Pasé la mayor parte de ese tiempo con Nasha. Charlábamos un rato o jugábamos un par de partidas de un juego de cartas que se había traído de la *Drakkar*, pero casi todo el tiempo lo pasábamos abrazados. No había mucho más que hacer.

Al cabo de cuatro días, Burke entró en el rincón separado por una cortina donde yo dormía, me pidió que me arremangara un brazo y me puso media docena de inyecciones con unas agujas que parecían unas tuberías cortadas con sierra. Cuando me había puesto la mitad tuvimos que cambiar de brazo porque mi hombro izquierdo ya estaba poniéndose de color morado. Cuando le pregunté qué me estaba metiendo en el cuerpo, me miró con una expresión que me dejaba claro que pensaba que no tenía por qué dar explicaciones a la cobaya. Sin embargo volví a preguntárselo, y esta vez puso los ojos en blanco y me respondió:

—Las dos primeras eran unas dosis de refuerzo del sistema inmunológico. Las otras cuatro son vacunas contra los microorganismos que mataron a su réplica anterior. Esperaremos dos días para que hagan efecto y volveremos a intentarlo.

—Genial. ¿Cree que esta vez tengo una oportunidad?

Burke me miró, se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Nunca se sabe —contestó, pero cuando después de salir soltó la cortina para que recuperara su posición, añadió—: Pero no es probable.

No me acuerdo de lo que le pasó a Mickey<sup>4</sup>. Sé que murió en los brazos de Nasha, más o menos como Mickey<sup>3</sup>, porque me hicieron ver la grabación de las cámaras de videovigilancia. Sin embargo no lo recuerdo, porque lo primero que hizo cuando abrieron el hueco de la ventilación de la cámara de aislamiento fue desenchufar los cables del casco con el escáner y quitárselo.

—¡Eh! ¿Pero qué narices haces? —espetó Arkady.

Cuatro puso los ojos en blanco y respondió:

—¿A ti qué te parece?

—¡Póntelo otra vez! ¡Estás saltándote el protocolo!

Cuatro negó con la cabeza.

—Lo siento, Arkady. Si las vacunas son eficaces, haremos una grabación completa en cuanto salga de aquí. Si no...

—Si no lo son perderemos un montón de información valiosa.

Cuatro volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Información valiosa? ¡Pero qué tonterías dices! No me has hecho ni una sola pregunta sobre lo que le pasó a Tres.

—Sabemos lo que le pasó a tu réplica anterior, Barnes. Se desangró por los pulmones. No era necesario preguntarte nada sobre eso. ¿Y si lo que te pasa a ti es más interesante?

Cuatro miró fijamente a Arkady a través del ventanuco de la puerta de la cámara durante diez largos segundos y luego rompió a reír.

—¿Interesante? —exclamó cuando paró de reír—. ¿Interesante? Voy a decirte una cosa, capullo, si me pasa algo interesante estando aquí dentro, me aseguraré de que te enteres. ¿Te ha quedado claro?

—Barnes —replicó Arkady—. Ponte el casco. Ahora mismo.

Cuatro se cruzó de brazos y lo miró con una sonrisita de suficiencia en los labios.

—Esos trajes de protección son delicados. Sería bastante fácil agujerearlo, ¿verdad? Piénsalo un momento y luego entra aquí y oblígame a ponérmelo.

Al final lo que le pasó a Cuatro no fue especialmente interesante. Aguantó mucho más que Tres, unas veinticuatro horas, antes de empezar a presentar síntomas. Sin embargo, una vez que el virus que lo mató empezó a actuar, fue al grano. Primero le atacó el tracto gastrointestinal, que empezó a expulsar torrencialmente fluidos sanguinolentos por los dos extremos. Cuando no hubo más que hacer en ese frente, se cebó con su hígado y sus riñones. Pasadas treinta y dos horas apareció la septicemia y perdió el conocimiento a las treinta y seis. En la hora cuarenta falleció.

Volví a despertarme en el suelo. Esta vez estaban esperándome once inyecciones.

—¡Vaya! ¡Qué prisas!

—No se crea —repuso Burke—. Han pasado ocho días desde la última prueba. Dugan nos pidió que no le replicáramos hasta que tuviéramos preparada la siguiente ronda de inoculaciones. No hay por qué gastar recursos en su alimentación cuando de todas maneras va a volver a la tolva, ¿no cree?

Me puso las inyecciones; cuatro en el hombro derecho, tres en el izquierdo y las demás en el muslo derecho.

—Ah, por cierto —dijo cuando terminó—. Dugan también me ha pedido que le diga que Marshall ha ordenado que esta vez se ponga el casco.

—No voy a ponérmelo.

—Dugan ya contaba con que diría eso, así que también me ha pedido que le diga que si no lo hace estamos autorizados a meter su siguiente réplica en la cámara sin vacunas, y repetirlo tantas veces como sea necesario hasta que cumpla las normas del programa.

Luego se marchó y me dejó sentado desnudo en el borde del tanque para que sopesara qué era peor, si un sufrimiento atroz en bucle del que no guardas recuerdo o una sola muerte que se te queda grabada en la mente para siempre.

Al final me puse el casco. Nasha volvió a venir para verme morir. Esta vez, cuando me besó me envolvió con sus brazos y no me soltó hasta que Arkady la arrancó de mí.

—Esta es la buena —me dijo mientras salía de la cámara—. Esta vez saldrás vivo de aquí.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté a Arkady mientras conectaba los cables del casco—. ¿Esta es la buena?

Se encogió de hombros.

—Cosas más raras se han visto —me respondió.

Después de todo un día en la cámara me encontraba bien.

Después de dos días seguía sintiéndome bien.

Después de tres días estaba con un humor de perros y agarrotado porque era imposible dormir en aquella maldita silla y el cajón de los aperitivos estaba vaciándose. Por lo demás, me sentía bien.

La mañana del octavo día, Arkady me pidió que me desnudara, separara las piernas y pusiera los brazos en cruz, contuviera el aliento y cerrara los ojos. Durante los siguientes treinta segundos me roció con una serie de aerosoles cada vez más cáusticos y casi seguro tóxicos.

—Ahora respira —me dijo cuando terminó—, pero no abras los ojos.

Aun con los párpados cerrados sentí el dolor del resplandor del desinfectante ultravioleta.

Ese ciclo se repitió tres veces.

Concluido el proceso, estaba rojo como la sangre de la cabeza a los pies y me sentía como si me hubieran despellejado vivo.

Pero estaba vivo.

Por primera vez salí de la cámara de aislamiento por mi propio pie.

—Vístete y pásate por la enfermería. Aún no has salido del túnel, colega.

—¿Puedo acompañarlo? —preguntó Nasha.

Arkady la miró largamente y luego negó con la cabeza.

—Mejor no. Si le dejan salir después del chequeo, será todo para ti. Hasta entonces sigue siendo un potencial vector.

El examen médico fue casi perfecto.

Casi.

Análisis sanguíneo, pruebas físicas, cultivos de piel, cultivos de la garganta, cultivos de las fosas nasales... Todo salió limpio. La última prueba era una resonancia magnética de todo el cuerpo.

—Solo para asegurarnos —dijo Burke.

Célebres últimas palabras.

Estaba otra vez en el comedor, sentado enfrente de Nasha mientras ella bebía un batido de puré y enumeraba con todo lujo de detalles la lista de las cosas que iba a hacerme cuando le permitieran tocarme de nuevo, cuando dejó una frase a medias y miró detrás de mí. Me di la vuelta. Era Burke. Tenía una tableta en las manos.

—¿Ya han intercambiado fluidos?

—Aún no —respondió Nasha—. Pero le aseguro que vamos a hacerlo.

—Pues va a ser que no —aseveró Burke.

Giró la tableta para que viéramos lo que mostraba la pantalla. La imagen, una nuez partida por la mitad, con la materia gris rodeando la materia blanca, que a su vez rodeaba...

—Es su cerebro —explicó Burke.

—Joder —masculló Nasha. Se inclinó hacia la tableta y tocó con el dedo una figura sinuosa situada en el centro de la imagen—. ¿Qué cojones es eso, capullo?

—Un tumor —dije—. Tengo un tumor cerebral, ¿verdad?

—No —repuso Burke—. Un tumor cerebral no es, eso se lo aseguro. Su cuerpo apenas tiene una semana de vida. Los tumores cerebrales no crecen tan rápido.

—Vale, entonces, ¿qué es?

—No lo sé —reconoció Burke—, pero va a volver a la cámara hasta que lo averigüemos.

¿Recuerdas que te aconsejé que evitaras morir de una hemorragia pulmonar? Bueno, pues añade a la lista esta otra forma de morir que debes evitar: gusanos parásitos que se comen tu cerebro de dentro afuera.

Tardaron casi un mes en acabar conmigo, pero la última semana más o menos la pasé reducido a algo así como la concha vacía de un molusco. Sin embargo, la segunda y la tercera semanas no fueron divertidas. Primero aparecieron los dolores de cabeza, luego los ataques y finalmente la demencia progresiva. Durante la última fase, las paredes me hablaban y me decían que Nasha no me quería, que todas mis réplicas anteriores estaban esperándome en el infierno, que los parásitos seguirían comiendo perpetuamente y no me dejarían morir nunca.

En cualquier caso me mintieron. Porque me dejaron morir.

Cuando todo terminó, las larvas empezaron a salir al exterior por mi boca y por los orificios de mi nariz, listas para pasar a cualquiera que fuera la siguiente fase de su ciclo vital, porque nunca lo averiguamos, ya que Arkady se las cargó con la esterilización y luego echó todo el estropicio a la tolva para crear mi nueva réplica.

Después de lo que acabo de contarte seguro que ahora piensas que nada de lo que Marshall me tenga preparado podría asustarme, ¿verdad?

Seguro que lo piensas... Pero, joder, ya te digo si estoy asustado.



Nos llevan en fila india por el pasillo radial hacia el centro de la cúpula. El gorila más pequeño encabeza la columna y el más grande la cierra. Nasha, Ocho y yo vamos en medio. Cuando empezamos a bajar la escalera central se me hace un nudo el estómago y de repente se me ocurre que vamos directamente a la recicladora. Al parecer, Nasha ha pensado lo mismo, porque cuando dejamos atrás el segundo nivel dice:

—No podéis adoptar ninguna medida disciplinaria contra nosotros hasta que se celebre un juicio. Lo sabéis, ¿verdad?

—¡Ah, por favor! —dice el gorila más grande—. Después de lo que hemos visto, tenéis suerte de que no os hayamos carbonizado allí mismo.

—¡Qué te jodan! —espeta Ocho—. ¿Es que eres natalista?

—Pues sí —responde el segurata—. Y Marshall también. Estáis jodidos.

—Tiene razón —dice sin volverse el que va delante.

—Esta colonia no se ha constituido como una teocracia —protesta Nasha—. No podéis quemarnos en la hoguera porque os dé la gana.

El segurata se encoge de hombros.

—Supongo que quien debe tomar esa decisión es Marshall.

Cuando llegamos a la planta baja no nos llevan a la recicladora. Tampoco a la mazmorra, porque no la tenemos. Que yo sepa, ni siquiera hay un calabozo. Por el contrario nos llevan a la sala de reuniones de Seguridad. Es una elección extraña, porque allí hay armarios llenos de trajes acorazados y armas. También hay una minicafetería con autoservicio. Podríamos iniciar una insurrección y además tomarnos un tentempié. Me parece a mí que la planificación de Seguridad deja mucho que desear.

—Esperad aquí —ordena el segurata grande antes de cerrar la puerta—. No toquéis nada, y ni se os ocurra comprar comida.

—¿O qué? —pregunta desafiante Nasha.

El segurata se la queda mirando, niega con la cabeza y dice:

—Vosotros esperad aquí.

Cuando nos dejan solos, Nasha se acerca a uno de los armarios y muestra el ocular al escáner. Se enciende una luz roja en la pantallita.

—Bueno, había que intentarlo —se lamenta.

—Mejor así —dice Ocho—. ¿Qué habrías hecho si se hubiera abierto?

Nasha se encoge de hombros.

—Supongo que me habría abierto paso a tiros hacia la libertad.

¿Qué haríamos si pudiéramos abrir los armarios? En realidad es una pregunta interesante. Ni siquiera nos han cerrado con llave, así que podríamos huir aunque no consiguiéramos las armas. Podríamos atacar a uno de los seguratas cuando vuelvan a buscarnos. Hay un montón de cosas que podríamos hacer. Pero ¿para qué? Esta cúpula es el único lugar en este planeta que no nos matará en menos que canta un gallo. Ahora que lo pienso detenidamente, me doy cuenta de que en cierto sentido Niflheim no es más que una cárcel grande y fría.

Hay un sofá y una mesa baja en el centro de la sala. Ocho se deja caer en una punta, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Yo me siento en la otra punta un minuto después. Nasha se sienta en medio, tira de nosotros para acercarnos y pasa los brazos por encima de nuestros hombros.

—¿Sabéis una cosa? Si antes de marcharnos de Midgard me hubierais preguntado cómo creía que iba a morir, arrojada al pozo de los cadáveres por delitos sexuales no habría estado en lo más alto de la lista.

—Hoy no vas a morir —dice Ocho sin abrir los ojos—. Solo tenemos dos pilotos que saben volar en la atmósfera y tú eres uno de ellos. Marshall encontrará la manera de hacértelo pasar mal por esto, pero no va a matarte.

—No lo sé —insiste Nasha—. Es posible. Pero quizá cambie de opinión cuando me cargue a Chen.

Ocho se encoge de hombros.

—Supongo que eso depende del esfuerzo que pongas en hacer que parezca un accidente.

Nos quedamos callados un rato, con los ojos cerrados y las cabezas pegadas. Creo que Ocho tiene razón, Marshall no se cargará a Nasha. Pero no tengo ninguna duda de que a nosotros dos sí va a matarnos, y a estas alturas

estoy bastante seguro de que cuando Nueve salga del tanque no seré yo quien mire con sus ojos. Maldita sea la nave de Teseo.

En fin... Por lo menos la compañía es buena.

Pasa alrededor de una hora hasta que el más pequeño de los gorilas que nos han llevado allí regresa.

—Barnes —dice—, vamos. —Hace una mueca—. Los dos. Adjaya, tú te quedas aquí de momento.

Nasha aún tiene los brazos alrededor de nuestros cuellos. Besa a Ocho y luego a mí. El segurata se da la vuelta.

—Joder, Adjaya. A quién se le ocurre, de verdad. Joder.

—Vete a la mierda —dice ella.

Ocho suspira.

—Solo para que lo sepas, no nos estás ayudando con tu actitud.

Probablemente Ocho tenga razón. Por otro lado, al menos desde nuestra perspectiva, es imposible empeorar las cosas. Nos ponemos en pie y seguimos al gorila.

No nos lleva a la recicladora, sino hasta la cuarta puerta que hay en el pasillo. Es una habitación más o menos del tamaño de un cuarto trastero. Nos hace entrar.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En un cuarto trastero —responde encogiéndose de hombros.

Nos empuja dentro y cierra la puerta. La habitación está oscura. Mi ocular activa los infrarrojos, pero me entra el sueño y los apago. Me acurruco en un rincón y apoyo la frente en las rodillas. Cuando ya estoy quedándome traspuesto se abre una ventana de conversación.

**<Mickey8>**: ¿Ab\*\*sta n tien\*\*s?

Vuelvo a activar los infrarrojos y miro a Ocho. Está en el rincón de enfrente, acurrucado como yo. Ya está roncando.

**<Mickey8>**: ¿Ent\*\*n\*\*s?

Mmm. Está escribiendo en sueños. Cierro la ventana con un parpadeo, apago el ocular y cierro los ojos.

No tengo ni idea de cuánto tiempo he dormido cuando me despierto sumergido en la luz que entra por el hueco de la puerta abierta. Ha venido a

buscarnos un segurata nuevo. Lo reconozco; se llama Lucas. Solía encontrármelo en la noria practicando una especie de arte marcial cuyos movimientos ejecutaba a cámara lenta. Una vez le pregunté qué sentido tenía eso. Es decir, ¿la clave para ganar una pelea no está en ser más rápido que tu rival? Lucas me sonrió, sacudió con la cabeza y continuó a lo suyo.

Siempre me pareció un tipo decente, pero no parece alegrarse de tener que ocuparse de nosotros esta mañana.

—Hola. Te has metido en un buen lío, Mickey.

—Ya nos hemos dado cuenta —dice Ocho.

—¿Qué os pasó? ¿Cómo habéis acabado siendo múltiples?

—Es una larga historia —respondo—. La explicación breve es que es culpa de Berto.

Lucas se echa a reír.

—Debería habérmelo imaginado. Menudo personaje. Nunca he entendido por qué estás siempre con él.

—Ya, yo también he estado preguntándome lo mismo últimamente —dice Ocho.

—Bueno —dice Lucas—, más os vale levantaros ahora mismo. El jefazo quiere veros.

—Por Dios, Barnes —dice Marshall—. A pesar de todo, me negaba a creerlo.

Decido no preguntarle a qué se refiere exactamente con «a pesar de todo».

Ya estamos otra vez en su despacho, sentados en las mismas sillitas ridículas en las que Berto y yo nos sentamos hace un par de días. El humor de Marshall no parece haber mejorado en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Mire —dice Ocho—, ya sé que parece un problema, pero no hay que tomárselo como si se acabara el mundo. Entiendo que no deberíamos ser dos, pero usted sabe que no lo hemos hecho a propósito. Y, en cualquier caso, en ciertos aspectos es una ventaja. La viabilidad de la colonia pende de un hilo, y los dos podemos ser el doble de útiles. En el fondo le va bien tenernos. Le va bien hacer la vista gorda.

La cara de Marshall se pone roja y su mandíbula vibra silenciosamente durante dos largos segundos hasta que se levanta como un resorte y golpea el escritorio con los puños.

—¡Escúchenme, endemoniadas abominaciones! ¡Me trae sin cuidado que no lo hayan hecho a propósito! Dejando de lado que han robado setenta kilos vitales de calcio y de proteínas de una colonia que corre el peligro de morir de hambre... Dejando de lado el hecho de que uno de los dos tendría que haber

regresado a la recicladora solo un segundo después de descubrir que se habían convertido en múltiples... Por el amor de todo lo sagrado, Barnes, ¡estaban manteniendo relaciones el uno con el otro! ¡Yo... yo no...!

Balbucea hasta que se queda callado y se deja caer en la silla. Inspira hondo, cierra los ojos y deja salir el aire lentamente. Cuando vuelve a abrir los ojos, la inexpresividad de su cara me recuerda la de un maniquí.

—Son unos monstruos —sentencia con una voz grave y monótona—, y los dos van a ir directos a la recicladora. La única duda que tengo, la única pregunta cuya respuesta aún no está clara, es si habrá una novena réplica de ustedes, y si Adjaya debería acompañarlos al pozo de los cadáveres.

Ocho se queda paralizado al oír eso, y yo noto que he puesto los ojos como platos.

—Señor —dice Ocho—. Por favor...

—Nasha no lo sabía —intervengo—. Es decir, no se enteró hasta que yo aparecí mientras estaba con Ocho. Eso ocurrió justo antes de que Seguridad viniera a buscarnos. No puede culparla a ella. Ella no ha hecho nada.

—Ya he hablado con Adjaya —dice Marshall—. De hecho, ella afirma que lo sabía. Afirma que empezó a notar algo raro en usted hace dos días. También me ha dejado claro que lo que estaba haciendo con ustedes dos no es asunto mío y que puedo meterme por el culo mi estúpida moralidad natalista. —Hace una pausa para respirar hondo, como si fuera un acto purificador—. Si no fuera uno de nuestros dos pilotos de combate cualificados, y si actualmente no nos enfrentáramos a la posibilidad real de una guerra contra seres sintientes nativos hostiles, Adjaya ya no estaría con nosotros.

—Un momento... ¿Cómo? —exclama Ocho.

—El trofeo que trajeron de la cacería de gamusinos hace dos noches —dice Marshall— no era completamente biológico. Lo que ustedes han estado llamando «gusanos» parecen ser alguna clase de tecnología militar híbrida. Lo que fueron capaces de hacer a la cubierta de la esclusa principal despertó nuestras sospechas, por supuesto, pero el examen del espécimen lo ha confirmado. Ahora estamos en pie de guerra, lo cual significa que voy a tener que pensar largo y tendido qué hacer con Adjaya. —Se recuesta en la silla, cierra los ojos y se estruja el ceño—. Por suerte, no tengo ese problema con ustedes dos. —Hace una señal a Lucas, que se ha quedado esperando junto a la puerta—. Lléveselos, por favor. Ahora tengo que hablar con más personas. Nos ocuparemos de ellos cuando termine.

Y ahora algo divertido: resulta ser que sí tenemos un calabozo.

—Bueno —dice Ocho—, por lo menos nos lo hemos pasado bien estos días.

Me pongo en pie y camino los dos pasos que separan el banco de la cama. No tenía ni idea de que había un calabozo en la colonia hasta que nos han encerrado en él. Al parecer, los seguratas que nos han traído tampoco lo sabían, porque de lo contrario no habrían puesto en riesgo su máquina de comida. Estamos metidos en una habitación estándar de tres metros por dos. La única diferencia entre este lugar y las demás habitaciones de tres metros por dos que hay en la cúpula es que esta solo se cierra con llave desde fuera.

Hasta donde yo sé, somos sus primeros ocupantes desde que partimos de Midgard.

—Supongo que nuestro primer plan era el bueno —digo dejándome caer en la cama. Me tumbo y cierro los ojos—. Deberías haberme tirado al pozo de los cadáveres cuando tuviste la ocasión. Al menos me habrías lanzado de cabeza a él.

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Estás convencido de que va a matarnos?

—Eso parece.

Permanecemos en silencio un rato. Es extraño, pero en cierta manera me siento aliviado. Desde que entré en mi habitación y encontré a Ocho cubierto de los fluidos del tanque acostado en mi cama este nudo que tengo en el estómago no me ha dado tregua. Sabía que no podríamos guardar el secreto eternamente y me aterrorizaba lo que sucedería cuando se descubriera. Ahora que por fin ha pasado y tengo una idea de lo que va a ocurrir y cuándo, me siento un poco más tranquilo. De hecho estoy dormitando cuando Ocho vuelve a hablar.

—Ha dicho que se está pensando si sacará a Nueve del tanque. Tú no crees que sea capaz de eso, ¿verdad? Es decir, la colonia necesita un prescindible.

Abro los ojos y giro la cabeza para mirarlo.

—¿A ti te ha parecido que a Marshall le preocupa eso?

Comienza una respuesta, pero vacila y niega con la cabeza.

—No, supongo que no.

Cierro los ojos otra vez.

—Se me ocurre una pregunta mejor: ¿acaso importa?

—¿Qué quieres decir?

Suspiro, me incorporo y me vuelvo hacia él.

—Tú no eres yo, Ocho. Es obvio, ¿no?

Me mira durante cinco largos segundos antes de decir:

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a que todas esas cosas que Jemma nos metió en la cabeza en la estación Himmel, todo eso sobre la inmortalidad, son patrañas. Así de claro. Las últimas seis semanas son la única vida que he vivido, y los últimos dos días son la única vida que tú has vivido. Somos unas malditas cachipollas, y cuando Marshall nos tire al pozo de los cadáveres desapareceremos para siempre. Nueve no será yo; solo será un tipo que duerme en mi cama, se come mis raciones y toquetea mis cosas.

Ocho niega con la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro. ¿Recuerdas aquello de la nave de Teseo? ¿Y lo de Kant? Si él piensa que él es yo, y todas las personas que lo rodean piensan que él es yo, y no hay manera de demostrar que él no es yo, entonces él es yo. Esto que estás haciendo ahora es precisamente la razón por la que no permiten los múltiples.

Pongo los ojos en blanco.

—No permiten los múltiples porque Alan Manikova intentó apoderarse del universo.

—Da igual.

Ocho se recuesta en el banco, cruza los brazos y cierra los ojos.

Pasa el tiempo. Yo dormito. Ocho permanece sentado en el banco, con los ojos entreabiertos y las manos enlazadas en el regazo. En un momento dado me asalta el pensamiento de que son las últimas horas de mi existencia y las estoy pasando durmiendo, pero me doy cuenta de que no me importa.

Finalmente se oye el clic de la cerradura y la puerta se abre. Un segurata llamado Garrison entra en la celda. Es un tipo bajo y esquelético y va desarmado, y por un momento se me pasa por la cabeza la estúpida idea de abalanzarme sobre él, reducirlo y escapar.

¿Escapar a dónde, idiota?

—Buenas —dice Garrison—. ¿Cuál de los dos es Siete?

Lanzo una mirada a Ocho, que se encoge de hombros. Gruño, me incorporo y levanto la mano.

—Genial. Acompáñame.

Me pongo en pie. Ocho me dedica media sonrisa.

—Nos vemos en el otro mundo, hermano.

—Claro —digo. Los dos sabemos que el otro mundo para nosotros es un tazón de puré, pero al menos parece que me ha perdonado por pinchar su burbuja de la inmortalidad.

Garrison retrocede y me hace una señal para que lo siga por el pasillo.

La recicladora está en la planta baja, en el centro de la cúpula. Enseguida queda claro que no es allí adonde nos dirigimos. Antes de llegar al despacho de Marshall he empezado a contemplar la posibilidad de que, después de todo, todavía me queden algunas horas más de vida.

Solo cuando Garrison llama a la puerta se me ocurre que quizá solo es que Marshall quiere ejecutarme personalmente de un disparo.

—Adelante —dice Marshall.

La puerta se abre y Garrison me indica con una seña que entre. Paso delante de él y la puerta vuelve a cerrarse.

—Siéntese —ordena Marshall.

Niego con la cabeza.

—Prefiero quedarme de pie.

Marshall suspira, cierra lentamente los ojos inyectados en sangre y vuelve a abrirlos.

—Como desee, Barnes —dice. Se recuesta en la silla, deja caer las manos en el regazo y me mira—. He hablado con Gomez. Quiero que me cuente todo lo que sabe sobre esas cosas.

—¿Cosas, señor? ¿Se refiere a los gusanos?

—Sí. En el informe inicial relacionado con su pérdida, Gomez afirmaba que fueron los responsables de su muerte. En el informe corregido que presentó tras nuestra entrevista de hace tres días, afirmaba que la causa de la muerte fue una caída. Hace una hora ha rectificado y ampliado su explicación, y ahora afirma que cayó en alguna clase de red de túneles o de cuevas, pero que estaba vivo y consciente cuando lo dejó allí. Calculó que debía haber caído a una profundidad de unos cien metros. Pensó que moriría allí, pero es obvio que encontró la manera de salir y volver.

Asiento con la cabeza.

—Ese es la causa de este lío, señor. Berto dio parte de mi muerte, así que cuando llegué a la cúpula Ocho ya había salido del tanque.

Me manda callar cortando el aire con la mano.

—Eso ahora me trae sin cuidado, Barnes. Lo que me interesa son esos túneles. No deberían existir. De acuerdo con los estudios que realizamos desde la órbita, toda esta zona debería ser geológicamente estable. Nada de volcanes, fallas, montañas ni roca blanda. No hay nada que explique la existencia de un vasto sistema de cuevas.

—Sí, señor. Yo pensé lo mismo.

—De acuerdo. ¿Qué impresión le dio cuando estuvo allí? ¿Le pareció una formación geológica natural? ¿Vio algo que le pareciera artificial?

Dudo antes de responder. ¿Cuánto le cuento? ¿Cómo reaccionaría Marshall si se enterara de que allí abajo hay unos gusanos lo suficientemente grandes para atravesar los muros de la cúpula si les da la gana? La verdad es que esa pregunta sobra, porque sé exactamente cómo reaccionaría. Los exterminaría si averiguara la manera de hacerlo.

Marshall controla la potencia de salida del motor de una nave espacial.

Seguro que se le ocurre una manera de exterminarlos.

Me pregunto si hubo en Roanoke alguien que tuviera estos mismos pensamientos en un momento dado.

—No me pareció que los túneles fueran naturales, señor. Su estructura parecía planificada.

Marshall frunce el ceño.

—Entiendo. Dígame, ¿exactamente cuándo pensaba compartir esa información con alguien más?

Me quedo callado. Es obvio que ya conoce la respuesta. Pasados cinco incómodos segundos, le quita importancia.

—Está bien. Comprendo que tuviera dudas, dadas las circunstancias. ¿Vio alguna criatura viva mientras estuvo allí?

Bueno, supongo que este es el momento en el que tengo que contar la verdad. Me viene a la cabeza el gusano gigante que me transportó por el túnel hasta la superficie y me soltó en el jardín. Pienso en las visiones que he tenido últimamente, en la oruga con la sonrisa siniestra.

Me acuerdo de Dugan, tragado por la nieve.

Pienso en Roanoke.

Cierro los ojos y tomo aire. Lo suelto.

Se lo cuento todo.



Ocho gira la cabeza cuando se abre la puerta y se queda boquiabierto al verme.

—Hola —digo—. ¿Me has echado de menos?

Garrison vuelve a cerrar con llave con nosotros dentro de la celda. Me siento en la cama.

Ocho ladea la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Me encojo de hombros.

—Parece ser que por ahora a Marshall le preocupa más la posibilidad de que los gusanos se coman su colonia que tener unos múltiples pervertidos paseándose por la cúpula.

—Mmm. Me sorprende su sensibilidad.

—Dejemos clara una cosa, no he dicho que no vaya a matarnos. Creo que está sopesando la situación. Le he explicado lo que me pasó después de que Berto me abandonara y creo que se ha asustado.

—¿Qué te pasó? Nunca me lo has contado.

—Digamos que no me sorprendió cuando Marshall mencionó que nos enfrentábamos a unos seres sentientes. Y, solo para tu información, aún no lo hemos visto todo. Hay gusanos lo suficientemente grandes para comerse un flitter y aún les quedaría espacio en el estómago para el postre.

—Y disponen de tecnología militar.

—Eso parece.

—Y la guerra es inminente.

—Eso dice Marshall.

Ocho se echa hacia delante, apoya los codos en las rodillas y se frota la cara con las manos.

—Esto no tiene buena pinta, Siete. No tenemos el equipo necesario para ir a la guerra contra una especie que cuenta con tecnología. Solo somos ciento ochenta personas.

—Ciento setenta y seis —le corrijo—. Hemos perdido cinco de los otros y hemos ganado uno de nosotros.

Ocho levanta la cabeza y arruga el ceño.

—Eso da igual. Tendríamos que haberlo sabido antes de instalar la colonia.

Lo que quiere decir es que así podríamos haber bombardeado a los gusanos desde la órbita y perpetrar un genocidio antes de exponernos al peligro.

En este momento tengo que recordarme que Ocho es yo, solo que con unas seis semanas menos. ¿Cómo es posible que me horroricen tanto sus palabras? ¿Por qué me importa tanto lo que pueda pasarles a los gusanos?

—No sirve de nada lamentarse —digo—. No lo sabíamos y ya es tarde para cambiarlo.

Ocho se reclina y cruza los brazos.

—¿Seguro?

Seguro, por supuesto. O no. Como ya he dicho antes, Marshall tiene a su disposición toda la energía que puede generar el motor de una nave espacial. Quizá hayamos perdido la ventaja de la altura, pero todavía contamos con una ingente cantidad de energía.

—En cualquier caso —digo—, acabe como acabe esto, creo que ninguno de los dos estará aquí para verlo, así que no tenemos por qué preocuparnos.

—Yo no estaría tan seguro. Aún no nos ha matado.

Me tumbo en la cama otra vez, junto las manos debajo de la cabeza y cierro los ojos.

—No te hagas ilusiones, Ocho. Estoy seguro de que solo es un indulto temporal.

Por alguna razón, mientras estoy tumbado en la celda esperando a que Marshall decida lo que va a hacer conmigo y me aferro a la esperanza de que por lo menos tenga la decencia de matarme antes si finalmente opta por arrojarme a la recicladora, me pongo a pensar en Seis.

Obviamente no recuerdo todas mis muertes. Cuatro se negó a subir una copia de seguridad antes de morir y no recuerdo nada de Dos. Sin embargo

conozco todos los detalles de lo que les pasó a los dos. Vi las grabaciones de las cámaras de videovigilancia de sus finales. Sinceramente, aún no sé qué es peor, si recordar tu muerte o verla en una grabación. No obstante, Seis... Creía que sabía lo que le ocurrió. Berto me dijo que los gusanos lo habían descuartizado.

Berto me dijo que los gusanos me habían descuartizado.

Berto ha demostrado sobradamente que no puedo confiar en él en lo que se refiere a mis muertes.

Ahora me surge la duda, ¿también abandonaría a Seis en los túneles y él simplemente no consiguió salir de ellos? Me prometo que, si alguna vez se me presenta la oportunidad de preguntárselo, le arrancaré la verdad.

Aunque acabe muerto.

Estoy dándole vueltas a esa idea cuando se abre una ventana de conversación en mi ocular.

**<Mickey8>**: ¿In\*\*stan\* cl\*ro?

Me vuelvo para mirar a Ocho.

—No me jodas. ¿Otra vez?

**<Mickey8>**: ¿G\*e\*o? ¿R\*\*ndir?

Me incorporo.

—¿Qué haces, Ocho?

—¿Yo? ¿Qué haces tú? ¿Qué es ese galimatías?

Niego con la cabeza.

—No soy yo. Creía que estabas escribiendo en sueños.

La expresión de fastidio de su cara se torna una de desconcierto.

—¿Escribiendo en sueños? ¿Eso es posible?

—Supongo, ¿no?

**<Mickey8>**: ¿Ent\*en\*\*s? ¿Gus\*\*o?

Cierro la pantalla con un parpadeo.

—Si no eres tú ni soy yo, ¿quién es?

Ocho se encoge de hombros.

—Es evidente que se trata de un fallo técnico. Es una anomalía que haya dos nodos separados en el sistema con usuarios idénticos. Debe de haber alguna case de realimentación entre nosotros.

—Venga ya. Eso te lo acabas de inventar. Tú sabes tanto como yo sobre la red, y yo no tengo ni idea de si lo que dices es siquiera posible.

—Te diré qué haremos. Cuando Marshall te tire al pozo de los cadáveres, intentaré convencerle para que me deje vivir un rato más y así comprobaré si continúa ocurriendo. Será un experimento interesante.

Suspiro.

—Gracias, Ocho. Eres un verdadero amigo.

A estas alturas debes de tener la impresión de que todos los intentos de fundar una colonia han fracasado estrepitosamente. Nada más lejos de la realidad, obviamente. Yo he hecho hincapié en los fracasos porque son lo que ha ocupado mi mente casi desde el mismo momento en que entramos en la órbita de Niflheim. Pero ha habido miles de colonias que han prosperado. Por ejemplo, el planeta de Bergen.

El planeta de Bergen era una selva de polo a polo cuando la primera nave colonizadora holló su superficie. Tenía dos continentes, uno enorme y otro pequeño, que se extendían a ambos lados del ecuador en lados opuestos del planeta, bañados por unos océanos de aguas calientes salpicados por miles de islas selváticas. Su atmósfera era rica en oxígeno y estaba cargada de dióxido de carbono, y su biosfera podría describirse como demencial. No había criaturas sentientes ni nada alarmanamente grande, pero los animales que lo habitaban eran veloces y fuertes y tenían muy mal genio; los árboles tenían la capacidad de moverse parcialmente y eran carnívoros; y la microbiota tenía una capacidad de adaptación impresionante, era infecciosa y omnipresente. El comandante de la nave envió una pequeña partida de exploradores desde la órbita solo para hacerse una idea del terreno.

A pesar de los trajes acorazados y las armas, no duraron ni un día.

La hostilidad del lugar puso en un aprieto a la Comandancia del planeta de Bergen. Como ya he mencionado, las naves colonizadores no pueden coger los bártulos así como así y largarse a otra parte una vez que han llegado a su destino. De manera que hicieron lo que pudieron.

En primer lugar esterilizaron el continente pequeño. Quemaron todo hasta que solo quedó la roca maciza.

Ahora es un sitio precioso, casi un paraíso, según he leído.

Por lo tanto, no es verdad que siempre que llegamos a un planeta nuevo acabamos muriendo.

Es decir, casi siempre muere alguien.

Pero a nosotros no tiene por qué pasarnos lo mismo.

Ya es casi mediodía cuando la puerta vuelve a abrirse. El segurata es otro, un tipo más grande, con la piel oscura y la cabeza afeitada. Se llama Tonio y estoy seguro de que es el que me redujo con su táser en la cafetería hace dos días.

—En pie —espeta—. Vamos.

—¿Cuál de los dos? —pregunta Ocho.

—Los dos.

Miro a Ocho, que se encoge de hombros. Nos ponemos en pie y salimos.

Es curioso cómo actúan las expectativas. Hace cuatro horas me habían dejado en la celda convencido de que iba a terminar en la recicladora. La verdad es que no estaba asustado, porque sabía lo que iba a pasar y que no podía hacer nada para evitarlo, y eso da cierta paz.

Esta vez, sin embargo, salgo de la celda dando por sentado que nos dirigimos al despacho de Marshall para hablar sobre los gusanos. Pero no es así. Dejamos atrás ese pasillo y continuamos caminando. Me da un vuelco el corazón y se me hace un doloroso nudo en el estómago.

Esta vez vamos de verdad a la recicladora.

Marshall está esperándonos allí cuando llegamos, junto a Nasha, Cat y otros dos seguratas. Estos empuñan burners.

El pozo de los cadáveres está abierto y unos diminutos destellos danzan sobre su superficie.

—Bueno, antes de empezar me gustaría hacerles unas preguntas —dice Marshall.

—Oh, por el amor de Dios —murmura Ocho.

Marshall entorna los ojos.

—¿Perdón?

—Mire —dice Ocho—. Yo le conozco, Marshall. He estado muriendo por usted durante los últimos nueve años. Dejando de lado eso, podría decirse que es un tipo decente. Casi siempre parece que tenga un palo metido en el culo, pero no es el villano de una serie de televisión, y no entiendo por qué ahora se esfuerza en aparentarlo. No quiere tener múltiples sueltos en su colonia. Vale, perfecto. Mate a uno de nosotros y arrójelo al pozo. Problema resuelto. O mátenos a los dos y saque uno nuevo del tanque si eso es lo que quiere hacer. Pero hágalo de una vez y deje de marear la perdiz.

—Bueno —dice Marshall—. Solo para que quede claro. Si los dos acaban en el pozo hoy no habrá otro Mickey Barnes. Se borrará su personalidad del servidor, así como la plantilla de su cuerpo. No se está considerando enviarle al tanque, Barnes, sino una pena de muerte.

Ocho niega con la cabeza.

—Tonterías. Solo quedan ciento setenta y siete personas en esta colonia y nos enfrentamos a una posibilidad real de guerra. No me creo que vaya a deshacerse de su único Prescindible.

—Tiene razón —responde Marshall, y sus labios esbozan una sonrisa tensa—. Pero lo que no sabe es que usted no es la única persona en esta colonia que está dispuesta a cumplir el papel de Prescindible. De hecho, la cabo Chen ha tenido la cortesía de ofrecerse voluntaria para sustituirlo en el caso de que sea necesario.

Ocho abre la boca, la cierra y vuelve a abrirla, todo ello sin hablar. Yo miro a Cat y a sus colegas de Seguridad. Los otros dos me observan acariciando el gatillo de sus burners, pero Cat mantiene los ojos clavados en el suelo.

—¿Cat?

—Lo siento —dice sin levantar la cabeza—. No es nada personal, Mickey. Es por el bien de la colonia.

Suelto una carcajada breve y áspera.

—Por el bien de la colonia. Vale. Era esto lo que te rondaba la cabeza la otra noche, ¿verdad? ¿Crees que soy inmortal? Supongo que ahora tienes tu respuesta.

Cat me mira a los ojos. La angustia que veo en su rostro diluye la ira que expresa el mío.

—Por favor, Mickey. Yo no quería que esto pasara.

—Tú has hecho que esto pase, Cat.

Una lágrima brota en la comisura de su ojo y desciende por su mejilla.

—Lo siento. Yo...

—Cierra el pico —espetea Nasha—. Te lo digo en serio, Chen. Cierra el puto pico.

—¡Basta! —brama Marshall—. Es absurdo que actúe como si esto fuera alguna clase de traición, Barnes. Según tengo entendido, Chen descubrió su situación a partir de sus acciones, no de las de ella. Una vez confirmada su sospecha, estaba obligada a informar a Comandancia. De no haberlo hecho, ahora estaría al lado de ustedes, esperando su turno para ser lanzada al pozo. Es más, su decisión de ofrecerse voluntaria para sustituirlo no guarda relación alguna con lo que pase con usted al final. Si decido deshacerme de usted, encontraremos un voluntario para reemplazarlo o seleccionaremos a alguien. —Hace una pausa para que sus palabras calen antes de continuar—: Lo más

importante ahora mismo, sin embargo, es que todavía tienen una oportunidad para evitar que eso pase.

Se hace el silencio. Detrás de nosotros, uno de los seguratas vuelve a poner el seguro de su burner con un sonoro clic.

Ocho es el primero en hablar.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Nada extraordinario —responde Marshall—. Lo único que les pido para que no les arroje a ese agujero es que hagan su trabajo. Tengo una misión para ustedes.

Pongo los ojos en blanco.

—Supongo que es una misión en la que los dos acabamos muertos.

Marshall se vuelve hacia mí y su sonrisa se torna una mueca de suficiencia.

—¿Quiere que le lea la descripción de su puesto de trabajo, señor Barnes?

Suspiro.

—Hable.

Y Marshall habla.



La antimateria, en el caso de que estés preguntándotelo, es una cosa tremenda.

Cuando no se la molesta, básicamente se comporta como la materia normal. Si se hubiera creado un pelín más de antimateria durante el *Big Bang* y un pelín menos de materia, ahora mismo podríamos tener un universo funcional de antimateria. Sin embargo no fue así. Por eso tenemos un universo de materia, y cuando la antimateria entra en juego ocurren cosas malas. No es del todo verdad que se produce una conversión de la masa en energía pura cuando la materia y la antimateria interactúan. Dependiendo de la clase de partículas que intervienen, el estado de sus respectivas energías en el momento en que se encuentran y el medio en el que están, puedes obtener desde un haz de rayos gamma hasta un torrente de partículas subatómicas que rebotan a una velocidad que es una fracción nada despreciable de la velocidad de la luz.

Como tanto Uno como Dos habrían estado encantados de contarte, siendo un organismo vivo preferirías estar alejado de todo eso.

La antimateria se descubrió en la antigua Tierra, antes de la Diáspora, y bastante antes de que la *Ching Shih* fuera un boceto en el AutoCAD de algún ingeniero. No obstante, durante mucho tiempo fue poco más que una curiosidad. No averiguaron cómo sintetizarla y contenerla en cantidades importantes hasta poco antes de la huida. De hecho, la mayoría de la gente defenderá que el proceso Chugunkin fue el avance que condujo directamente a la Diáspora.

En parte porque la antimateria es absolutamente esencial en los viajes interestelares. Ninguna otra cosa descubierta a día de hoy por nuestros físicos

contiene suficiente energía en una forma relativamente compacta para alcanzar las velocidades que necesitamos para cruzar los abismos que separan las estrellas. Aun así, aunque eso no fuera verdad (por ejemplo, si alguna de las ideas de propulsión sin reacción con las que se experimentaba antes de que Chugunkin apareciera con su descubrimiento hubiera tenido éxito), parece bastante probable que la Diáspora no se habría producido sin la capacidad de generar antimateria en grandes cantidades.

Ya debería haber quedado claro que enviar una expedición colonizadora es, en muchos aspectos, un acto desesperado. Es caro y hay muchas probabilidades de que fracase, e incluso en el caso de que salga bien, el lugar al que vas seguramente será mucho peor que el lugar del que vienes durante al menos un puñado de generaciones. Por lo tanto, solo te embarcarás en una empresa así para dirigirte hacia un futuro prometedor o para huir de un presente verdaderamente aterrador. Los antiguos habitantes de la Micronesia, por ejemplo, huían del agotamiento de los recursos y del hambre.

Nosotros huimos de la Guerra de las Burbujas.

Es una perogrullada que todos los avances tecnológicos en la historia de la humanidad se aplican en un primer momento en interés del desarrollo del deseo sexual. ¿La imprenta? Algunas Biblias, pero sobre todo porno. ¿Los antibióticos? Son perfectos para tratar las enfermedades de transmisión sexual. ¿El ocular? No me pidas que te cuente qué fue lo primero que se hizo con ellos cuando se inventaron. Sin embargo, la producción de antimateria a gran escala no sigue ese patrón. No hay nada ni remotamente sexy en una nube de velocísimos quarks y gluones que se expande rápidamente.

El segundo ámbito en el que se aplican las novedades tecnológicas es, por supuesto, la guerra.

En ese campo, la antimateria se reveló atrozmente útil.

En honor a la verdad hay que señalar que nuestros antepasados dedicaron unos diez segundos a pensar en cómo podría usarse la antimateria para producir energía y propulsar naves espaciales antes de centrarse en investigar cómo emplearla para convertir a sus hermanos humanos en polvo radioactivo. No obstante, supongo que la razón principal para ello fue que hasta la invención de la burbuja del monopolio magnético no existió una manera práctica de utilizar la antimateria como un instrumento para el genocidio. Por ejemplo, no se puede fabricar una bomba de antimateria como se fabrica una bomba termonuclear. El núcleo de antimateria debe permanecer completamente aislado para evitar cualquier contacto con la materia hasta el momento justo en que debe cumplir su función, y es bastante complicado

mantener aislado un toroide magnético de cinco toneladas y la cámara de vacío que lo contiene.

La burbuja de monopolo magnético solucionó ese problema de raíz. Como Jemma me explicó, cada una de esas burbujas es una especie de nudo espaciotemporal cuyo interior y cuyo exterior coexisten en universos separados. Si eres capaz de envolver en una de esas burbujas un poquito de antimateria, conseguirás tener un montón de energía potencial almacenada en un contenedor compacto y cuya manipulación es relativamente segura. Así almacenaba su combustible la *Drakkar*. Cuando la nave aceleraba, un chorro constante de burbujas de monopolo llenas de antimateria pasaba del contenedor a la cámara de reacción, donde se mezclaban con burbujas de polaridad opuesta llenas de materia.

Luego, dos más dos, las burbujas estallaban. Se producía la aniquilación y nosotros nos movíamos.

Es probable que ya te hayas dado cuenta de a dónde lleva eso.

En el fondo, la bomba de burbujas es una cosa muy sencilla. Solo hay que meter un montón de burbujas llenas de antimateria en algún tipo de artefacto que se pueda lanzar. Cuando el recipiente explota sobre el objetivo, las burbujas se dispersan con el viento y se alejan unas de otras por el fenómeno de repulsión magnética, y, transcurrido un tiempo fijado de antemano, estallan.

Dependiendo de la extensión que les permitas dispersarse y del tipo concreto de antimateria con el que hayas llenado las burbujas, el resultado puede ir desde una explosión que haga un agujero en la estratosfera hasta una lluvia de radiación dura y partículas cuánticas que mate a todos los organismos vivos de virus para arriba que se encuentren en la zona bombardeada. Sin embargo, los edificios y otras infraestructuras quedan intactos.

Ese detalle fue el que llamó la atención de los planificadores de guerras terrícolas. Hacía mucho tiempo que disponían de armas termonucleares, pero no habían descubierto la manera de utilizarlas para otra cosa que no fuera un suicidio apocalíptico pactado. El problema era que, si alguna vez las utilizabas en un número suficiente para asestar un ataque definitivo a tu enemigo, las consecuencias ambientales (en forma de lluvia radioactiva, basura lanzada a la estratosfera, contaminación persistente por radiación y un largo etcétera) eran devastadoras, no solo en el territorio de tu víctima sino también en el del vecino, en el del vecino del vecino, en el del vecino del vecino del vecino, y así hasta probablemente llegar a tu propia casa. Y eso sin

tener en cuenta que tu enemigo contase también con su propio arsenal nuclear para contraatacar, lo cual deberíamos dar por hecho, ya que de lo contrario seguramente no habrías contemplado la posibilidad de embarcarte en una escalada de violencia de esas características.

La bomba de burbujas resolvió ese problema. Estructurada y empleada correctamente, permitía esterilizar vastas zonas del territorio enemigo sin apenas efectos secundarios duraderos. Era posible fabricar bombas lo suficientemente pequeñas y ligeras para que el enemigo no se enterara de que se las habías lanzado hasta que ya estaba muerto. Podías matar a todas las personas y a todos los seres vivos y al día siguiente, si querías, entrar sin miedo en el territorio bombardeado. Ni siquiera tenías que preocuparte por el hedor de los cadáveres, ya que no quedaban vivas las bacterias que podrían causar su putrefacción. Desde el punto de vista de quien consagra su vida a la guerra era el arma perfecta.

Desde el punto de vista de un verdadero ser humano era una pesadilla.

Hay que poner en contexto el momento que se vivía entonces en la Tierra, y ese no era otro que una crisis medioambiental. La densidad de la población era cien veces mayor que la de Edén actualmente, que es alrededor de mil veces mayor que la densidad media de la Diáspora, y su industria y su agricultura eran muchísimo menos eficientes y productivas que las nuestras. Como consecuencia, podría decirse que los terrícolas estaban ahogándose en sus propios excrementos. En un periodo de un par de siglos habían alterado la composición química de la atmósfera hasta el punto de que algunas zonas del planeta que habían estado densamente pobladas rápidamente se volvieron inhabitables, y los problemas de distribución de alimentos y agua eran gravísimos. A esto súmalo la profunda fractura política (había alrededor de doscientas entidades políticas independientes que reclamaban la soberanía sobre alguna parte del planeta), luego añádele la aparición inesperada de un arma que permitía a una de esas entidades exterminar a la población de otra y seguidamente ocupar su territorio vacío. Lo que obtienes evidentemente es una situación desesperada.

Probablemente las crónicas de la Guerra de las Burbujas no sean especialmente fidedignas, ya que la mayoría fueron escritas por los pueblos que atacaron primero y, por lo tanto, sobrevivieron, pero hay algunos datos incontrovertibles. Sabemos, por ejemplo, que la guerra duró menos de tres semanas y que solo participaron en ella alrededor de media docena de esas entidades políticas independientes. Solo terminó cuando se agotaron las existencias de antimateria.

Y lo más importante de todo es que murió más o menos la mitad de la población de la Tierra, que en aquel momento representaba toda la humanidad.

La mayor parte de los historiadores consideran que el lanzamiento de la *Ching Shih*, que se produjo veinte años después de la guerra, fue una reacción directa a la Guerra de las Burbujas. ¿Qué otra cosa explicaría la Diáspora? ¿Qué otra cosa explicaría que abandonáramos el único planeta en el que el ser humano había evolucionado y habitado de manera natural, el único que no requería terraformación, inoculaciones o guerras con seres sentientes nativos, como... bueno, como en lugares como Niflheim? Aquellos antepasados nuestros se dieron cuenta de que si toda la humanidad se concentraba en un solo lugar acabaríamos matándonos unos a otros... y no se equivocaban. Nadie ha tenido noticias de la antigua Tierra en más de seiscientos años.

La dispersión era nuestra única esperanza de supervivencia a largo plazo.

También comprendieron que la Diáspora sería en vano si no dejaban atrás las armas de antimateria. Condenamos al ostracismo a la antigua Tierra desde los albores de la Unión, y ahora mismo ni siquiera sabemos si queda alguien vivo en nuestro planeta de origen. Nos gusta pensar que no somos como ellos, que somos unos seres humanos más desarrollados o evolucionados o alguna chorrada por el estilo.

Pero eso no es verdad. En el fondo, la gente de la Unión es igual que la de la Tierra. Aún discutimos entre nosotros. A veces nos peleamos.

Sin embargo, no utilizamos la antimateria en nuestras guerras. Esa es la única regla (más arraigada en nuestra mentalidad incluso que el veto a los múltiples) que todos los planetas que conforman la Unión respeta.

Esa es la única regla cuya transgresión, si te descubre uno de tus planetas vecinos, te convierte en el blanco de *La bala*.



—Es aquí, ¿verdad? —pregunta Berto desde la cabina.

La puerta de la bodega se abre y miro abajo. Estamos sobrevolando una grieta. Se parece mucho a todas las grietas que hay en este lugar dejado de la mano de Dios. ¿Esta es en la que caí?

—Es posible —respondo—. Quién sabe.

—Interpretaré eso como un sí.

El cabrestante suelta dos metros de cable. Ocho se cuelga la mochila a la espalda y se engancha al cable.

—Nos vemos abajo —se despide, y salta al vacío.

Me cuelgo mi mochila mientras el cabrestante va soltando cable. Pesa menos de lo que esperaba. Cuesta creer que dentro hay la carga destructora necesaria para esterilizar una ciudad.

El cabrestante empieza a recoger cable. Sin embargo, cuando aparece el extremo me entran las dudas.

—Oye, Berto. Antes de marcharme, te agradecería inmensamente que me aclararas una cosa. ¿Qué le pasó en realidad a Seis?

Berto suspira.

—Los gusanos lo capturaron, Mickey. Te lo dije la primera vez que me lo preguntaste nada más salir del tanque.

—Creo que no fue eso lo que me dijiste —replico—. Me contaste que los gusanos me comieron.

—No te dije que se lo comieran —insiste Berto—. Dije que lo capturaron. Eso de que se lo comieron lo has deducido tú. Estaba trabajando en otra grieta, no muy lejos de aquí. Salieron de la nieve, como te conté. Pero no lo

descuartizaron, sino que se lo llevaron por un agujero. Quince minutos después perdí la señal. Durante los primeros diez minutos no oí más que incoherencias. Me dio la impresión de que...

—¿De qué?

—De que le hacían lo mismo que le hemos hecho nosotros a ese gusano que trajisteis —dice Berto—. Creo que lo abrían para estudiar su funcionamiento.

—¿Crees que le arrancaron el ocular? —digo—. O sea, ¿que me lo arrancaron?

—Es posible. Aunque no podían hacer nada con él.

Hasta hace dos días habría estado de acuerdo con Berto. Ahora, sin embargo...

—Me mentiste —insisto—. Mentiste a Comandancia. Tú supiste que los gusanos eran criaturas sentientes antes que yo. Podrían tirarte a la recicladora por esto, Berto. ¿En qué demonios estabas pensando?

No me responde. Espero durante diez largos segundos y luego niego con la cabeza y agarro el cable.

—Tuve miedo —confiesa finalmente Berto.

Me vuelvo hacia él, pero evita mirarme a los ojos.

—¿Miedo de qué? Hasta que falsificaste los informes no habías hecho nada incorrecto. Lo que me pasó no fue culpa tuya.

—Me daba miedo Comandancia. Me daban miedo esos gusanos. Tal vez podría haberte rescatado. Tal vez podría haberte sacado de aquel agujero. Tal vez incluso podría haber salvado a Seis si hubiera aterrizado rápidamente y hubiera sacado un acelerador. Pero no lo hice. No lo hice porque estaba asustado.

Y de repente todo cobra sentido.

—Eres Berto Gomez —digo—. Eres el tío que pasa con un flitter por un agujero de tres metros de diámetro a doscientos metros por segundo. No te asusta nada.

Berto suspira y asiente con la cabeza.

—Te arriesgaste a terminar en la recicladora porque eras incapaz de reconocer, a mí, a Marshall, a ti mismo... No podías permitir que nadie se enterara de que había algo que te asustaba.

Berto vuelve a concentrarse en los mandos de la nave.

—Ocho está esperándote, Mickey.

—¿Sabes? Si alguna parte de mí acaba llegando a Nueve, lo primer que haré al salir del tanque será darte una paliza.

Berto no dice nada.  
Me engancho al cable y salto.

—Bueno —dice Ocho cuando me desengancho del cable al llegar abajo—. ¿Es aquí?

Miro alrededor. El fondo de la grieta mide unos seis metros de ancho. Unas paredes de hielo de treinta metros de altura se levantan a ambos lados, y de una de ellas, a media altura, sobresale una roca que parece la cabeza de un mono.

—Sí, creo que sí —respondo—. Aunque supongo que en el fondo da igual. Estoy casi seguro de que toda esta zona está conectada mediante túneles. Si no es este lugar exacto donde caí la última vez, solo tenemos que encontrar otra entrada a las galerías.

El cable desaparece y unos segundos después oímos el zumbido de la gravedad cuando Berto acelera para marcharse. Ocho y yo nos ponemos en marcha. Nada más dejar atrás la roca veo el borde del agujero. Según parece, no ha nevado lo suficiente estos últimos días para taparlo.

—Es ahí —digo—. Ahí es donde me caí.

Nos acercamos al borde del agujero y contemplo el túnel casi vertical de poco más de un metro de diámetro con las paredes de roca.

—Yo creo que podemos bajarlo —dice Ocho.

—Ocho, no deberíamos hacer esto.

Ocho se vuelve hacia mí.

—¿Crees que hay una manera más fácil de entrar?

—No —digo—. No me refiero a eso. Quiero decir que no deberíamos hacer esto.

—Yo creo que sí.

—Los gusanos son seres sentientes —digo. Me señalo la mochila que llevo a la espalda con el dedo pulgar—. Y esto es un crimen de guerra. Si Midgard se entera, nos convertiremos en el nuevo Gault.

Cada uno lleva en su mochila una bomba de burbujas en miniatura, cincuenta pepitas de antimateria tomada de lo que queda en los depósitos de combustible de la *Drakkar*, aisladas en burbujas de monopolio magnético. Cuando las soltemos, se dispersarán por el aire como fuego fatuo.

En un momento dado las burbujas estallarán.

Se me pone la carne de gallina al pensar en lo que llevo a la espalda.

—Ya sé que son seres sentientes —dice Ocho—. Por eso tenemos que hacerlo. Además, solo es un crimen de guerra si se utilizan contra otros seres

humanos. Las expediciones cabeza de puente tienen barra libre. Nuestros expertos en terraformación han esterilizado continentes enteros cuando hemos necesitado espacio. Ya lo sabes. —Se sienta en el borde del agujero y se inclina hacia delante—. Échame una mano. El primer saliente está un poco lejos.

—Uno de ellos me salvó —confieso.

—¿Cómo? —exclama Ocho mirándome.

—Hace cuatro días, cuando me perdí en los túneles y Berto me dio por muerto. Uno de los gusanos me salvó. Me recogió, me llevó casi hasta la misma cúpula y me soltó.

—Entonces... ¿Estás diciendo que todo esto que nos está pasando es culpa suya?

Vale, supongo que es una manera legítima de ver las cosas.

—En cualquier caso —continúa Ocho—, eso da igual. Ya oíste a Marshall. Si no lo hacemos, nos arrojará a la recicladora y no regresaremos. Borrará nuestra personalidad del servidor y la maldita Chen nos sustituirá. —Se echa un poco hacia delante y vuelve a mirar abajo—. Creo que puedo solo. —Apoya una mano en cada lado de la boca del agujero, se impulsa y deja que sus piernas cuelguen en el aire—. Nos vemos abajo.

Ocho desciende por el agujero y desaparece.

Yo me quedo mirando el túnel durante unos largos segundos. Nada me impide largarme de allí. Podría caminar sin rumbo por la nieve, hacer saltar los cierres de mi reciclador de aire y acabar de una vez para siempre con esto.

Pero eso no cambiaría nada, ¿no? Enviarían a Berto y a Nasha a buscar mi cuerpo, recuperarían la mochila y enviarían a Nueve a los túneles, eso si Ocho no hubiera hecho ya el trabajo.

Recibo un mensaje en el ocular.

**<Mickey8>**: Vamos, Siete. Tenemos trabajo.

Suspiro, tenso las correas de la mochila y lo sigo por el agujero.

—Lo mejor sería que nos separáramos —sugiere Ocho—. Nos alejaremos todo lo que podamos el uno del otro y haremos detonar las bombas a la vez. Así abarcaremos más terreno y no tendremos que preocuparnos de que la explosión de una obstaculice la dispersión de la otra.

—Ocho... —empiezo a decir, pero Ocho sacude la cabeza para interrumpirme.

—No, no quiero oírlo. Mantén abierto el canal de voz y avísame cuando estés listo. Y si te encuentras con tu amigo del otro día... —Mira a otro lado —. Dile que lo sentimos.

Me quedo mirando la mancha de calor hasta que desaparece por uno de los túneles. A lo mejor espero que regrese. Pero no lo hace. Finalmente elijo un túnel, me ciño las correas de la mochila a los hombros y echo a andar.

—¿Estás ahí, Siete?

—Sí, estoy aquí.

—¿Ves algo? Estos túneles parecen vacíos.

—No veo nada, pero he oído ruidos de vez en cuando.

—Sí, yo también —dice Ocho—. Como si arañaran las paredes de roca, ¿verdad?

—Sí. Supongo que son nuestros amigos.

—¿Crees que saben que estamos aquí?

Pongo los ojos en blanco aunque Ocho no puede verme.

—Estamos en su casa, Ocho. ¿Cuánto tardaríamos nosotros en enterarnos de que uno de ellos ha entrado en la cúpula?

El silencio se alarga, hasta que empiezo a preguntarme si Ocho ha cortado la comunicación.

—Creo que saben para qué hemos venido.

Diez minutos después estoy parado delante de una intersección, intentando decidir si seguir por el túnel que asciende con una pendiente pronunciada o por el que baja en espiral, cuando se enciende una señal luminosa en mi ocular y aparece una fotografía en la esquina superior izquierda de mi campo visual. Es un plano cenital de una cueva ancha y profunda.

Está infestada de gusanos.

Son ejemplares pequeños, como los que mataron a Dugan e irrumpieron por el suelo de la esclusa principal de la cúpula.

Debe de haber miles.

Decenas de miles.

—¡Siete! ¿Estás viendo eso?

—Sí —respondo—. Oye, Ocho... —Dejo la frase a medias. ¿Qué quiero decirle? Me viene a la mente el recuerdo de la araña que liberé en el jardín de mi abuela de niño. Si hubiera vuelto a entrar en casa, ¿la habría salvado otra vez o la habría aplastado para librarme de ella para siempre?

¿Y si hubiera encontrado un nido de arañas delante de la casa de mi abuela, con centenares de crías, y hubiera pensado que querían colonizar el jardín?

—¿Ocho?

Ocho no responde.

—¿Estás ahí, Ocho?

Entra en mi caché una nueva imagen. Está tan borrosa que me cuesta interpretarla. Supongo que casi nadie sabría lo que está mirando si la viera. Pero yo reconozco lo que muestra; son las fauces y las patas de un gusano gigante vistas desde no más de un par de metros.

En ese momento comprendo que Ocho está muerto.

¿Y ahora qué? No tengo ni idea de dónde estaba ni de dónde se encuentra esa guardería de gusanos.

No tengo ni idea de si tuvo tiempo para hacer detonar la bomba antes de morir.

Estos túneles son un laberinto tenebroso. Ocho podría haber muerto a kilómetros de aquí o en la siguiente curva.

Podría intentar buscarlo.

O podría hacer detonar la bomba y poner fin a esto.

Cierro los ojos y muevo la mano hacia el cordón del detonador, pero me entran las dudas.

Veo delante de mí la hoguera que arde como si el tiempo corriera hacia atrás, absorbiendo el humo y convirtiendo la ceniza en troncos.

Veo la oruga, pero no sonrío. Tiene los ojos entrecerrados y su boca es una línea fina y severa.

Se abre una ventana de conversación en mi campo visual.

**<Mickey8>**: ¿Entiend\*s?

Abro los ojos.

Algo se mueve en la oscuridad.

Algo que ocupa casi todo el túnel.

Parpadeo, me paso la lengua por los dientes y trago saliva. Mi mano acaricia el cordón del detonador.

**<Mickey8>**: ¿Entiendes?

**<Mickey8>**: Sí, entiendo.

**<Mickey8>**: ¿Eres jefe?

Vale, esto no lo comprendo. El gusano se acerca un poco más. Tiene los dos pares de mandíbulas extendidos. Imagino que es una postura amenazante. Retrocedo sin pensarlo y mi mano se cierra alrededor del cordón.

**<Mickey8>**: ¿Eres jefe?

Niego con la cabeza. Idiota. Aunque esta criatura comprendiera el lenguaje no verbal humano, probablemente no tiene ojos.

**<Mickey8>**: Hemos destruido a tu auxiliar. ¿Eres el jefe?

¿Jefe? ¿Auxiliar?

Está hablando sobre Ocho.

Ahora sería un buen momento para tirar del cordón del detonador.

Podría hacerlo, pero no lo hago.

Respiro hondo y decido arriesgarme.

**<Mickey8>**: Sí, soy el jefe.

El gusano apoya la cabeza en el suelo del túnel y cierra las mandíbulas lentamente, primero las interiores y luego las exteriores.

**<Mickey8>**: Yo también soy el jefe. ¿Hablamos?

Y hablamos.



De los centenares de planetas que integran la Unión, solo en uno de ellos los humanos y los seres sentientes nativos han conseguido convivir. Se trata de un solitario planeta enano en la órbita de un gigante gaseoso que a su vez orbita alrededor de una estrella de clase M en el extremo del brazo de la espiral, a casi veinte años luz de la colonia más cercana. La misión que llevó al ser humano hasta allí es el salto más largo que hemos logrado dar con éxito. Bautizaron al planeta con el nombre de Larga Distancia.

Hay una larga historia detrás de este hito.

Los nativos de Larga Distancia son unos cefalópodos que viven en los árboles. He visto vídeos de esas criaturas volando de una rama a otra y cambiando de color en pleno vuelo para fundirse con las hojas de una manera tan alucinante que solo es posible distinguirlos mediante los infrarrojos. Su población se concentra en las tierras altas centrales del único continente del planeta. En el momento en que llegamos eran una especie científica y culturalmente avanzada, pero tecnológicamente estaban al nivel del ser humano antes del desarrollo de la agricultura. Mucho se ha especulado sobre el motivo. La teoría más plausible que he leído es que la única razón por la que los humanos acabamos desarrollando lanzas, viviendas, flitters y naves espaciales es que se nos daba fatal eso de ser animales normales.

A los nativos de Larga Distancia no se les daba fatal ser animales normales. Habían logrado un dominio absoluto del medio en el que vivían y no habían necesitado rifles para ello. No hicieron el menor caso a los colonizadores cuando aterrizaron porque la cabeza de puente se instaló en la costa, a cientos de kilómetros de las montañas. Y los colonizadores no

prestaron atención a los nativos porque estos eran tímidos, su población se concentraba en lugares muy concretos y eran casi invisibles. Así que durante los primeros veinte años no nos enteramos de que existían.

Las crónicas no dan muchas explicaciones de por qué este encuentro resultó ser tan diferente de los demás. Sin embargo, yo tengo una teoría: cuando finalmente se produjo el encuentro, los colonizadores estaban lo suficientemente asentados en el planeta como para dejar de tener miedo constantemente.

La clave es el tiempo.

Solo necesitamos tiempo.



Por segunda vez, por razones que todavía no comprendo y creo que nunca comprenderé, salgo vivo del laberinto de túneles de los gusanos y vuelvo a ver el bajo sol invernal.

Hace una mañana bonita para lo que es Niflheim. El cielo es de un claro color ocre con un débil tono azulado, y el sol confiere a la nieve que se extiende hasta la cúpula el aspecto de un campo de diamantes. Respiro hondo, me acomodo la mochila en la espalda y echo a andar.

Me hundo en la nieve hasta las rodillas e incluso hasta la cintura en algunos tramos. A pesar del reciclador de aire, no consigo absorber de la atmósfera de Niflheim todo el oxígeno que exigen mis músculos, así que dispongo de un montón de tiempo para especular sobre los escenarios más probables mientras recorro trabajosamente el kilómetro que me separa del perímetro de seguridad de la cúpula. Me planteo si avisarles de que estoy en camino. Incluso abro la ventana de conversación, pero entonces me digo que mejor que no, que Marshall podría sentirse tentado de detenerme. ¿Nasha o Berto estarían dispuestos a soltar una bomba de plasma encima de mí si él se lo ordenara?

Nasha se negaría a hacerlo, estoy seguro. Pero Berto...

En el caso de que lo hiciera, sinceramente, no tengo ni idea de qué pasaría con la carga letal que llevo a la espalda.

Lo mejor para todos será no averiguarlo.

Doy un pequeño rodeo según me acerco para pasar exactamente entre dos torres. Me gustaría llegar a la cúpula antes de que alguien salga a mi encuentro, pero, teniendo en cuenta que nos encontramos en alerta máxima

por temor a una incursión de los gusanos, supongo que no debo alimentar la esperanza de conseguirlo. Como no podía ser de otra manera, aún estoy a un centenar de metros del perímetro cuando las dos torres más próximas se activan. Continúo caminando mientras las luces destellan en torno a la base de las torres y los burners se despliegan en su parte superior y giran para apuntarme.

—No —digo por el canal de comunicación general al mismo tiempo que agarro el cordón del detonador con la mano derecha—. Por favor, preferiría no tener que tirar del cordón.

Los burners no se repliegan, pero tampoco disparan. Pasados unos treinta segundos, aunque a mí me parecen horas, la voz de Marshall me habla en el oído.

—Descuélguese la mochila, Barnes. Deposítela cuidadosamente en el suelo y aléjese de ella.

Me tiembla la mano con la que agarro el cordón y tengo que reprimir la risita nerviosa que empieza a formarse en mi garganta.

—No —respondo cuando recupero el control de mi voz—. No lo haré.

Se cierra el canal, esta vez durante casi un minuto. Cuando vuelve a abrirse, percibo la ira apenas reprimida en la voz de Marshall.

—¿Cuál de los dos es?

—Soy Siete, Mickey7.

—¿Dónde está Ocho?

—Muerto.

—¿Hizo detonar su bomba?

—No —respondo.

Vuelve a cerrarse el canal. Lanzo una mirada a las dos torres que están más cerca de mí y distingo un pálido destello rojo en el centro del cañón de los burners. Es la primera vez que los veo.

Supongo que eso es porque nunca antes había mirado de frente la boca del cañón de un burner listo para disparar.

¿Qué pasará si me dispara? Estoy seguro de que si fuera un burner de mano me daría tiempo a tirar del cordón antes de morir, incluso si me diera de lleno en la cara. Pero uno de estos...

Da igual. Aunque muriera de manera instantánea, seguramente mi brazo haría un espasmo. No pueden correr ese riesgo.

¿O sí?

Estoy considerando esa pregunta cuando se abre una ventana de conversación.

**<RedHawk>**: ¿Mickey? ¿Qué coño estás haciendo, tío?

Ah, bueno. Por lo menos Berto no está en la cabina de la aeronave, preparándose para bombardearme.

**<Mickey8>**: ¿Qué hay, Berto? ¿Te sorprende verme?

**<RedHawk>**: En serio, Mickey, ¿se te ha ido la pinza? ¿Qué quieres conseguir?

**<Mickey8>**: Dile a Marshall que salga. Tengo que hablar con él.

**<RedHawk>**: ...

**<Mickey8>**: No es broma, Berto. Dile que salga.

**<RedHawk>**: Vamos, Mickey. Sabes que no va a salir.

**<Mickey8>**: Va a salir, Berto.

**<RedHawk>**: Suelta la mochila, Mick. Eso que llevas... es un crimen de guerra. Si tiras de ese cordón matarás a todos los seres humanos que hay en este planeta. En el fondo no quieres hacerlo.

**<Mickey8>**: Sí, estoy casi seguro de que podría empezar con un «en el fondo no quiero hacerlo». En el fondo no quiero matarte. Bueno, en realidad sí que quiero. Pero no quiero matar a Nasha, ni a Cat, ni siquiera a ese gilipollas de Seguridad de Tonio. Tal vez no quiera matar a nadie salvo a ti. Lo que sí quiero es hablar con Marshall. Dile. Que. Salga.

La ventana se cierra y vuelvo a contemplar los burners instalados en las columnas.

Me dejan allí casi una hora, mirando el pálido destello rojo mientras el frío se filtra por las capas de mi ropa térmica, luego por la piel y los músculos y finalmente se mete en mis huesos. Voy a compartir contigo una verdad dura pero demostrada: si te quedas quieto el tiempo suficiente en un medio donde la temperatura está por debajo de cero, por muchas capas de ropa de alta tecnología capaces de retener el calor que lleves puestas acabarás sintiendo un frío insoportable y tiritando como un desgraciado. Pasados cuarenta minutos, lo único que deseaba era que se decidieran de una vez y me frieran con los burners para así por lo menos morir caliente.

Pero no lo hacen. Por el contrario, cuando ya casi he decidido tirar del cordón y acabar de una vez por todas con esta agonía, la esclusa secundaria de la cúpula se abre a unos doscientos metros de mí y Marshall sale caminando con paso resuelto.

O al menos me parece que es Marshall, ya que me cuesta distinguirlo debajo del reciclador de aire, las gafas y la media docena de capas de ropa para el frío que lo envuelven. Sin embargo, por la estatura juraría que es él. Lo acompañan dos gorilas de Seguridad enfundados en las armaduras de combate, así que eso confirma mis sospechas. Abro un canal de comunicación.

—¿A qué viene esa escolta, Marshall? Ya tiene dos cañones apuntándome. ¿En serio piensa que es necesaria tanta potencia de fuego?

—Los agentes de seguridad me acompañan porque tengo la firme convicción de que esto es una emboscada —responde Marshall.

Casi me da la risa.

—¿Una emboscada? ¿Preparada por quién?

—Estamos en guerra —dice Marshall—. Y por razones que escapan a mi comprensión, usted parece haberse alineado con el enemigo.

No tengo nada que decir a eso, así que guardo silencio y sigo tiritando mientras observo al comandante avanzando trabajosamente por la nieve en dirección a mí. Se detiene al llegar al perímetro, a unos diez metros de mí. Los seguratas se paran a medio paso de Marshall.

—¿Y bien? Ya me tiene aquí, Barnes. Haga lo que sea que ha venido a hacer.

Me pregunto qué espera que haga. Imagino que quizá espera que agite los brazos y dé la señal a los gusanos que están escondidos bajo la nieve para que salgan y se lo coman. Por un momento se me pasa por la cabeza gritar: «¡A por él!», solo para ver cómo reaccionaría, pero los seguratas que lo flanquean me apuntan con sus aceleradores y seguramente están nerviosos. No es momento para bromas.

—No he hecho detonar la bomba —digo.

—Ya me he dado cuenta —contesta Marshall—. ¿Y su... amigo?

—¿Se refiere a Ocho?

—Sí, a Ocho. ¿Él hizo detonar la bomba?

—No —respondo—, ya se lo he dicho. Murió antes de que pudiera hacerlo.

—Entiendo. ¿Y dónde está su mochila?

—Se la han quedado los gusanos.

El silencio que sigue se me hace eterno.

—¿Saben lo que hay dentro? —pregunta finalmente Marshall. Noto en su voz un temblor que antes no había.

—Sí —respondo.

—¿Cómo lo han averiguado?

—Porque yo se lo he dicho y les he explicado cómo hacer detonar la bomba.

Marshall se vuelve al gorila que tiene a su izquierda.

—Mátelo —ordena.

—¿Señor?

Es Cat. Debería haber reconocido su armadura. Marshall levanta una mano temblorosa para apuntarme con ella.

—Ese hombre ha traicionado a la colonia, cabo Chen. Ha traicionado a la Unión. A la humanidad. Ya no tengo ninguna duda de que el tiempo que nos queda en este planeta puede medirse en horas, en minutos tal vez, pero antes de que el contador llegue a cero quiero verlo muerto. Mátelo.

—No me parece buena idea —dice el segurata que está al otro lado de Marshall. Es Lucas, creo, aunque es difícil reconocer su voz por el canal de comunicación—. Lleva encima una bomba de burbujas.

—Escuche —digo—. No podía no decirles lo que tenían en su poder. De lo contrario, seguramente habrían intentado abrirlo para averiguar qué era el tictac que salía de dentro. Y entonces...

—Entonces este problema se habría resuelto solo —asevera Marshall.

—Siempre y cuando no lo hubieran hecho debajo de la cúpula —señala Cat—, que es lo que yo habría hecho en su lugar.

—Lo que usted habría hecho me trae sin cuidado —espeta Marshall—. Como me trae sin cuidado todo lo que la imaginación de Barnes haya concebido para tratar de justificar sus actos. Ese hombre ha conspirado con el enemigo en tiempos de guerra. No existe un crimen más grave.

—¿Y el genocidio? —inquiero—. Es un crimen bastante grave. No fue conspirar con el enemigo precisamente lo que nos obligó a abandonar la antigua Tierra, pero eso ya lo sabe. Además, no es por nada, pero no estamos en guerra.

Marshall gira sobre los talones para encararse conmigo.

—¡Esas criaturas han matado a cinco de mis hombres, maldito monstruo! ¡Qué demonios, pero si a usted lo han matado dos veces! Nosotros también hemos matado a unos cuantos de los suyos. Si no estamos en guerra, ¿cómo definiría nuestra situación?

Niego con la cabeza.

—Usted piensa como un ser humano. Los gusanos no lo ven así. No parecen conocer el concepto de la vida individual. Hasta donde yo sé, conforman una inteligencia comunitaria. No les importan los gusanos que

hemos matado ni tienen la menor idea de por qué nos preocupan las personas que se han llevado. La idea de que diseccionar a un puñado de auxiliares sería considerado una agresión escapa a su entendimiento. En lo que respecta a ellos, lo que hemos hecho hasta ahora es un simple intercambio de información.

—¿Auxiliares? —pregunta Cat.

—Sí —digo—. Es la mejor traducción que se me ocurre para designar a las criaturas pequeñas que hemos visto merodeando por los alrededores de la cúpula. Solo son partes de un todo, y por sí solos carecen de inteligencia. Suponen que la especie humana es igual.

—Genial —exclama Cat—. ¿Por lo menos les has sacado de ese error?

—Lo he intentado. Es sorprendente lo mucho que entienden de nuestro lenguaje teniendo en cuenta que todo lo que saben lo han aprendido figoneando en mi sistema de comunicación, pero no hay traducción que valga si los conceptos no existen. En cualquier caso, dicen que lo sienten.

Cat empieza a hablar, pero Marshall la interrumpe.

—¡Basta! Cállese, Chen, o le juro por Dios que la arrojaré al pozo con él.

—No voy a acabar en el pozo —digo.

—Oh, ya lo creo que sí. A menos que todos volemos por los aires antes, le aseguro que acabará en el pozo, y me trae sin cuidado si lo hace vivo o muerto. En algún momento tendrá que descolgarse esa mochila, Barnes, y en el mismo momento en que lo haga yo mismo le meteré una bala en la cabeza.

—No se lo tome como una crítica, señor —interviene Lucas—, pero no está dándole muchos incentivos para que no nos mate aquí y ahora.

Marshall fulmina con la mirada al segurata. Luego mira con sus ojos rebosantes de odio a Chen y finalmente a mí.

—No puede matarme por mucho que lo desee —digo—. Soy su único interlocutor con los gusanos y ahora ellos tienen la bomba de antimateria, como nosotros.

—Gracias a usted, Barnes. Gracias a usted. Ha firmado nuestra sentencia de muerte, maldito cabrón.

Niego con la cabeza.

—No fue idea mía enviar a sus túneles un arma de destrucción masiva. Tampoco es culpa mía que capturaran a Ocho antes de que pudiera hacer detonar la bomba. Usted es el único responsable de todo eso.

—Pero usted podría haber arreglado este desastre —grita Marshall—. Si hubiera hecho su maldito trabajo, esto no estaría pasando. Es un Prescindible, cobarde, y le dio miedo morir.

Suspiro y cierro lentamente los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, Cat y Lucas se han colgado los aceleradores del hombro.

—Es posible. A lo mejor no quería morir... O quizá no quería cargar con un genocidio en mi conciencia cuando lo hiciera. Entiendo que piense que debería haber tirado del cordón y exterminar a los gusanos, pero no lo he hecho y ahora tenemos que actuar en consecuencia. Hay otra especie inteligente en este planeta y acaba de entregarle una bomba de antimateria. Necesita con desesperación establecer relaciones diplomáticas con ellos y yo soy su único diplomático. ¿Cree que tal como están las cosas matarme es la solución más inteligente?

Marshall me mira durante treinta largos segundos. Le tiemblan las manos y veo la tensión en su mandíbula debajo del reciclador de aire. Sin embargo, no dice nada. Finalmente gira sobre los talones y enfila de regreso a la esclusa. Cat y Lucas lo observan sin moverse de su sitio.

—¿Y bien? —pregunto cuando la puerta de la esclusa se cierra detrás de él—. ¿Nosotros estamos en paz?

Cat lanza una mirada a Lucas, que se vuelve hacia la torre más próxima. La luz del burner se apaga y el cañón se repliega.

—Creo que sí —responde Cat—. Por ahora.

Cat se acerca a mí y me tiende una mano. Suelto el cordón de la bomba, le cojo la mano y tiro de ella para abrazarla.

—Lo siento —dice Cat, y distingo el llanto en su voz.

—Lo sé. No pasa nada, Cat. Solo has cumplido tu deber.

Nos quedamos callados unos segundos, hasta que Cat dice:

—Es raro abrazarse con la armadura puesta.

Tiene toda la razón del mundo. La suelto y los tres volvemos juntos a la cúpula.

Estoy de vuelta en mi cuarto, estirado en la cama, con los ojos cerrados y las manos enlazadas debajo de la cabeza, esperando a caer dormido, cuando finalmente me siento mal por la muerte de Ocho. Y eso no tiene ni pies ni cabeza por muchas razones. Es decir, incluso dejando de lado el hecho incuestionable de que él tenía que desaparecer para que yo pudiera quedarme, y el hecho de que era insoportable la mayor parte del tiempo y que en realidad solo tuve relación con él un par de días, en realidad no ha muerto del todo, ¿no? Al fin y al cabo, yo soy él y él era yo. Es como sentir pena por tu reflejo cuando se te rompe un espejo.

Qué más da. El caso es que, ya sea por él, por mí, o solo porque necesito liberar todo lo que ha estado acumulándose en mi interior desde que caí en aquel maldito agujero, en un lapso de cinco segundos paso de sentirme bien a llorar desconsoladamente.

Y así sigo un rato.

Lllaman a la puerta cuando ya estoy recuperándome.

—Adelante —digo. Me incorporo, apoyo los pies en el suelo y me limpio la cara con la camiseta. Cuando levanto la cabeza veo a Nasha cerrando la puerta a su espalda.

—Buenas —dice en voz baja. Bienvenido de nuevo.

—Gracias. —Me echo a un lado para dejarle sitio y ella se sienta a mi lado en la cama—. Lo siento, pero esta vez solo estoy yo.

Ella se ríe, me pasa un brazo sobre los hombros y apoya la cabeza contra la mía.

—¿Ocho... sufrió?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Nos separamos. Él encontró... Creo que era un nido. Miles de gusanos se retorcían amontonados en una enorme cueva abovedada. Estaba enviándome fotos cuando se cortó la señal. —Noto en mi cuerpo el estremecimiento de Nasha—. En cualquier caso debió ser rápido. Tenía la orden de hacer detonar la bomba, así que lo que quiera que le ocurriera tuvo que ser repentino.

En realidad no lo sé, naturalmente. Después de todo, él era yo. Quizá en el último momento se arrepintió. A lo mejor tuvo la ocasión de tirar del cordón y decidió no hacerlo.

Nasha sorbe por la nariz y luego ríe.

—Lo siento —dice—. Ahora mismo no sé cómo sentirme.

Le rodeo la cintura con un brazo. Ella suspira, se inclina hacia mí y me empuja contra la cama.

—¿Sabes? Marshall me pidió que saliera a bombardear a tus amigos.

—Vaya —digo cerrando los ojos—. ¿Y qué le dijiste?

Nasha vuelve a reír suavemente y pone una pierna encima de la mía.

—Le dije que, si era verdad lo que tú nos habías contado, los gusanos estarían a más de cien metros de profundidad, y en nuestro arsenal no disponemos de ninguna bomba lo suficientemente potente para hacerles cosquillas siquiera con tanta roca de por medio. Como mucho podríamos aspirar a enfurecerlos, y ahora mismo eso parece muy mala idea.

—Has hecho lo correcto. ¿Cómo se lo tomó él?

Desliza los dedos por mi torso, envuelve mi cara con sus manos y me levanta la cabeza para besarme.

—Como imaginas.

Separa la cara de la mía y me acaricia la mejilla.

—¿Es verdad?

Le beso la mano y vuelvo a ponérsela en mi pecho.

—¿El qué?

—Lo que nos has contado sobre los gusanos. ¿Van a dejarnos en paz?

Me encojo de hombros.

—Creo que sí. Aunque la verdad es que no sé hasta qué punto el uno entendía lo que decía el otro cuando hablamos. Me dijeron que nos dejarían tranquilos siempre y cuando no nos acercáramos a los túneles y no nos pusiéramos a construir en las estribaciones que hay al sur de la cúpula. ¿Saben siquiera lo que es la cúpula? Ni idea. ¿Les quedó absolutamente claro que dejarnos en paz significa que no capturarán de vez en cuando a una persona y la abrirán en canal? Quién sabe.

—¡Olé, menudo negociador estás hecho!

—Lo siento. Hice lo que pude.

Nasha se incorpora de lado con la cabeza apoyada en una mano y me besa en la mejilla. Luego vuelve a pasar mi brazo alrededor de su cintura y apoya la cabeza en el hueco que queda entre mi hombro y mi cuello.

—Lo sé, cielo. —Suspira y me aprieta contra ella—. Lo sé.

No han pasado ni dos minutos cuando se queda dormida. A mí también me vence el sueño. Han sido unos días largos. Cierro los ojos y enseguida me deslizo a mi sueño de la oruga. Estamos en Midgard, sentados al lado de un fuego que arde como si el tiempo corriera hacia atrás, contemplando las volutas de humo que descienden del despejado cielo negro.

—¿Esto es el final o el principio? —pregunta la oruga.

Levanto la vista del fuego.

—¿Ahora hablas?

—Siempre he hablado, pero tú no me has entendido hasta ahora.

Me encojo de hombros. Tiene razón.

—Creo que son las dos cosas. La esperanza es las dos cosas —digo.

Mi respuesta parece satisfacerla. Continuamos sentados en un silencio cómodo mientras la oruga va desvaneciéndose hasta que no queda ni rastro de ella.



Cuando me despierto Nasha ya se ha ido, pero me ha dejado un mensaje en la tableta: «Hoy vuelo. ¿Nos vemos a mi vuelta?».

Sonrío. Salgo de la cama, me aseo sin agua y me pongo el último conjunto de ropa más o menos limpia.

No me preguntes por qué, pero siento que algo ha cambiado.

Tengo una leve sensación de... ligereza. No sé, es solo que...

Y entonces tengo una revelación: por primera vez en no sé cuánto tiempo no estoy asustado.

Saboreo esa sensación, me regodeo en ella y dejo que se filtre hasta mis huesos. Entonces el ocular me avisa de que he recibido un mensaje.

**<Comandancia1>**: Se solicita su presencia inmediata en el despacho del comandante.

**<Comandancia1>**: Si a las 9.00 horas no se ha presentado, se le considerará un desertor.

Oh, vaya. Menudo jarro de agua fría.

Me tomo mi tiempo para responder al requerimiento de Marshall. Tengo una idea bastante clara de lo que va a decirme y no quiero oírlo.

Son las 8.59 cuando abro la puerta del despacho de Marshall. Él está recostado en su silla, detrás del escritorio, con las manos enlazadas sobre la barriga y una sutil sonrisa dibujada en los labios.

Vaya. No era este el recibimiento que esperaba.

—Barnes, siéntese.

Entro en el despacho, cierro la puerta y acerco una silla a la mesa.

—Buenos días, señor. ¿Quería verme?

—Así es. Más que nada me gustaría pedirle disculpas.

Esto no es para nada lo que esperaba.

—Al parecer —continúa—, ayer juzgué mal la situación. Cuando me dijo que les había entregado nuestro artefacto a esas criaturas, cuando me dijo que les había contado lo que era, en fin...

—Como ya le expliqué, yo no les entregué el artefacto. Se lo arrebataron a Ocho cuando lo mataron. Tuve que explicarles lo que era y cómo se utilizaba para que no lo hicieran detonar de manera accidental.

Marshall asiente con la cabeza.

—Sí, ya sé que lo mencionó. Por supuesto, lo primero que supuse fue que utilizarían la bomba inmediatamente contra nosotros. Sin embargo, el hecho de que ahora estemos sentados aquí, charlando, me deja claro mi error. Yo me equivocaba y usted tenía razón. De manera que, insisto, acepte mis disculpas. Ayer no debí reaccionar como lo hice.

—¿Se refiere a cuando ordenó a Cat y a Lucas que me dispararan?

Le tiembla el ojo derecho, pero, aparte de eso, mantiene la compostura.

—En efecto, Barnes. Eso no estuvo bien. Lo siento.

—Vaya. Bueno. Acepto sus disculpas, supongo.

—Excelente. Es usted un gran hombre.

Se inclina hacia delante y me tiende una mano. Dudo un momento antes de estrechársela.

—Bueno —digo cuando suelta mi mano y vuelve a recostarse—. Esto... ¿Quería algo más de mí, señor?

—Veamos... —dice, y vuelve a sonreír, esta vez un poco más abiertamente—. La verdad es que sí. Ahora que las cosas han vuelto a la normalidad, tenemos un trabajo para usted.

Vale. Vamos allá.

—¿Un trabajo, señor?

—Sí. Dando por sentado que nuestros amigos se quedarán en el túnel y no se acercarán a la cúpula, y espero que no nos equivoquemos, es el momento de que todos retomemos nuestros esfuerzos para garantizar la supervivencia de esta colonia, ¿no le parece?

Me reclino en la silla y cruzo los brazos.

—Sí, señor, supongo que sí.

—Bien, bien... Bueno, como estoy seguro de que ya imagina, producir esos dos artefactos ayer dejó bajo mínimos nuestras reservas de antimateria. No tenemos la posibilidad de producir más combustible para reponer las

reservas en un futuro cercano, y supongo que no es necesario que le explique las consecuencias que tendría para todos nosotros que la central eléctrica dejara de funcionar.

—No, no es necesario.

Marshall se echa hacia delante y planta los codos en la mesa como si fuera un vendedor de flitters intentando cerrar un trato.

—La mitad del combustible que empleamos se ha perdido, naturalmente. Eso no tiene remedio. Sin embargo, es imprescindible que la antimateria contenida en el artefacto que usted trajo de vuelta regrese al núcleo.

¡Oh, por el amor de Dios!

—Pues sáquenla —digo—. Solo tienen que hacer lo mismo que hicieron entonces pero a la inversa.

Marshall prueba ahora a poner cara de pena, pero con pobres resultados.

—Desgraciadamente, eso no es posible. Extrajimos ese combustible con el mecanismo de extracción ordinaria. Como estoy seguro de que ya sabe, ese mecanismo solo opera en un sentido. No hay un mecanismo para introducir elementos individuales del combustible en el núcleo. Me temo que vamos a tener que hacerlo de manera manual, desde dentro.

Cierro los ojos, inspiro hondo y espiro lentamente.

¿Cómo es el flujo de neutrones en un núcleo de antimateria activo? Creo que Jemma nunca tocó ese tema, pero supongo que torrencial.

—No se preocupe —continúa Marshall—. No le pediré que suba una copia de seguridad antes ni después. No será necesario que recuerde este trabajo.

—¿No tendré que subir una copia de seguridad?

—Absolutamente no —responde sacudiendo la cabeza.

—Ya sabe que no he subido una copia de seguridad desde que salí del tanque, ¿verdad? Si hago esto será como si esta parte de mí nunca hubiera existido.

—Tonterías. Esta parte de usted, como dice, habrá salvado la colonia. Nosotros lo recordaremos aunque usted no lo haga. —Se mira las manos y vuelve a levantar los ojos. En su cara distingo una expresión que parece de emoción sincera—. Sé que no lo digo con la frecuencia que debería, pero la verdad es que usted ya ha salvado esta colonia más de una vez y estoy convencido de que volverá a hacerlo en el futuro. Nunca podremos pagarle la deuda que tenemos con usted. En el nombre de todos, gracias, Mickey. Su coraje es una inspiración.

Mickey. Por primera vez en nueve malditos años me llama Mickey.

Mi coraje es una inspiración.  
Que te jodan, Marshall.  
Empujo la silla hacia atrás y me levanto.

—No.

La máscara de franqueza cae de su cara y casi de manera instantánea aparece en su lugar una expresión de ira pura.

—¿Cómo?

—No —repito—. No lo haré. Es evidente que ya tenía un plan para asegurar la supervivencia de la colonia sin ese combustible antes de enviarme a aquellos túneles. Póngalo en práctica. O sacrifique un dron para devolver su bomba de destrucción masiva al núcleo. O hágalo usted mismo. Yo no lo haré.

Se levanta como una exhalación de la silla, con el rostro ensombrecido y los ojos convertidos en dos finas ranuras.

—Sí lo hará —espeta con los dientes apretados—. Lo haré, o a Dios pongo por testigo que borraré su patrón y todos sus registros de los servidores y lanzaré con mis propias manos la última réplica de usted al pozo de los cadáveres.

Ahora que la decisión está tomada, noto que se levanta un peso de mis hombros que yo ni siquiera sabía que existía. Me siento casi como si pudiera volar.

—Borre los servidores si quiere, Marshall. De hecho, hágalo, por favor, porque le presento mi renuncia como Prescindible de esta colonia. Busque un sustituto. Me da igual lo que haga, sinceramente. Pero no me matará, porque soy su único interlocutor con los gusanos y ayer fue lo suficientemente estúpido como para regalarles una bomba de antimateria. Como alguno de sus seguratas me ponga la mano encima, les diré a los gusanos que se cancela el acuerdo.

Marshall abre la boca, la cierra y vuelve a abrirla.

No puedo evitarlo. Me echo a reír.

—¡No se atreverá a hacer eso! —consigue decir finalmente cuando ya estoy saliendo por la puerta.

—He muerto siete veces —replico por encima del hombro—. Eso son seis veces más de lo que debería hacerlo cualquier persona. No me diga qué es lo que me atrevo o no me atrevo a hacer.

No me molesto en cerrar la puerta al salir.

—¿Qué pasa, colega? ¿Cómo va?

Levanto los ojos de mi revuelto de grillos y boniato. Berto deposita la bandeja en la mesa enfrente de mí y se deja caer en el banco.

—Ah, eres tú.

—Sí. He oído que has dimitido.

Me encojo de hombros.

—Eso parece.

—¡Qué pasada! —exclama—. Creía que no podías hacerlo.

—Y no se puede. A menos que tengas una bomba de antimateria encima de la cabeza de Marshall.

Berto toma un bocado, mastica y traga. Yo vuelvo a concentrarme en mi comida cuando dice:

—¿Has vuelto a la dieta sólida?

—Sí. Ya no tengo que compartir la ración, ¿recuerdas?

—Ah, sí, claro.

—Claro.

Comemos en silencio durante un largo minuto, el tiempo suficiente para que la situación se vuelva incómoda si ahora mismo me importaran esas cosas.

—Me alegra que hayas vuelto —dice finalmente Berto.

Lo miro.

—Gracias, supongo. ¿Es que no te apetecía inventarte una historia sobre lo que me pasó para contársela a Nueve?

Mi comentario le provoca un estremecimiento.

—Vaya. Ya te pedí perdón por eso.

—Sí, lo sé.

Esta vez el silencio se alarga treinta segundos. Yo ya casi he terminado de comer, pero Berto apenas ha tocado su bandeja.

—En fin, tú y yo... ¿estamos en paz? —me pregunta.

Cierro los ojos y respiro hondo. Cuando vuelvo a abrirlos Berto está mirándome con expectación. Me inclino hacia él y él lo hace hacia mí.

Le doy un puñetazo de lleno en el ojo, lo suficientemente fuerte para que me crujan los nudillos y para tirarle la cabeza hacia atrás.

—Sí, estamos en paz.

Me pongo en pie, cojo mi bandeja y me marchó. Cuando echo un vistazo atrás mientras la puerta de la cafetería se abre, Berto está mirándome con la boca entreabierta y las manos abiertas apoyadas en la mesa. Su ojo todavía está adquiriendo su color morado definitivo.

Sé que es un cliché, pero me da igual. Este es el primer día del resto de mi vida.



Bueno, pues se ve que en Niflheim hay algo parecido a la primavera. Quién iba a decirlo.

Cuando ha pasado más o menos un año desde que aterrizamos en el planeta, la temperatura empieza a subir y la nieve a derretirse. Unas semanas después vemos por primera vez el suelo que escondía el manto blanco. Y al cabo de otro mes el suelo está cubierto de líquen.

Nadie parece tener una explicación plausible de por qué está sucediendo esto. La órbita de Niflheim es casi circular y su inclinación axial insignificante. En teoría no debería haber estaciones. La conjetura más aceptada entre nuestros expertos es que el sol del sistema es una estrella ligeramente variable y que se encuentra en una fase del ciclo en el que brilla más.

Cualquiera pensaría que esta es una de esas cosas que las lumbreras de Midgard que planificaron la misión habrían estudiado, ¿verdad? Es decir, estuvieron casi treinta años observando este sitio antes de enviarnos. Tras una pequeña investigación descubro que observaron una fluctuación periódica en la emisión de luz. El hallazgo está bastante documentado. Sin embargo, no lo atribuyeron a la estrella porque nadie tenía una teoría decente sobre el comportamiento que tendría desde el punto de vista de la astrofísica. En cambio, decidieron que debía de tener algo que ver con las nubes de polvo en el medio interestelar y archivaron el asunto. Por eso pensaron que aquí estaríamos calientes y seríamos felices. Llegaron a la conclusión de que los registros altos de radiación solar eran lo normal y achacaron los registros bajos a interferencias.

Oh, vaya.

Al principio a todos nos alegra el cambio de tiempo, hasta que un tipo del departamento de Física empieza a preguntarse si no será que vamos a pasar de un extremo a otro y que acabaremos asados en nuestros propios jugos.

La idea pone los pelos de punta. Pero al final no sucede. Al cabo de unos meses la temperatura se estabiliza en un punto medio entre fresco y cálido, y la gente de Agricultura por fin consigue poner en práctica un plan experimental fuera de la cúpula.

Es más o menos por esas fechas, coincidiendo con que nuestros amigos colonizadores finalmente se deciden a pasar algún tiempo al aire libre y empiezan a plantearse la posibilidad de decantar los primeros embriones, y todos, salvo Marshall y yo, parecen haberse olvidado de los gusanos, cuando yo le pregunto a Nasha si le apetece ir a dar un paseo.

Todavía tenemos que llevar puestos los recicladores de aire. La presión parcial del oxígeno ha estado subiendo paulatinamente, de manera lenta pero perceptible, desde que brotaron esos líquenes, pero aún tendrá que pasar mucho tiempo hasta que sea posible respirar sin la ayuda de una máquina. No tenemos ni idea del tiempo que durará esta estación. Podría extenderse durante años, o podría acabar mañana.

Mientras tanto, no obstante, hace un día espléndido para una excursión.

—¿A dónde vamos? —me pregunta Nasha después de despedirnos de Lucas en el perímetro.

—Lejos de la cúpula. ¿No te parece suficiente?

Nasha me coge la mano y caminamos.

En Midgard había un vastísimo desierto que daba la vuelta al planeta por el ecuador y ocupaba casi por completo el único continente. Grandes extensiones de tierra apenas veían la lluvia en años. Sin embargo, muy de vez en cuando, cuando las condiciones meteorológicas eran las adecuadas, estallaba una tormenta descomunal que en un par de días vertía agua para un año sobre esas llanuras y barrancos áridos. Siempre que se producía ese fenómeno recordábamos que la vida había estado esperando en aquel desierto, lista para brotar a la primera oportunidad. Las plantas prácticamente salían saltando del barro y los animales despertaban de su hibernación para comer, beber, cazar y aparearse.

La biosfera de Niflheim me recuerda un poco a Midgard. Solo hace dos meses que la nieve se derritió, pero el líquen ya ha dado paso a algo que parece hierba e incluso se ven aquí y allá una especie de arbustos leñosos. También hay animales, la mayoría son pequeñas criaturas que se arrastran por

el suelo y que guardan un parecido asombroso con los gusanos, pero a un kilómetro o así de la cúpula diviso lo que parecen unos reptiles de ocho patas tomando el sol en un saliente rocoso.

Cuando dirijo hacia ellos la atención de Nasha, ella frunce el ceño y baja la mano al burner que lleva encima, porque naturalmente es incapaz de ir desarmada.

—Venga ya, Nasha. Es adorable.

Ella me mira con el rabillo del ojo, sacude la cabeza y suelta el arma.

Seguimos caminando.

Unos cinco minutos después tengo que detenerme para orientarme. Ha pasado mucho tiempo y el paisaje ha cambiado extraordinariamente sin la nieve. Nasha retrocede medio paso, se cruza de brazos y ladea la cabeza.

—Esto no es un inocente paseo, ¿verdad?

Sonrío debajo de mi reciclador de aire.

—No exactamente. Necesitaba comprobar una cosa.

Ya he encontrado la referencia que buscaba y emprendemos la ascensión de una colina. Luego giramos para adentrarnos en un barranco desde donde no se ve la cúpula.

—¿Estás seguro de lo que haces? —pregunta Nasha. La miro. Ha vuelto a poner la mano en el burner—. Esto parece territorio gusano.

—Sí. La verdad es que estamos muy cerca de una entrada a su red de túneles.

—Vale. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Quiero comprobar una cosa.

Al principio no encuentro el sitio. La roca que había tomado como referencia debía estar atascada en la nieve o quizá un alud se la ha llevado pendiente abajo. En cualquier caso ahora se encuentra una veintena de metros más adentro del barranco. Por fin la reconozco, y a partir de ahí es sencillo seguir el rastro hasta el pequeño saliente donde estaba situada cuando salí de los túneles. Debajo de ese saliente hay un montoncito de piedras. Me pongo de rodillas y empiezo a retirarlas.

—Mickey, ¿te importaría decirme qué hacemos aquí?

No me importaría, pero no es necesario, porque ya he sacado las piedras suficientes para dejar a la vista el hueco que hay debajo del saliente.

—Mierda —musita Nasha.

Me vuelvo hacia ella para ver su reacción. Está sorprendida, pero no parece horrorizada ni con ganas de asesinar a alguien. Me lo tomo como una

buena señal. Introduzco con sumo cuidado las manos en el hueco oscuro y saco la mochila de Ocho.

—Maldito embustero —dice Nasha.

Me echo a reír.

—No me digas que de verdad creías que se lo dejé a los gusanos.

Nasha se acucilla a mi lado y pasa suavemente la mano por la mochila.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice el qué? ¿Cómo me las ingenié para que los gusanos me devolvieran esta atrocidad después de que mataran a Ocho?

Nasha gira la cabeza para mirarme. Sus ojos me dejan claro que su boca no sonrío debajo del reciclador de aire.

—Sí, eso mismo, Mickey.

Me encojo de hombros.

—Se lo pedí.

Nasha niega con la cabeza y devuelve la atención a la bomba.

—¿Está cargada?

—Bueno, ahí dentro hay suficiente antimateria para esterilizar una ciudad mediana, si eso es lo que quieres saber.

Nasha retira la mano.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Mientras las burbujas permanezcan intactas, es como si la antimateria estuviera en otro universo. No nos afecta.

—¿Y si algunas no están intactas?

Me echo a reír.

—Créeme, lo sabrías.

—¿Por qué, Mickey?

—¿Por qué qué? ¿Por qué enterré una bomba de destrucción masiva como si fuera el tesoro de un pirata?

—Sí, eso. ¿Por qué?

Me balanceo sobre los talones y miro a Nasha.

—Bueno, voy a explicártelo. Si se la hubiera dejado a los gusanos, como le dije a Marshall que había hecho, corría el riesgo de que en un momento dado se les pasara por la cabeza la idea de utilizarla. Si te soy sincero, entonces me traía sin cuidado lo que le pasara a la mayoría de la gente que hay en la cúpula, pero...

Nasha sonrío.

—¿Pero qué, Mickey?

—Ya lo sabes. Preferiría que Marshall me tirara al pozo de los cadáveres que correr el riesgo de que te pasara algo malo a ti.

—Vale, esa parte ya la he entendido. Pero ¿por qué no la trajiste a la cúpula?

—Ah, muy sencillo. Si le hubiera llevado la bomba a Marshall, él me habría matado inmediatamente y luego habría enviado a Nueve a los túneles para que completara el genocidio. La única razón de que todavía esté vivo y de que los gusanos sigan aquí es que Marshall cree que soy lo único que impide que los gusanos hagan detonar esta bomba debajo de la cúpula.

—Supongo que tienes razón. Sin embargo, lo que no entiendo es por qué los gusanos te dejaron marcharte con las dos bombas. ¿No les interesaba conservarla como un elemento de disuasión o algo así?

Vuelvo a reírme, esta vez incontroladamente.

—¿En serio piensas que les dije lo que era? ¿Crees que les conté que habíamos entrado en sus túneles con la intención de perpetrar un genocidio? ¿Por lo que más quieras, Nasha, no soy un genio, pero tampoco tan estúpido!

Nasha parece desconcertada. Al parecer, sí me consideraba tan estúpido.

—¿Qué les dijiste entonces?

—El lenguaje era una barrera importante, pero intenté explicarles que éramos emisarios. La verdad es que nunca preguntaron concretamente por las mochilas. En realidad no parecen unas bombas de destrucción masiva, ¿no?

—No, supongo que no.

Vuelvo a meter la mochila en el hueco y coloco de nuevo cuidadosamente las piedras para ocultarla. Cuando acabo, me pongo en pie y retrocedo unos pasos para examinar mi trabajo.

—¿A ti qué te parece? —le pregunto a Nasha—. ¿Crees que es un buen escondite?

Ella se encoge de hombros.

—De momento, tal vez. Pero no creo que puedas esconderla ahí para siempre. ¿Tienes algún plan a largo plazo o solo vas a esperar hasta que alguien tropiece con ella y nos mate a todos accidentalmente?

Suspiro.

—Mi plan era esperar a que Marshall muriera. Luego volvería a buscarla, la llevaría a la cúpula y le diría a quien se nombrara nuevo comandante que los gusanos habían decidido devolvernos la bomba como gesto de buena voluntad.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Si se te ocurre un plan mejor, me encantaría oírlo.

Nasha me mira fijamente unos segundos y luego niega con la cabeza.

—No se me ocurre nada. ¿Cuánto tiempo calculas que tendrás que esperar? ¿Marshall está enfermo?

—No que yo sepa.

Me coge la mano.

—¿Y tienes un plan alternativo por si acaso nunca se muere?

—Pues no.

Me envuelve la cara con la otra mano, se levanta el reciclador de aire y se inclina para besarme.

—No eres ningún genio —dice. Me suelta la mano y enfila por el barranco para regresar a la cúpula—. Menos mal que eres mono.

Me vuelvo para echar otro vistazo al escondite de la bomba. Parece un vulgar montón de piedras, idéntico a los que cubren el noventa por ciento de la superficie de este planeta.

¿Es un buen escondite? Marshall parece bastante sano, así que supongo que tendrá que serlo.

Tras lanzarle una última mirada dejo atrás nuestra frustrada bomba de destrucción masiva.

Abandono las tinieblas del barranco siguiendo a Nasha y salgo al sol.

## Agradecimientos

La lista de las personas que han contribuido para que este libro exista es larga. Probablemente me olvidaré de unas cuantas. Si eres una de ellas, espero que me perdones. Como seguramente ya habrás comprobado, no soy tan inteligente como parezco.

Empezaré por lo obvio: mi más sincero agradecimiento para Paul Lucas y la buena gente de Janklow & Nesbit. Estoy seguro de que sin sus consejos y sus ánimos habría abandonado esta aventura hace mucho tiempo. Quiero dar las gracias también a Michael Rowley de Rebellion Publishing y a Michael Homler de St. Martin's Press, que estuvieron dispuestos a dar una oportunidad a un librito raro escrito por un autor desconocido. Siendo un pelín menos obvio, también me gustaría expresar mi más sincero y sentido agradecimiento a Navah Wolfe, que leyó el texto cuando no era más que un relato humildemente deprimente y me animó a convertirlo en una novela mucho menos deprimente. Si lees esto, Navah, espero que veas tu huella en el resultado final y que lo apruebes.

También quiero expresar mi más sincero agradecimiento a las siguientes personas (el orden no es importante):

- Kira y Claire, por sus críticas duras pero justas de los primeros borradores de la historia.
- Heather, por invitarme a un número infinito de té chai con mi propia tarjeta de crédito.
- Anthony Taboni, por ser el futuro presidente de mi incipiente club de fans.
- Therese, Craig, Kim, Aaron y Gary, por leer las múltiples versiones de este manuscrito y no decirme nunca que lo dejara tal como estaba.
- Karen Fish, por enseñarme lo que significa ser escritor.
- John, por ser mi fiel caja de resonancia en todo lo relacionado con la literatura.

- Mickey, por no dejar de hablarme cuando lo metí en un libro y luego lo maté varias veces.
- Jack, por mantener a raya mi ego cuando más lo necesitaba.
- Jen, por leer por fin uno de los manuscritos prepublicación.
- Max y Freya, por no permitir en ningún momento que olvidara lo que de verdad es importante en la vida.

Como ya he dicho, no es una lista completa. Este libro no sería lo que es sin alguna de esas personas, y de muchas otras que probablemente no he mencionado. Gracias, amigos. ¿Vamos a por el siguiente?

## Índice de contenido

Cubierta

Mickey7

001

002

003

004

005

006

007

008

009

010

011

012

013

014

015

016

017

018

019

020

021

022

023

024

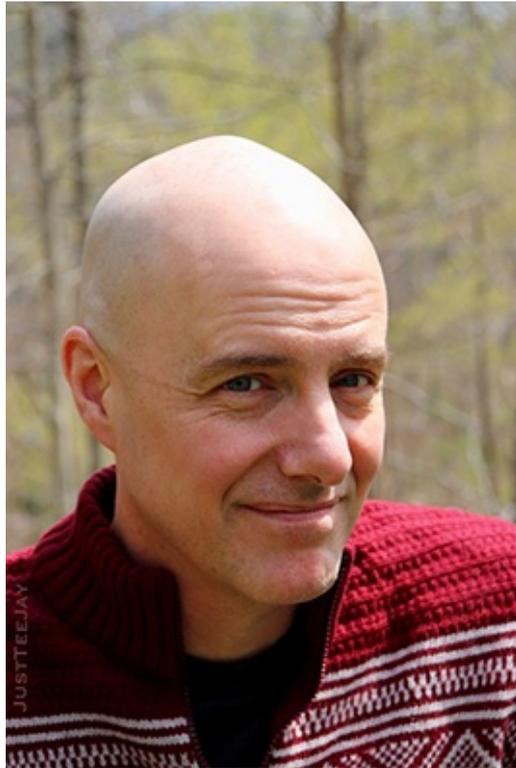
025

026

027

Agradecimientos

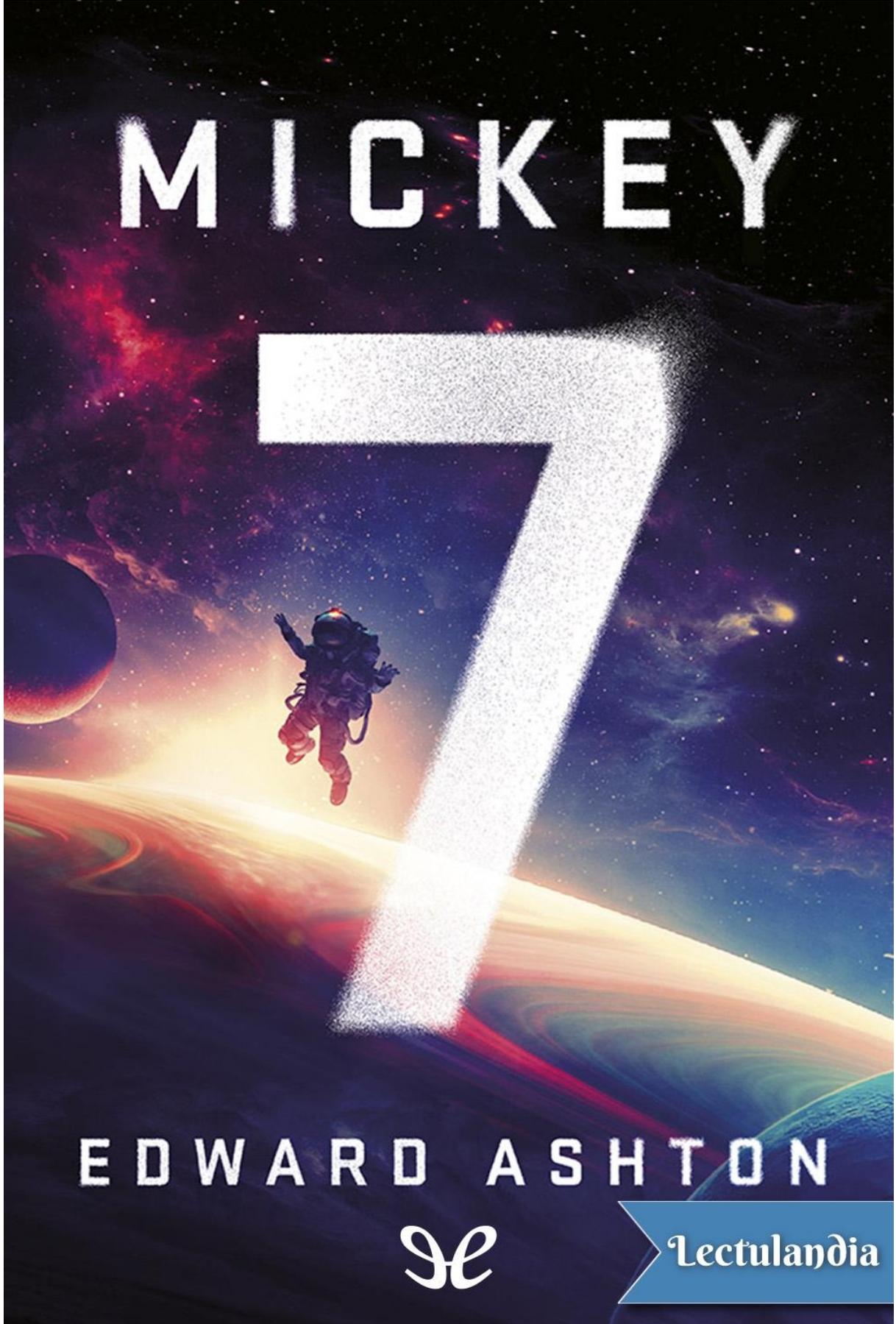
Sobre el autor



EDWARD ASHTON (Estados Unidos de América). Científico y escritor estadounidense, vive en una cabaña en Rochester, Nueva York, junto a su mujer e hijas.

Es vicepresidente de Imagen Oncológica en el laboratorio Biotelemetry Research, donde se dedica a la investigación de nuevas terapias contra el cáncer. Ashton también ha impartido clases de física cuántica.

En su faceta literaria, ha publicado relatos en medios como *Louisiana Literature* o *Daily Science Fiction*. Debutó como novelista con *Three Days in April*, un *thriller* de ficción especulativa. A este título le seguirían *The End of Ordinary* y *Mickey*<sup>7</sup>. Con la traducción de esta última aterrizó en el mercado editorial español.



MICKEY

7

EDWARD ASHTON



Lectulandia